

BR
R
C
F
S
L

Descubrimientos

Clarice Lispector

Crónicas inéditas

2da. edición

Traducción de
Claudia Solans



Clarice Lispector

Descubrimientos

Crónicas inéditas

Traducción y prólogo de Claudia Solans



Adriana Hidalgo editora

Título original: *A descoberta do mundo*
Traducción: Claudia Solans

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta original: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

2ª edición en Argentina: noviembre de 2010
2ª edición en España: noviembre de 2010

© Herederos de Clarice Lispector, 1984
Los textos pertenecen a la obra original: *A descoberta do mundo*
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2010,
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-34-2
ISBN España: 978-84-92857-14-2

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Esta edición se terminó de imprimir
En Altuna Impresores S.R.L., Doblas 1968,
Buenos Aires, en el mes de octubre de 2010

Prólogo

Con este volumen se completa la publicación en castellano de las crónicas que Clarice Lispector escribió cada sábado, entre el 19 de agosto de 1967 y el 29 de diciembre de 1973, para el *Jornal do Brasil*, lo que termina de delinear, de alguna manera, el mapa que estos textos trazan sobre la región menos explorada de su literatura. El primer volumen, *Revelación de un mundo*, fue publicado por Adriana Hidalgo editora en 2004 con sucesivas reimpresiones.

Textos heterogéneos, muchas veces inclasificables e inesperados, que revelan en cada línea la compleja escritura y personalidad de su autora. Complejidad que, a la hora de traducir, se convierte en un desafío y un feliz acontecimiento. Porque traducir a Clarice (y no sólo sus textos), es una aventura que bajo su aparente sencillez resulta tan sinuosa, sutil —y al mismo tiempo brutal—, tan hermética e inquietante, que hace que el esfuerzo por aprehender esa idea, ese concepto que se sabe que está ahí, sumergido, enterrado pero siempre entrevisto a través de las palabras, se convierta por momentos en un gesto vano, casi como una mano que se cerrara en el vacío.

El amor, el tiempo, la muerte, bajo dimensiones pocas veces exploradas con tanta maestría, son algunos de los temas que aparecen en estos textos que permanentemente desafían el concepto de crónica o, más bien, que las convierten en un género cuyas fronteras Clarice ha borrado por su propia escritura. Si bien en una de ellas, publicada en el volumen anterior expresa: “No hay duda, sin embargo, de que yo valoro mucho más lo que escribo en libros que lo que escribo para diarios —esto sin, no obstante, dejar de escribir con gusto para el lector de diario y sin dejar de amarlo” (“Escribir para el diario y escribir libros”, del 29 de julio de 1972), resulta por lo menos sugestivo cuando sabemos que gran parte de su ficción breve pasó en esos años por la columna semanal del *Jornal do Brasil*. Se trata de las crónicas que en la actualidad están agrupadas bajo el título *Para no olvidar* y que fueron publicadas, en una edición de autor, en el año 1964 como la segunda parte de *La legión extranjera*. Ese texto era un volumen compuesto de dos partes, la primera de ellas contenía una serie de cuentos, en tanto que la segunda —con el subtítulo de *Fondo del cajón*— agrupaba las crónicas. Con posterioridad, los cuentos conservaron

el título del volumen original (*La legión extranjera*) y las crónicas adoptaron el de *Para no olvidar*. Pero más allá de los avatares de publicación, lo que resulta interesante es que los cuentos y las crónicas comienzan a circular en el interior de la producción de Clarice Lispector con movimientos que en ocasiones parecen caprichosos y, a veces, premeditadamente casuales, tanto que seguir el curso de cada texto se torna por momentos una empresa en verdad fascinante.

Hasta aquí nada llamaría demasiado la atención si no fuera por el hecho de que prácticamente todos los cuentos del volumen *La legión extranjera* (en su edición de 1964 y exceptuando “La solución”) aparecieron como crónicas en el *Jornal do Brasil* entre 1967 y 1973. Lo notable, asimismo, es que *Felicidad clandestina*, el volumen de cuentos aparecido en 1971, incluye esos mismos textos de aquella primera parte llamada *La legión extranjera* (exceptuando en este caso también “La solución”), pero a su vez varias crónicas de *Fondo del cajón* (que, como ya se señaló, fueron publicadas en su totalidad en el *Jornal do Brasil*).

¿A qué apunta esta digresión en cierto modo “arqueológica”? Nada más que a señalar la extraordinaria libertad genérica que reina en toda la literatura de Clarice Lispector. Y precisamente, a partir de esa inestabilidad y precariedad genérica es que sus crónicas se vuelven una especie de panóptico y permiten, de modo radial, hacer visible y echar una luz nueva sobre el resto de su obra.

Cuestionadoras del género, sus crónicas operan también como cuestionadoras del sujeto que narra. Porque la inmediata pregunta que surge es: pues entonces, ¿quién escribe, quién dice, quién cuenta? Es en este suelo de fronteras porosas y permeables donde lo doméstico, lo insignificante, incluso lo banal se vuelve tema y problema. Quizás un modo de pensarlo sería considerar la característica fragmentariedad de estos textos.

Si bien lo fragmentario por esos años y a esa altura de la historia cultural ya era un dato y, por lo tanto, predicarlo acerca de la producción de Clarice es casi inocuo, su importancia parece estar en que genera la condición de posibilidad para la constitución del sujeto que narra; esto es, Clarice. Y da la impresión de que ella sólo puede narrar precisamente lo fragmentario, lo inacabado, lo indeterminado, así como también lo banal, lo cotidiano, lo insignificante. De ahí, que su talento radique en la extraordinaria capacidad de revelar, casi en cada línea (porque también hay crónicas de una sola línea), lo sublime bajo lo doméstico e inacabado y, al mismo tiempo y con la misma eficacia, dar vuelta la lente y transformar en doméstico (dócil, manso, familiar) lo sublime. Sólo así se comprende la dramática (y episódica) recreación de Pompeya en el suelo de una cocina en el que yacen decenas de cucarachas muertas a causa de un veneno casero (“Cinco relatos y un tema”, 26 de julio de 1969).

Interminables son los itinerarios que pueden trazarse a través de las

crónicas de Clarice Lispector: siguiendo el hilo de los temas, de ciertos personajes (como los taxistas, por ejemplo), de los objetos (ventanas, flores), de las preocupaciones literarias, metafísicas e incluso religiosas (la muerte, el alma, la presencia de Dios), y así se podría seguir. Sin embargo, como en aquella crónica del 9 de diciembre de 1967, titulada “Una cosa”, en la que cuenta que esa noche ha visto una calle que nunca más va a olvidar, pero cuya descripción decide no realizar, guardándola para sí, del mismo modo el lector resulta doblemente marcado por la escritura de Clarice: no logra describirla con palabras pero tiene la certeza de haber sido protagonista de una suerte de epifanía, una revelación.

Claudia Solans

Descubrimientos

1967

19 de agosto

COSMONAUTA EN LA TIERRA

Extremadamente atrasada, reflexiono sobre los cosmonautas. O, mejor, sobre el primer cosmonauta. Casi un día después de Gagarin, nuestros sentimientos ya estaban atrasados en contraposición a la velocidad con la que el acontecimiento nos superaba.

Entonces, ahora, atrasadísima, vuelvo a pensar en el asunto. Es un asunto difícil de sentir.

Un día un niño, advertido de que la pelota con la que jugaba caería en el piso y molestaría a los vecinos de abajo, respondió: oye, el mundo ya es automático, cuando una mano arroja la pelota al aire, la otra ya es automática y la atrapa, no se cae, no.

La cuestión es que nuestra mano todavía no es lo bastante automática. Fue con susto que Gagarin subió, pues si lo automático del mundo no funcionara, la pelota llegaría a más que sólo trastornar a los vecinos de abajo. Y fue con susto que mi mano poco automática tembló ante la posibilidad de no ser bastante rápida y dejar que se me escapara el “acontecimiento cosmonauta”. La responsabilidad de sentir fue grande, la responsabilidad de no dejar caer la pelota que nos habían arrojado.

La necesidad de volver todo un poco más lógico —lo que de algún modo equivale a lo automático— me hace intentar criteriosamente el buen susto que me asaltó:

—De ahora en adelante, al referirme a la Tierra, no diré más indiscriminadamente “el mundo”. Consideraré “mapa mundial” una expresión no apropiada; cuando diga “mi mundo”, me acordaré con un susto de alegría de que también mi mapa necesita ser transformado, y de que nadie me garantiza que, visto desde afuera, mi mundo no sea azul. Consideraciones: antes del primer cosmonauta, sería correcto que alguien hubiera dicho, al referirse a su propio nacimiento, “vine al mundo”. Pero sólo hace poco tiempo nacemos para el mundo. Casi avergonzados.

—Para ver el azul miramos el cielo. La Tierra es azul para quien la mira desde el cielo. ¿Azul será un color en sí, o una cuestión de distancia? ¿O una cuestión de gran nostalgia? Lo inalcanzable es siempre azul.

—Si yo fuera el primer astronauta, mi alegría sólo se renovarí­a cuando un segundo hombre volviera allá desde el mundo: pues también él lo habría visto. Porque “haber visto” no es sustituible por ninguna descripción: haber visto sólo se compara con haber visto. Hasta que otro ser humano también hubiera visto, yo tendría dentro de mí un gran

silencio, aun cuando hablara. Consideración: supongo la hipótesis de que alguien en el mundo ya haya visto a Dios. Y nunca haya dicho una palabra. Pues, si ningún otro lo vio, es inútil decirlo.

—El gran favor del acaso: todavía estar vivos cuando el gran mundo comenzó. En cuanto a lo que viene: necesitamos fumar menos, cuidar más de nosotros para tener más tiempo y vivir y ver un poco más; además de pedir prisa a los científicos —pues nuestro tiempo personal urge.

16 de septiembre

PLEGARIA POR UN SACERDOTE

Una noche balbuceé una plegaria por un sacerdote que tiene miedo de morir y tiene vergüenza de tener miedo. Le dije un poco a Dios, con algún pudor: alivia el alma del Padre X..., haz que sienta Tu mano en la suya, haz que sienta que la muerte no existe porque en verdad ya estamos en la eternidad, haz que sienta que amar es no morir, que la entrega de sí mismo no significa la muerte, haz que sienta una alegría modesta y diaria, haz que no Te indague demasiado, porque la respuesta sería tan misteriosa como la pregunta, haz que se acuerde de que tampoco hay explicación de por qué un hijo quiere el beso de su madre y aun así lo quiere y aun así el beso es perfecto; haz que reciba el mundo sin miedo, pues fuimos creados para este mundo incomprensible y nosotros mismos también somos incomprensibles, entonces hay una conexión entre este misterio del mundo y el nuestro, pero esta conexión no es clara para nosotros cuando queremos entenderla; bendícelo para que viva con alegría el pan que come, el sueño que duerme, haz que tenga caridad por sí mismo, pues si no, no podrá sentir que Dios lo amó, haz que pierda el pudor de desear que en la hora de su muerte tenga una mano humana para apretar la suya, amén. (Padre X... me había pedido que yo rezara por él.)

NO SENTIR

El hábito le ha amortiguado las caídas. Pero sintiendo menos dolor, perdió la ventaja del dolor como aviso y síntoma. Hoy en día vive incomparablemente más sereno, pero su vida corre gran peligro: puede estar a un paso de estar muriendo, a un paso de haber muerto ya, y sin el beneficio de su propio aviso previo.

IR HACIA

Esta noche un gato lloró tanto que sentí una de las más profundas compasiones por lo que está vivo. Parecía dolor y, en nuestros términos humanos y animales, lo era. ¿Pero sería dolor, o era “ir”, “ir hacia”? Pues lo que está vivo va hacia.

7 de octubre

DE LAS PALABROTAS EN EL TEATRO

Yo misma no uso palabrotas porque en mi casa, en la infancia, no las usaban y me acostumbré a expresarme a través de otro lenguaje. Pero la palabrota —la que expresa lo que una palabra no haría— esa no me choca. Hay piezas de teatro, como *El regreso al hogar* (Fernanda Montenegro, excelente) o *Dos perdidos en una noche sucia* (Fauzi Arap y Nelson Xavier, excelentes), que simplemente no podrían existir sin las palabrotas a causa del ambiente en que ocurren y por el tipo de personajes. Estas dos piezas, por ejemplo, son de alta calidad, y no pueden ser restringidas.

Además, quien va al teatro, en general, por lo menos ya está ligeramente informado, hasta por rumores, de la clase de espectáculo al que asistirá. Si las palabrotas le causan malestar o lo escandalizan, ¿entonces por qué comprar la entrada?

Y más aun: las piezas de teatro tienen restricciones de edad, y lo más común es sólo permitir la entrada de menores a partir de los dieciséis años, lo que es una garantía. Aunque incluso antes de esa edad las palabrotas sean conocidas y usadas por la mayoría de la juventud moderna.

¿Cuál es, entonces, el problema que podría suscitar el uso de la palabrota adecuada a un texto? Y sin hablar de que, agraden o no, las palabrotas forman parte de la lengua portuguesa.

28 de octubre

SUITE DE LA PRIMAVERA SUIZA

Invierno de Berna en túmulo que se abre —y he ahí el campo, mil hierbas. Hojas nuevas, hojas, cómo separaros del viento. Un estornudo y después otro, estornudos de la primavera, resfriada y atenta detrás del vidrio. Telas de araña en los dedos, el pozo revelado en el jardín —pero qué perfume de acero nuevo viene de las pequeñas flores amarillas y amarillitas. Hojas, hojas, cómo separaros de la brisa. ¿Dónde esconderme en esta abierta claridad? Perdí mis rincones de meditación. Pero si me

pongo un vestido blanco y salgo... quedaré perdida en la luz —y de nuevo perdida— y en el lento salto hacia el otro plano perdida de nuevo —¿y cómo encontrar en esta ausencia mía la primavera? Rosa, plancha mi vestido más negro. En estos planos de la calma sucesiva —y en otro más— y en el otro más —seré el único yo posible, sólo un mueble en un siglo y en otro siglo y en otro siglo de esta limpidez silenciosa, oh inhóspita primavera. O tal vez corra por esta nueva época —atravesando este nuevo mundo sin caminos— con mil estornudos brillantes y mil hierbas. Me detendré jadeante sólo donde me lata el corazón, único marco en tu vacío, primavera: yo de negro y tú de oro, yo con una flor en el cabello, tú con mil flores en los cabellos y así nos reconoceremos. Incluso para reconocernos, sostendré un libro en la mano y en la otra tanta vacilación, soy alta y estoy resfriada: me reconocerás por el pañuelo y por los estornudos. Y en medio de este odioso cielo vacío, que respiro, que respiro —te reconoceré por tu ciego viento y por mi orgullosa floración de estornudos.

En esta durmiente primavera, en el campo el sueño de las cabras. En la terraza del hotel el pez en el acuario. Y en las colinas el fauno solitario. Días, días, días y después —en el campo el viento, el sueño impúdico de las cabras, el pez hueco en el acuario— tu súbita tendencia primaveral al robo, y el fauno ya colorido en saltos solitarios. Sí, pero hasta que venga el verano y haga madurar para el otoño cien mil manzanas.

Como la fruta y tiro la mitad, nunca tuve piedad en la primavera. Bebo agua directo de la fuente de la calle, no me seco la boca con el pañuelo, perdí el pañuelo y perdí el invierno, nada lamento, nunca tuve piedad en la primavera. De algún modo miro por el agujero de la cerradura y voy a visitarte a la hora sagrada de tu sueño, nunca tuve piedad en la primavera. En cuanto a la piscina, me quedo horas en la piscina, estremeciendo ante los últimos fríos del invierno estremeciendo ante los primeros fríos de las hojas. ¡Mira la piscina! Miro, áspera. Nunca tuve piedad en la primavera.

El insomnio levita la ciudad mal iluminada, no hay puertas cerradas ni ventanas sin luz. ¿Qué esperan? Esperan. Los cines ya calientes están vacíos. Alrededor de las lámparas de las calles la germinación. La última nieve hace tanto tiempo se derritió. La margen del río, la invasión de las parejas sentadas junto a las mesas, algunos niños somnolientos en el regazo, otros dormidos en la dureza de la vereda. Las conversaciones son cansadas. Lo peor es esa levedad despierta, los faroles de las calles de Berna zumbando de zancudos. Ah, cómo, pero cómo caminamos. Polvo en las sandalias, ningún destino. No, no se está poniendo bueno. Ah, por fin la Catedral, el abrigo, la oscuridad.

Pero la Catedral está caliente y abierta.

Llena de mosquitos.

25 de noviembre

CUÁNDO LLORAR

Hay un tipo de llanto bueno y hay otro malo. El malo es aquel en el que las lágrimas corren sin parar y, sin embargo, no dan alivio. Sólo escurren y se agotan. Una amiga, entonces, me preguntó si no sería ese llanto como el de un niño con la angustia del hambre. Sí. Cuando se está cerca de ese tipo de llanto, es mejor buscar contenerse: no servirá de nada. Es mejor intentar hacerse fuerte y enfrentar. Es difícil, pero aun menos que ir quedando exangüe hasta el punto de empalidecer.

Pero no siempre es necesario hacerse fuerte. Tenemos que respetar nuestra debilidad. Entonces, son lágrimas suaves, de una tristeza legítima a la que tenemos derecho. Ellas corren despacio y cuando pasan por los labios se siente ese gusto salado, límpido, producto de nuestro dolor más profundo.

Que el hombre lllore, conmueve. Él, el luchador, reconoció su lucha a veces inútil. Respeto mucho al hombre que llora. Yo vi a un hombre llorar.

9 de diciembre

UNA COSA

Vi una cosa. Una cosa en realidad. Eran las diez de la noche en la Plaza Tiradentes y el taxi corría. Entonces vi una calle que nunca más voy a olvidar. No voy a describirla: es mía. Sólo puedo decir que estaba vacía y eran las diez de la noche. Nada más. Pero fui fecundada.

LECCIÓN DE PIANO

Mi padre quería que las tres hijas estudiaran música. El instrumento elegido fue el piano, comprado con gran dificultad. Y la profesora no podía ser más gorda. Era literalmente obesa y tenía manos minúsculas. Su nombre era correcto: doña Pupu. Para mí las lecciones de piano eran una tortura. Sólo me gustaban dos cosas de las lecciones. Una era un pie de acacia que aparecía polvoriento en una curva del tranvía y que me quedaba esperando a que llegara. Y cuando llegaba —ah cómo llegaba. La otra: inventar músicas. Yo prefería inventar que estudiar. Tenía nueve años y mi madre había muerto. La musiquita que inventé, entonces, todavía logro reproducirla con dedos lentos. ¿Por qué en el año en que murió mi madre? La música está dividida en dos partes: la primera es suave, la segunda medio militar, medio violenta, una rebelión supongo. Cuando doña Pupu tocaba Chopin me aburría, Chopin, que me gusta. Lo que no ocurría

cuando me daba dulces para comer porque ella también comía. Para estudiar yo tenía tanta, pero tanta pereza que pedía a una de mis hermanas que tocara lo agudo mientras yo tocaba lo grave o normal. Y hasta tuve suerte: imaginen si mi padre hubiera querido que estudiara violín. Yo también tocaba de oído. Pero una de mis hermanas tenía verdadero talento. Se cambió de doña Pupu al maestro Ernani Braga, del Conservatorio de Música de Recife. Y él le preguntó si le gustaría convertirse en pianista. No sé por qué ella no quiso. Mi padre de noche pedía que tocáramos. Me acuerdo de una tarde, él estaba durmiendo, se despertó con la radio y preguntó emocionado qué música era aquella. Era Beethoven. Una de mis hermanas todavía tiene un regalo de doña Pupu: una muñeca de porcelana forrada de seda para pinchar alfileres. De nosotras tres es la más conservadora. Hay ciertas cosas que yo le pido que las conserve para mí. De doña Pupu guardo sobre todo las acacias amarillas. ¿Quién vivía en aquella casa? Eso me interesaba más que las lecciones de piano. Cómo me equivocaba. Me quedaba pensando en otras cosas. Y en la propia doña Pupu. Cómo es que una persona tan obesa tenía manos tan delicadas y pequeñas, y que volaban en el piano. Ya ha de haber muerto. Y qué cajón grande deben de haber comprado. Estaba casada. ¿Cómo puede? En mi ignorancia genuina debía de ser uno de los problemas que me preocupaban durante las lecciones. En la casa de doña Pupu había de entrada una escalinata donde yo jugaba antes de la clase. Creo que no tengo más nada que decir. Yo también pasé a Ernani Braga que dijo que tenía dedos frágiles. Prefiero callarme: este también murió. Y mis dedos no son frágiles. Tengo fuerza, lo sé. Y mi fuerza está en la suavidad de mis dedos frágiles y delicados.

30 de diciembre

LA ENTREVISTA ALEGRE

Hace poco tiempo me telefoneó una joven diciendo que era de la Editorial Civilização Brasileira y que Paulo Francis me pedía que le diera una entrevista para ser publicada en uno de los libros de la serie *Libro de cabecera de la mujer*. No me gusta dar entrevistas: las preguntas me abruman, me cuesta responder, encima de eso sé que el entrevistador va a deformar fatalmente mis palabras. Pero se trataba de un pedido de Paulo Francis, y no había cómo negarse. Marqué el día. Y después me puse furiosa, hasta con Paulo Francis. ¿Cómo es, entonces? El *Libro de cabecera de la mujer* vende como pan caliente y ellos ganan dinero. La muchacha entrevistadora gana dinero. Y sólo yo tengo molestias. Intenté telefonar a Paulo Francis y suspender. Pero, ¿cómo? Si soy, como todo el mundo, víctima del teléfono. O no daba línea, o daba y no establecía la

comunicación. Al final me resigné. Pero me voy a vengar, pensé, de un modo o de otro me voy a vengar.

Sólo que no pude ni tuve ganas. A la hora establecida, me entra por la puerta una muchacha linda y adorable, Cristina. Tiene una de esas caritas difíciles de retratar porque, a pesar de que los rasgos exteriores sean bonitos, lo que más importa son los interiores, la expresión. De inmediato establecimos un contacto fácil. Lo que la hizo informarme: también trabajaba para un periódico y sus compañeros, al saber que iba a entrevistarme, sintieron pena por ella. Dijeron que yo era *difícil*, que apenas hablaba. Cristina agregó: “Pero usted está hablando”.

—Sí, hablé —¿cómo resistir? Había comenzado el racionamiento de luz, y Cristina, para estar cerca de las dos velas que encendí, se sentó en la alfombra, y ya formaba parte de la casa.

Sus preguntas eran inteligentes y complicadas, casi todas sobre literatura. Dije: pero pensé que lo que le interesaría a la mujer de clase media sería si me gusta comer porotos con arroz. Respondió tranquila: “ya llegaremos ahí. Aquello era sólo el comienzo”.

Y me fui encantando con Cristina. Está de novia. Qué pena, pensé. Me gustaría que se quedara bien sentadita esperando durante muchos años que mis hijos crecieran para que uno de ellos se casara con ella. Pero ella no puede esperar, a mis hijos les está costando crecer. Me reconforta recomendarla como entrevistadora.

La entrevista comenzó con buen humor. Reímos varias veces. Una de las veces fue cuando preguntó qué pensaba yo de lo que había escrito el crítico Fausto Cunha. Había escrito —y no lo sabía— que Guimarães Rosa y yo no pasábamos de ser dos embustes. Di una carcajada hasta feliz. Respondí: no leí eso, pero una cosa es cierta: embustes no somos. Podían llamarnos de cualquier forma, pero embustes no. Vamos, Fausto Cunha. Usted, al que conocí en el casamiento de Marly de Oliveira, es incluso simpático, pero qué idea. Vea si piensa un poco más en el asunto. Creo que Guimarães Rosa también reiría.

Cristina me preguntó si yo era de izquierda. Respondí que desearía para el Brasil un régimen socialista. No copiado de Inglaterra, sino uno adaptado a nuestros moldes.

Me preguntó si me consideraba una escritora brasileña o simplemente una escritora. Respondí que, en primer lugar, por más femenina que fuera la mujer, ésta no era una escritora, y sí un escritor. El escritor no tiene sexo o, mejor, tiene los dos, en dosis bien diferentes, claro. Que yo me consideraba sólo escritor y no típicamente escritor brasileño. Argumentó: ¿ni Guimarães Rosa que escribe tan brasileño? Respondí que ni Guimarães Rosa: este era precisamente un escritor para cualquier país.

Cristina estaba con tos y yo también: un aspecto más de unión. La entrevista era entrecortada por accesos de tos, y hasta eso sirvió para romper la ceremonia. Además ninguna de las dos estaba tomando algún

jarabe, y por el mismo motivo: pereza.

Mi venganza se resumió en entrevistar también a Cristina. Le hice varias preguntas, a las cuales respondió con simplicidad e inteligencia. Bajo el pretexto de mostrarle retratos que habían hecho de mí, recorrí con ella casi todo el departamento: Cristina era una de las mías, y tenía el derecho a conocerme a través de mi casa. La casa es muy reveladora. Entró en uno de los cuartos donde uno de mis hijos estaba acostado leyendo a la luz de una vela. Él ni se incomodó, tan simple es la presencia de Cristina. Mi otro hijo iba al cine con un amigo. Y él, que está en la edad de mostrar que es independiente de la madre, tampoco se perturbó al darme un beso de despedida frente a la muchacha. A mi otro hijo no le importó interrumpirnos para pedir dinero para comprar *Manchete*: era el anochecer de un miércoles. Terminé tan a gusto que estiré las piernas encima de una mesa y fui descendiendo sofá abajo hasta estar casi acostada.

Cristina, tú representas lo mejor de la juventud brasileña. Da orgullo. Quiero que mis hijos un día lleguen a ser así.

Además, una pregunta que me hizo: si lo que más me importaba era la maternidad o la literatura. El modo inmediato de saber la respuesta fue preguntarme: si tuviera que elegir una de ellas, ¿qué elegiría? La respuesta era simple: desistiría de la literatura. No tengo dudas de que como madre soy más importante que como escritora.

Cristina me dijo: “El crimen no compensa. ¿La literatura compensa?” De ninguna manera. Escribir es uno de los modos de fracasar. Cristina se sorprendió, me preguntó por qué escribía entonces. Y no supe responder.

Lo gracioso es que la muchacha vino tan preparada para la entrevista que sabía más sobre mí que yo misma. Me preguntó por qué mis personajes femeninos están más delineados que los masculinos. En parte protesté. Tengo un personaje masculino que ocupa el libro entero, y que no podía ser más hombre de lo que era.

Cristina, tal vez un día yo te entreviste. Los estudiantes universitarios van a identificarse contigo y casi todos pensarán en casamiento. Que tu novio ande con cuidado. También tengo un amigo que, si te conociera, se enamoraría del modo más poético y real. Eres tan necesaria para el Brasil. Muchos jóvenes y muchachas como tú, y el Brasil iría para adelante.

Percibo que al final estoy teniendo mi venganza: la muchacha escribe sobre mí, pero yo voy y escribo sobre ella. Además, Cristina, ¿quieres ir a cenar conmigo una de estas noches? Sólo tienes que telefonar. Vas a casarte con un diplomático, pero esta será una cena no diplomática, en nuestro comedor diario probablemente, pues sigo olvidando comprar una campanita para llamar a la empleada y seguramente no podremos cenar en la sala. Además, una gran amiga dadivosa pero distraída dijo que tenía más de una campanita y que me daría una. ¿Dónde está? Me distraigo y no compro, ella se distrae y no me da.

Me preguntó qué pensaba de la literatura *comprometida*. Me pareció válida. Quiso saber si yo me comprometería. En verdad me siento comprometida. Todo lo que escribo está ligado, por lo menos dentro de mí, a la realidad en que vivimos. Es posible que este lado mío se fortifique más algún día. ¿O no? No sé nada. Ni sé si escribiré más. Es muy posible que no.

Me preguntó qué pensaba de la cultura popular. Dije que todavía no existe propiamente. Quiso saber si yo la consideraba importante. Dije que sí, pero que había algo mucho más importante aun: ofrecer oportunidad de tener comida a quien tiene hambre. A menos que la cultura popular lleve al pueblo a tomar conciencia de que el hambre da el derecho de reivindicar comida. Véase la nueva encíclica que habla del recurso extremo de rebelión en caso de tiranía.

Hasta pronto, Cristina, hasta nuestra cena. Parece que yo también te gusté a ti. Lo que es bueno. Pero no sé por qué, después de que leí la entrevista, salí tan vulgar. No me parece que yo sea vulgar. Y no tengo ojos azules.

1968

13 de enero

CALOR HUMANO

No, no estaba rojo. Era casi de noche y estaba todavía claro. Si por lo menos fuera rojo a la vista como lo era intrínsecamente. Pero era un calor de luz sin color, y detenida. No, la mujer no lograba transpirar. Estaba seca y límpida. Y allá fuera sólo volaban pájaros de plumas pajosas. Pero era un calor visible, si ella cerraba los ojos para no ver el calor, entonces venía la lenta alucinación simbolizándolo: veía grandes elefantes que se acercaban, elefantes dulces y pesados, de aspecto seco, aunque mojados en el interior de la carne por una insoportable ternura caliente; eran difíciles de cargarse a sí mismos, lo que los hacía lentos y pesados.

Todavía era temprano para encender las lámparas, lo que por lo menos precipitaría una noche. La noche que no venía, no venía, no venía, que era imposible. Y su amor que ahora era imposible —que era seco como la fiebre de quien no transpira, era amor sin opio ni morfina. Y “yo te amo” era una astilla que no se podía sacar con una pinza. Astilla incrustada en la parte más gruesa de la planta del pie.

Ah, y la falta de sed. Calor con sed sería soportable. Pero ah, la falta de sed. No había más que faltas y ausencias. Y ni siquiera las ganas. Sólo astillas sin puntas salientes por donde ser pinzadas y extirpadas. Sólo los dientes estaban húmedos. Dentro de una boca voraz y reseca los dientes húmedos pero duros —y sobre todo boca voraz de nada. Y la nada era caliente en aquel final de tarde eternizada.

Sus ojos abiertos y diamantes. En los tejados los gorriones secos. “Yo os amo, personas” era una frase imposible. La humanidad le era como una muerte eterna que sin embargo no tenía el alivio de morir por fin. Nada, nada moría en la tarde seca, nada se pudría. Y a las seis de la tarde era mediodía. Se hacía mediodía con un ruido atento de máquina de bomba de agua, bomba que trabajaba hacía tanto tiempo sin agua que se había convertido en hierro oxidado. Hacía dos días que faltaba agua en la ciudad. Nada nunca había sido tan despertado como su cuerpo sin transpiración y sus ojos diamantes, y de vibración detenida. ¿Y Dios? No. Ni siquiera la angustia. El pecho vacío, sin contracción. No había grito.

Mientras tanto era verano. Verano largo como un patio vacío en las vacaciones de la escuela. ¿Dolor? Ninguno. Ninguna señal de lágrima y ningún sudor. Ninguna sal. Sólo una dulzura pesada: como la del aspecto lento de los elefantes de cuero reseco. La escualidez límpida y caliente. ¿Pensar en su hombre? No, astilla en la planta del pie. ¿Hijos? Quince

hijos colgados, sin balancearse ante la ausencia de viento. Ah, si las manos comenzaran a humedecerse. Aunque hubiera agua, del odio no tomaría un baño. Del odio no había agua. Nada corría. La dificultad es una cosa detenida. Es una joya diamante. La cigarra de garganta seca no dejaba de murmurar. ¿Y Dios se licuó por fin en lluvia? No. Ni lo quiero. Por seco y calmo odio, quiero esto mismo, ese silencio hecho de calor que la ruda cigarra vuelve sensible. ¿Sensible? No se siente nada. Más que esta dura falta de opio que amenice. Quiero que esto que es intolerable continúe porque quiero la eternidad. Quiero esta espera continua como el canto enrojecido de la cigarra, pues todo eso es la muerte detenida, es la eternidad, es el celo sin deseo, los perros sin ladrar. Es en esta hora que el bien y el mal no existen. Es el perdón súbito, nosotros que nos alimentábamos del castigo. Ahora es la indiferencia de un perdón. No hay más juicio. No es el perdón después de un juicio. Es la ausencia de juez y de condenado. Y la muerte, que debía ser una única buena vez, no: está siendo sin parar. Y no llueve, no llueve. No existe menstruación. Los ovarios son dos perlas secas. Voy a deciros la verdad: por odio seco, lo que quiero es esto mismo, que no llueva.

Y precisamente entonces ella oye algo. Es algo también seco que la deja todavía más seca de atención. Es un rodar de trueno seco, sin ninguna saliva, que rueda pero ¿dónde? En el cielo absolutamente azul, ni una nube de amor. Debe de ser de muy lejos el trueno. Pero al mismo tiempo viene un aroma dulzón de elefantes grandes, y de jazmín de la casa de al lado. La India invadiendo, con sus mujeres dulzonas. Un aroma de claveles de cementerio. ¿Irá a cambiar todo tan de repente? Para quien no tenía ni noche ni lluvia ni podredumbre de madera en el agua, para quien no tenía más que perlas, va a venir la noche, va a venir la madera pudriéndose por fin, claveles vivos de lluvia en el cementerio, ¿lluvia que viene de Malasia? La urgencia es todavía inmóvil pero ya tiene un temblor adentro. Ella no percibe, la mujer, que el temblor es suyo, como no había percibido que aquello que la quemaba no era la tarde calurosa sino su calor humano. Ella sólo percibe que ahora algo va a cambiar, que lloverá o caerá la noche. Pero no soporta la espera de un pasaje, y antes de que la lluvia caiga, el diamante de los ojos se licúa en dos lágrimas. Y al final el cielo se ablanda.

20 de enero

INSOMNIO INFELIZ Y FELIZ

De repente los ojos bien abiertos. Y la oscuridad toda oscura. Debe de ser noche cerrada. Enciendo la luz de la cabecera y para mi desesperación son las dos de la mañana. Y la cabeza clara y lúcida. Ahora conseguiré a

alguien igual a quien pueda telefonar a las dos de la mañana y que no me maldiga. ¿Quién? ¿Quién sufre de insomnio? Y las horas no pasan. Salgo de la cama, bebo café. Y, además, encima con uno de esos horribles sustitutos del azúcar porque el Dr. José Carlos Cabral de Almeida, dietólogo, piensa que necesito perder los cuatro kilos que aumenté con la sobrealimentación después del incendio. ¿Y qué ocurre en la luz encendida de la sala? Se piensa en una oscuridad clara. No, no se piensa. Se siente. Se siente una cosa que sólo tiene un nombre: soledad. ¿Leer? Jamás. ¿Escribir? Jamás. Pasa un tiempo, se mira el reloj, quien sabe si son las cinco. Ni las cuatro llegaron. ¿Quién estará despierto ahora? Y no puedo pedir que me llamen en medio de la noche pues puedo estar durmiendo y no perdonar.

¿Tomar una píldora para dormir? Pero, ¿y el vicio que nos acecha? Nadie me perdonaría el vicio. Entonces me quedo sentada en la sala, sintiendo. Sintiendo ¿qué? La nada. Y el teléfono en la mano.

Pero cuántas veces el insomnio es un don. De repente despertar en medio de la noche y tener esa cosa rara: soledad. Casi ningún ruido. Sólo el de las olas del mar golpeando en la playa. Y bebo café con gusto, toda sola en el mundo. Nadie me interrumpe la nada. Es una nada a un mismo tiempo vacía y rica. Y el teléfono mudo, sin ese toque súbito que sobresalta. Después va amaneciendo. Las nubes aclarándose bajo un sol a veces pálido como una luna, a veces de fuego puro. Voy a la terraza y tal vez soy la primera del día en ver la espuma blanca del mar. El mar es mío, el sol es mío, la tierra es mía. Y me siento feliz por nada, por todo. Hasta que, como el sol que sube, la casa se va despertando y está el reencuentro con mis hijos soñolientos.

GRATITUD A LA MÁQUINA

Uso una máquina de escribir portátil Olympia que es bastante liviana para mi extraño hábito: el de escribir con la máquina en el regazo. Corre bien, corre suave. Ella me transmite, sin que yo tenga que enredarme en el enmarañado de mi letra. Por así decir, provoca mis sentimientos y pensamientos. Y me ayuda como una persona. Y no me siento mecanizada por usar máquina. Incluso parece captar sutilezas. Además de que, a través de ella, sale impreso de inmediato lo que escribo, lo que me vuelve más objetiva. El ruido bajo de su teclado acompaña discretamente la soledad de quien escribe. Me gustaría darle un regalo a mi máquina. Pero, ¿qué se puede dar a una cosa que modestamente se mantiene como cosa, sin la pretensión de volverse humana? Esa tendencia actual de elogiar a las personas diciendo que son “muy humanas” me está cansando. En general ese “humano” está queriendo decir “buenito”, “afable”, si no meloso. Y todo eso es lo que la máquina no tiene. Ni siquiera siento en ella

la voluntad de volverse un robot. Se mantiene en su función, y satisfecha. Lo que también me da satisfacción.

LA IRREALIDAD DEL REALISMO

Traduzco un fragmento de un artículo de Struthers Burt sobre la irrealidad del realismo.

“¿Existe eso como realismo en la escritura, o en otra especie de arte, y el realismo en el arte es posible? ¿No será la palabra ‘realismo’ en sí misma una contradicción cuando se aplica a cualquier forma de arte, cualquier forma de expresión humana consciente y controlada? Puede decirse también que esa palabra está en contradicción cuando se aplica en realidad a la supuesta descripción de hechos en una columna periodística o en un reportaje. ¿Qué es arte? ¿Será la expresión humana consciente, controlada y dirigida en todas sus miríadas de manifestaciones, en alto nivel o en bajo, en movimiento o detenido, con o sin valor, permanente o efímero? ¿Qué es el realismo?”

“Esta es una gran pregunta, porque lo que estamos preguntando es qué es la vida. Y habiéndolo decidido —lo que no logramos— estamos haciéndonos a nosotros mismos una pregunta igualmente grande. ¿Cuál es la relación entre el arte y la vida? ¿Cuál es la conexión?, ¿el cordón umbilical? ¿Y por qué el arte salta de la vida? ¿Y casi al mismo tiempo? ¿E inevitablemente? Porque nada está más claro, o más probado por la Historia y por la Antropología, que el hombre, apenas comienza a serlo, exhibe la urgencia de expresarse artísticamente. No estaba satisfecho con la forma de las cosas como eran, y comenzaba a moldearlas crudamente. Después de un tiempo —en el comparativamente pequeño espacio de algunas centenas o millares o millones de años— se hizo bastante bueno, comenzó a pintar en paredes, a excavar intrincados diseños en huesos.”

3 de febrero

QUE ME ENSEÑEN

Mi Dios, ¿y yo que no sé rezar? ¿Cómo vivir, entonces? No es sólo para pedir por mí y por otros, sino para sentir, para agradecer, para, de algún modo, entrar en un convento, justo yo que soy tan colérica y feroz.

Existe una vidente que me conoció de jovencita. Y ahora es ella quien me llama y no me cobra nada. A pesar de ser vidente es profundamente católica. Y ha ido a misa por mí. Gracias por rezar lo que yo no sé.

Oh, Dios, he sido muy herida. Pero cuánta gente tengo para agradecer. No cito los nombres sólo para no herir el pudor de quien citase.

He recibido miradas que valen por un rezo. Y hay quien ha hecho promesas por mí.

¿Y yo? Voy a intentar rezar ahora mismo, impúdicamente en público. Es así: Dios mío —no, es inútil, no lo consigo. Pero tal vez decir “Mi Dios” ya sea un rezo. Hay, sin embargo, un pedido que puedo hacer y haré ahora mismo. Dios, haz que los que amo no me sobrevivan, no toleraría la ausencia. Por lo menos pido eso.

10 de febrero

DIOS

Incluso para los no creyentes existe la pregunta dudosa: ¿y después de la muerte? Incluso para los no creyentes existe el momento de desesperación: que Dios me ayude. En este mismo instante estoy pidiendo que Dios me ayude. Lo estoy necesitando. Necesitando más que la fuerza humana. Y estoy necesitando mi propia fuerza. Soy fuerte pero también destructiva. Autodestructiva. Y quien es autodestructivo también destruye a los otros. Estoy hiriendo a mucha gente. Y Dios tiene que venir a mí, ya que yo no he ido a Él. Ven, Dios, ven. Aunque no lo merezca, ven. O tal vez los que menos merecen lo necesiten más. Sólo una cosa a favor de mí puedo decir: nunca herí a propósito. Y también me duele cuando me doy cuenta de que herí. Pero tengo tantos defectos. Soy inquieta, celosa, áspera, desesperanzada. Aunque tenga amor dentro de mí. Sólo que no sé usar el amor: a veces parecen espinas. Si tanto amor recibí dentro de mí y sigo inquieta e infeliz, es porque necesito que Dios venga. Ven antes de que sea demasiado tarde.

UN SUEÑO

Fue un sueño tan fuerte que por minutos creí en él como una realidad. Soñé que aquel día era Año Nuevo. Y cuando abrí los ojos llegué a decir: ¡Feliz Año Nuevo!

No entiendo de sueños. Pero este me parece un profundo deseo de cambio de vida. Ni siquiera necesita ser *feliz*. Alcanza con año nuevo. Y es tan difícil cambiar. A veces corre sangre.

UN POLLITO

Uno de mis hijos compró un pollito amarillo. Qué pena que da. Se siente en él la falta de madre. El susto de haber nacido de la nada. Y

ningún pensamiento, sólo sensaciones. ¿Será que va a crecer? Este parece que sí. Y sin embargo yo querría que no: ¿cómo tener en un apartamento un gallo o una gallina? ¿Matar y comer? Lo que se cría no se mata. Es sólo esperar y dar de comer, y darle amor a través del calor de las manos.

24 de febrero

SENTIRSE ÚTIL

Precisamente cuando yo atravesaba una fase de involuntaria meditación sobre la inutilidad de mi persona, recibí una carta firmada, pero sólo daré las iniciales: “Cada vez que me encuentro con la belleza de sus contribuciones literarias, veo aun más fortalecida mi intensa capacidad de amar, de darme a los otros, de existir para mi marido”. Firma H. M.

No me sentí contenta, H. M., de que hablaras de la belleza de mis contribuciones literarias. Primero porque la palabra *belleza* suena como adorno, y nunca me sentí tan despojada de la palabra *belleza*. La expresión “contribuciones literarias” tampoco me encantó, porque precisamente ando en una fase en que la palabra *literatura* me eriza el pelo como el de un gato. Pero, H. M., qué útil me haces sentir al decirme que tu capacidad intensa de amar se fortaleció aun más. ¿Entonces te di eso? Muchas gracias. Gracias también por la adolescente que fui y que deseaba ser útil a las personas, al Brasil, a la humanidad, y que no se avergonzaba de usar para sí misma palabras tan imponentes.

¿HERMÉTICA?

Gané el trofeo del niño 1967 con mi libro infantil *El misterio del conejo pensante*. Me puse contenta, claro. Pero mucho más contenta todavía al ser llamada escritora hermética. ¿Cómo es? ¿Cuando escribo para niños soy comprendida, pero cuando escribo para adultos me pongo *difícil*? ¿Debería escribir para los adultos con las palabras y los sentimientos adecuados para un niño? ¿No puedo hablar de igual a igual?

Pero, oh Dios, qué poca importancia tiene todo eso.

9 de marzo

EL MAYOR ELOGIO QUE RECIBÍ

Estaba en Nápoles caminando por la calle con mi marido. Y un hombre le dijo bien alto a otro, quería que yo lo escuchara: “Es con mujeres como ésta que contamos para reconstruir Italia”. No reconstruí Italia. Intenté reconstruir mi casa, reconstruir mis hijos y a mí. No lo logré. Sin embargo, el italiano no estaba haciendo un galanteo, hablaba en serio. Dios, hazme reconstruir por lo menos una flor. Ni siquiera una orquídea, una flor que se recoge en el campo. Sí, pero tengo un secreto: necesito reconstruir con una urgencia de las más urgentes, hoy mismo, ahora mismo, en este instante. No puedo decir qué es.

23 de marzo

¡HOLA, CHICO!

Oh, Chico Buarque, ¿pues no va que recibí una carta de una ciudad de Rio Grande do Sul, Santa María, con respecto a ti y a mí? Es lo siguiente: la muchacha me lee en un periódico de Porto Alegre. Y, muy joven, dice que siente gran afinidad conmigo, que yo escribo exactamente como ella siente. Pero que su mayor afinidad conmigo viene del hecho de que haya escrito sobre ti, Chico. Dice: “Yo, como tú, tengo una enorme inclinación por él. Creía que esta inclinación (que es motivo de burla para mis amigos) era un poco de infantilismo mío, tal vez una regresión a la infancia, pero leyendo tus notas descubrí que no, que la razón es justamente conforme a tus palabras: que él es altamente agradable y posee candor. Tú también tienes candor, que se percibe al leer una sola línea tuya”. Ella, Chico, no entendió que no eres mi ídolo: yo no tengo ídolos. Para mí eres un muchacho de oro, lleno de talento y bondad. Incluso soy simplemente feliz al escuchar quinientas veces seguidas *A Banda*, y un día de esos bailé con uno de mis hijos. Pero sólo eso, mi querido amigo. Y ella continúa así: “Para mí sería maravilloso tener un encuentro contigo y con Chico. Por eso te pido: si un día él aparece en tu casa, invítame —aun cuando yo viva lejos. Pues si tú y yo sentimos inclinación por él, y yo y él por ti, tal vez funcione”. Pero, oye, Chico, me imaginaste enviando un telegrama a Santa María: “Ven urgente Chico ven mañana a mi casa”. Ella tomando el avión y viniendo toda alborozada, y tú sonriendo, sonriendo. Mira, muchacha simpática, tu carta es un amor y estoy segura de que Chico gustaría de ti, es imposible que no. Pues si Chico tiene candor, y tú crees que yo también lo tengo, tú, amiguita mía, eres mil veces más cándida que nosotros. Te mando un beso y estoy segura de que Chico te manda otro beso —no, no te desmayes. Te voy a contar un secreto a propósito del beso. En un miércoles, a las 11 y 30 de la noche, le di un beso *hippie* en cada mejilla a Chico Buarque, en las dimensiones de 7 x 4 centímetros, con lápiz de labios color carmín. Se trata de una explicación

para que mi amigo Xiko Buark dé en casa.

MARÍA LLORANDO AL TELÉFONO

El teléfono suena aquí en casa, atiendo, una voz de mujer extrañísima pregunta por mí, y antes de que tome prevenciones para decir que es mi hermana la que habla, ella me dice: eres tú misma. La cuestión fue seguir siendo yo misma. Pero... ¿ella lloraba? ¿O qué? Pues la voz era claramente de llanto contenido. “Porque tú escribiste diciendo que no ibas a escribir más novelas.” “No te preocupes, mi bien, tal vez escriba unas dos o tres más, pero es necesario saber detenerse. ¿Qué has leído de mí?” “Casi todo, sólo faltan *La ciudad sitiada* y *La Legión extranjera*.” “No llores, ven a buscar aquí los dos libros.” “No, no voy, los voy a comprar.” “Es una tontería, te estoy ofreciendo gratis dos libros autografiados y además un cafecito o un whisky.” “Entonces puedes hacer algo por mí —autografía los dos libros y entrégalos a tu cuñado, diciendo que es para María.” “¿María qué?” “Sólo María.” “Está bien, pero no llores más y cuida de esa gripe.” Así es, Dios mío. Después, a través de mi cuñado, supe que se trata de una médica (ginecóloga) llamada Dra. María B. Que después me mandó las rosas más lindas del mundo, que mezclé con las rojo sangre mandadas por H. M. Mi casa está linda y perfumada, tengo el placer de haber hecho, con el auxilio de los otros y de mi amiga S. M., un verdadero hogar para mí y para mis hijos.

En cuanto a las rosas de H. M., que me telefoneó después para desearme que durmiera bien, vinieron con una nota muy bonita: “Aquí queda la casa de flores. Era sólo para confirmar que doña Clarice no está viajando. No, está aquí en casa. Gracias, dije rojo y apenas soportando tanto amor solo. (Es que había terminado de leer *La legión extranjera*.) Gracias, Clarice Lispector. De momento sólo necesito que tú me sobrevivas. Gracias también por mi convicción en cuanto a tu amor por las rosas. Te agradezco también la certeza que me vienes dando de que existo. Tanto, que puedo recordarte sin remordimiento por haber mentido en el teléfono. La necesidad de ofrecer rosas fue mía pero quiero que la alegría enterita sea tuya”.

Gracias, H. M. Mi alegría fue tan completa y tengo tanta confianza en la tuya, que voy a pedirte un favor: ando detrás de rosas blancas en pimpollo para regalar a una amiguita que nació hace unos días y cuyo nombre es Leticia, lo que quiere decir Alegría. Si supieras dónde se encuentran, llámame, te lo agradezco.

OTRA MARÍA, ESA INGENUA, Y CARLOTA

Es mi empleada. Me sirvió un cafecito y se quedó examinándome. Me

avergoncé porque en verano ando en casa descalza y con camisola corta de algodón no transparente. “Estoy demasiado cómoda, ¿no, María Carlota?” Y ella: “Todas las madame usan así. Trabajé en la casa de una madame que hasta recibía visitas de hombres en camisola”. “Bueno, pero esa no era una madame propiamente dicha, ¿no?” “¿Cómo, eh?” “Nada, María Carlota, disculpa, estaba diciendo tonterías.”

4 de mayo

LA MANSA ALEGRÍA (FRAGMENTO)

Pues la hora oscura, tal vez la más oscura, precedió a esa cosa que no quiero siquiera intentar definir. En pleno día era noche, y esa cosa que no quiero todavía intentar definir es una luz tranquila dentro de mí, y la llamarían alegría, mansa alegría. Estoy un poco desorientada como si me hubiese sido quitado un corazón y en su lugar estuviera ahora la ausencia súbita, una ausencia casi palpable de lo que antes era un órgano bañado de la oscuridad diurna del dolor. No siento nada. Pero es lo contrario a un sopor. Es un modo más leve y más silencioso de existir.

Pero también estoy inquieta. Estaba organizada para consolarme de la angustia y del dolor. ¿Pero cómo me consuelo de esta simple y tranquila alegría? Es que no estoy acostumbrada a no necesitar consuelo. La palabra consuelo apareció sin que la sintiera, y no me di cuenta, y cuando fui a buscarla, ella ya se había transformado en carne y espíritu, ya no existía más como pensamiento.

Voy entonces a la ventana, está lloviendo mucho. Por hábito estoy buscando en la lluvia lo que en otro momento me serviría de consuelo. Pero no tengo dolor para consolar.

Ah, lo sé. Ahora estoy buscando en la lluvia una alegría tan grande que se vuelva aguda, y que me ponga en contacto con una agudeza que se parezca a la agudeza del dolor. Pero la búsqueda es inútil. Estoy en la ventana y sólo ocurre esto: veo con ojos benéficos la lluvia, y la lluvia me ve de acuerdo conmigo. Estamos ocupadas ambas en fluir. ¿Cuánto me durará este estado? Percibo que, con esta pregunta, estoy palpando mi pulso para sentir dónde estará el dolorido palpitar de antes. Y veo que no está el palpitar del dolor. Sólo esto: llueve y estoy viendo la lluvia. Qué simplicidad. Nunca pensé que el mundo y yo llegaríamos a ese punto de maduración. La lluvia cae no porque me necesite, y yo miro la lluvia no porque la necesite. Pero estamos tan juntas como el agua de la lluvia está ligada a la lluvia. Y no estoy agradeciendo nada. No haber tomado, apenas después de nacer, involuntaria y forzadamente el camino que tomé —y habría sido siempre lo que realmente estoy siendo: una campesina que está en un campo donde llueve. Ni siquiera agradeciendo a Dios o a la

naturaleza. La lluvia tampoco agradece nada. No soy una cosa que agradece haberse transformado en otra. Soy una mujer, soy una persona, soy una atención, soy un cuerpo mirando por la ventana. Así como la lluvia no está agradecida por no ser una piedra. Ella es una lluvia. Tal vez sea eso que podría llamarse estar vivo. No más que eso, pero eso: vivo. Y sólo vivo es una mansa alegría.

LA VUELTA AL NATURAL (FRAGMENTO)

Pues en Río había un lugar con una chimenea. Y cuando ella percibió que, además del frío, llovía en los árboles, no pudo creer que le fuese dado tanto. El acuerdo del mundo con aquello que ella ni siquiera sabía que necesitaba como el hambre. Llovía, llovía. El fuego encendido parpadea hacia ella y hacia el hombre. Él, el hombre, se ocupa de lo que ella ni siquiera le agradece: atiza el fuego en la chimenea, lo que no es más que deber de nacimiento. Y ella —que siempre es inquieta, realizadora de cosas y experimentadora de curiosidades—, pues ella ni se acuerda siquiera de atizar el fuego: no es su papel, pues tiene a su hombre para eso. No siendo doncella, entonces que el hombre cumpla su misión. Lo más que hace es a veces instigarlo: “aquel leño”, le dice, “aquel todavía no prendió”. Y él, un instante antes de que ella terminara la frase que lo esclarecería, él, por sí mismo, ya había notado el leño, como hombre suyo que es, y ya está atizando el leño. No bajo su comando, que es la mujer de un hombre y que perdería su estado si le diera órdenes. La otra mano de él, la libre, está al alcance de ella. Ella lo sabe, y no la toma. Quiere la mano de él, sabe que la quiere, y no la toma. Tiene exactamente lo que necesita: poder tener.

Ah, ¡y decir que eso se va a acabar!, que por sí mismo no puede durar. No, ella no se está refiriendo al fuego, se refiere a lo que siente. Lo que siente nunca dura, lo que siente siempre se acaba, y puede no volver nunca más. Se encarniza entonces sobre el momento, la come el fuego, y el fuego dulce arde, arde, flamea. Entonces ella, que sabe que todo va a acabar, toma la mano libre del hombre y, al tomarla entre las suyas, arde dulce, arde, flamea.

18 de mayo

MIENTRAS USTEDES DUERMEN

Si ustedes supieran qué diferente está esta noche. Son las tres de la madrugada, tengo uno de mis insomnios. Bebí una taza de café, ya que en realidad no iba a dormir. Le puse demasiado azúcar y el café quedó horrible. Oigo el ruido de las olas del mar rompiéndose en la playa. Esta

noche está diferente porque, mientras duermen, estoy conversando con ustedes. Interrumpo, voy a la terraza, miro la calle y la franja de playa y el mar. Está oscuro. Tan oscuro. Pienso en personas que me gustan: todas están durmiendo o divirtiéndose. Es posible que algunas estén tomando whisky. Mi café entonces se transforma en más dulzón aun, en más imposible aun. Y la oscuridad se vuelve mayor. Estoy cayendo en una tristeza sin dolor. No es malo. Forma parte. Mañana probablemente tendré alguna alegría, también sin grandes éxtasis, sólo alegría, y eso tampoco es malo. Sí, pero no me está gustando mucho este pacto con la mediocridad de vivir.

25 de mayo

ESTRICTAMENTE FEMENINO

El día 17 de mayo, según el recorte que me dieron, hubo una referencia desagradable hacia mí, en el tópico *Las escritoras se reúnen hoy en Rio en Festival*. Dice *O Globo* que interrogada sobre la falta del nombre de Clarice Lispector, que no consta en la lista de las escritoras presentes en el festival, una de las asesoras de Irene Tavares de Sá respondió:

—Lamentamos que ella no esté presente, ya que habría sido un placer que estuviera con nosotras. Pero, cuando hubo una negativa a la primera invitación, pensamos que había sido un malentendido y resolvimos telefonar insistiendo en el comparecimiento de Clarice Lispector, pero ella se negó terminantemente, diciéndonos que de modo alguno deseaba participar del encuentro.

Tengo testigos de que se trata de una falsedad flagrante. Para comenzar, sólo me telefonaron una vez, y no dos como relataron. Sólo si telefonaron a un número donde alguien resolvió hacer una broma y decir que era yo.

Recibí una sola llamada y mi *respuesta literal* fue que “lamentaba no poder comparecer porque en esa fecha estaría fuera de Río”. Así que no se justifican las palabras *negó, terminantemente, de modo alguno*, etcétera.

Otro error de la nota: al dar la lista de las escritoras que comparecerían al Festival citaron el nombre de Marly de Oliveira. Bueno, esta gran poeta y amiga mía desde quince días antes del Festival se encuentra en Buenos Aires, y vivirá allá algunos años. Recomiendo, pues, un poco más de cuidado a las asesoras de doña Irene. Esta es la satisfacción que le debo a mi público.

8 de junio

DEMASIADA MUJER

Una vez me ofrecieron hacer una crónica de comentarios sobre acontecimientos, sólo que esa crónica se haría para mujeres y dirigidas a ellas. La propuesta terminó en nada, felizmente. Digo felizmente porque sospecho que la columna iba a derivar hacia asuntos estrictamente femeninos, en la extensión en que generalmente es tomado lo *femenino* por los hombres e incluso por las mismas humildes mujeres: como si la mujer formara parte de una comunidad cerrada, aparte y, de cierto modo, segregada. Pero mi desconfianza venía de acordarme del día en que una joven vino a entrevistarme sobre literatura y, juro que no sé cómo, terminamos conversando sobre la mejor marca de delineador líquido para el maquillaje de los ojos. Y parece que la culpa fue mía. El maquillaje de los ojos también es importante, pero yo no pretendía invadir las secciones especializadas, por bueno que sea conversar sobre modas y sobre nuestra preciosa belleza fugaz.

13 de julio

CEREBRO ELECTRÓNICO: LO QUE SÉ ES QUE ES TAN POCO

Decididamente necesito ir al médico y pedir un remedio contra la falta de memoria. O, mejor, una amiga ya me dio dos frascos de unas píldoras rojas contra la falta de memoria pero precisamente es mi falta de memoria la que me hace olvidar de tomarlas. Eso parece la vieja anécdota, pero es la verdad.

Todo esto viene a propósito de que simplemente no me acuerdo de quién me explicó sobre el cerebro electrónico. Y más: tengo en las manos ahora mismo una cinta de papel llena de agujeritos rectangulares y esa cinta es exactamente la de la memoria del cerebro electrónico. Cerebro electrónico: la máquina computadora ahorra gente. Los datos de las personas y de los hechos son *registrados* en el lenguaje de la computadora (perforaciones en tarjetas o cintas). De ahí van a la *memoria*: que es otro órgano computador (otra máquina) donde los datos quedan guardados hasta que se piden.

Partiendo de este principio, llegamos al definidor electrónico: a partir de un dibujo hecho en un papel *magnético*, la máquina (o el *cerebro*) puede reproducir el dibujo en materia. Esto es: entra el dibujo y sale el objeto (cibernética, etc.) Existe la experiencia plástica, visual y también literaria de la *reproducción* (número y calidad). La sensación es de apoyo para el hombre. Compensación del error. Existe la posibilidad de que uno lidie con

una máquina y sus sensores tal como nos gustaría lidiar con nuestro cerebro (y nuestros sensores), fuera de nosotros mismos y en una función perfecta.

Bien. Acabo de decir todo, pero todo lo que sé, respecto del cerebro electrónico. Incluso debo de haber cometido varios errores, sin hablar de las lagunas que, si se llenaran, esclarecerían mejor todo el problema.

Pido a quien corresponda que me escriba explicando mejor el cerebro electrónico en funcionamiento. Pero le pido que use términos tan *legos* como sea posible, no sólo para que los entienda yo, sino también para que pueda transmitirlos con relativo éxito a mis lectores.

Cuando pienso que llegué a hablar del misterio —que sigue siendo un misterio— del cerebro electrónico, sólo puedo decir como decía la gente allá en Recife: ¡Virgen Santa!...

Pero el amor es más misterioso que el cerebro electrónico y sin embargo ya osé hablar de amor. Es tímidamente, es audazmente, que oso hablar sobre el mundo.

20 de julio

EN BUSCA DEL OTRO

No es en vano que entiendo a los que buscan un camino. ¡Qué arduamente busqué el mío! Y cómo busco hoy con ansia y aspereza mi mejor modo de ser, mi atajo, ya que no me atrevo a hablar más de camino. Yo, que lo había querido. El Camino, con mayúscula, hoy me aferró ferozmente a la búsqueda de un modo de andar, de un paso seguro. Pero el atajo con sombras refrescantes y reflejo de luz entre los árboles, el atajo donde yo sea finalmente yo, no lo encontré. Pero algo sé: mi camino no soy yo, es otro, es los otros. Cuando pueda sentir plenamente al otro estaré salvada y pensaré: he aquí mi puerto de llegada.

7 de septiembre

MISTERIO

Cuando comencé a escribir, ¿qué deseaba alcanzar? Quería escribir algo que fuera tranquilo y sin modas, algo como el recuerdo de un alto monumento que parece más alto porque es recuerdo. Pero quería, de paso, haber tocado realmente el monumento. Sinceramente no sé qué simbolizaba para mí la palabra *monumento*. Y terminé escribiendo cosas completamente diferentes.

14 de septiembre

ESCRIBIR

Dije una vez que escribir es una maldición. No me acuerdo exactamente de por qué lo dije, y con sinceridad. Hoy repito: es una maldición, pero una maldición que salva.

No me estoy refiriendo del todo a escribir para el periódico. Sino escribir aquello que eventualmente puede transformarse en un cuento o en una novela. Es una maldición porque obliga y arrastra como un vicio penoso del cual es casi imposible librarse, pues nada lo sustituye. Y es una salvación.

Salva al alma presa, salva a la persona que se siente inútil, salva el día que se vive y que nunca se entiende a menos que se escriba. Escribir es intentar entender, es intentar reproducir lo irreproducible, es sentir hasta el último momento el sentimiento que permanecería apenas vago y sofocante. Escribir es también bendecir una vida que no fue bendecida.

Qué pena que sólo sé escribir cuando espontáneamente viene la "cosa". Quedo, así, a merced del tiempo. Y, entre un verdadero escribir y otro, pueden pasar años.

Recuerdo ahora con nostalgia el dolor de escribir libros.

21 de septiembre

FERNANDO PESSOA AYUDÁNDOME

Noto algo extremadamente desagradable. Estas cosas que estoy escribiendo aquí no son, creo, propiamente crónicas, pero ahora entiendo a nuestros mejores cronistas. Porque ellos firman, no logran evitar revelarse. Hasta cierto punto nos conocemos íntimamente. Y en cuanto a mí, esto me desagrada. En la literatura de libros permanezco anónima y discreta. En esta columna de algún modo estoy dándome a conocer. ¿Pierdo mi intimidad secreta? Pero, ¿qué hacer? Es que escribo al correr de la máquina y, cuando veo, revelé cierta parte mía. Creo que si escribiera sobre el problema de la superproducción de café en el Brasil terminaría siendo personal. ¿Seré popular en breve? Eso me asusta. Voy a ver qué puedo hacer, si es que puedo. Lo que me consuela es la frase de Fernando Pessoa, que leí citada: "Hablar es el modo más simple de volvernos desconocidos".

28 de septiembre

EL HAMBRE

Mi Dios, hasta qué punto voy a permanecer en la miseria de la necesidad: cambiaría una eternidad posterior a la muerte por la eternidad mientras estoy viva.

MISTERIOS DE UN SUEÑO

Estoy durmiendo. Y aunque parezca una contradicción, suavemente de repente el placer de estar durmiendo me despierta con un sobresalto también suave. Estoy despierta y todavía siento el gusto de aquella zona rural donde subterráneamente de mis raíces yo extendía los tentáculos de un sueño.

SEGUIR LA FUERZA MAYOR

Es determinismo, sí. Pero es siguiendo el propio determinismo que se es libre. Prisión sería seguir un destino que no fuera el propio. Hay una gran libertad en tener un destino. Ese es nuestro libre albedrío.

SÓLO COMO PROCESO

Juzgar de acuerdo con el bien y con el mal es el único método de vivir. Pero no olvidar que se trata sólo de una receta y de un proceso. De modo tal de no perderse en la verdad, que ésta no tiene ni bien ni mal.

12 de octubre

FIDELIDAD

En cuanto a mí, sigo leyendo a Monteiro Lobato. Él dio iluminación de alegría a mucha infancia infeliz. En los momentos difíciles de ahora, siento un desamparo infantil, y Monteiro Lobato me trae luz.

ESTILO

Como una forma de depuración, siempre quise escribir algún día sin siquiera mi estilo natural. El estilo, incluso propio, es un obstáculo que debe ser superado. Yo no quería mi modo de decir. Sólo quería decir. Dios

mío, apenas quería decir.

Y lo que escribiera sería el destino humano en su punzada mortal. La punzada de ser esplendor, miseria y muerte. La humillación y la podredumbre perdonadas porque forman parte de la carne fatal del hombre y de su modo equivocado en la tierra. Lo que escribiera sería el placer dentro de la miseria. Es mi deuda de alegría para un mundo que no me es fácil.

DELICADEZA

No todo lo que escribo da como resultado una realización, resulta más una tentativa. Lo que también es un placer. Pues no todo quiero abarcar. A veces quiero sólo tocar. Después lo que toco a veces florece y los otros pueden tomarlo con las dos manos.

AMOR POR ÉL

A través de mis graves errores —que un día tal vez pueda mencionar sin vanagloriarme de ellos— llegué a poder amar. Hasta esta glorificación: amo la Nada. La conciencia de mi permanente caída me lleva al amor por la Nada. Y de esta caída comienzo a hacer mi vida. Con piedras rotas levanto el horror, y con horror amo. No sé qué hacer de mí, ya nacida, sino esto: Tú, Dios, que amo como quien cae en la nada.

MADRE GENTIL

Durante un tiempo mis hijos estuvieron descubriéndome. Quiero decir como persona, pues como madre me habían descubierto desde que nacieron, así como yo los descubrí incluso antes de que ellos nacieran. Fue tan curioso cómo, en el descubrimiento, además de madre, me consideraban una persona con quien conversar. Cuando iba a cepillarme el cabello en el espejo del baño, me seguían para continuar la conversación. Uno de ellos sospechó lo que estaba ocurriendo y me preguntó con franqueza: ¿no te estarás volviendo interesante para nosotros? Respondí que no, que eran ellos los que estaban interesados en mí. Me hacían preguntas, respondía lo que podía. Uno de ellos un día me pidió: dame el nombre de algunos escritores profundos que querría leer. Ah, ¿entonces él ya estaba sintiendo necesidad? Me puse contenta, y más contenta aun de darle nombres de escritores brasileños profundos. Estuvo leyendo unos cuentos de Chéjov y le gustaron. El libro era *Cuentos de la Vieja Rusia*, que recomiendo a los lectores. Es un libro de bolsillo.

HAZ DE CUENTA

Haz de cuenta que ella era una princesa que vendría, azul por el crepúsculo, haz de cuenta que la infancia era hoy y plateada de juguetes, haz de cuenta que no se había abierto una vena y haz de cuenta que la sangre escarlata no estaba goteando en el silencio blanco y que ella no estaría pálida de muerte, estaba pálida de muerte pero eso hacía de cuenta que lo estaba de verdad, en medio del hacer cuenta necesitaba decir la verdad de piedra opaca para que contrastara con el hacer de cuenta verde centelleante de ojos que ven, haz de cuenta que ella amaba y era amada, haz de cuenta que no necesitaba morir de nostalgia, haz de cuenta que estaba acostada en la palma transparente de la mano de Dios, haz de cuenta que vivía y no que estaba muriendo pues vivir al final no era más que acercarse cada vez más a la muerte, haz de cuenta que ella no se quedaba de brazos caídos cuando los hilos de oro que hilaba se enredaban y no sabía deshacer el fino hilo frío, haz de cuenta que era lo bastante sabia como para deshacer los nudos de marinero que le ataban las muñecas, haz de cuenta que tenía un cesto de perlas sólo para mirar el color de la luna, haz de cuenta que ella cerraría los ojos y los seres amados surgirían cuando abriera los ojos húmedos de la gratitud más límpida, haz de cuenta que todo lo que tenía no era de hacer-de-cuenta, haz de cuenta que se le había relajado el pecho y la luz dorada la guiaba por el bosque de embalses y tranquilidades, haz de cuenta que ella no era lunar, haz de cuenta que ella no estaba llorando.

“SE NECESITA”

Siendo este un periódico por excelencia, y por excelencia de los *se necesita* y *se ofrece*, voy a poner un anuncio en negritas: se necesita de alguien hombre o mujer que ayude a una persona a estar contenta porque ésta está tan contenta que no puede quedarse sola con la alegría, y necesita repartirla. Se paga extraordinariamente bien: minuto a minuto se paga con la propia alegría. Es urgente pues la alegría de esta persona es efímera como estrellas fugaces, que hasta parece que sólo se las vio después de que cayeron; se necesita urgente antes de que caiga la noche porque la noche es muy peligrosa y ninguna ayuda es posible y se hace demasiado tarde. Esta persona que atiende el anuncio sólo tiene descanso después de que pasa el horror del domingo que hierde. No hace daño que venga una persona triste porque la alegría que se da es tan grande que se tiene que repartir antes de que se transforme en drama. También se implora que venga, se implora con la humildad de la alegría sin motivo. A cambio se ofrece también una casa con todas las luces encendidas como

en una fiesta de bailarines. Se da el derecho a disponer de la despensa y de la cocina, y de la sala de estar. P.S. No se necesita práctica. Y se pide disculpas por estar en un anuncio que lastima a los otros. Pero juro que hay en mi rostro serio una alegría hasta incluso divina para dar.

SÃO PAULO

De São Paulo recibí una carta de Fernanda Montenegro. La llamé por teléfono pidiendo permiso para publicarla. Me fue dado:

“Clarice

es con emoción que te escribo pues todo lo que propones tiene siempre esa explosión dolorosa. Es una angustia terriblemente femenina, dolorosa, ahogada, educada, desesperada y recatada.

Al leer mi nombre, escrito por ti, recibí un *shock* no por vanidad sino por comunión. Estoy muy deprimida, lo que no es común. Actualmente en São Paulo se manifiesta con un arma en el bolsillo. La policía en las puertas de los teatros. Llamadas telefónicas amenazan el terror para cada uno de nosotros y en nuestras casas de gente de teatro. Es nuestro mundo. ¿Y nuestro mundo, Clarice?

No este, por las circunstancias obligatoriamente político, polémico, contundente. Sino aquel mundo del que nos habla Chéjov: ¿dónde reposaremos, dónde nos relajaremos? Ay, Clarice, nuestra generación no lo verá. Cuando yo tenía quince años pensaba alucinadamente que mi generación desharía el nudo. Nuestra generación falló, en una melancolía de ‘canción sin palabras’, tan común en el siglo XIX. El amor en el siglo XXI es la justicia social. Y que Cristo nos entienda.

Estamos aprendiendo la siguiente lección: amor es tener. En la miseria no está la salvación.

Quien no tiene, no da. Quien tiene hambre no tiene dignidad (Brecht). Clarice, pido disculpas por todo este palabrerío. Pero déjame mantener contigo esta sintonía dolorosa de los que perciben algunos mundos, no sólo este o aquel, sino incluso aquel otro, aunque linealmente —como es el caso.

Nuestra generación sufre de la frustración del reposo. ¿Es eso, Clarice? La lucha que hagamos, no la haremos para nosotros. Y sentimos una pena enorme por nosotros a causa de eso. Es así que explico para mí estas frases que pones en tu artículo: ‘Yo, que pude mentir. Y con eso estoy diciendo una verdad. Pero mentir ya no era atemporal. Engaño a quien debo engañar y, como sé que estoy engañando, digo por dentro duras verdades’. La lucha, a la que me refiero más arriba, sería aquella lucha bíblica, la gran lucha, la que engloba todo.

Volviendo a las ‘duras verdades’ de las que hablas: en mi profesión el engaño es mi verdad. Es eso mismo, Clarice, como profesión. Pero en mi intimidad particular siento, sin engaños, que nuestra generación está comenzando a comulgar con la cucaracha. Nuestra cucaracha (Fernanda se refiere a un libro mío). Nosotras sabemos lo que significa esta comunión, Clarice. Juro que no voy a apartarla de mí, a la cucaracha. Lo haré. Necesito ya orgánicamente hacerlo. Dame la calma y la luz de un momento de reposo interior, sólo un momento.

Con intensa conmoción.

Fernanda”

9 de noviembre

FRAGMENTO

Sobre un personaje que una vez comencé a describir y que al final ni siquiera llegué a dejarlo formar parte de una novela: “Lo que él era realmente y profundamente, no era visible ni perceptible. Lo que él era existía así como una playa en Asia que en este mismo momento en que estáis aquí, la playa está allá. El mismo, a pesar de no poder negarse, sin embargo no se probaba ni a sí ni a los otros. Lo que él era realmente no era pasible de prueba. El único modo de saber de su vida más real y más profunda sería creer: admitir por un acto de fe esa cosa de la que jamás probablemente tendrían la certeza, más que creyendo”.

EL SUEÑO

No entiendo de sueños, pero una vez anoté uno que, aun sin entenderlo, me parecía que quería decirme algo.

Como yo había cerrado la puerta al salir, al volver ésta se había pegado a las paredes y ya estaba incluso con los contornos borrados. Entre buscarla tanteando las paredes sin marcas o cavar otra entrada, me pareció menos trabajoso cavar. Fue lo que hice, procurando abrir un pasaje. Sin embargo, apenas fue rajada la primera abertura, noté que por allí nunca había entrado nadie. Era la primera puerta de alguien. Y, aunque esa estrecha entrada fuera en la misma casa, vi la casa como no la conocía antes. Y mi cuarto era como el interior de un cubo. Sólo ahora notaba que antes había vivido dentro de un cubo.

Me desperté, entonces, toda bañada en sudor pues había sido una pesadilla, a pesar de la aparente tranquilidad de los acontecimientos en el sueño. No sé qué simbolizaba. Pero “una primera puerta de alguien” es algo que me atemoriza y me fascina al punto tal de por sí solo constituir

una pesadilla.

UN CUENTO SE HACE MINUCIOSAMENTE

“...y esta historia sólo no es rápida porque las palabras no son rápidas. Se trata de una persona. Vivía en un cuarto alquilado en la casa de una familia. Era una familia ocupada, enredada en sus innumerables deberes y tenían poco conocimiento de la mujer del cuarto alquilado. A veces el padre o uno de los hijos pasaba para el baño y había un corto intercambio de frases. Después de algún tiempo ni siquiera esa conversación se hacía más que como un murmullo, y después se incorporó al silencio. En cuanto a la persona, era una mujer de mediana edad. Se trataba de una persona cuidadosa con sus pertenencias, celosa de la propia limpieza. Su cuarto, además, la reflejaba bastante: estaba limpio y casi vacío. Pues fue esa mujer —inclasificable a menos que se bajara con interés a las profundidades de su pensamiento, lo que no le ocurriría a nadie, tan poco interesante era—, pues esa mujer vivió silenciosamente una aventura. Y por más extraño que parezca, una aventura espiritual...”

Simplemente no me acuerdo de qué historia pretendía contar al escribir esas líneas. Sé que eran para un cuento, pero ¿qué aventura espiritual sería? No me acuerdo más, y dejo a los lectores menos experimentados, que escriben todavía como ejercicio, el trabajo de continuar... Sólo henchí una vela y ésta se hace a la mar. Pero ¿y el rumbo? Perdí la brújula.

16 de noviembre

PROFUNDIZACIÓN DE LAS HORAS

No puedo escribir mientras estoy ansiosa o espero soluciones a problemas porque en esas situaciones hago todo para que pasen las horas —y escribir, por el contrario, profundiza y alarga el tiempo. Si bien últimamente, por gran necesidad, aprendí una manera de ocuparme escribiendo, precisamente para ver si las horas pasan.

23 de noviembre

LA PERFECCIÓN

Lo que me tranquiliza es que todo lo que existe, existe con una

precisión absoluta. Lo que sea del tamaño de una cabeza de alfiler no excede ni una fracción de milímetro más el tamaño de una cabeza de alfiler. Todo lo que existe es de gran exactitud. La pena es que la mayor parte de lo que existe con esa exactitud nos es técnicamente invisible. Lo bueno es que la verdad llega a nosotros como un sentido secreto de las cosas. Terminamos adivinando, confusos, la perfección.

30 de noviembre

UN DIÁLOGO

Cuando estudié francés me habría divertido mucho más si mi libro escolar hubiera sido como ese que vi. Y que contiene el diálogo entre el padre-perro y el hijo-perro. Padre-perro: “¿Has estudiado mucho?” Hijo-perro: “Sí”. Padre-perro: “¿Matemática?” Hijo-perro: “No”. Padre-perro: “¿Ciencias?” Hijo-perro: “No”. Padre-perro: “¿Geografía o Filosofía o Historia?” Hijo-perro: “No”. Padre-perro: “Por fin, ¿qué has estudiado?” Hijo-perro: “Lenguas extranjeras”. Padre-perro: “¿Y qué aprendiste en lenguas extranjeras?” Hijo-perro: “Miau”.

CONVERSACIÓN TELEFÓNICA

Una gran amiga mía se tomó el trabajo de ir anotando en una hoja de papel lo que yo le decía en una conversación telefónica. Después me dio la hoja y yo me extrañé, reconociéndome al mismo tiempo. Estaba escrito: “A veces tengo la sensación de que estoy buscando a ciegas algo; quiero continuar, me siento obligada a continuar. Siento hasta un cierto valor en hacerlo. Mi temor es que sea todo muy nuevo para mí, que tal vez pueda encontrar lo que no quiero. Tendría el coraje, pero el precio es muy alto, el precio es muy caro, y yo estoy cansada. Siempre pagué y de repente no quiero más. Siento que tengo que ir para un lado o para otro. O hacia un renunciamiento: llevar una vida más humilde de espíritu, o si no, no sé en qué ramo el renunciamiento, no sé en qué lugar encontrar la tarea, la dulzura, la cosa. Estoy viciada de vivir en esta intensidad extrema. La hora de escribir es el reflejo de una situación toda mía. Es cuando siento el mayor desamparo”

21 de diciembre

ANUNCIACIÓN

Tengo en casa una pintura del italiano Savelli —después comprendí muy bien cuando supe que había sido invitado a hacer vitrales en el Vaticano.

Por más que mire el cuadro no me canso de él. Por el contrario, me renueva.

En él, María está sentada cerca de una ventana y se ve por el volumen de su vientre que está embarazada. El arcángel, de pie a su lado, la mira. Y ella, como si apenas soportara lo que ha sido anunciado como su destino y destino para la humanidad futura a través de ella, María se aprieta la garganta con la mano, con sorpresa y angustia.

El ángel, que vino por la ventana, es casi humano: sólo sus largas alas recuerdan que puede trasladarse sin los pies. Las alas son muy humanas, carnosas, y su rostro es el rostro de un hombre.

Es la más bella y mortificante verdad del mundo.

Cada ser humano recibe la anunciación: y, embarazado de alma, se lleva la mano a la garganta con susto y angustia. Como si hubiera para cada uno, en algún momento de la vida, la anunciación de que hay una misión que cumplir.

La misión no es leve: cada hombre es responsable por el mundo entero.

LA VIRGEN EN TODAS LAS MUJERES

Toda mujer, al saber que está embarazada, se lleva la mano a la garganta: sabe que dará a luz un ser que seguirá forzosamente el camino de Cristo, cayendo en su camino muchas veces bajo el peso de la cruz. No hay cómo escapar.

ÉL SERÍA ALEGRE

Cristo sería alegre si no necesitara mostrar al mundo el dolor del mundo: como hombre era un ser perfecto y por eso tendría alegrías perfectas.

LA HUMILDAD DE SAN JOSÉ

San José es el símbolo de la humildad. Sabía que no era el padre del Niño y cuidaba a la virgen embarazada como si él la hubiese fecundado.

San José es la bondad humana. Es el autoborramiento en el gran momento histórico. Él es lo que vela por la humanidad.

1969

4 de enero

CONDICIÓN HUMANA

Mi condición es muy pequeña. Me siento constreñida. Al punto de que sería inútil tener más libertad: mi pequeña condición no me dejaría hacer uso de la libertad. Mientras que la condición del universo es tan grande que no se llama condición. Mi descompás con el mundo llega a ser cómico de tan grande. No logro concertar el paso con él. Ya intenté ponerme a la par del mundo, y sólo fue gracioso: una de mis piernas siempre demasiado corta. La paradoja es que mi condición de coja es también alegre porque forma parte de esa condición. Pero si me pongo seria y quiero caminar bien con el mundo, entonces me despedazo y me espanto. Aun entonces, de repente, río con una risa amarga que sólo no es un mal porque pertenece a mi condición. La condición no se cura, pero el miedo a la condición es curable.

11 de enero

LÚCIO CARDOSO

Lúcio, te extraño, el corcel de fuego que eras, sin límite para tu galope.

Nostalgia siento siempre. Pero nostalgia tristísima, dos veces.

La primera cuando repentinamente enfermaste, en plena vida, tú que eras la vida. No murió de la enfermedad. Continuó viviendo, pero era un hombre que no escribía más, él, que hasta entonces había escrito por una eterna compulsión gloriosa. Y después de la enfermedad no hablaba más, él, que me había dicho las cosas más inspiradas que oídos humanos podrían oír. Y había quedado con el lado derecho todo paralizado. Más tarde usó la mano izquierda para pintar: el poder creativo en él no había cesado.

Mudo o gruñendo, sólo los ojos se estrellaban, ellos, que siempre habían resplandecido con un brillo intenso, fascinante y un poco diabólico.

De su enfermedad quedaría también la sonrisa: ese hombre que le sonreía a aquello que lo mataba. Fue hombre de arriesgarse y de pagar el alto precio del juego. Pasó a transportar a las telas, con la mano izquierda (que, sin embargo, era incapaz de escribir, sólo de pintar) transparencias y

luces que antes parecía no haber conocido y haber sido iluminado por ellas: tengo un cuadro, de antes de la enfermedad, que es casi totalmente negro. La luz le había llegado después de las tinieblas de la enfermedad.

La segunda nostalgia fue ya cerca del fin.

Algunas personas amigas de él estaban en la antesala de su cuarto en el hospital y la mayoría no se sintió con fuerzas para sufrir aún más al verlo inmóvil, en estado de coma.

Entré al cuarto y vi el Cristo muerto. Su rostro estaba verdoso como un personaje de El Greco. La Belleza estaba en sus trazos.

Antes, mudo, por lo menos me oía. Y ahora no oiría aunque le gritara que había sido la persona más importante de mi vida durante mi adolescencia. En aquella época él me enseñaba cómo se conoce a las personas detrás de las máscaras, enseñaba el mejor modo de mirar la luna. Fue Lúcio el que me transformó en “minera”: gané el diploma y conozco los modismos que amo en los mineros.

No fui al velorio, ni al entierro, ni a la misa porque dentro de mí había demasiado silencio. En aquellos días estaba sola, no podía ver gente: había visto a la muerte.

Me estoy acordando de cosas. Mezclo todo. Ahora lo oigo asegurarme que no tenga miedo del futuro porque soy un ser con la llama de la vida. Él me enseñó lo que es tener llama de vida. Ahora nos veo alegres en la calle comiendo pororó. Ahora lo veo encontrándose conmigo en la ABBR, donde yo recuperaba los movimientos de mi mano quemada y donde Lúcio, Pedro y Miriam Bloch lo llamaban a la vida. En la ABBR caímos uno en los brazos del otro.

Lúcio y yo siempre nos aceptamos: él con su vida misteriosa y secreta, yo con lo que él llamaba “vida apasionante”. En tantas cosas éramos tan fantásticos que, si no hubiera existido la imposibilidad, quién sabe nos habríamos casado.

Helena Cardoso, tú que eres una escritora fina y que sabe tomar un ala de mariposa sin romperla, tú que eres hermana de Lúcio para siempre, ¿por qué no escribes un libro sobre Lúcio? Contarías sus ansias y alegrías, sus angustias profundas, su lucha con Dios, sus fugas hacia lo humano, hacia los caminos del Bien y del Mal. Tú, Helena, sufriste con Lúcio y por eso mismo más lo amaste.

Mientras escribo levanto de vez en cuando los ojos y contemplo la cajita de música antigua que Lúcio me regaló: tocaba como en clave *Pour Élise*. Tanto la oí, que el resorte se partió. ¿La cajita de música está muda? No. Así como Lúcio no está muerto dentro de mí.

1° de febrero

DULZURA DE LA TIERRA

No sé si muchos hicieron este descubrimiento —sé que yo lo hice. También sé que *descubrir la tierra* es un lugar común que hace mucho se separó de lo que expresa. Pero todo hombre en algún momento debería redescubrir la sensación que está debajo de *descubrir la tierra*.

A mí me ocurrió en Italia, durante un viaje en tren. No es necesario que sea Italia. Podría ser en Jacarepaguá. Pero era Italia. El tren avanzaba y, después de una noche mal dormida en compañía de una sueca que sólo hablaba sueco, después de una taza de café ordinario con olor a estación ferroviaria, he ahí la tierra a través de los vidrios. La dulzura de la tierra italiana. Era a comienzos de primavera, mes de marzo. Tampoco sería necesario que fuera primavera. Necesita ser sólo tierra. Y en cuanto a ésta, todos la tienen bajo los pies. Era tan extraño sentirse vivir sobre una cosa viva. Los franceses, cuando están nerviosos, dicen que están *sur le quivive*. Nosotros estamos perpetuamente sobre lo que vivir.

Y a la tierra retornaremos. Ah, por qué no nos dejaron descubrir solos que a la tierra retornaremos: fuimos avisados antes de descubrir. Con gran esfuerzo de recreación descubrí que: a la tierra retornaremos. No era triste, era excitante. De sólo pensarlo, ya me sentía rodeada de ese silencio de la tierra. De ese silencio que prevemos y que procuramos antes de que el tiempo lo concrete.

De algún modo todo está hecho de tierra. Un material precioso. Su abundancia no lo vuelve menos raro de sentir —tan difícil es sentir realmente que todo está hecho de tierra. Qué unidad. ¿Y por qué no también el espíritu? Mi espíritu está tejido por la tierra más fina. ¿La flor no está hecha de tierra?

Y por el hecho de que todo esté hecho de tierra, qué gran futuro inagotable tenemos. Un futuro impersonal que nos excede. Así como la raza nos excede.

Qué don nos hace la tierra separándonos en personas, que don nosotros le hacemos no siendo más que: tierra. Somos inmortales. Y yo estoy emocionada y cívica.

NO ENTENDER

No entiendo. Esto es tan vasto que supera cualquier entender. Entender es siempre limitado. Pero no entender puede no tener fronteras. Siento que soy mucho más completa cuando no entiendo. No entender, del modo en que lo digo, es un don. No entender, pero no como un simple de espíritu. Lo bueno es ser inteligente y no entender. Es una bendición extraña, como tener locura sin ser demente. Es un manso desinterés, es una dulzura de estupidez. Sólo que de vez en cuando viene la inquietud: quiero entender un poco. No demasiado: pero por lo menos entender que

no entiendo.

8 de febrero

ALCEU AMOROSO LIMA (I)

—*Dr. Alceu, mi alegría fue tan completa al hablar con usted por teléfono que apenas pude hablar. Y, cuando oí su franca y expansiva expresión de agrado al escucharme, ahí sentí que estaba dando y recibiendo, acto humano por excelencia. No sé qué preguntarle, de tanto que tengo que aprender de usted. Usted es el perfecto hombre alegre que sufre en la carne los dolores del mundo. Pero hablemos de hechos. ¿Qué se debatió, de un modo general, en la Comisión Justicia y Paz del Vaticano?*

—Por ahora, más problemas de organización interna que de acción exterior. Se trata, además, de una comisión de *estudiosos* de los problemas de Justicia y de Paz, *Commissio Studiosorum Justitia et Pax*, y no de acción inmediata. Ésta le corresponderá a las comisiones nacionales, ya sea en vías de organización, como entre nosotros, aunque todavía en el papel, o ya en funciones, como en Francia, en los Estados Unidos, en Holanda, en Alemania, en Venezuela. La función de todas, incluso de la central en Roma, es procurar, al mismo tiempo, estudiar los problemas concretos de patología social en lo que respecta a la Justicia y a la Paz, y diseminar en las conciencias, en las legislaciones y en la práctica social los principios consustanciados en las grandes Encíclicas Sociales, especialmente la *Populorum Progressio*.

—*¿Cuál es su actitud de cara al problema de las píldoras anticonceptivas? Me gustaría que usted recordara que sólo los pobres, los que no tienen cómo sostener a los hijos, son quienes más hijos tienen.*

—Sólo confrontando la *Humanae Vitae* con la *Casti Connubii* de 1930, podemos ver el paso enorme que dio la Iglesia en la recta interpretación del problema de la fecundidad en el casamiento. Ésta era considerada como el objetivo primero y principal de la unión conyugal. Ahora, el amor y la fidelidad recíprocos son los que pasan a ser considerados, tal como debe ser, la principal finalidad del sacramento fundador de la familia. Se resguarda el principio de la paternidad responsable, como se preserva el primado de la conciencia de los cónyuges en la determinación de la prole, tal como ya había sido afirmado expresamente en la *Populorum Progressio* y lo reafirmaron expresamente las conclusiones de los encuentros de las diferentes Conferencias Episcopales Nacionales, como la de los obispos franceses, norteamericanos, alemanes, holandeses y creo que ingleses. La convocatoria del sínodo para el próximo mes de octubre vendrá probablemente a explicar algunos puntos ambiguos de la Encíclica, tomando en cuenta el resultado de esas reuniones episcopales y de la

reacción hallada en la opinión pública, teniendo en vista particularmente problemas de realidad social, como este que usted menciona. Así como Pío XII, proclamando perfectamente legítimo, desde el punto de vista moral, el parto sin dolor, por mucho tiempo considerado como contrario a la ley natural y a la ley divina, así también la paternidad responsable y la regulación racional de la fecundidad conyugal son elementos de la ley natural tan respetables como la propia fecundidad. La ley de Dios, evidentemente, es que cada especie se multiplique de acuerdo con su naturaleza: los animales, de modo instintivo y cuantitativo; los seres humanos, de modo racional y cualitativamente.

15 de febrero

ALCEU AMOROSO LIMA (II)

—*¿Cuál sería, en su opinión, la solución inmediata para el Brasil como país subdesarrollado?*

—El Brasil es, al mismo tiempo, un país subdesarrollado o en vías de desarrollo como prefieren decir los que sienten susceptibilidad por la expresión “país subdesarrollado”, y subpoblado. El problema de la limitación de la natalidad, entre nosotros, afecta principalmente a las clases ricas, que se sienten perjudicadas por la interpretación literal y restrictiva de la Encíclica, pues son la media y la alta burguesía las que la practican y no el pueblo. Nuestro problema es, por encima de todo, el de la defensa de la natalidad, desde el punto de vista económico y sanitario. Favorecer la fecundidad instintiva sin crear las condiciones económicas y sanitarias para proteger realmente la vida humana es perpetuar situaciones de injusticia intolerable. Ese amparo a la natalidad representa un problema primacial entre nosotros, para que no seamos alcanzados por un malthusianismo impuesto de afuera por los que pretenden condicionar los auxilios financieros a una política estatal malthusiana, que en ninguna hipótesis podremos aceptar.

—*Algunas personas dicen que someterse al psicoanálisis es una tontería, que sale mucho más barato y fácil confesarse. Para mí es enteramente obvio que se trata de campos completamente separados. ¿Cuál es su opinión?*

—Estoy de acuerdo con usted. Aunque haya entre ellos puntos de contacto, especialmente en el plano rigurosamente psicológico, lo que los separa es mucho más que lo que los une. Si no colocamos la confesión en el plano primordialmente sobrenatural, pierde todo su sentido y se vuelve sólo un psicoanálisis barato y de mala calidad. Personalmente no tengo la menor inclinación por el proceso psicoanalítico de tratamiento y hasta veo los peligros y una difusión abusiva de estos métodos. Debemos, sin

embargo, colocar el problema en el terreno puramente pragmático. Si tiene éxito, en determinados casos, nada impide o más bien es necesario que sea aplicado. Sólo rechazo la generalización. Afrânio Peixoto era un escéptico, como también Miguel Couto, con relación al abuso de remedios que en su tiempo prevalecía. Pero decía, irónicamente: “Tratemos de tomarlos mientras curan”.

—*El sacerdote católico ortodoxo, el pastor protestante y el rabino se casan, sin que pierdan la fe en Dios y en el hombre, y sin dejar de ser intermediarios entre Dios y la criatura humana en su sufrimiento y en sus raras alegrías. ¿Por qué no se casa también el sacerdote católico?*

—Es un problema de disciplina en las costumbres y no de doctrina. Por eso mismo sólo fue introducido en la Iglesia católica en el siglo III o IV y podrá ser alterado en cualquier momento. Creo en realidad que en el futuro habrá una distinción entre sacerdotes seculares, no obligados a la regla del celibato, y los monjes, que por amor a una vida más perfecta se someterán a ella voluntariamente. Nietzsche, sin embargo, afirmaba que la mayor fuerza de la Iglesia católica era el sacerdocio célibe. De cualquier modo, el casamiento en sí nunca será un impedimento sustancial a la misión sacerdotal de mediación entre Dios y los hombres. Así como el celibato voluntario, especialmente la virginidad, serán siempre formas de elevación moral y de purificación espiritual incomparables.

—*¿Alguna vez usted sintió en conflicto sus propias ideas y las ideas de la doctrina católica?*

—Sólo sentí la verdadera libertad desde que voluntariamente me sometí a la Fe católica, después de un período inicial muy duro. Y no hay en esa afirmación ningún juego de palabras. Lo que se necesita es no confundir libertad con veleidades o movimientos temperamentales. Ni doctrina católica con interpretaciones individuales con las que podemos libremente discordar. Y tenemos en realidad, dentro de la Iglesia, la más amplia libertad para el desacuerdo. El propio Papa, como se sabe, sólo es infalible dentro de normas rigurosas y en casos expresamente determinados. Aunque su supremacía episcopal universal sea un elemento esencial para esa misma libertad de la que disfrutan dentro de la Iglesia católica.

22 de febrero

ALCEU AMOROSO LIMA (FINAL)

—*¿Su fe en Dios fue un acto de gracia o fue un lento aprendizaje?*

—Una larga búsqueda, coronada por un acto de gracia. Y ésta, al final, es la que vale. Y la que dura.

—*¿Cree usted que sólo la práctica de la religión bastaría para resolver*

los problemas de reivindicaciones de los jóvenes?

—No. No se puede disociar, tanto en la vida individual como en la vida social, la vida religiosa, propiamente dicha, de la vida doméstica, cultural, económica y política. Ni siquiera puede haber una vida religiosa saludable donde las vidas política y económica, cultural y doméstica no estén organizadas racionalmente.

—*Si somos productos de la creación divina, y por Él controlados, ¿en qué consistiría el libre albedrío del hombre?*

—La grandeza del hombre está precisamente en ser el único animal que tiene el don de negar a Dios. Y, por lo tanto, el mérito de reconocerlo libremente. Y adorarlo.

—*¿Cuál fue su actuación en ese congreso de legos del Vaticano?*

—Aprendí a saber mejor lo que no sé.

—*¿Cuál es la diferencia entre un gran líder católico y un santo? ¿Este, por ejemplo, tendría que hacer voto de pobreza, de castidad y abandonar los placeres del mundo?*

—La santidad está siempre en hacer la voluntad de Dios y por encima de todo en saber dónde está esa voluntad. He ahí por qué en este mundo el orgullo y la avaricia son obstáculos mayores a la mínima santidad que cualquier atentado a los votos de pobreza, de castidad o de renuncia a los placeres del mundo.

—*¿Se sintió alguna vez en estado de gracia? Yo, humildemente, me sentí más de una vez. Muero de nostalgia por sentirlo de nuevo, pero ya me fue dado tanto que no exijo más.*

—Cada momento de *despreocupación* total en relación con las cosas humanas es, para mí, un estado de gracia. Lo siento como la presencia de Dios, que es siempre inefable e intraducible, como el Silencio. Por eso mismo hay días llenos de gracia. Y semanas vacías de ella. Nunca del todo, sin duda, lo esencial es tener siempre las ventanas abiertas a la llegada de la Gracia, que es siempre imprevista y representa la Inspiración sobrenatural para todos, como ésta, en el plano de la vida natural, es la gracia para los poetas o para nuestros momentos de poesía.

—*¿Cómo se siente usted como profesor? ¿Enseñar es más gratificante que escribir?*

—Siempre me gustó mucho enseñar y extraño la cátedra. Pero siempre ejercí la enseñanza como una forma de creación poética.

—*¿Se siente perplejo en el mundo de hoy?*

—Confieso que no, indignado, sí, muchas veces.

—*¿Cómo se sintió al vivenciar la primera aproximación del hombre a la Luna?*

—¡No más que como adolescente, en 1909, estando en Berlín, al leer en los periódicos que Blériot había atravesado el canal de la Mancha en avión! “Il n’y a que le premier pas qui coute...”

—*Dr. Alceu, una vez lo busqué porque quería aprender de usted a vivir.*

Yo no sabía y todavía no sé. Me dijo cosas altamente emocionantes, que no quiero revelar, y dijo que lo buscara de nuevo cuando lo necesitara. Pues lo estoy necesitando. Y también quería que usted me esclareciera sobre lo que pretenden de mí mis libros.

—Clarice, usted pertenece a esa categoría trágica de escritores que no escriben propiamente sus libros. *Son escritos por ellos.* Usted es el personaje principal del autor de sus novelas. Y bien sabe que ese autor no es de este mundo...

—*¿Cuál es la salida para el intelectual en el régimen subdesarrollado?*

—Sufrir callado o protestando siempre.

—*¿Qué me dice de la crisis de la Iglesia?*

—La Iglesia vivió siempre en estado de crisis, es decir, de pasaje y de lucha. Con la aceleración creciente del ritmo de la Historia humana y sus acontecimientos, también esos estados de crisis, es decir, de intensificación o de anomalía de las funciones espirituales de la Iglesia, afectan naturalmente sus órganos. Todo eso, sin embargo, es una prueba de vitalidad y no de decadencia. Y nunca la Iglesia estuvo tan viva como ahora, perseguida en sus misioneros y cambiando algunas de sus estructuras.

—*¿Y las disensiones entre católicos?*

—Es una prueba más de la libertad de la que gozamos dentro de la Iglesia. Mientras haya esa tensión entre conservadores y renovadores o, como dicen por ahí, entre reaccionarios y progresistas, y yo personalmente me coloco entre estos últimos, es prueba de la vitalidad de la vida católica. El peligro sería si una de esas vertientes se erigiese en montaña, intentando dominar a otra y suprimir la convivencia de los contrarios o de los diferentes dentro de una Casa común, que es el propio universo. Pues, si no fuera *universal*, la Iglesia dejaría de ser católica. Si no existiera dentro de ella la libertad de disentir dentro del respeto recíproco, no existiría unidad de hombres libres y sin uniformidad totalitaria de robots.

—*¿Cuál es su juicio sobre la literatura brasileña de nuestros días?*

—Creo que continuamos viviendo en el despliegue de la revolución modernista de 1922. Los siglos se suceden, es verdad, sin repetirse. Es posible que el siglo XX, por lo tanto, diverja del siglo XIX, donde hubo dos grandes momentos de renovación: la década de 1830 a 1840 y la de 1880 a 1890. En la primera, pasamos del clasicismo al romanticismo; en la segunda, de este al realismo y al simbolismo. En el siglo XX estuvo la revolución literaria de la década de 1920. ¿Será que la próxima ocurrirá también antes de 1980? Será entonces la revolución *audiovisualista*, con el pasaje de la literatura escrita a la oral y visual, como en 1920 fue la revolución modernista, con el pasaje de la escritura lógica a la escritura mágica. Como no estaré por aquí en 1980, usted me dirá si había algún fundamento en mi previsión...

—*¿Tiene algún plan de publicaciones para 1969?*

—Nada inédito, sin duda, algunos proyectos de reunión en volumen de cosas dispersas, como el segundo volumen de los *Estudios literarios*, que comprende las cinco series de *Estudios*, todas agotadas hace mucho, un volumen de pequeñas biografías, *Vidas bien vividas*; a continuación de las crónicas semanales de 1967 a 1968, bajo el título de *Peripecias de la libertad*; comentarios sobre la *Populorum Progressio*, bajo ese título; un volumen sobre *¿Violencia o no?*, y un *Adiós a la disponibilidad* (1928) y *Otros adioses*.

—*¿Cuál fue el mayor elogio que recibió en su larga vida?*

—Fue manejando un automóvil, en una curva difícil del Camino Río-Petrópolis, lloviendo, camino repleto, niebla. Hice una maniobra arriesgada y oí a uno de mis hijos, entonces pequeños, decirle al otro: “El viejo *está en llamas...*” Pero eso fue hace mucho tiempo...

1° de marzo

LA TRAMA

Cuando él dice que está perdiendo tiempo, los otros comprenden lo que dice. Pero a veces le sucede sentir que está perdiendo tiempo —y entonces nada dirá porque los otros no comprenderán. El día de hoy ocurrió, por ejemplo. Su sorpresa es como si no hubiese pensado en el día de hoy el pensamiento que sólo vendría en el día de hoy. Lo que habría pensado o hecho hoy no podría haberlo pensado o hecho ni ayer ni mañana, pues hay un tiempo de rosas, otro de melones, y no comeréis frutillas más que en época de frutillas. Sentía que había un tiempo impostergable correspondiente a cada momento. Todo su esfuerzo era el de conseguir que esa especie de hora correspondiera a la propia hora que no se perdería.

Además, notando que la expresión *perder tiempo no explicaba*, eligió otra que por un instante correspondió a la verdad: *aprovechar la juventud*. Pero sólo por un instante correspondió a la verdad. Después, *aprovechar la juventud* comenzó a llenarse de un sentido propio —y él comenzó a aprovechar la juventud a su modo, que no era suyo. Y nunca logró explicar cómo se había perdido en tal trama, la juventud. ¿La juventud es mujeres? No lo sé.

5 de abril

CORZAS NEGRAS

África. Vilas de Tallah, Kebbe y Sasstown, dentro de Liberia, con la periodista Ana Kipper, los capitanes Crockett y Bill Young. Los misioneros todavía no habían puesto un pie allí. Algunos de los habitantes habían trabajado en la base aérea, hablaban algo de inglés como si fuera otro dialecto local —sólo en Monrovia hay 24 o 25 dialectos. En medio de la conversación se interrumpen, dicen con cuidado y placer: *hello* —prestan atención a la resonancia de lo que dijeron, entonces ríen, y continúan. Adoran decir adiós. Son de un negro opaco y compacto que parece repeler el agua, como el cisne, que nunca está mojado. Algunos niños con ombligos del tamaño de una naranja. Soy extremadamente examinada por un negro joven y, sin saber qué hacer, termino por decir adiós, ya que a ellos tanto les gusta decir adiós. El muchacho queda encantado y, con aplicación, con una delicadeza de ofrenda, ingenuo y puro, hace gestos obscenos. Las negras jóvenes se pintan el rostro con trazos ocres, y el labio inferior color de gangrena y verdete. Una, cuyo hijo me agrada, dice: “*Baby nice, baby cry Money*” —y su voz es tan cantarina que parece llenar de agua un cántaro. El capitán Young le da un níquel. “*Baby cry big big Money*”, reclama ella derramando el cántaro con su voz de risas. Ellos ríen mucho, incluso los de rostro melancólico. No hay un trazo de escarnio o voluntad de poder en la risa: la risa es una mezcla de fascinación, ganas de agrandar, humildad, curiosidad y alegría. Una de ellas me mira atentamente, casi me avergüenzo. Y muy de repente brota en una frase larguísima, arenga sin rabia donde no reconozco una sola *r* o *s*, sólo variaciones en la escala de la *l*, vaivén de cantilena. Recorro al intérprete. Este resume brevísimo: “*She likes you*”. La muchacha entonces explota en otra cantilena que esa vez llena varios cántaros con lluvia cantarina. El intérprete: mi pañuelo de cabeza. Me lo quito, le muestro cómo usarlo. Cuando veo, estoy cercada de negras jóvenes y zagalas, semidesnudas, todas muy serias y quietas. Ninguna presta atención a lo que enseño, y me voy quedando sin palabras, así rodeada de corzas negras. En los rostros opacos las rayas pintadas me miran. La dulzura contagia: también me aquieto, suave. Entonces una de ellas se adelanta con su pie leve, y como si cumpliera un ritual —ellas se entregan enteramente a la forma— toma mis cabellos, los alisa, los prueba, concentrada. Todas observan. No me muevo, para no asustarlas. Cuando ella termina, todavía hay un momento de silencio. Y he aquí que de repente tantas risas mezcladas a la letra *l* y tantos asombros alegres como si el silencio se hubiese desbandado.

12 de abril

ENTREVISTA RELÁMPAGO A PABLO NERUDA

Llegué a la puerta del edificio de departamentos donde vive Rubem

Braga y donde Pablo Neruda y su esposa Matilde se hospedaban, llegué a la puerta precisamente cuando el auto se detenía y retiraban la gran cantidad de equipaje de los visitantes. Lo que hizo que Rubem dijera: “Es grande el equipaje literario del poeta”. A lo que el poeta retrucó: “Mi equipaje literario debe de pesar unos dos o tres kilos”.

Neruda es extremadamente simpático, sobre todo cuando usa su gorro (“tengo pocos cabellos, pero muchos gorros”, dijo). No pierde tiempo: me dijo que si me diera la entrevista aquella misma noche sólo respondería a tres preguntas, pero si al día siguiente a la mañana yo quería hablar con él, respondería a un mayor número. Y me pidió ver las preguntas que le haría. Completamente sin confianza en mí misma, le di la página donde había anotado las preguntas, esperando sólo Dios sabe qué. Pero el *qué* fue un alivio. Me dijo que eran muy buenas y que me esperaría al día siguiente. Salí con alivio en el corazón porque estaba suspendida en mi timidez para hacer preguntas. Pero soy una tímida osada y es así que he vivido lo que, si bien me trae sinsabores, me ha traído también alguna recompensa. Quien sufre de *timidez osada* entenderá lo que quiero decir.

Antes de reproducir el diálogo, un breve esbozo sobre su carga literaria. Publicó *Crepusculario* cuando tenía 19 años. Un año después publicaba *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, que hasta hoy es grabado, reeditado, leído y amado. Enseguida escribió *Residencia en la Tierra*, que reúne poemas de 1925 a 1931, en la etapa surrealista. *La tercera residencia*, con poemas hasta 1945, es un intermediario entre una parte de *España en el corazón*, donde se llora la muerte de Lorca, y la Guerra Civil en general que lo tocó profundamente y lo despertó a los problemas políticos y sociales. En 1950, *Canto general*, intento de reunir todos los problemas políticos, éticos y sociales de América Latina. En 1954: *Odas elementales*, en las que el estilo se vuelve más sobrio, buscando mayor simplicidad y donde se encuentra, por ejemplo, “Oda a la cebolla”. En 1956, *Nuevas odas elementales*, que descubre en los temas elementales que no habían sido tocados. En 1957, *Tercer libro de las odas*, continuando en la misma línea. A partir de 1958 publica *Estravagario, Navegaciones y regresos, Cien sonetos de amor, Cantos ceremoniales y Memorial de Isla Negra*.

Al día siguiente, de mañana fui a verlo. Ya había respondido a mis preguntas, infelizmente, pues a partir de una respuesta siempre o casi siempre se provoca otra pregunta, a veces esa a la que se quería llegar. Las respuestas eran sucintas. Tan frustrante recibir una respuesta corta a una pregunta larga.

Le conté sobre mi timidez para pedir entrevistas, a lo que respondió: “¡Qué tontería!”

Le pregunté cuál de sus libros le gustaba más y por qué. Me respondió:

—Tú sabes bien que todo lo que hacemos nos agrada porque somos

nosotros —tú y yo— quienes lo hicimos.

—¿Se considera más un poeta chileno o de América Latina?

—Poeta local de Chile, provinciano de América Latina.

—¿Qué es la angustia? —indagué.

—Soy feliz —fue la respuesta.

19 de abril

ENTREVISTA RELÁMPAGO A PABLO NERUDA (FINAL)

—¿Escribir mejora la angustia de vivir?

—Sí, naturalmente. Trabajar en tu oficio, si amas tu oficio, es celestial. Si no, es infernal.

—¿Quién es Dios?

—Todos, algunas veces. Nada, siempre.

—¿Cómo describe a un ser humano lo más completo posible?

—Político, poético. Físico.

—¿Cómo es una mujer bonita para usted?

—Hecha de muchas mujeres.

—Escriba aquí su poema predilecto, por lo menos predilecto en este preciso momento.

—Estoy escribiendo. ¿Puedes esperarme diez años?

—¿En qué lugar le gustaría vivir, si no viviera en Chile?

—Créeme tonto o patriótico, pero ya hace algún tiempo escribí en un poema:

Si tuviera que nacer mil veces

Allí quiero nacer.

Si tuviera que morir mil veces

Allí quiero morir...

—¿Cuál fue la mayor alegría que tuvo por el hecho de escribir?

—Leer mi poesía y ser oído en lugares desolados: en el desierto a los mineros del norte de Chile, en el Estrecho de Magallanes a los esquiladores de ovejas, en un galpón con olor a lana sucia, sudor y soledad.

—¿Qué precede en usted a la creación, la angustia o un estado de gracia?

—No conozco bien esos sentimientos. Pero no me crea insensible.

—Diga algo que me sorprenda.

—748.

(Y realmente me sorprendí, no esperaba una armonía de números.)

—¿Está usted al corriente de la poesía brasileña? ¿A quién prefiere en nuestra poesía?

—Admiro a Drummond, Vinícius y a aquel gran poeta católico, *claudelino*, Jorge de Lima. No conozco a los más jóvenes y sólo llego a Paulo

Mendes Campos y Geir Campos. El poema que me agrada es *Difunto*, de Pedro Nava. Siempre lo leo en voz alta a mis amigos, en todos los lugares.

—¿Qué piensa de la literatura comprometida?

—Toda literatura es comprometida.

—¿Cuál de sus libros le gusta más?

—El próximo.

—¿A qué atribuye el hecho de que sus lectores lo consideren el “volcán de América Latina”?

—No sabía eso, tal vez ellos no conozcan a los volcanes.

—¿Cuál es su poema más reciente?

—*Fin del mundo*. Trata del siglo XX.

—¿Cómo se procesa en usted la creación?

—Con papel y tinta. Por lo menos esa es mi receta.

—¿La crítica construye?

—Para los otros, no para el creador.

—¿Ya escribió algún poema por encargo? Si lo hizo haga uno ahora, aunque sea muy corto.

—Muchos. Son los mejores. Este es un poema.

—¿El nombre Neruda fue casual o inspirado en Jan Neruda poeta de la libertad checa?

—Nadie hasta ahora logró averiguarlo.

—¿Cuál es la cosa más importante en el mundo?

—Tratar de que el mundo sea digno para todas las vidas humanas, no sólo para algunas.

—¿Qué es lo que más desea para usted mismo como individuo?

—Depende de la hora del día.

—¿Qué es el amor? Cualquier tipo de amor.

—La mejor definición sería: el amor es el amor.

—¿Ha sufrido mucho por amor?

—Estoy dispuesto a sufrir más.

—¿Cuánto tiempo le gustaría quedarse en el Brasil?

—Un año, pero dependo de mis trabajos.

Y así terminó una entrevista con Pablo Neruda. Ojalá hubiese hablado más. Yo podría prolongarla casi indefinidamente, incluso recibiendo como respuesta una única flecha de respuesta. Pero era la primera entrevista que él daba al día siguiente de su llegada, y sé qué cansadora puede ser una entrevista. Espontáneamente, me dio un libro, *Cien sonetos de amor*. Y después de mi nombre, en la dedicatoria, firmó: “De su amigo Pablo”. Yo también siento que él podría convertirse en mi amigo, si las circunstancias lo facilitaran. En la contratapa del libro dice: “Un todo manifestado con una especie de sensualidad casta y pagana: el amor como una vocación del hombre y la poesía como su tarea”.

He ahí un retrato de cuerpo entero de Pablo Neruda en estas últimas frases.

LIBERTAD

Hubo un diálogo difícil. Aparentemente no quiere decir mucho, pero dice demasiado.

—Mamá, sácate ese cabello de la frente.

—Es un poco del flequillo, todavía.

—Pero así quedas fea.

—Tengo el derecho de ser fea.

—¡No lo tienes!

—¡Sí lo tengo!

—¡Digo que no lo tienes!

Y así fue que se armó el clima de pelea. El motivo no era fútil, era serio: una persona, mi hijo en este caso, me estaba cortando la libertad. Y yo no lo soporté, ni viniendo de un hijo. Sentí ganas de cortarme un flequillo bien espeso, que cubriera bien toda la frente. Tuve ganas de ir a mi cuarto, de trancar la puerta con llave, y de ser yo misma, por más fea que fuera. No, no “por más fea que fuera”: yo quería ser fea, eso representaba mi derecho total a la libertad. Al mismo tiempo sabía que mi hijo tenía sus derechos: el de no tener una madre fea, por ejemplo. Era el choque de dos personas reivindicando —¿qué, al final? Sólo Dios sabe, y quedémonos aquí.

EN GRECIA

Muy tarde en la noche llamé por teléfono a una amiga y le dije:

—Ve hasta la ventana y mira que la Luna llena está brillando sobre la Acrópolis.

Ella dijo con voz de sueño:

—Ya vi la Acrópolis, está bella, bien en lo alto, en todo su esplendor.

Yo dije:

—Ahora, gírate de costado y duerme bien.

Terminaré en Grecia, y a la luz de la Luna.

CHARLATANES

Un amigo mío dice que en todos nosotros existe un charlatán. Estoy de acuerdo. Siento en mí la charlatana acechándome. Sólo no vence, primero porque no es realmente verdad, segundo porque mi honestidad básica hasta me repugna. Hay otra cosa que me acecha y me hace sonreír: el mal gusto. Ah, las ganas que tengo de ceder al mal gusto. ¿En qué? Pues, el campo es ilimitado, simplemente ilimitado. Va desde el instante en que se puede decir la palabra equivocada precisamente cuando peor caería,

hasta el instante en que se dirían palabras de gran belleza y verdad cuando el interlocutor está desprevenido y se llevaría un susto de incomodidad, y después quedaría el silencio. ¿En qué más? En vestirse, por ejemplo. No necesariamente lo obvio del equivalente a plumas. No sé describirlo, pero sabría usar un mal gusto perfecto. ¿Y en escribir? La tentación es grande, pues la línea divisoria es casi invisible entre el mal gusto y la verdad. E incluso porque, en materia de escribir, peor que el mal gusto es un cierto tipo horrible de *buen gusto*. A veces, de puro placer, de pura búsqueda simple, ando sobre la línea floja.

¿Cómo es que sería charlatana? Lo fui, y con toda sinceridad, pensando que acertaba. Soy abogada, por ejemplo, y con eso me engañé a mí y a los otros. No, más a mí que a todos. Sin embargo, qué sincera era: fui a estudiar Derecho porque deseaba reformar las penitenciarías en el Brasil.

El charlatán es un contrabandista de sí mismo. ¿Qué estaba diciendo? Era algo, pero se me escapó. ¿El charlatán se perjudica? No sé, pero sé que a veces la charlatanería duele y mucho. Se inmiscuye en los momentos más graves. Dan ganas de no ser, precisamente cuando se es con toda la fuerza. Infelizmente no puedo extenderme más en este asunto.

Me dijeron que un crítico habría escrito que Guimarães Rosa y yo éramos dos embustes, vale decir, charlatanes. Ese crítico no va a entender nada de lo que estoy diciendo aquí. Es otra cosa. Estoy hablando de algo muy profundo, aunque no parezca, aunque yo misma esté jugando un poco, tristemente, con el asunto.

31 de mayo

ESBOZO DEL SUEÑO DEL LÍDER

El sueño del líder es agitado. La mujer lo sacude hasta despertarlo de la pesadilla. Soñoliento, se levanta, bebe un poco de agua, va al baño donde se ve delante del espejo. ¿Qué ve? Un hombre de mediana edad. Alisa el cabello de las sienes, vuelve a acostarse. Se duerme y la agitación del mismo sueño recomienza. “¡No, no!” se debate con la garganta seca.

Es que el líder se asusta mientras duerme. ¿El pueblo amenaza al líder? No, pues fue el pueblo el que lo eligió como líder del pueblo. ¿El pueblo amenaza al líder? No, pues lo eligió en medio de luchas casi sangrientas. ¿El pueblo amenaza al líder? No, porque el líder cuida del pueblo. ¿Cuida del pueblo?

Sí, el pueblo amenaza al líder del pueblo. El líder se revuelve en la cama. De noche tiene miedo. Aun cuando sea una pesadilla sin historia. De noche ve caras quietas, una detrás de la otra. Y ninguna expresión en las caras. La pesadilla es sólo eso, nada más que eso. Pero cada noche,

apenas se duerme, más caras quietas se van reuniendo a las otras, como en la fotografía en blanco y negro de una multitud en silencio. ¿Por quién es ese silencio? Por el líder. Es una sucesión de caras iguales como en una repetición monótona de un solo rostro. Parece un terrible fotomontaje en el que la inexpresividad de las caras le da miedo. En ese monstruoso cuadro, caras sin expresión. Pero el líder se cubre de sudores porque los millares de ojos vacíos no pestañeaban. Ellos lo habían elegido. Y antes de que ellos por fin se acercaran definitivamente, él gritó: ¡sí, mentí!

7 de junio

¿QUÉ ES?

Si recibo un regalo entregado con cariño por una persona que no me gusta, ¿cómo se llama lo que siento? Una persona de la que no se gusta más y que no gusta más de nosotros, ¿cómo se llama ese dolor y ese rencor? Estar ocupado y de repente detenerse por haber sido tomado por una desocupación beata, milagrosa, sonriente e idiota, ¿cómo se llama lo que se sintió? El único modo de llamarlo es preguntar: ¿cómo se llama? Hasta hoy sólo logré nombrar con la misma pregunta. ¿Cuál es el nombre? y este es el nombre.

PERO YA QUE SE HA DE ESCRIBIR...

Pero ya que se ha de escribir, que al menos no se aplasten las palabras en las entrelíneas.

14 de junio

AUTOCRÍTICA NO OBSTANTE BENÉVOLA

Tiene que ser benévola, porque si fuera aguda, eso tal vez me haría no escribir nunca más. Y yo quiero escribir, algún día tal vez. Aunque sienta que si vuelvo a escribir, será de un modo diferente del anterior: ¿diferente en qué? No me interesa.

Mi autocrítica a ciertas cosas que escribo, por ejemplo, no importa si buenas o malas: pero a ellas les falta llegar hasta ese punto en que el dolor se mezcla con la profunda alegría y la alegría llega a ser dolorosa, pues ese punto es el aguijón de la vida.

Y tantas veces no logré el encuentro máximo de un ser consigo

mismo, cuando con espanto decimos: “¡Ah!” A veces ese encuentro consigo mismo se logra a través del encuentro de un ser con otro ser.

No, no tendría vergüenza de decir tan claramente que quiero lo máximo, y lo máximo debe alcanzarse y decirse con la matemática perfección de la música oída y transportada hacia el profundo arrebató que sentimos. No transportada, pues es lo mismo. Debe, yo sé que debe, de haber un modo en mí de llegar a eso.

A veces siento que conseguiría ese modo simplemente a través de mi modo de ver, evolucionando. Una vez sentí, sin embargo, que se conseguiría a través de la misericordia. No de la misericordia transformada en gentileza de alma. Sino de la profunda misericordia transformada en acción, aun cuando fuera la acción de las palabras. Y así como “Dios escribe recto por líneas torcidas”, a través de nuestros errores correría el gran amor que sería la misericordia.

SOLEDAD Y FALSA SOLEDAD

Yo, que leí poco a Thomas Merton, sin embargo copié de algún artículo suyo las siguientes palabras: “Cuando la sociedad humana cumple el deber en su verdadera función, las personas que la forman intensifican cada vez más la propia libertad individual y la integridad personal. Y cada individuo, cuanto más desarrolla y descubre las fuentes secretas de su propia personalidad incomunicable, más puede contribuir a la vida del todo. La soledad es necesaria para la sociedad como el silencio para el lenguaje, y el aire para los pulmones y la comida para el cuerpo. La comunidad, que busca invadir o destruir la soledad espiritual de los individuos que la componen, está condenándose a sí misma a la muerte por asfixia espiritual”.

Y más adelante: “La soledad es tan necesaria, tanto para la sociedad como para el individuo, que cuando la sociedad falla en proveer la soledad suficiente para desarrollar la vida interior de las personas que la componen, éstas se rebelan y buscan la falsa soledad. La falsa soledad es cuando un individuo, al que le fue negado el derecho a convertirse en una persona, se venga de la sociedad transformando su individualidad en un arma destructiva. La verdadera soledad se encuentra en la humildad, que es infinitamente rica. La falsa soledad es el refugio del orgullo, e infinitamente pobre. La pobreza de la falsa soledad viene de una ilusión que pretende, al adornarse con cosas que nunca pueden ser poseídas, distinguir el yo del individuo de la masa de otros hombres. La verdadera soledad es sin un yo.

Por eso es rica en silencio y en caridad y en paz. Encuentra en sí interminables fuentes de bien para los otros. La falsa soledad es egocéntrica. Y porque nada encuentra en su centro, busca arrastrar todas

las cosas hacia ella. Pero cada cosa que ella toca se infecta con su propia nada, y se destruye. La verdadera soledad limpia el alma, se abre completamente a los cuatro vientos de la generosidad. La falsa soledad cierra la puerta a todos los hombres.

Ambas soledades buscan distinguir al individuo de la multitud. La verdadera lo consigue, la falsa falla. La verdadera soledad separa a un hombre de otros para que pueda desarrollar el bien que está en él, y entonces cumplir su verdadero destino de ponerse al servicio de una persona”.

21 de junio

MIRABA LEJOS, SIN RENCOR

Era sábado y estábamos invitados a un almuerzo de compromiso. Pero a cada uno de nosotros le gustaba demasiado el sábado como para gastarlo con una pareja fuera de moda. Cada uno había sido feliz alguna vez y había quedado con la marca del deseo. Yo, yo quería todo. Y nosotros allí presos, como si nuestro tren se hubiese descarrilado y fuéramos obligados a aterrizar entre extraños. Nadie allí me quería, yo no quería a nadie. En cuanto a mi sábado —que fuera de la ventana se balanceaba en acacias y sombras—, prefería, a gastarlo mal, encerrarlo en la mano dura, aquel sábado perdido, donde lo estrujaba como a un pañuelo. A la espera del almuerzo, bebíamos sin placer, a la salud del resentimiento: mañana ya sería domingo. No es contigo con quien quiero, decía nuestra mirada sin humedad, y soplabamos despacio el humo del cigarrillo seco. La avaricia de no compartir el sábado iba royendo poco a poco y avanzando como herrumbre, hasta que cualquier alegría sería un insulto a la alegría mayor.

Únicamente la dueña de casa parecía no economizar el sábado para usarlo en mejor compañía. Ella, sin embargo, cuyo corazón ya había conocido otros sábados. ¿Cómo había podido olvidar que se quiere más y más? No se impacientaba siquiera con el grupo heterogéneo, soñador y resignado que en su casa sólo esperaba como a la hora de que partiera el primer tren, cualquier tren, menos quedarse en aquella estación vacía, menos tener que refrenar el caballo que correría con el corazón golpeando a otros, otros caballos.

Finalmente pasamos a la sala para un almuerzo que no tenía la bendición del hambre. Y fue cuando sorprendidos nos encontramos con la mesa. No podía ser para nosotros... Era una mesa para hombres de buena voluntad. ¿Quién sería el invitado realmente esperado y que no había venido? Pero éramos nosotros mismos. ¿Entonces aquella mujer daba lo mejor, no importaba a quién? Y lavaba contenta los pies del primer extranjero. Cohibidos, mirábamos.

La mesa había sido cubierta por una solemne abundancia. Sobre el mantel blanco se amontonaban espigas de trigo. Y manzanas rojas, enormes zanahorias amarillas, redondos tomates de piel casi estallando, cayotes de un verde líquido, ananás malignos en su salvajería, naranjas anaranjadas y calmas, maxixes erizados como puercoespines, pepinos que se cerraban duros sobre la propia carne acuosa, pimentones huecos y enrojecidos que ardían en los ojos, todo enmarañado en barbas y barbas húmedas de maíz, pelirrojas como las de junto a una boca. Y los granos de uva. Las más violetas de las uvas negras y que apenas podían esperar por el instante de ser aplastadas. Y no les importaba aplastadas por quién, como la dueña de casa tiempo atrás. Los tomates eran redondos para nadie: para el aire, para el redondo aire. El sábado era de quien viniese. Y la naranja endulzaría la lengua de quien primero llegase. Junto al plato de cada mal invitado, la mujer que lavaba pies de extraños había puesto — aun sin elegirnos, aun sin amarnos— un ramo de trigo o un racimo de rabanitos ardientes o una tajada roja de sandía con sus alegres semillas. Todo cortado por la acidez española que se adivinaba en los limones verdes. En los cuencos estaba la leche, como si hubiese atravesado con las cabras el desierto de los peñascos. Vino, casi negro de tan pisado, se estremecía en vasijas de barro. Todo delante de nosotros. Todo limpio del retorcido deseo humano. Todo como es, no como quisiéramos. Sólo existiendo, y todo. Así como existe un campo. Así como las montañas. Así como hombres y mujeres, y no nosotros, los ávidos. Así como un sábado. Así, como sólo existe. Existe.

En nombre de nada, era hora de comer. En nombre de nadie, era bueno. Sin ningún sueño. Y nosotros poco a poco a la par de la noche, poco a poco anónimos, creciendo, más grandes a la altura de la vida posible. Entonces, como hidalgos campesinos, aceptamos la mesa.

No había holocausto: todo aquello quería tanto ser comido cuanto nosotros queríamos comerlo. No guardando nada para el día siguiente, allí mismo ofrecí lo que sentía a aquello que me lo hacía sentir. Era un vivir que no había pagado de antemano con el sufrimiento de la espera, hambre que nace cuando la boca ya está cerca de la comida. Porque ahora teníamos hambre, hambre entera que abrigaba el todo y las migajas. Quien bebía vino, con los ojos tomaba cuenta de la leche. Quien, lento, bebía leche, sintió el vino que el otro bebía. Allá afuera Dios en las acacias. Que existían. Comíamos. Como quien da agua al caballo. La carne trinchada fue distribuida. La cordialidad era ruda y rural. Nadie habló mal de nadie porque nadie habló bien de nadie. Era reunión de cosecha, se dio una tregua incluso a las nostalgias. Comíamos. Con una horda de seres vivos, cubríamos gradualmente la tierra. Ocupados como quien labra la existencia, y planta y cosecha, y mata, y vive, y muere, y come. Comí con la honestidad de quien no engaña lo que come: comí aquella comida, no su nombre. Nunca Dios fue tomado por lo que Él es. La comida, decía, ruda,

feliz, austera: come, come y reparte. Todo aquello me pertenecía, aquella era la mesa de mi padre. Comí sin ternura, comí sin la pasión de la piedad. Y sin ofrecerme a la esperanza. Comí sin ninguna nostalgia. Y yo bien valía aquella comida. Porque no siempre puedo ser la guarda de mi hermano, y no puedo ser mi guarda, ah no me quiero más: no quiero formar la vida porque la existencia ya existe. Existe como un suelo donde todos nosotros avanzamos. Sin una palabra de amor. Sin una palabra. Pero tu placer entiende el mío. Somos fuertes y comemos. Pan es amor entre extraños.

28 de junio

LA VIDA ES SOBRENATURAL

Reflexionando un poco, llegué a la ligeramente atemorizante certeza de que los pensamientos son tan sobrenaturales como una historia pasada después de la muerte. Simplemente descubrí de repente que pensar no es natural. Después reflexioné un poco más y descubrí que no tengo un día a día. Es una vida a vida. Y que la vida es sobrenatural.

SIN NUESTRO SENTIDO HUMANO

¿Cómo serían las cosas y las personas antes de que les hubiésemos dado el sentido de nuestra esperanza y visión humanas? Debía de ser terrible. Llovía, las cosas se empapaban solas y se secaban, y después ardían al sol y se tostaban en polvo. Sin dar al mundo nuestro sentido humano, cómo me asusto. Tengo miedo de la lluvia cuando la separo de la ciudad y de los paraguas abiertos, y de los campos embebiéndose de agua.

ENGRANAJE

Mi alma humana es la única forma posible de que no me choque desastrosamente con mi organización física, máquina perfecta como ella es. Mi alma humana es, además, también el único modo en que me es dado aceptar sin desatino el alma general del mundo. El engranaje no puede fallar ni por un segundo.

FRAGMENTO

Ahora conozco ese gran susto de estar viva, teniendo como único amparo exactamente el desamparo de estar viva. De estar viva —sentí—

tendré que hacer mi motivo y tema. Con delicada curiosidad, atenta al hambre y a la propia atención, pasé entonces a comer, delicadamente viva, los pedazos de pan.

APRENDER A VIVIR

Si yo pudiera un día escribir una especie de tratado sobre la culpa. ¿Cómo describirla, a esa que es irremisible, la que no se puede corregir? Cuando la siento, es hasta físicamente apabullante: un puño cerrando el pecho, bajo el cuello: y ahí está ella, la culpa. ¿La culpa? El error, el pecado. Entonces el mundo pasa a no tener refugio posible. Adonde se va y se carga la cruz pesada, de la que no se puede hablar.

Si se habla —ella no será comprendida. Algunos dirán: “pero todo el mundo...” como forma de consuelo. Otros negarán simplemente que hubo culpa. Y los que entiendan bajarán la cabeza también culposa. Ah, querría ser de los que entran en una iglesia, aceptan la penitencia y salen más libres. Pero no soy de los que se liberan. La culpa en mí es algo tan vasto y tan enraizado que incluso lo mejor es aprender a vivir con ella, aun cuando quite el sabor del alimento más pequeño: todo sabe, aun de lejos, a cenizas.

26 de julio

CINCO RELATOS Y UN TEMA

Esta historia podría llamarse *Las estatuas*. Otro nombre posible es *El asesinato*. Y también *Cómo matar cucarachas*. Haré entonces por lo menos tres historias verdaderas, porque ninguna de ellas desmiente a la otra. Aunque una sola, serían mil y una, si mil y una noches me dieran.

La primera, *Cómo matar cucarachas*, comienza así: Me quejé de las cucarachas. Una señora oyó mi queja. Me dio la receta de cómo matarlas. Que mezclara, en partes iguales, azúcar, harina y yeso. La harina y el azúcar se atraerían, el yeso achicharraría lo de adentro de ellas. Así hice. Murieron.

La otra historia es la primera en realidad y se llama *El asesinato*. Comienza así: Me quejé de las cucarachas. Una señora me oyó. Sigue la receta. Y entonces entra el asesinato. La verdad es que me había quejado de las cucarachas sólo en abstracto, que ni mías eran: pertenecían a la planta baja y escalaban los caños del edificio hasta nuestro hogar. Sólo fue en el momento de preparar la mezcla que ellas se volvieron mías también. En nuestro nombre, entonces, comencé a medir y pesar ingredientes en una concentración un poco más intensa. Un vago rencor me había poseído,

un sentido de ultraje. De día las cucarachas eran invisibles y nadie creería en el mal secreto que roía una casa tan tranquila. Pero si ellas, como los males secretos, dormían de día, allí estaba yo preparándoles el veneno de la noche. Meticulosa, ardiente, avivaba el elixir de la larga muerte. Un miedo excitado y mi propio mal secreto me guiaban. Ahora yo sólo quería gélidamente una cosa: matar cada cucaracha que existe. Las cucarachas suben por los caños mientras nosotros, cansados, soñamos. Y he aquí que la receta estaba lista, tan blanca. Como era para cucarachas despiertas como yo, esparcí hábilmente el polvo hasta que este parecía formar parte de la naturaleza. Desde mi cama, en el silencio del departamento, las imaginaba subiendo una a una hasta el área de servicio donde dormía la oscuridad, sólo una toalla alerta en el tendedero. Me desperté horas después con sobresalto de atraso. Ya era de madrugada. Atravesé la cocina. En el piso del área de servicio allá estaban ellas, duras, grandes. Durante la noche yo las había matado. En nuestro nombre, amanecía. En el morro un gallo cantó.

La tercera historia que ahora se inicia es la de *Las estatuas*. Comienza diciendo que yo me había quejado de las cucarachas. Después viene la misma señora. Va yendo hasta el punto en que, de madrugada, me despierto y, todavía somnolienta, atravieso la cocina. Más somnolienta que yo está el área en su perspectiva de ladrillos. Y en la oscuridad de la aurora, un rojizo que distancia todo, distingo a mis pies sombras y blancuras: decenas de estatuas se esparcen rígidas. Las cucarachas que se habían endurecido de adentro hacia afuera. Algunas panza arriba. Otras en medio de un gesto que no se completaría jamás. En la boca de unas un poco de comida blanca. Soy la primera testigo de la alborada en Pompeya. Sé cómo fue esa última noche, sé de la orgía en la oscuridad. En algunas el yeso se habrá endurecido tan lentamente como en un proceso vital, y ellas, con movimientos cada vez más penosos, habrán intensificado ansiosamente las alegrías de la noche, intentando huir de dentro de sí mismas. Hasta que de piedra se volvieron, en espanto de inocencia, y con tal, tal mirada de censura herida. Otras —súbitamente asaltadas por la propia médula, ¡sin ni siquiera haber tenido la intuición de un molde interno que se petrificaba!—, esas de pronto se cristalizan, así como la palabra es cortada de la boca: yo te... Ellas que, usando el nombre del amor en vano, en la noche de verano cantaban. Mientras aquella allí, la de la antena marrón sucia de blanco, habrá adivinado demasiado tarde que se había momificado exactamente por no haber sabido usar las cosas con la gracia gratuita de lo en vano: “¡Es que miré demasiado dentro de mí! es que miré demasiado dentro de...”, de mi fría altura de gente miro el derrocamiento de un mundo. Amanece. Una u otra antena de cucaracha muerta se agita en la brisa. Desde la historia anterior canta el gallo.

La cuarta narración inaugura una nueva era en el hogar. Comienza como se sabe: Me quejé de las cucarachas. Va hasta el momento en que

veo los monumentos de yeso. Muertas, sí. Pero miro los caños, por donde esa misma noche irá a renovarse una población lenta y viva, en fila india. ¿Entonces renovaría yo todas las noches el azúcar letal? Como quien ya no duerme sin la avidez de un rito. ¿Y todas las madrugadas me conduciría sonámbula hasta el pabellón? En el vicio de ir al encuentro de las estatuas que mi noche sudada erguía. Me estremecí de perverso placer ante la visión de aquella doble vida de hechicera. Y me estremecí también ante el aviso del yeso que seca: el vicio de vivir que reventaría mi molde interno. Áspero instante de elección entre dos caminos que, pensaba yo, se dicen adiós, y segura de que cualquier elección sería la del sacrificio: yo o mi alma. Elegí. Y hoy ostento secretamente en el corazón una placa de virtud: “Esta casa fue desinfectada”.

La quinta historia se llama *Leibnitz y la trascendencia del amor en la Polinesia*. Comienza así: Me quejé de las cucarachas.

2 de agosto

LA PRINCESA (I) (NOUVELLE)

Si me preguntaran sobre Ofelia y sus padres, respondería con el decoro de la honestidad: apenas los conocí. Delante del mismo jurado al que respondería: apenas me conozco —y a cada cara del jurado diría con la misma límpida mirada de quien se hipnotizó para la obediencia: apenas os conozco. Pero a veces me despierto del largo sueño y me vuelvo con docilidad hacia el delicado abismo del desorden.

Estoy intentando hablar sobre aquella familia que desapareció hace años sin dejar rastros en mí, y de la que me había quedado sólo una imagen verdosa por la distancia. Mi inesperado consentimiento en saber fue provocado hoy por el hecho de que en casa apareció un pollito. Vino traído por una mano que quería tener el gusto de darme algo nacido. Al liberar al pollito, su gracia nos tomó en flagrante. Mañana es Navidad, pero el momento de silencio que espero el año entero vino un día antes de que Cristo naciera. Una cosa piando por sí misma despierta la suavísima curiosidad que junto a un pesebre es adoración. Pero, dijo mi marido, y ahora ésta. Se había sentido demasiado grande. Sucios, con la boca abierta, los niños se acercaron. Yo, un poco osada, me puse feliz. El pollito piaba. Pero Navidad es mañana, dijo tímido el niño más grande. Sonreíamos desamparados, curiosos.

Pero los sentimientos son agua de un instante. En breve —como la misma agua ya es otra cuando se enerva intentando morder una piedra, y otra incluso en el pie que se sumerge—, en breve ya no teníamos en el rostro más que aura e iluminación. Alrededor del pollito afligido, estábamos buenos y ansiosos. A mi marido la bondad lo pone ríspido y

severo, a lo que ya nos habituamos; él se crucifica un poco. En los niños, que son más graves, la bondad es un ardor. A mí, la bondad me intimida. En poco tiempo la misma agua era otra, y mirábamos contrahechos, enredados en la falta de habilidad para ser buenos. Y, el agua ya otra, poco a poco teníamos en el rostro la responsabilidad de una aspiración, el corazón pesado de un amor que ya no era libre. También nos desacomodaba el miedo que el pollito tenía de nosotros; allí estábamos y ninguno merecía comparecer ante un pollito; ante cada piar, él nos dispersaba hacia afuera. Ante cada piar, nos reducía a no hacer nada. La constancia de su pavor nos acusaba de una alegría leve que a esa hora ya ni alegría era, era una molestia. Había pasado el instante del pollito y él, cada vez más urgente, nos expulsaba sin soltarnos. Nosotros, los adultos, ya habíamos encerrado el sentimiento. Pero en los niños había una indignación silenciosa y la acusación de ellos era que nada hacíamos por el pollito o por la humanidad. A nosotros, padre y madre, el piar cada vez más ininterrumpido ya nos había llevado a una resignación angustiada: las cosas son así en realidad. Sólo que nunca le habíamos contado eso a los niños, teníamos vergüenza; y postergábamos indefinidamente el momento de llamarlos y decir claramente que las cosas son así. Cada vez se hacía más difícil, el silencio crecía, y ellos empujaban un poco el afán con que queríamos darles amor a cambio. Si nunca habíamos conversado sobre las cosas, mucho más tuvimos que esconderles en aquel instante la sonrisa que terminó sobreviniéndonos con el piar desesperado de aquel pico, una sonrisa como si a nosotros correspondiera bendecir el hecho de que las cosas fueran así, y hubiésemos terminado de bendecirlas.

El pollito, piaba. Sobre la mesa barnizada no osaba un paso, un movimiento, piaba para adentro. Yo no sabía siquiera dónde cabía tanto terror en una cosa que era sólo plumas. Plumas cubriendo ¿qué? Media docena de huesos que se habían reunido débiles ¿para qué? Para piar de terror. En silencio, por respeto a la imposibilidad de comprender, por respeto a la rebelión de los niños contra nosotros, en silencio mirábamos sin mucha paciencia. Era imposible darle la palabra que le diera seguridad, que le hiciera no tener miedo, consolar algo que por haber nacido se espanta. ¿Cómo prometerle el hábito? Padre y madre sabíamos cuán breve sería la vida del pollito. También este lo sabía, del modo como las cosas vivas saben: a través del susto profundo.

Y mientras tanto, el pollito lleno de gracia, cosa breve y amarilla. Yo quería que también él sintiera la gracia de su vida, así como nos habían pedido a nosotros, él que era la alegría de los otros, no la propia. Que sintiera que era gratuito, ni siquiera necesario —uno de los pollitos tiene que ser inútil—, que sólo había nacido para la gloria de Dios, entonces que fuera la alegría de los hombres. Pero era amar nuestro amor querer que el pollito fuera feliz solamente porque lo amábamos. Yo sabía también que sólo una madre resuelve el nacimiento, y el nuestro era amor de quien se

complace en amar: me resolvía en la gracia de que me hubiera sido dado amar, campanas, campanas repicaban porque sé adorar. Pero el pollito temblaba, cuestión de terror, no de belleza.

El niño menor no soportó más:

—¿Quieres ser su madre?

Dije que sí, sobresaltada. Yo era la enviada junto a aquella cosa que no comprendía mi único lenguaje: yo lo estaba amando sin ser amada. La misión era falible, y los ojos de cuatro niños, con la intransigencia de la esperanza, esperaban mi primer gesto de amor eficaz. Retrocedí un poco, sonriendo toda solitaria; miré a mi familia, quería que ellos sonrieran. Un hombre y cuatro niños me observaban, incrédulos y confiados. Yo era la mujer de la casa, la despensa. Por qué la impasibilidad de los cinco, no entendí. Cuántas veces yo habría fallado para que, en mi momento de timidez, ellos me miraran. Intenté aislarme del desafío de los cinco hombres para también yo esperar de mí y acordarme de cómo es el amor. Abrí la boca, iba a decirles la verdad: no sé cómo.

Pero si me llegara de noche alguna mujer. Si ella sostuviera en el regazo al hijo. Y dijera: cura a mi hijo. Yo diría: ¿cómo se hace? Ella respondería: cura a mi hijo. Yo diría: tampoco sé. Ella respondería: cura a mi hijo. Entonces —entonces porque no sé hacer nada y porque no me acuerdo de nada y porque es de noche—, entonces extendiendo la mano y salvo a una criatura. Porque es de noche, porque estoy sola en la noche de otra persona, porque este silencio es muy grande para mí, porque tengo dos manos para sacrificar la mejor de ellas y porque no tengo elección.

9 de agosto

LA PRINCESA (II) (NOUVELLE)

Fue en ese instante que volví a ver mentalmente a Ofélia. Y en ese instante me acordé de que había sido testigo de una niña.

Más tarde me acordé de que la vecina, madre de Ofélia, era trigüeña como una hindú. Tenía ojeras violáceas que la embellecían mucho y le daban un aire fatigado que hacía que los hombres la miraran una segunda vez. Un día, en el banco de la plaza, mientras los niños jugaban, ella me había dicho con su cabeza obstinada de quien mira hacia el desierto: “Siempre quise tomar un curso para decorar tortas”. Me acordé de que el marido —trigüeño también como si se hubieran elegido por la sequedad del color— quería ascender en la vida a través de los negocios de su ramo: gerencia de hoteles o dueño, nunca entendí bien. Lo que le daba una dura cortesía. Cuando en el ascensor éramos forzados a un contacto más prolongado, él aceptaba el intercambio de palabras con un tono de arrogancia que traía de luchas mayores. Hasta llegar al décimo piso, la

humildad a la que su frialdad me había forzado ya lo había amansado un poco; tal vez llegara a casa mejor servido. En cuanto a la madre de Ofélia, ella temía que a fuerza de vivir en el mismo piso hubiera intimidad y, sin saber que yo también me resguardaba, me evitaba. La única intimidad había sido la del banco del jardín donde, con ojeras y boca fina, había hablado sobre decorar tortas. Yo no había sabido qué retrucar y había terminado diciendo, para que supiera que ella me gustaba, que el curso de las tortas me agradaría. Ese único momento mutuo nos había apartado aún más, por temor a un abuso de comprensión. La madre de Ofélia había llegado incluso a ser grosera en el ascensor: al día siguiente yo estaba con uno de los niños de la mano, el ascensor bajaba despacio y, oprimida por el silencio que fortificaba a la otra, yo había dicho con un tono de agrado que en el mismo instante también a mí me había repugnado:

—Estamos yendo a casa de su abuelo.

Y ella, para mi espanto:

—No pregunté nada, nunca me meto en la vida de los vecinos.

—Bueno —dije yo—, bajo.

Lo que, allí mismo en el ascensor, me había hecho pensar que estaba pagando por haber sido su confidente de un minuto en el banco del jardín. Lo que, a su vez, me había hecho pensar que ella tal vez considerara haberme confiado más de lo que en realidad había confiado. Lo que, a su vez, me había hecho pensar si en verdad no me había dicho más de lo que las dos habíamos percibido. Mientras el ascensor continuaba bajando y parando, yo había reconstruido su aire insistente y soñador en el banco del jardín, y había mirado con ojos nuevos la belleza altanera de la madre de Ofélia. “No le voy a contar a nadie que quieres decorar tortas”, pensé, mirándola rápidamente.

El padre agresivo, la madre resguardándose. Familia soberbia. Me trataban como si yo ya viviera en su futuro hotel y los ofendiera con el pago que exigían. Sobre todo, me trataban como si yo no creyera, ni ellos pudieran probar, quiénes eran. ¿Y quiénes eran? indagaba a veces. ¿Por qué la bofetada impresa en sus rostros, por qué la dinastía exiliada? Y tanto no me perdonaban, que yo actuaba como no perdonada: si los encontraba en la calle, fuera del sector que me circunscribía, me sobresaltaba, sorprendida en delito: retrocedía para que ellos pasaran, les cedía el paso —los tres trigueños y bien vestidos pasaban como si fueran a misa, aquella familia que vivía bajo el signo de un orgullo o de un martirio oculto, amaratados como flores de la Pasión. Familia antigua, aquella.

Pero el contacto se hizo a través de la hija. Era una niña bellísima, con largos rulos duros, Ofélia, con ojeras iguales a las de la madre, las mismas encías un poco violetas, la misma boca fina de quien se cortó. Pero esa, la boca, hablaba. La hizo aparecer en casa. Tocaba el timbre, yo abría la mirilla, no veía nada, oía una voz decidida:

—Soy yo, Ofélia Maria dos Santos Aguiar.

Desanimada, abría la puerta. Ofélia entraba. La visita era para mí, mis dos niños en aquel tiempo eran demasiado pequeños para su sabiduría pausada. Yo era grande y estaba ocupada, pero la visita era para mí: con una atención toda interior, como si para todo hubiera un tiempo, se levantaba con cuidado la falda de volados, se sentaba, arreglaba los volados, y sólo entonces me miraba. Yo, que entonces copiaba el archivo del escritorio, trabajaba y escuchaba. Ofélia, ella, me daba consejos. Tenía opinión formada respecto de todo. Todo lo que yo hacía estaba un poco equivocado, en su opinión. Decía “en mi opinión” en tono resentido, como si yo debiera haberle pedido consejos y, ya que no se los pedía, ella me los daba. Con sus ocho años altivos y bien vividos, decía que en su opinión yo no criaba bien a los niños; pues cuando a los niños se les da la mano se quieren subir a la cabeza. La banana no se mezcla con leche. Mata. Pero claro, usted haga lo que quiera; cada uno sabe de sí. Ya no es hora de estar de *robe*, su madre se cambiaba de ropa en cuanto salía de la cama, pero cada uno termina llevando la vida que quiere. Si yo le explicaba que era porque todavía no me había bañado, Ofélia se quedaba quieta, mirándome atenta. Con alguna suavidad, entonces, con alguna paciencia, agregaba que no era hora de no haberse bañado todavía. Nunca era mía la última palabra. Qué última palabra podría tener cuando ella me decía: la tarta de legumbres no tiene tapa. Una tarde en una panadería me vi inesperadamente delante de la verdad inútil: allá había una fila de tartas de legumbres sin tapa. “Pero yo le avisé”, la oí como si estuviera presente. Con sus rulos y volados, con su firme delicadeza, era una visita en la sala aún desarreglada. Lo que valía es que decía muchas tonteras también lo que, para mi desaliento, me hacía sonreír desesperada.

La peor parte de la visita era la del silencio. Yo alzaba los ojos de la máquina, y no sabía desde hacía cuánto tiempo Ofélia me miraba en silencio. ¿Qué puede atraerle de mí a esta niña? Me exasperaba. Una vez, después de su largo silencio, me había dicho tranquila: usted es rara. Y yo, alcanzada de lleno en el rostro sin protección —justo en el rostro que, siendo nuestro lado oculto, es algo tan sensible— yo, alcanzada de lleno, había pensado con rabia: pues vas a ver qué es en realidad esa rareza que buscas. Ella, que estaba toda cubierta, y tenía madre cubierta y padre cubierto.

16 de agosto

LA PRINCESA (III) (NOUVELLE)

Yo incluso prefería, pues, consejo y crítica. Ya menos tolerable era su hábito de usar la expresión “por lo tanto” con que unía las frases en una concatenación que no fallaba. Me había dicho que yo había comprado

demasiadas legumbres en la feria —por lo tanto— no iban a caber en la heladera pequeña y —por lo tanto— se marchitarían antes de la próxima feria. Días después yo miraba las legumbres marchitas. Por lo tanto, sí. Otra vez había visto menos legumbres desparramadas en la mesa de la cocina, yo que disimuladamente había obedecido. Ofélia había mirado y mirado. Parecía a punto de no decir nada. Yo esperaba de pie, agresiva, muda, Ofélia había dicho sin ningún énfasis:

—Es poco hasta la feria que viene.

Las legumbres se acabaron en medio de la semana. ¿Cómo lo sabe? me preguntaba, curiosa. “Por lo tanto” tal vez sería la respuesta. ¿Por qué yo nunca, nunca sabía? ¿Por qué ella sabía de todo, por qué era la tierra tan familiar para ella, y yo sin protección? ¿Por lo tanto? Por lo tanto.

Una vez Ofélia se equivocó. Geografía —dijo sentada frente a mí con los dedos cruzados en el regazo— es un modo de estudiar. No llegaba a ser un error, era más bien un leve estrabismo de pensamiento —pero para mí tuvo la gracia de una caída, y antes de que pasara el instante, por dentro le dije: ¡así es como se hace eso! ve despacio así, y un día va a ser más fácil o más difícil para ti, pero es así, vete equivocándote, bien, bien despacio.

Una mañana, en medio de su conversación, me avisó autoritaria: “Voy a casa a ver algo pero vuelvo enseguida”. Arriesgué: “Si estás muy ocupada no necesitas volver”. Ofélia me miró muda, inquisitiva. “Existe una niña muy antipática”, pensé bien claro para que viera toda la frase expuesta en mi rostro. Ella sostuvo la mirada. La mirada en la que —con sorpresa y desolación— vi fidelidad, paciente confianza en mí y el silencio de quien nunca habló. ¿Cuándo fue que le había tirado un hueso para que ella me siguiera muda por el resto de la vida? Desvié los ojos. Ella suspiró tranquila. “Vuelvo enseguida.” ¿Qué es lo que quiere? —me agité—, ¿por qué atraigo a personas que ni siquiera gustan de mí?

Una vez, cuando Ofélia estaba sentada, tocaron el timbre. Fui a abrir y me encontré con la madre de Ofélia. Venía protectora, exigente:

—¿Por casualidad Ofélia Maria está aquí?

—Sí —me excusé como si la hubiese raptado.

—No hagas más esto —le dijo a Ofélia en un tono que me estaba dirigido; después se volvió hacia mí y súbitamente ofendida—: Disculpe la molestia.

—No piense en eso, esta niña es tan inteligente.

La madre me miró con leve sorpresa —pero la sospecha le pasó por los ojos. Y en ellos leí: ¿qué es lo que quieres de ella?

—Ya le prohibí a Ofélia Maria que la moleste —dijo ahora con abierta desconfianza. Y sujetando firme la mano de la niña para llevarla, parecía defenderla de mí. Con una sensación de decadencia, espí por la mirilla entreabierta sin ruidos: allá iban las dos por el corredor que llevaba a su departamento, la madre obligando a la hija con murmullos de reprensión amorosa, la hija impasible agitando rulos y volados. Al cerrar la mirilla

noté que todavía no me había cambiado de ropa y, por lo tanto, así había sido vista por la madre, que se cambiaba de ropa al salir de la cama. Pensé con alguna desenvoltura: bien, ahora la madre me desprecia, por lo tanto estoy libre de que la niña vuelva.

Pero sí volvía. Yo era demasiado atrayente para aquella criatura. Tenía bastantes defectos para sus consejos, era terreno para el desarrollo de su severidad, ya me había convertido en el dominio de aquella mi esclava: ella volvía, sí, levantaba los volados, se sentaba.

Por esa época, cerca de Pascuas, la feria estaba llena de pollitos, y traje uno para los niños. Jugamos, después él se quedó por la cocina, los niños en la calle. Más tarde Ofélia aparecía para la visita. Yo escribía a máquina, de vez en cuando asentía distraída. La voz igual de la niña, voz de quien habla de memoria, me atontaba un poco, entraba por entre las palabras escritas; ella decía, ella decía.

Fue cuando me pareció que de repente todo se había detenido. Sintiendo la falta de suplicio, la miré nublada.

Ofélia Maria estaba con la cabeza tiesa, con los rulos enteramente inmovilizados.

—Qué es eso —dijo.

—¿Eso qué?

—Eso —dijo inflexible.

—¿Eso?

Nos habríamos quedado indefinidamente en una rueda de “eso” si no fuera por la fuerza excepcional de aquella criatura que, sin una palabra, sólo con la extrema autoridad de la mirada, me obligaba a oír lo que ella misma oía. En el silencio de la atención a la que me había forzado, oí finalmente el débil piar del pollito en la cocina.

—Es el pollito.

—¿Pollito? —dijo muy desconfiada.

—Compré un pollito —respondí resignada.

—¡Pollito! —repitió como si la hubiera insultado.

—Pollito.

23 de agosto

LA PRINCESA (IV) (NOUVELLE)

Y en eso nos quedaríamos. De no ser por cierta cosa que vi y que nunca antes había visto.

¿Qué era? Pero, lo que fuera, ya no estaba allí. Un pollito había centelleado un segundo en sus ojos y en ellos se había sumergido para nunca haber existido. Y se hizo la sombra. Una sombra profunda cubriendo la tierra. Desde el instante en que involuntariamente su boca

estremecida casi había pensado “yo también quiero”, desde ese instante la oscuridad se había hecho densa en el fondo de los ojos en un deseo retráctil que, si la tocaran, se cerraría más, como hoja de adormidera. Y que retrocedía frente a lo imposible, lo imposible que se había acercado y, como tentación, había sido casi suyo: lo oscuro de los ojos vaciló como un oro. Una picardía le pasó entonces por el rostro —si yo no estuviera allí, por picardía, ella robaría cualquier cosa. En los ojos que pestañearon a la disimulada sagacidad, en los ojos la gran tendencia a la rapiña. Me miró rápida, y era la envidia, tú tienes todo, y la censura, por qué no somos la misma y yo tendré un pollito, y la codicia —ella me quería para ella. Despacio fui reclinándome en el respaldo de la silla, su envidia que desnudaba mi pobreza, y dejaba pensativa a mi pobreza; de no estar yo allí, ella robaba mi pobreza también: quería todo. Después de que el temor de la codicia pasó, lo oscuro de los ojos sufrió todo: no era solamente a un rostro sin protección al que yo la exponía, ahora la había expuesto a lo mejor del mundo: a un pollito. Sin que me vieran, sus ojos calientes me observaban en una intensa abstracción que se ponía en íntimo contacto con mi intimidad. Algo ocurría que yo no lograba entender a ojo desnudo. Y de nuevo volvió el deseo. Esta vez los ojos se angustiaron como si nada pudieran hacer con el resto del cuerpo que se desprendía independiente. Y se alargaban más, espantados con el esfuerzo físico de la descomposición que ocurría dentro de ella. La boca delicada se puso un poco infantil, de un violeta apretado. Miró hacia el techo, las ojeras le daban un aire de supremo martirio. Sin moverse, yo la miraba. Sabía de la gran incidencia de la mortalidad infantil. En ella la gran pregunta me envolvía: ¿vale la pena? No sé, le dijo mi quietud cada vez mayor, pero así es. Allí, frente a mi silencio, ella se estaba entregando al proceso, y si me preguntaba la gran pregunta, tenía que quedar sin respuesta. Tenía que darse —por nada. Tenía que ser. Y por nada. Ella se tomaba de sí, sin quererlo. Pero yo esperaba. Yo sabía que somos aquello que tiene que ocurrir. Yo sólo podía servirle de silencio. Y, deslumbrada de desentendimiento, oía latir dentro de mí un corazón que no era el mío. Delante de mis ojos fascinados, allí delante de mí, como un ectoplasma, ella se estaba transformando en niña.

No sin dolor. En silencio veía el dolor de su difícil alegría. El lento cólico de un caracol. Se pasó despacio la lengua por los labios finos. (Ayúdame, dijo su cuerpo en la bipartición penosa. Estoy ayudando, respondió mi inmovilidad.) La agonía lenta. Ella se estaba engrosando entera, deformándose con lentitud. Por momentos los ojos se volvían puras pestañas, en una aidez de huevo. Y la boca de un hambre trémula. Casi sonreía, entonces, como si, extendida en una mesa de operación, dijera que no le estaba doliendo tanto. No me perdía de vista; había marcas de pies que ella no veía, por allí nadie había caminado todavía y ella adivinaba que yo había caminado mucho. Se deformaba más y más, casi idéntica a sí misma. ¿Arriesgo?, ¿lo dejo sentir? se preguntaba. Sí, se respondió por mí.

Y mi primer sí, me embriagó. Sí, repitió mi silencio al suyo, sí. Como en el momento en que nació mi hijo yo había dicho: sí. Tenía la osadía de decir sí a Ofélia, yo que sabía que también se muere de niño sin que nadie lo note. Sí, repetí embriagada, porque el peligro mayor no existe: cuando se va, se va todo junto, tú misma siempre estarás; eso, eso lo llevarás contigo para lo que fuere.

La agonía de su nacimiento. Hasta entonces yo nunca había visto el coraje. El coraje de ser otro que el que se es, el de nacer del propio parto, y de soltar en el suelo el cuerpo antiguo. Y sin haberle sido respondido si valía la pena. “Yo”, intentaba decir su cuerpo mojado por las aguas. Sus nupcias consigo misma.

Ofélia preguntó despacio, con recato por lo que le ocurría:

—¿Es un pollo?

No la miré:

—Sí, es un pollo.

De la cocina venía el débil piar. Nos quedamos en silencio como si Jesús hubiese nacido. Ofélia respiraba, respiraba.

—¿Un pollito? —se certificó en duda.

—Sí, un pollito —dije guiándola con cuidado hacia la vida.

—Ah, un pollito —dijo meditando.

—Un pollito —dije sin maltratarla.

Desde hacía algunos minutos me encontraba frente a una niña. Se había hecho la metamorfosis.

—Está en la cocina.

—¿En la cocina? —repitió haciéndose la desentendida.

—En la cocina —repetí por primera vez autoritaria, sin agregar nada más.

—Ah, en la cocina —dijo Ofélia, fingiendo, y miró al techo.

Pero ella sufría. Con alguna vergüenza al final noté que me estaba vengando. La otra sufría, fingía, miraba al techo. La boca, las ojeras.

—Puedes ir a la cocina a jugar con el pollito.

—¿Yo...? —preguntó sonsa.

—Pero sólo si quieres.

Sé que debería haberla mandado, para no exponerla a la humillación de querer tanto. Sé que no debería haberle dado elección, y entonces tendría la disculpa de que había sido obligada a obedecer. Pero en aquel momento no era por venganza que le daba el tormento de la libertad. Es que aquel paso, también aquel paso, debería darlo sola y ahora. Era ella quien tendría que ir a la montaña. ¿Por qué —me confundía— por qué estoy intentando soplar mi vida en su boca violeta? ¿Por qué le estoy dando una respiración? ¿Cómo oso respirar dentro de ella, si yo misma..., solamente para que ella ande, estoy dándole los pasos penosos? ¿Le soplo mi vida sólo para que un día, exhausta por un instante, sienta como si la montaña hubiese caminado hasta ella?

Yo tendría el derecho. Pero no tenía opción. Era una emergencia como si los labios de la mentira estuvieran cada vez más violetas.

30 de agosto

LA PRINCESA (FINAL)

—Ve a ver el pollito sólo si quieres —repetí entonces con la extrema dureza de quien salva.

Nos quedamos enfrentándonos, diferentes, cuerpo separado de cuerpo, solamente la hostilidad nos unía. Yo estaba seca e inerte en la silla para que la niña se hiciera dolor dentro de otro ser, firme para que ella luchara dentro de mí; cada vez más fuerte a medida que Ofelia necesitara odiarme y necesitara que yo resistiera al sufrimiento de su odio. No puedo vivir esto por ti, le dije mi frialdad. Su lucha se hacía cada vez más cercana, y en mí, como si aquel individuo que había nacido extraordinariamente dotado de fuerza estuviera bebiendo de mi debilidad. Al usarme me hería con su fuerza; me arañaba al intentar aferrarse de mis paredes lisas. Al final su voz sonó con baja y lenta rabia:

—Pues voy a ver el pollito a la cocina.

—Ve, sí —dije lentamente.

Se retiró con pausa, buscaba mantener la dignidad de la espalda.

Volvió inmediatamente de la cocina —estaba espantada, sin pudor, mostrando el pollito en la mano, y con una perplejidad que me indagaba toda con los ojos.

—¡Es un pollito! —dijo.

Lo miró en la mano que se extendía, me miró, miró de nuevo la mano, y de pronto se llenó de una excitación y de una preocupación que me envolvieron automáticamente en excitación y preocupación.

—¡Pero es un pollito! —dijo e inmediatamente la censura le pasó por los ojos como si yo no le hubiese dicho quién piaba.

Reí. Ofelia me miró, ultrajada. Y de repente, de repente rió. Ambas entonces reímos, un poco agudas.

Después de que reímos, Ofelia puso el pollito en el piso para que anduviera. Si él corría, ella iba detrás, parecía dejarlo autónomo sólo para sentir nostalgia; pero si él se encogía, ella presurosa lo protegía, con pena de que él estuviera bajo su dominio, “pobre, él es mío”; y cuando lo sostenía, era con la mano torcida por la delicadeza, era el amor, sí el tortuoso amor. Es muy pequeño, por lo tanto lo que necesita es mucho cuidado, no podemos hacerle cariños porque existen peligros en realidad; no deje que lo tomen sin necesidad, usted haga lo que quiera, pero el maíz es demasiado grande para el piquito abierto de él; porque él es suavcito, pobre, tan joven, por lo tanto usted no puede dejar que sus hijos le hagan

cariños; sólo yo sé qué cariños le gustan; se resbala de nada; por lo tanto el piso de la cocina no es lugar para el pollito.

Desde hacía mucho tiempo yo intentaba escribir de nuevo en la máquina buscando recuperar el tiempo perdido y Ofélia que me provocaba, y al poco tiempo hablando solamente al pollito y amando de amor. Por primera vez me había soltado, ella ya no era yo. La miré, toda de oro como estaba, y el pollito todo de oro, y los dos zumbaban como roca y huso. También mi libertad por fin, y sin ruptura; adiós y yo sonreía de nostalgia.

Mucho después noté que era conmigo que Ofélia hablaba.

—Creo, creo que voy a dejarlo en la cocina.

—Pues, ve.

No vi cuando fue, no vi cuando volvió. En algún momento, de casualidad y distraída, sentí que hacía mucho tiempo que había silencio. La miré un instante. Estaba sentada, con los dedos cruzados en el regazo. Sin saber exactamente por qué, la miré una segunda vez:

—Qué pasa.

—¿A mí...?

—¿Te ocurre algo?

—¿A mí...?

—¿Quieres ir al baño?

—¿Yo...?

Desistí, volví a la máquina. Algún tiempo después oí la voz:

—Voy a tener que irme a casa.

—Está bien.

—Si usted me deja.

La miré sorprendida.

—Pues, si quieres...

—Entonces —dijo—, entonces me voy...

Fue caminando despacio, cerró la puerta sin ruido. Me quedé mirando la puerta cerrada. Rara eres tú, pensé. Volví al trabajo.

Pero no lograba salir de la misma frase. Bien —pensé impaciente mirando el reloj— ¿y ahora qué? Me quedé indagando sin gusto, buscando en mí misma lo que podía estar interrumpiéndome. Cuando ya desistía, volví a ver una cara extremadamente quieta. Ofélia. Algo menos que una idea me pasó entonces por la cabeza e, inesperadamente, ésta se inclinó para oír mejor lo que yo sentía. Despacio empujé la máquina. Reticente fui apartando despacio las sillas del camino. Hasta parar despacio ante la puerta de la cocina. En el piso estaba el pollito muerto. ¡Ofélia! llamé en un impulso a la niña huida.

A una distancia infinita veía el piso. ¡Ofélia! inútilmente intenté alcanzar a la distancia el corazón de la niña callada. ¡Oh, no te asustes mucho! ¡A veces matamos por amor, pero juro que un día se olvida, lo juro! no amamos bien, oye, repetí como si pudiera alcanzarla antes de que, desistiendo de servir a lo verdadero, fuera a servir altivamente a la nada.

Yo que no me había acordado de avisarle que sin el miedo existía el mundo. Pero juro que eso es la respiración. Estaba muy cansada, me senté en el banco de la cocina.

Donde estoy ahora, batiendo despacio la torta de mañana. Sentada como si durante todos estos años hubiese esperado con paciencia en la cocina. Abajo de la mesa se estremece el pollito de hoy. El amarillo es el mismo, el pico es el mismo. Como en la Pascua se nos promete, en diciembre él vuelve. Ofélia es la que no volvió: creció. Fue a ser la princesa hindú por quien esperaba su tribu en el desierto.

6 de septiembre

EL ARTISTA PERFECTO

No me acuerdo bien de si es en *Les donnés immédiates de la conscience* que Bergson habla del gran artista que sería aquel que tuviera no sólo uno sino todos los sentidos liberados del utilitarismo. El pintor tiene más o menos liberado el sentido de la visión; el músico, el sentido de la audición.

Pero aquel que estuviera completamente libre de soluciones convencionales y utilitarias vería el mundo o, mejor, tendría al mundo de un modo como jamás artista alguno lo tuvo. Quiero decir, totalmente y en su verdadera realidad.

Eso podría plantear una hipótesis. Supongamos que se pudiera educar, o no educar, a una criatura, tomando como base la determinación de conservarles los sentidos alertas y puros. Que no se le dieran datos, sino que sus datos fueran sólo los inmediatos. Que ella no se *habitua*se. Supongamos también que, con el fin de mantenerla en el campo sensato que le sirviera de denominador común con los otros hombres, se le permitiera cierta estabilidad indispensable para vivir, se le dieran unas pocas nociones utilitarias: pero utilitarias para que sean utilitarias, comida para ser comida, bebida para ser bebida. Y en el resto se la conservara libre. Supongamos entonces que esa criatura se volviera artista y fuera artista.

Surge el primer problema: ¿sería artista por el simple hecho de esa educación? Es de creer que no, arte no es pureza, es purificación, arte no es libertad, es liberación.

Esa criatura sería artista desde el momento en que descubriera que hay un símbolo utilitario en la cosa pura que se nos da. Haría arte, sin embargo, si siguiera el camino inverso al de los artistas que no pasan por esa imposible educación: unificaría las cosas del mundo no por su lado de maravillosa gratuidad sino por su lado de utilidad maravillosa. Se liberaría. Si pintara, es probable que llegara a la siguiente *fórmula* explicativa de la

naturaleza: pintaría un hombre comiendo el cielo. Nosotros, los utilitarios, aún logramos mantener al cielo fuera de nuestro alcance. A pesar de Chagall. Es una de las pocas cosas para la que todavía no *servimos*. Esa criatura, convertida en hombre-artista, tendría, pues, los mismos problemas fundamentales de alquimia.

Pero si ese hombre, ese único, no fuera artista —no sintiera la necesidad de transformar las cosas para darles una realidad mayor—, no sintiera, en fin, la necesidad de *arte*, entonces cuando hablara nos espantaría. Diría las cosas con la pureza de quien vio que el rey está desnudo. Nosotros lo consultaríamos como ciegos y sordos que quieren ver y oír. Tendríamos un profeta, no del futuro, sino del presente. No tendríamos un artista. Tendríamos un inocente. Y el arte, imagino, no es inocencia, es volverse inocente.

Tal vez sea por eso que las exposiciones de dibujos de niños, por más bellas, no son propiamente exposiciones de arte. Y es por eso que si los niños pintan como Picasso, tal vez sea más justo alabar a Picasso que a los niños. El niño es inocente, Picasso se volvió inocente.

HINDEMITH

Cuarteto de Hindemith —¿por qué mano aborda él el tema que descubrió? No, camina apoyado a la pared, escamotea la melodía descubierta, camina al lado, en ese lugar en el que ocurren tantas cosas. A veces se escurre por el muro, en el lugar donde no pega el sol. Su madurez ya sería otra música —como compositor haría música de la madurez de ese cuarteto. Él es antes de la madurez.

La melodía sería el *hecho*. ¿Pero qué *hecho* tiene una noche que transcurre entera en un atajo, donde no hay nadie, y mientras dormimos? Historia de oscuridad tranquila, de raíz adormecida en su fuerza, de olor que no tiene perfume. El violín de Hindemith no cuenta acerca, antes se cuenta, antes se desdobra. No es grave, él es gravedad. Y en nada de eso existe lo abstracto. Es lo figurativo de lo inaudible. Casi no existe carne en su cuarteto, esa carne que, aunque transparente y vulnerable, está en Debussy, por ejemplo. Qué pena que la palabra *nervios* esté ligada a vibraciones dolorosas, que “nervios expuestos” sea expresión de sufrimiento. Si no, sería cuarteto de nervios. Cuerdas oscuras que, tocadas, no hablan sobre “otras cosas”, “no cambian de asunto” —son en sí y de sí, se entregan iguales a como son. Después es difícil reproducir de oído su música, no es posible cantarla sin haberla estudiado. ¿Y cómo estudiar algo que no tiene historia? Pero se acordará de algo que también ocurrió *a un lado*. Habrá compartido esa primera existencia musical, se habrá deslizado, como en un tranquilo sueño de una noche tranquila, con la resina por el tronco del árbol. Después dirá: nada soñé. ¿Será que

alcanza? Alcanza, sí. Y sobre todo esa falta de error. Ese tono de emoción de quien podría mentir pero no miente. ¿Alcanza? Alcanza, sí.

13 de septiembre

MIEDO A EQUIVOCARSE

A un suizo inteligente le preguntamos una vez por qué no había propiamente pensamiento filosófico en Suiza. Como respuesta, nuestro interlocutor me recordó que su país tiene tres razas, cuatro lenguas. De donde podemos concluir, tres o cuatro pensamientos. Que esta nación que funciona, digamos, casi perfectamente, necesita constantemente buscar un equilibrio, hacer una suma de ideas, reducirlas a aquella que, sin herir completamente a las otras, satisfaga más o menos a todos. Así, quien piensa espera de antemano una victoria sólo a medias. Las ideas de cada uno se encuentran y se detienen en su punto de contacto con las otras. Así, el pensamiento filosófico es por excelencia aquel que va hasta su propio extremo. No puede admitir tolerancias más que *a posteriori*. Ninguna obra filosófica podría ser construida teniendo como uno de sus principios tácitos la necesidad de llegar solamente hasta cierto punto.

Este es uno más de los aspectos de la neutralidad suiza. Esta no funciona sólo en relación con fines exteriores. Es un principio que dirige la paz interna, precisamente teniendo en vista la mezcla de razas. Es un principio, más que de paz, de apaciguamiento. Ser neutro no es solución para un determinado caso, ser neutro se convirtió, con el tiempo, en una actitud y en una previsión.

Ese admirable país encontró su fórmula propia de organización social y política. Pero que poco a poco se extendió a una fórmula de vida.

La amalgama de tendencias y necesidades formó una cultura y se encarnó de tal forma en los individuos que, si esa nación no estuviera formada por varios grupos raciales, se podría caer en la facilidad de hablar de *carácter racial*.

Se puede hablar sin embargo de caracteres nacionales, y uno de los más evidentes es el de la actitud mental de precaución.

La impresión que se tiene de un suizo es la de un hombre que vive en la seguridad y, aun más, que sufre de ansia de seguridad. A propósito de eso podrían recordarse varias causas generales, como la situación geográfica, la dificultad de producción agraria, etcétera.

Esta actitud de previsión encuentra, a cada momento, motivo de concretarse. Y se extiende hasta donde ya sería deseable que se interrumpiera.

Así, por ejemplo, es común, por lo menos en Berna, que se vea la mitad de una platea retirarse antes de que comience la música *moderna*. A

veces antes de piezas que se ejecutarán en Suiza por primera vez.

Sin embargo, al pueblo suizo realmente le gusta la música, sinceramente, sin ningún esnobismo. El hecho es motivado particularmente por el horror que el pueblo siente por la música moderna o por la literatura moderna o por la pintura moderna: la palabra *moderna* suena un poco como escándalo, como aventura, incluso como sospecha. Pero, más ampliamente y más profundamente, ese hecho viene de que el suizo teme equivocarse en su admiración.

Los suplementos literarios de periódicos suizos descubrirán canas sepultadas de Vigny —adivinarán pensamientos ocultos de Madame de Staël— atacarán, incluso con cierta ferocidad cómoda, al varias veces fallecido Renán —disculparán a Victor Hugo las peleas con amigos— y si aparece la oportunidad de conmemoración de centenarios, las páginas se cubrirán de comentarios al respecto; hay más centenarios en la tierra de los que un hombre actual puede prever.

No es sólo por gusto y por respeto a la tradición. Es miedo de arriesgar. Un escritor vivo es un riesgo constante. Es un hombre que mañana puede no justificar la admiración que se tuvo por su obra con un mal discurso, con un libro más débil.

El pueblo suizo no recibió nada gratuitamente. Todo en esa tierra tiene marca de noble esfuerzo, de conquista paciente. Y no fue poco lo que consiguieron, convertirse en un símbolo de paz.

Ese estado de alta civilización —en el que la expresión *hombre civil* tiene realmente un sentido y una fuerza— ellos lo mantendrán a toda costa, con austera previsión, con dura disciplina mental, con la precaución contra el error.

Lo que no impide que tanta gente, en silencio, se arroje del puente de Kirchenfeld, sin que los periódicos siquiera se anoticien para que otros no lo repitan. De algún modo se ha de pagar la seguridad, la paz, el miedo a equivocarse.

20 de septiembre

EL ERUDITO

Él ahora es gerente de un negocio de zapatos. No porque lo eligió, sino porque fue lo que le quedó. Siempre se preguntaba: ¿dónde está mi error? El error con relación a su destino, quería decir. No hay grandes motivos para buscar en el hecho de que alguien sea gerente en un negocio de zapatos. Pero una vez que él mismo se pregunta y extiende zapatos como si no perteneciera a ese mundo, aparece el motivo de indagación. ¿Por qué realmente? Había sido, por ejemplo, el mejor alumno de Historia y hasta se interesaba por la Arqueología. Pero lo que parecía faltarle era cultura

histórica o arqueológica, sólo tenía la erudición, le faltaba la comprensión íntima de que los hechos habían sucedido en este mundo y con estos mismos hombres, que en la tierra que él pisaba un día no había habido habitantes y que los peces que se habían transformado en anfibios eran ésos mismos que él comía. Y hasta hoy extiende zapatos como un erudito, como si no fuera en contacto con esta áspera tierra que se gastan las suelas.

4 de octubre

LOS HÉROES

Incluso en Camus, ese amor por el heroísmo. ¿Entonces no hay otro modo? No, incluso comprender ya es heroísmo. ¿Entonces un hombre no puede simplemente abrir una puerta y mirar?

25 de octubre

LO INSUPERABLE

Ella estaba con hipo. Y como si no bastara la claridad de las dos de la tarde, era pelirroja.

En la calle vacía las piedras vibraban de calor, la cabeza de la niña flameaba. Sentada en los escalones de su casa, aguantaba. Nadie en la calle, sólo una persona esperando inútilmente en la parada del tranvía. Y como si no bastara su mirada sumisa y paciente, el hipo la interrumpía de tanto en tanto, agitando el mentón que se apoyaba conforme en la mano. ¿Qué hacer con una niña pelirroja con hipo? Nos miramos sin palabras, desaliento contra desaliento. En la calle desierta ninguna señal de taxi. En una tierra de morenos, ser pelirrojo era una revolución involuntaria. ¿Qué importaba si en un día futuro su marca la haría erguir insolente una cabeza de mujer? Por ahora ella estaba sentada en un escalón centelleante de la puerta, a las dos de la tarde. Lo que la había salvado era una vieja cartera de señora, con la manija partida. La sostenía con un amor conyugal ya habitual, apretándola contra las rodillas.

Fue cuando se acercó a su otra mitad en este mundo, un hermano en Grajaú. La posibilidad de comunicación surgió en el ángulo caliente de la esquina, acompañando a una señora, y encarnada en la figura de un can. Era un *basset* lindo y miserable, dulce bajo su fatalidad. Era un *basset* pelirrojo.

Allá venía trotando, frente a su dueña, arrastrando su tamaño.

Desprevenido, acostumbrado, perro.

La niña abrió los ojos pasmada. Suavemente avisado, el perro se detuvo frente a ella. Su lengua vibraba. Ambos se miraban.

Entre tantos seres que están listos para volverse dueños de otro ser, allá estaba la niña que había venido al mundo para tener aquel perro. Él se estremecía suavemente, sin ladrar. Ella lo miraba bajo los cabellos, fascinada, seria. ¿Cuánto tiempo transcurría? Un gran hipo la sacudió desafiando. Él ni siquiera tembló. También ella pasó por encima del hipo y continuó observándolo.

Los pelos de ambos eran cortos, rojos.

¿Qué se dijeron? No se sabe. Sólo se sabe que se comunicaron rápidamente, pues no había tiempo. Se sabe también que sin hablar ellos se pedían. Se pedían con urgencia, con timidez, sorprendidos.

En medio de tanta vaga imposibilidad y de tanto sol, allí estaba la solución para la niña roja. Y en medio de tantas calles para trotar, de tantos perros más grandes, de tantas cloacas secas, ahí había una niña, como si fuera carne de su pelirroja carne. Se observaban profundos, entregados, ausentes de Grajaú. Un instante más y el sueño suspendido se quebraría, cediendo tal vez a la gravedad con que se pedían.

Pero ambos estaban comprometidos.

Ella con su infancia imposible, el centro de la inocencia que sólo se abriría cuando fuera una mujer. Él, con su naturaleza aprisionada.

La dueña esperaba impaciente bajo la sombrilla. El *basset* pelirrojo al final se despegó de la niña y salió sonámbulo. Ella se quedó espantada, con el acontecimiento en las manos, en una mudez que ni padres ni madres comprenderían. Lo acompañó con los ojos negros que apenas creían, inclinada sobre la cartera y las rodillas, hasta verlo doblar la otra esquina.

Pero él fue más fuerte que ella. Ni una sola vez miró hacia atrás.

13 de diciembre

TEOSOFÍA

Positivamente no era mi día para la teosofía. Y no va que tomo un taxi con un chofer que, a propósito de sólo simpatía por mí, creo, me da una lección teosófica. Más materialista de lo que yo estaba, no podía. El chofer —un señor de cabello blanco, aspecto distinto y bonito— hablaba y yo no lo escuchaba. Escuché cuando habló de hermandad y entonces reaccioné de un modo extraño: no me sentí hermana de nadie en el mundo. Estaba sola. Pero hubo una cosa que me llamó la atención porque es mía también, incluso en un día de puro materialismo. ¿Cómo explicar? Dijo que nuestro ciclo en el mundo ya terminó y que no estamos preparados para este fin,

que el año dos mil ya llegó. Presté atención. Para mí también el año dos mil es hoy. Me siento tan avanzada, aun cuando no pueda expresarlo, que estoy en otro ciclo, aun cuando no pueda expresarlo. Incluso me siento mucho más allá de escribir. ¿Marciana? No. Poco quiero saber. Y el año dos mil ya llegó, pero no por causa de Marte: por causa de la propia Tierra, de nosotros, por nuestra voracidad del tiempo que nos come. Sólo en materia de hambre no estamos en el año dos mil. Pero hay varios tipos de hambre: estoy hablando de todos. Y el hambre, no de comida, es tanta que engullimos no sé cuántos años y superamos los dos mil. Lo que yo aprendí con los choferes de taxi daría para un libro. Saben muchas cosas: literalmente circulan. En cuanto a Antonioni yo sé, y ellos no saben. Si bien tal vez, incluso ignorándolo. Hay varios modos de saber, ignorando. Conozco eso: ocurre conmigo también.

20 de diciembre

ENTRE COMILLAS

Cuando revuelvo en papeles viejos, exteriormente eso significa algún polvo, e interiormente rabia de mí misma: porque, sin convencerme nunca de que tengo mala memoria, copio entre comillas frases o textos y después, pasado un tiempo, como no lo anoté pensando que no olvidaría el nombre de los autores, ya no sé quién los dijo. Por ejemplo:

“Vemos que aquí en la tierra los opuestos se mezclan, que un valor positivo se compra al precio de un valor negativo. Y, tal vez, la experiencia metafísica más profunda —la que viene cuando el ser toma conciencia de lo absoluto, lo que le da un estremecimiento sagrado y lo deja entrever la felicidad, aquella que le permite el acceso a lo sobrenatural— tal vez esa experiencia sólo sea posible cuando el alma está tan desplazada que ya no le sea posible volver a erguirse de su ruina”.

“Lo que parece incoherente al frío análisis a veces puede estar cargado de sentido para el corazón, y este lo entiende.”

“No se sabría adquirir el conocimiento intuitivo de algún otro universo sin sacrificar una parte del entendimiento que nos es necesario en el presente mundo.”

UN MOMENTO DE DESÁNIMO

En algún punto debe de haber un error: es que al escribir, por más que me exprese, tengo la sensación de nunca haberme expresado en verdad. A tal punto eso me desalienta que me parece, ahora, haber pasado a concentrarme más en querer expresarme que en la expresión misma. Sé

que es una manía muy pasajera. Pero, de cualquier forma, intentaré lo siguiente: una especie de silencio. Aun cuando siga escribiendo, usaré el silencio. Y, si existiera lo que se llama expresión, que se exhale de lo que soy. Ya no va a ser más: “Me expreso, luego soy”. Será: “Soy, luego soy”.

ACERCA DE ESCRIBIR

A veces tengo la impresión de que escribo por simple curiosidad intensa. Es que, al escribir, me entrego a las sorpresas más inesperadas. Es a la hora de escribir que muchas veces me vuelvo consciente de cosas, de las cuales, siendo inconsciente, antes no sabía que sabía.

FORMA Y CONTENIDO

Se habla de la dificultad entre la forma y el contenido, con relación a escribir; hasta se dice: el contenido es bueno, pero la forma no, etc. Pero, por Dios, el problema es que no está de un lado el contenido y de otro la forma. Así sería fácil: sería como relatar a través de una forma lo que ya existiera libre, el contenido. Pero la lucha entre la forma y el contenido está en el propio pensamiento: el contenido lucha por formarse. A decir verdad, no se puede pensar en un contenido sin su forma. Sólo la intuición toca en la verdad sin necesitar ni de contenido ni de forma. La intuición es la honda reflexión inconsciente que prescinde de forma mientras ella misma, antes de surgir, se trabaja. Me parece que la forma ya aparece cuando todo el ser tiene un contenido maduro, ya que se quiere dividir el pensar o escribir en dos fases. La dificultad de forma está en el propio constituirse del contenido, en el propio pensar o sentir, que no sabrían existir sin su forma adecuada y a veces única.

1970

21 de febrero

EL MUERTO IRÓNICO

¿Será este un epitafio para un amigo muerto e irónico? Detrás de los anteojos, la bondad. Detrás del pecho, el corazón ya enfermo. Este fue su egoísmo sarcástico: su muerte era problema de los vivos. ¿Dónde está él, si no creía en la sobrevivencia? Como si creer fuera una dirección. La falta que él hace es de una presencia casi incómoda. Y con qué ironía esta paradoja él leería. “¿Incluso con rima?”, diría. Sí, la rima también sirve para no llorar. ¿Dónde está lo que de él pensaba? doliendo en otras cabezas. Una pena que sea tonto decir: mi brazo derecho por tu vida. Esta vez sin rima para poder por fin llorar. Él, que no dejó llorar.

DESCUBRIMIENTO

Un perro tiene que tener olor a perro. Pues ese fue el iluminado pensamiento que se le ocurrió al hombre en medio de un día en que, hace varios días, se encontraba en una tibia niebla de sentimientos. El pensamiento sobre el perro lo iluminó de repente y abrió de repente un claro. El hombre se puso muy alegre, tal vez hubiera terminado de poner los puntos sobre las íes. Se puso alegre y comenzó a mirar cada cosa como si por fin se hubiese despertado de una larga enfermedad. Un perro tiene que tener olor a perro. El hombre, a través de ese pensamiento, se aceptó totalmente como era, como si admitiera que un hombre tiene que tener olor a hombre, que la vida de un hombre es su vida desnuda. En la calle, por donde caminaba para ir al trabajo, pasó junto a una mujer que, inocente del que pasaba, cargaba un paquete de compras. Él sonrió porque ella no sabía que él sabía que, así como un perro es un perro, aquella mujer era aquella mujer. El hombre se emocionó con el hecho de haber terminado de lavar al mundo, las aguas todavía corrían frescas. Él iba a trabajar al Banco. Y el Banco es horrible, por Dios. Pero, lavado con aguas frescas, un banco es un banco.

CARTA ATRASADA

Estimado señor X,

Encontré una crítica suya sobre un libro, *La ciudad sitiada*, sólo Dios sabe de cuándo, pues el recorte no tiene fecha. Su crítica es aguda y bien hecha. Usted dice tantas cosas verdaderas y bien dichas, y que encontraron eco en mí, que por mucho tiempo no se me ocurrió agregarles ni a ellas ni a mí misma otras verdades también importantes del mismo modo. Ocurre que a esas otras verdades usted tiene o no tiene la culpa de no conocerlas. Sé que el lector común sólo puede tomar conocimiento de lo que está realizado, de lo que es evidente. Lo que me espanta —y esto ciertamente va en contra de mí— es que a un crítico se le escapen los motivos mayores de mi libro. ¿Será que eso quiere decir que no logré sacar a la superficie las intenciones del libro? ¿O los ojos del crítico se nublaron por otros motivos que no eran los míos? Hablan o, mejor, antiguamente hablaban, tanto de mis “palabras”, de mis “frases”. Como si ellas fueran verbales. Sin embargo ninguna, pero ninguna de las palabras del libro fue juego. Cada una de ellas quiso decir esencialmente algo. Sigo considerando mis palabras como desnudas. En cuanto a la “intención” del libro, no creía que se perdería, a los ojos de un crítico, a través del desarrollo de la narración. Sigo sintiendo esa “intención” atravesando todas las páginas, en un hilo tal vez frágil tal como quise, pero permanente y hasta el final. Creo que todos los problemas de Lucrecia Neves están condicionados a ese hilo. Que es lo que quise decir a través de Lucrecia —personaje sin las armas de la inteligencia que aspira, sin embargo, a esa especie de integridad espiritual de un caballo, que no “reparte” lo que ve, que no tiene una “visión verbal” o mental de las cosas, que no siente la necesidad de completar la impresión con la expresión-caballo en el que existe el milagro de que la impresión sea total —tan *real*— que en él la impresión ya es la expresión. Pensé tanto en haber sugerido que la historia verdadera de Lucrecia Neves era independiente de su historia particular. La lucha por alcanzar la realidad —he ahí lo principal en esa criatura que intenta, de todos los modos, adherir a lo que existe por medio de una visión total de las cosas. Pretendí dejar dicho también cómo la visión —cómo el modo de ver, el punto de vista— altera la realidad, construyéndola. Una casa no se construye sólo con piedras, cimiento, etc. El modo de mirar de un hombre también la construye. El modo de mirar da el aspecto a la realidad. Cuando digo que Lucrecia Neves construye la ciudad de S. Geraldo y le da una tradición, es de algún modo claro para mí. Cuando digo que, en esa época de ciudad naciente, cada mirada hacía emerger nuevas extensiones, nuevas realidades, eso es tan claro para mí. Tradición, pasado de cultura, ¿qué es eso si no un modo de ver que se transmite hasta nosotros?

Pensé haber dado a Lucrecia Neves sólo el papel de “una de las personas” que construyeron la ciudad, dejándole el mínimo de individualidad necesaria para que un ser sea él mismo. Los problemas propios de Lucrecia Neves, como dice usted, me parecen sólo la tierra

necesaria para esa construcción colectiva. Me parece tan claro. Una de las más intensas aspiraciones del espíritu es la de dominar por el espíritu la realidad exterior. Lucrécia no lo consigue, entonces “adhiera” a esa realidad, toma como su vida la vida más amplia del mundo.

No se vuelve evidente para mí que todos esos movimientos íntimos del libro, y otros más que lo completan, estén sumergidos bajo lo que usted llama “magia de la frase”. Desde el primer libro, además, se habla de mis “frases”. No tenga dudas, sin embargo, de que deseé —y logré, por Dios— algo a través de ellas, y no a ellas mismas.

Llamar “verbalismo” a una voluntad dolorosa de acercar lo más posible las palabras al sentimiento, eso es lo que me espanta. Y lo que me revela la distancia posible que hay entre lo que se da y lo que se recibe... Pero que lo di y fue recibido, lo sé. San Tiago Dantas, cuando leyó por primera vez el libro, se asustó: me dijo que yo había “caído”. Después, en una noche de insomnio, resolvió releerlo. Y me dijo con espanto: pero este es tu mejor libro. No lo era, pero valió por la profunda comprensión que tuvo de Lucrécia Neves y de los caballos de S. Geraldo. No, usted no hizo el “entierro” del libro: usted también lo “construyó”. Con perdón de la palabra, como uno de los caballos de S. Geraldo.

28 de febrero

SÁBADO, CON SU LUZ

Trabajar, ¿cómo? ¿Qué es lo que interesa en este sábado que es puro aire, sólo aire? “Todos aquellos que hicieron grandes cosas, las hicieron para salir de una dificultad, de un callejón sin salida.” ¿Mi vida tiene que ser escribir, escribir, escribir?, ¿como ejercicio espiritual profundo? E incorporar en lo que escriba el aire aéreo de este sábado. ¿Qué quiero escribir? Hoy quiero escribir cualquier cosa que sea tranquila y sin modas, algo como el recuerdo de un alto monumento que parece más alto porque es recuerdo. Pero quiero, de paso, haber tocado realmente el monumento. Voy a parar aquí, ¡porque es tan sábado!

7 de marzo

LA MÁQUINA ESTÁ CRECIENDO

El hombre fue programado por Dios para resolver problemas. Pero comenzó a crearlos en vez de resolverlos. La máquina fue programada por el hombre para resolver los problemas que él creó. Pero ella, la máquina,

está comenzando también a crear problemas que desorientan y tragan al hombre. La máquina continúa creciendo. Está enorme. A punto tal de que tal vez el hombre deje de ser una organización humana. Y como perfección de *ser creado*, sólo existirá la máquina. Dios creó un problema para sí mismo. Él terminará destruyendo la máquina y recomenzando por la ignorancia del hombre frente a la manzana. O el hombre será un triste antepasado de la máquina; mejor el misterio del paraíso.

14 de marzo

ESCRIBIR AL SABOR DE LA PLUMA

Esta frase me quedó en la memoria y ni siquiera sé de dónde vino. Para comenzar, la pluma ya no se usa más. Y después, sobre todo, escribir a máquina, o con lo que sea, no es un sabor. No, no me estoy refiriendo a intentar escribir bien: eso viene por sí solo. Estoy hablando de intentar en uno mismo la nebulosa que de a poco se condensa, de a poco se concreta, de a poco sube a la superficie, hasta que llegue como en un parto la primera palabra que la exprese.

VARIACIÓN DEL HOMBRE DISTRAÍDO

Está con los anteojos y sin embargo busca los anteojos por la casa entera. De vez en cuando le ocurre con alegría: qué suerte la mía, la de ver todo tan claro hoy, eso me ayudará a buscar y a encontrar mis anteojos. A veces, en medio de la búsqueda, llega a pensar: estoy viendo tan bien que capaz que hasta no necesito más anteojos ni para leer. Sólo se dio cuenta de que estaba con los anteojos en la cara cuando, antes de dormir, se los acomodó para leer: sintió con extrañeza un trazo fisonómico más. Y la verdad es que quedó muy decepcionado: era natural que yo pensara que ya no necesitaba anteojos.

EL FUTURO YA COMENZÓ

Bien, en un último análisis se trata de lo siguiente: ya estamos en el año 2000. De tanto miedo que tenemos de ese año límite (el Tiempo revelado una vez más), precipitamos el acontecimiento. Así como no se aguanta algo prometido y se hace que la cosa, aun dolorosa, venga antes para que pase rápidamente la desesperación. No es que el año 2000 en el que ya estamos sea un año de desesperación. ¿O sí? La desesperación de la existencia eterna del Tiempo, así como el Universo, siempre existió.

Ahora no tengo miedo al pensar en el año 8000. Que vendrá así como el año 2000. El tiempo no es la duración de una vida. El tiempo antes de nosotros es tan eterno como el tiempo en adelante. En el año 8000, si hay gente, habrá una nueva religión, una que admita que lo inmaterial se materialice, una que no tenga miedo de la muerte, pues este es sólo un problema personal.

SÍ Y NO

Yo soy sí. Yo soy no. Espero con paciencia la armonía de los contrarios. Seré un yo, lo que significa también vosotros.

EVOLUCIÓN

Con el paso del tiempo ella se iba volviendo más habituada, como si de a poco se estuviera acostumbrando a la Tierra, a la Luna, al Sol y, extrañamente, sobre todo a Marte. Estaba en una especie de plataforma de donde, por milésimas de segundos, parecía ver la suprarrealidad de lo que es verdaderamente real. Más real que la realidad.

25 de abril

VIETCONG

Uno de mis hijos me dijo: ¿Por qué a veces escribes sobre asuntos personales? Le respondí que, en primer lugar, nunca traté realmente acerca de mis asuntos personales, incluso soy una persona muy secreta. Y hasta con amigos sólo voy hasta cierto punto. Es fatal, en una columna que aparece todos los sábados, terminar comentando sin querer las repercusiones en nosotros de nuestra vida diaria y de nuestra vida extraña. Ya hablé con un cronista célebre a este respecto, quejándome yo misma de estar siendo muy personal, cuando en 11 libros publicados no entré como personaje. Él dijo que en la crónica no había escapatoria. Mi hijo dijo entonces: ¿Por qué no escribes sobre el Vietcong? Me sentí pequeña y humilde, pensé: ¿qué es lo que una mujer débil como yo puede hablar sobre tantas muertes sin gloria siquiera, guerras que cortan de la vida a personas en plena juventud, sin hablar de las masacres, en nombre de qué, al final? Una bien sabe por qué, y queda horrorizada. Le respondí que yo dejaba los comentarios para Antônio Callado. Pero, de repente, me sentí impotente, de brazos caídos. Pues todo lo que hice sobre el Vietcong fue sentir profundamente la masacre y quedar perpleja. Y es eso lo que la

mayoría de nosotros hace al respecto: sentir con impotencia rebelión y tristeza. Esa guerra nos humilla.

IR CONTRA LA MAREA

Luché toda mi vida contra la tendencia al devaneo, siempre sin dejar nunca que me llevase hasta las últimas aguas. Pero el esfuerzo de nadar contra la suave corriente me quita parte de mi energía vital. Y, si luchando contra el devaneo, gano en el dominio de la acción, pierdo interiormente algo muy suave de ser y que nada lo sustituye. Pero un día sin embargo he de ir, sin que me importe hacia dónde el ir me llevará.

9 de mayo

NIÑO

—Mamá, vi un cachorro de huracán, pero tan cachorrito aún, tan pequeño aún, que en realidad sólo hacía rodar muy despacito tres hojitas en la esquina.

CUANDO LLEGUE LA HORA DE PARTIR

—Tú comprendes, no es así mamá, que no puedes gustarme de este mismo modo toda la vida.

QUE VIVA HOY

...sin ningún acontecimiento que me provoque, sin ninguna expectativa, por la tarde, esta tarde, yo, aplicándome a la caligrafía como un niño de escuela, yo, también una de las monjas que cosen, en labor de abeja bordo en hilo de oro: Viva Hoy.

16 de mayo

LAS MARAVILLAS DE CADA MUNDO

Tengo una amiga llamada Azaléia, a la que simplemente le gusta vivir. Vivir sin adjetivos. Está muy enferma del cuerpo, pero sus risas son claras y constantes. Su vida es difícil, pero es suya.

Un día me dijo que cada persona tenía en su mundo siete maravillas. ¿Cuáles? Dependía de la persona.

Entonces resolvió clasificar las siete maravillas de su mundo.

Primera: haber nacido. Haber nacido es un don, existir, digo yo, es un milagro.

Segunda: sus cinco sentidos, que incluyen el sexto en gran dosis. Con ellos toca y siente y oye y se comunica y tiene placer y experimenta el dolor.

Tercera: su capacidad de amar. A través de esa capacidad, menos común de lo que se piensa, siempre está repleta de amor por algunos y por muchos, lo que le ensancha el pecho.

Cuarta: su intuición. La intuición le acerca lo que el raciocinio no toca y que los sentidos no perciben.

Quinta: su inteligencia. Se considera una privilegiada por entender. Su raciocinio es agudo y eficaz.

Sexta: la armonía. La consiguió a través de sus esfuerzos, y realmente toda ella es armoniosa, en relación con el mundo en general y con su propio mundo.

Séptima: la muerte. Ella cree, teosóficamente, que después de la muerte el alma se encarna en otro cuerpo y todo comienza de nuevo, con la alegría de las siete maravillas renovadas.

UNA CONVERSACIÓN LLEVA A OTRA CONVERSACIÓN SIN SENTIDO

Estaba en el comedor diario bebiendo un café y oí a la cocinera en el área de servicio cantando una melodía linda, sin palabras, una especie de cantilena extremadamente armoniosa. Le pregunté de quién era la canción. Respondió: es una tontería mía.

Ella no sabía que era creativa. Y el mundo no sabe que es creativo. Dejé de beber el café, medité: el mundo será mucho más creativo todavía. El mundo no se conoce a sí mismo. Estamos tan atrasados con relación a nosotros mismos. Incluso la palabra *creativa* no se usará como palabra, ni siquiera se va a hablar de ella: solamente todo se creará. No es culpa nuestra —continué con mi café— si estamos atrasados en millares de años. Al pensar en “millares de años por delante”, casi me dio un vértigo pues no consigo contar siquiera con el color que tendrá la tierra. La posteridad existe y aplastará nuestro presente. Y si el mundo se crea por ciclos, digamos, ¿es posible que volvamos a las cavernas y que todo se repita de nuevo? Me duele hasta el cuerpo al pensar que no sabré jamás cómo será el mundo de aquí a millares de años. Por otro lado, continué, estamos gateando hasta deprisa. Y la tonada que la muchacha cantaba va a dominar este mundo nuevo: va a crearse sin saber. Pero por ahora estamos

secos como un higo seco donde todavía hay un poco de humedad.

Mientras tanto la empleada extiende la ropa en la soga y continúa su melopea sin palabras. Me baño en ella. La empleada es delgada y morena y en ella se aloja un “yo”. Un cuerpo separado de los otros, ¿y a eso se le llama “yo”? Es extraño tener un cuerpo donde alojarse, un cuerpo donde corre sin parar sangre mojada, donde la boca sabe cantar, y los ojos tantas veces han de haber llorado. Ella es un “yo”.

13 de junio

DIVAGANDO SOBRE TONTERÍAS

Después de esporádicas y perplejas meditaciones sobre el cosmos, llegué a varias conclusiones obvias (lo obvio es muy importante: garantiza cierta veracidad). En primer lugar concluí que existe el infinito, es decir, el infinito no es una abstracción matemática, sino algo que existe. Estamos tan lejos de comprender el mundo que nuestra cabeza no logra razonar más que sobre la base de finitos. Después se me ocurrió que si el cosmos fuera finito, yo de nuevo tendría un problema en las manos: pues, después de lo finito, ¿qué comenzaría? Después llegué a la conclusión, muy humilde la mía, de que Dios es lo infinito. En esas divagaciones mías también me di cuenta de lo poco que sabía, y eso dio como resultado una alegría: la de la esperanza. Me explico: lo poco que sé no alcanza para comprender la vida, entonces la explicación está en lo que desconozco y que tengo la esperanza de poder llegar a conocer un poco más.

Lo bello del infinito es que no existe siquiera un adjetivo que se pueda usar para definirlo. Es, sólo eso: es. Estamos ligados al infinito a través del inconsciente. Nuestro inconsciente es infinito.

El infinito no aplasta, pues con relación a él no se puede siquiera hablar de *grandeza* o incluso de *inconmensurabilidad*. Lo que se puede hacer es adherir al infinito. Sé lo que es el absoluto porque existo y soy relativa. Mi ignorancia es realmente mi esperanza: no sé adjetivar. Lo que es una seguridad. La adjetivación es una cualidad, y el inconsciente, como el infinito, no tiene cualidades ni cantidades. Yo respiro el infinito. Mirando el cielo, me quedo tonta de mí misma.

Lo absoluto es de una belleza indescrutable e inimaginable por la mente humana. Nosotros aspiramos esa belleza. El sentimiento de belleza es nuestro eslabón con el infinito. Es el modo como podemos adherir a él. Hay momentos, aunque raros, en los que la existencia del infinito está tan presente que tenemos una sensación de vértigo. El infinito es un llegar a ser. Es siempre lo presente, indivisible por el tiempo. Infinito es el tiempo. Espacio y tiempo son la misma cosa. Qué pena que yo no entienda de física y de matemática para poder, en esta mi divagación gratuita, pensar mejor y

tener el vocabulario adecuado para la transmisión de lo que siento.

Me espanta nuestra fertilidad: el hombre con los siglos llegó a dividir el tiempo en estaciones del año. Incluso llegó a intentar dividir el infinito en días, meses, años, pues el infinito puede ser muy abrumador y oprimir el corazón. Y, frente a la angustia, traemos el infinito hasta el ámbito de nuestra conciencia y lo organizamos en forma humana simplificada. Sin esa forma u otra cualquiera de organización, nuestro consciente tendría un vértigo peligroso como la locura. Al mismo tiempo, para la mente humana, la eternidad del infinito es una fuente de placer: sin entenderlo, comprendemos. Y sin entender, vivimos. Nuestra vida es sólo un modo del infinito. O mejor: el infinito no tiene modos. ¿Cuál es la forma más adecuada para que el consciente acapare el infinito? Pues en cuanto al inconsciente, como ya fue dicho, este lo admite por la simple razón de también serlo. ¿Será que entenderíamos mejor el infinito si dibujáramos un círculo? Me equivoqué. El círculo es una forma perfecta pero que pertenece a nuestra mente humana, restringida por su propia naturaleza. Pues en verdad hasta el círculo sería un adjetivo inútil para el infinito. Uno de nuestros equívocos naturales es pensar que, a partir de nosotros, existe el infinito. No logramos pensar en el *existo* sin tomar como punto de vista el a partir de *nosotros*.

A decir verdad, ya me perdí y no sé de qué estoy hablando. Bien, tengo más para hacer que escribir tonterías sobre el infinito. Es, por ejemplo, la hora del almuerzo y la empleada avisó que ya está servido. Era tiempo de parar en realidad.

11 de julio

SÁBADO

Creo que el sábado es la rosa de la semana; el sábado a la tarde la casa está hecha de cortinas al viento, y alguien vacía un balde de agua en la terraza; sábado al viento es la rosa de la semana. Sábado a la mañana es jardín, una abeja vuela, y el viento: una picadura de la abeja, la cara hinchada, sangre y miel, aguijón perdido en mí: otras abejas husmearán y otro sábado de mañana voy a ver si el patio está lleno de abejas. En los patios de la infancia, el sábado las hormigas subían en fila por la piedra. Fue un sábado que vi a un hombre sentado a la sombra de la vereda comiendo de un cuenco carne seca y pasta de harina de mandioca: era sábado a la tarde y nosotros ya nos habíamos bañado. A las dos de la tarde la campanilla inauguraba al viento la matiné de cine: y al viento el sábado era la rosa de nuestra insípida semana. Si llovía, sólo yo sabía qué era el sábado: una rosa mojada ¿no? En Río de Janeiro cuando se piensa que la semana exhausta va a morir, ella con gran esfuerzo metálico se abre en

rosa: en la Avenida Atlântica el auto frena de golpe con estridencia y, de golpe, antes de que el viento espantado pueda recomenzar, siento que es sábado a la tarde. Ha sido sábado pero ya no es lo mismo. Entonces no digo nada, aparentemente sumisa: pero en verdad ya tomé mis cosas y fui hacia el domingo a la mañana. El domingo a la mañana también es la rosa de la semana. Aunque el sábado lo sea mucho más. Nunca voy a saber por qué.

15 de agosto

DONAR A SÍ MISMO

He lidiado con problemas de injerto de piel, supe que un banco de donación de piel no es viable, pues ésta, siendo ajena, no se adhiere por mucho tiempo a la piel del injertado. Es necesario que la piel del paciente sea sacada de otra parte de su cuerpo y enseguida injertada en el lugar necesario. Esto quiere decir que en el injerto hay una donación de sí para sí mismo.

Este caso me hizo divagar un poco sobre el número de otros en que la propia persona tiene que donarse a sí misma.

Lo que trae soledad y riqueza y lucha. Llegué a pensar en la bondad, que es típicamente lo que se quiere recibir de los otros —y sin embargo a veces sólo la bondad que nos donamos a nosotros mismos nos libra de la culpa y nos perdona. Y también, por ejemplo, es inútil recibir la aceptación de los otros, mientras nosotros mismos no nos donemos la autoaceptación de lo que somos. En cuanto a nuestra debilidad, nuestra parte más fuerte es que tienen que donarnos ánimo y complacencia. Y hay ciertos dolores que sólo nuestro propio dolor, si se profundizara, paradójicamente llega a amenizar.

En el amor felizmente la riqueza está en la donación mutua. Lo que no significa que no haya lucha: es necesario donarse el derecho de recibir amor. Pero luchar es bueno. Hay dificultades que sólo por ser dificultades ya calientan nuestra sangre, que felizmente puede ser donada.

Me acordé de otra donación a sí mismo: la de la creación artística. Pues en primer lugar, por así decir, se intenta sacar la propia piel para injertarla donde es necesario. Sólo después de pegado el injerto viene la donación a los otros. O ya está todo mezclado, no sé bien, la creación artística es un misterio que se me escapa, felizmente. No quiero saber mucho.

LOCURA DIFERENTE

La obra de arte es un acto de locura del creador. Sólo que germina como no-locura y abre camino. Sin embargo, es inútil planear esa *locura* para llegar a la visión del mundo. La previsión despierta del sueño lento de la mayoría de los que duermen o de la confusión de los que adivinan que algo está ocurriendo o va a ocurrir. La locura de los creadores es diferente de la locura de los que están mentalmente enfermos. Éstos, entre otros motivos que desconozco, equivocaron el camino de la búsqueda. Son casos para médicos, mientras que los creadores se realizan con el propio acto de locura.

UNA EXPERIENCIA EN VIVO

Antes de haber enviado mi libro de historia infantil al editor João Rui Medeiros, de José Álvaro Editora, hice una prueba con una niña de cinco años, un niño de siete, otro de diez y el cuarto de doce años, todos reunidos en un solo grupo. La lectura fue realizada por un amigo mío que lee bien. Mi historia sobre un conejo pensante llegó a las cuatro edades de modo diferente, y la lectura frecuentemente era interrumpida por sugerencias y preguntas. La niña de cinco años, que era más linda que el conejo, se interesó estrictamente por el misterio de la fuga del animal. Interrumpió al lector para decirle en secreto al oído que el conejo tenía patas tan fuertes que levantaba solo la tapa de hierro de su casuchita y la volvía a poner en el lugar. Pasó días después dibujando conejos y uno de ellos salió tan bueno que fue colgado, con honor, en el pizarrón de la escuela. El niño de siete años en esa época andaba con problemas, tanto que la madre recibía mensajes de la maestra de la escuela de que andaba revolucionado. Enseguida, al comienzo de la historia, interrumpió con desdén: “Ese conejo es de papel y usa anteojos”. Ahora, él era quien últimamente usaba anteojos, y también identificaba la falsedad de su situación con la idea de un conejo meramente de papel. El niño de diez años oyó con la mayor atención y dio varias soluciones, todas viables e inteligentes, para la fuga del conejo. El niño de doce años no dijo nada: era el hijo de la empleada y no osaba manifestarse. Pero sus ojos brillaban y de vez en cuando intercambiaba sonrisas con el niño de diez años. Para mí valió por una *noche de autógrafos* más real que las reales: la comunicación se realizó, nos sentimos unidos por el conejo pensante, por el calor mutuo, por la libertad sin miedo. Olvidé que yo había escrito la historia y entré completamente en el juego. Lo que también ocurrió con otros adultos presentes. Las noches de autógrafos deberían ser así.

29 de agosto

PREGUNTAS Y RESPUESTAS
PARA UN CUADERNO ESCOLAR

—¿Cuál es la cosa más antigua del mundo?

—Podría decir que es Dios, que siempre existió.

—¿Cuál es la cosa más bella?

—El instante de inspiración.

—¿Y cuando Dios creó el Universo no lo hizo en el momento de Su mayor inspiración?

—El Universo siempre existió. El cosmos es Dios.

—¿Cuál de todas las cosas es la más grande?

—El amor, que es el mayor de los misterios.

—De las cosas, ¿cuál es la más constante?

—El miedo. Qué pena que no pueda responder: es la esperanza.

—¿Cuál es el mejor de los sentimientos?

—El de amar y al mismo tiempo ser amada, lo que parece sólo un lugar común pero es una de mis verdades.

—¿Cuál es el sentimiento más rápido?

—El sentimiento más rápido, que llega a ser apenas un fulgor, es el instante en que un hombre y una mujer sienten uno en el otro la promesa de un gran amor.

—¿Cuál es la más fuerte de las cosas?

—El instinto de ser.

—¿Qué es lo más fácil de hacer?

—Existir, después de que pasa el miedo.

—¿Cuál es la cosa más difícil de realizar?

—La propia relativa felicidad que viene del conocimiento de sí mismo.

(Después las preguntas se volvieron más complicadas.)

—¿Es usted tímida como escritora?

—En el momento de escribir no soy tímida. Por el contrario: me entrego toda. Como persona soy a veces inhibida.

—¿Cómo nacen sus historias? ¿Son planeadas antes del acto de escribir?

—No, se van desarrollando a medida que escribo, y nacen casi siempre de una sensación, de una palabra oída, de una nada todavía nebulosa.

—¿Cómo se siente durante el acto de escribir? Y después de escrito el libro, ¿se preocupa por el destino que tuvo?

—Cuando escribo, lo bueno es que no doy muestras de la gran excitación de la que a veces soy presa. Y por más difícil que sea el trabajo, siento una felicidad dolorosa pues, con los nervios todos aguzados, me quedo sin la protección de lo cotidiano banal. Y después de que el libro está listo, abandonado al editor, puedo decir como Julio Cortázar: tensa el

arco al máximo mientras escribes y después suéltalo de un solo golpe y ve a beber vino con los amigos. La flecha ya anda por el aire, y se clavará o no se clavará en el blanco; sólo los imbéciles pueden pretender modificar su trayectoria o correr detrás de ella para darle empujones suplementarios con vistas a la eternidad y a las ediciones internacionales.

—¿Qué ocurre con la persona retraída que es usted, mientras tiene la osadía de escribir?

—Lo exteriorizo en coraje, aunque en la vida diaria continúe tímida. Además soy tímida en determinados momentos, pues fuera de éstos tengo sólo el recato que también forma parte de mí. Soy una osada-retraída: después de la gran osadía me retraigo.

—¿Conoce usted sus mayores defectos?

—A los más grandes no los cuento porque yo misma me ofendo. Pero puedo hablar de aquellos que más perjudican mi vida. Por ejemplo, la gran *hambre* de todo, de donde deviene una impaciencia insoportable que también me perjudica.

—¿Usted siente y participa de los problemas de la vida nacional?

—Como brasileña sería de extrañar si no sintiera y no participara de la vida de mi país. No escribo sobre problemas sociales pero los vivo intensamente y, ya de niña, me estremecía entera con los problemas que veía en vivo.

12 de septiembre

DE LAS VENTAJAS DE SER BOBO

—El bobo, por no ocuparse con ambiciones, tiene tiempo para ver, oír y relacionarse con el mundo.

—El bobo es capaz de quedarse sentado casi sin moverse por dos horas. Si se le pregunta por qué no hace algo, responde: “Estoy haciendo. Estoy pensando”.

—Ser bobo a veces ofrece un mundo de salida porque los astutos sólo se acuerdan de salir por medio de la astucia, y el bobo tiene originalidad, espontáneamente le llega la idea.

—El bobo tiene oportunidad de ver cosas que los astutos no ven.

—Los astutos están siempre tan atentos a las astucias ajenas que se relajan delante de los bobos, y éstos los ven como simples personas humanas.

—El bobo gana libertad y sabiduría para vivir.

—El bobo parece no haber tenido nunca cabida. Sin embargo, muchas veces el bobo es un Dostoievski.

—Hay desventajas, obviamente. Una boba, por ejemplo, confió en la palabra de un desconocido para la compra de un acondicionador de aire de

segunda mano: él dijo que el aparato era nuevo, prácticamente sin uso porque se había mudado para Gávea donde es fresco. Va la boba y compra el aparato sin siquiera verlo. Resultado: no funciona. Llamado un técnico, la opinión de éste fue que el aparato estaba tan arruinado que el arreglo sería carísimo: más valía comprar otro.

—Pero, en contrapartida, la ventaja de ser bobo es tener buena fue, no desconfiar y, por lo tanto, estar tranquilo. Mientras el astuto no duerme por la noche con miedo a ser engañado.

—El astuto vence con úlcera en el estómago. El bobo no nota que venció.

—Aviso: no confundir bobos con burros.

—Desventaja: puede recibir una puñalada de quien menos espera. Es una de las tristezas que el bobo no prevé. César terminó diciendo la frase célebre: “¿También tú, Bruto?”

—El bobo no reclama. En compensación, ¡cómo exclama!

—Los bobos, con sus payasadas, deben de estar todos en el cielo.

—Si Cristo hubiese sido astuto no habría muerto en la cruz.

—El bobo es siempre tan simpático que hay astutos que se hacen pasar por bobos.

—Ser bobo es una creatividad y, como toda creación, es difícil. Por eso es que los astutos no logran pasar por bobos.

—Los astutos ganan de los otros. En compensación, los bobos ganan vida.

—Bienaventurados los bobos porque saben sin que nadie desconfie. Además no les preocupa que sepan que ellos saben.

—Hay lugares que facilitan más que las personas sean bobas (no confundir bobo con bruto, con tonto, con fútil). Minas Gerais, por ejemplo, facilita el ser bobo. ¡Ah, cuántos pierden por no nacer en Minas!

—Bobo es Chagall, que pone vacas en el espacio, volando por encima de las casas.

—Es casi imposible evitar el exceso de amor que un bobo provoca. Es que sólo el bobo es capaz de exceso de amor. Y sólo el amor hace el bobo.

19 de septiembre

PERDONANDO A DIOS

Iba caminando por la Avenida Copacabana y miraba distraída los edificios, la orilla del mar, las personas, sin pensar en nada. Todavía no había notado que en verdad no estaba distraída, lo que estaba era con una atención sin esfuerzo, estaba siendo algo muy raro: libre. Veía todo, e inútilmente. Poco a poco fui percibiendo que estaba percibiendo las cosas. Mi libertad entonces se intensificó un poco más, sin dejar de ser libertad.

No era *tour de propriétaire*, nada de aquello era mío, ni lo quería. Pero me parece que me sentía satisfecha con lo que veía.

Tuve entonces un sentimiento del que nunca oí hablar. Por puro cariño, me sentí la madre de Dios, que era la Tierra, el mundo. Por puro cariño, en efecto, sin ninguna prepotencia o gloria, sin el menor sentido de superioridad o igualdad, yo era por cariño la madre de lo que existe. Supe también que si todo eso “era en realidad” lo que sentía —y no posiblemente un equívoco de sentimiento— Dios sin ningún orgullo y ninguna pequeñez se dejaría mimar, y sin ningún compromiso conmigo. Le sería aceptable la intimidad con que yo le hiciera mimos. El sentimiento era nuevo para mí, pero muy correcto, y no había ocurrido antes solamente porque no había podido ser. Sé que se ama al que es Dios. Con amor grave, amor solemne, respeto, miedo y reverencia. Pero nunca me habían hablado de cariño maternal por Él. Y así como mi cariño por un hijo no lo reduce, hasta lo agranda, así ser madre del mundo era mi amor sólo libre.

Y fue cuando casi pisé una enorme rata muerta. En menos de un segundo estaba erizada por el terror de vivir, en menos de un segundo me fragmentaba toda en pánico, y controlaba como podía mi más profundo grito. Casi corriendo de miedo, ciega entre las personas, terminé en otra calle apoyada en un poste, cerrando violentamente los ojos, que no querían ver más. Pero la imagen se colaba entre los párpados: una gran rata roja, de cola enorme, con los pies aplastados y muerta, quieta, roja. Mi miedo desmesurado a las ratas.

Toda temblorosa, logré continuar viviendo. Toda perpleja continué caminando, con la boca infantilizada por la sorpresa. Intenté cortar la conexión entre los dos hechos: lo que había sentido minutos antes y la rata. Pero era inútil. Los unía por lo menos la continuidad. Los dos hechos ilógicamente tenían un nexo. Me espantaba que una rata hubiese sido mi contrapunto. Y de repente la rebelión se apoderó de mí: ¿entonces no podía entregarme desprevenida al amor? ¿De qué quería Dios hacerme acordar? No soy una persona que necesite que se le recuerde que dentro de todo está la sangre. No sólo no olvido la sangre de adentro sino que también la admito y la quiero, soy demasiada sangre para olvidar la sangre, y para mí la palabra espiritual no tiene sentido, ni la palabra terrenal tiene sentido. No era necesario haber arrojado una rata a mi cara tan desnuda. No en aquel instante. Bien podría haberse tomado en cuenta el pavor que desde pequeña me alucina y persigue, las ratas ya se rieron de mí, en el pasado del mundo las ratas ya me devoraron con apuro y rabia. ¿Entonces era así? ¿Yo caminando por el mundo sin pedir nada, sin necesitar nada, amando de puro amor inocente, y Dios mostrándome su rata? La grosería de Dios me hería y me insultaba. Dios era bruto. Caminando con el corazón cerrado, mi decepción era tan inconsolable como sólo de niña había sido decepcionada. Continué caminando, intentaba olvidar. Pero sólo me sobrevénia la venganza. ¿Pero qué venganza podría yo contra un Dios

Todopoderoso, contra un Dios que hasta con una rata aplastada podía aplastarme? Mi vulnerabilidad de criatura solamente. En mis ganas de venganza ni siquiera podía encararlo, pues no sabía dónde Él más estaba, cuál sería la cosa donde Él más estaba y que yo, mirando con rabia esa cosa, lo viera. ¿En la rata?, ¿en aquella ventana?, ¿en las piedras del piso? Era en mí donde Él ya no estaba más. Era en mí donde no lo veía más.

Entonces me sobrevino la venganza de los débiles: ¡ah!, ¿es así?, pues entonces no guardaré el secreto y lo voy a contar. Sé que es innoble haber entrado en la intimidad de Alguien, y después contar los secretos, pero los voy a contar —no cuenten, sólo por cariño no cuenten, guarda para ti misma Sus vergüenzas—, pero voy a contar, sí, voy a desparramar eso que me ocurrió, esta vez no va a quedar así, voy a contar lo que Él hizo, voy a arruinar Su reputación.

...pero quién sabe, fue porque el mundo también es rata, y yo había pensado que ya estaba lista para la rata también. Porque me imaginaba más fuerte. Porque hacía del amor un cálculo matemático equivocado: pensaba que, sumando las comprensiones, amaba. No sabía que sumando las incomprensiones es que se ama verdaderamente. Porque yo, sólo por haber sentido cariño, pensé que amar es fácil. Es porque no quise el amor solemne, sin comprender que la solemnidad ritualiza la incomprensión y la transforma en ofrenda. Y es también porque siempre fui de pelear mucho, mi modo es peleando. Es porque siempre intento llegar a mi modo. Es porque todavía no sé ceder. Es porque en el fondo quiero amar lo que yo amaría, y no lo que es. Es porque todavía no soy yo misma, y entonces el castigo es amar un mundo que no es él. Es también porque me ofendo inútilmente. Es porque tal vez necesite que me lo digan con brutalidad, pues soy muy obstinada. Es porque soy muy posesiva y entonces fui preguntándome con alguna ironía si también quería la rata para mí. Es porque sólo podré ser madre de las cosas cuando pueda tomar una rata en la mano. Sé que nunca podré tomar una rata sin morir de mi peor muerte. Pues, entonces, que use yo el *magnificat* que entona a ciegas sobre el que no sabe ni ve. Y que use yo el formalismo que me aparta. Porque el formalismo no ha herido mi simplicidad, sino mi orgullo, pues es por el orgullo de haber nacido que me siento tan íntima del mundo, pero este mundo que aun de un grito mudo extraje de mí. Porque la rata existe tanto como yo, y tal vez ni yo ni la rata seamos para ser vistos por nosotros mismos, la distancia nos iguala. Tal vez tenga que aceptar antes que nada esta naturaleza mía que quiere la muerte de una rata. Tal vez me encuentre demasiado delicada sólo porque no cometí mis crímenes. Sólo porque contuve mis crímenes, me creo de amor inocente. Tal vez no pueda mirar la rata mientras no mire sin lividez esta alma mía que sólo está contenida. Tal vez tenga que llamar “mundo” a este modo mío de ser un poco de todo. ¿Cómo puedo amar la grandeza del mundo si no puedo amar el tamaño de mi naturaleza? Mientras imagine que “Dios” es bueno sólo

porque yo soy mala, no estaré amando nada: será sólo mi modo de acusarme. Yo, que sin al menos haberme recorrido toda, ya elegí amar a mi contrario, y a mi contrario quiero llamarlo Dios. Yo, que jamás me acostumbraré a mí, estaba queriendo que el mundo no me escandalizara. Porque yo, que lo único que logré someter de mí fue a mí misma, pues soy tanto más inexorable que yo, estaba queriendo compensarme de mí misma con una tierra menos violenta que yo. Porque mientras ame a un Dios sólo porque no me quiero, seré un dado marcado y el mayor juego de mi vida no se realizará. Mientras invente a Dios, Él no existirá.

26 de septiembre

LA POSTERIDAD NOS JUZGARÁ

Cuando sea descubierto el remedio preventivo contra la gripe, las generaciones futuras nunca más podrán entendernos. La gripe es una de las tristezas orgánicas más irrecuperables, mientras dura. Tener gripe es saber muchas cosas que, si se supieran, nunca necesitarían haber sido sabidas. Es la experiencia de la catástrofe inútil, de una catástrofe sin tragedia. Es un lamento cobarde que sólo otro engripado comprende. ¿Cómo podrán los futuros hombres entender que tener gripe era para nosotros una condición humana? Somos seres engripados, futuramente sujetos a un juicio severo o irónico.

TU SECRETO

Flores envenenadas en la jarra. Moradas, azules, encarnadas, alfombran el aire. Qué riqueza de hospital. Nunca las vi más bellas y más peligrosas. Así es entonces tu secreto. Tu secreto es tan parecido a ti que nada me revela más allá de lo que ya sé. Y sé tan poco como si yo fuese tu enigma. Así como tú eres el mío.

DOMINGO

Qué perfume, es domingo de mañana. La terraza está barrida. Enciende la radio, entonces. Almorzar tarde da pensamientos, él ríe y les da una forma. Se bebe agua, pero el domingo nadie tiene sed. Y comienza a beber vino sin el ansia de la sed. A las cuatro de la tarde izarán la bandera en el pabellón. (Pero de lo que tiene miedo en verdad es de esas noches felices de domingo.)

DIEZ AÑOS

—Mañana cumpla diez años. Voy a aprovechar bien mi último día de nueve años.

Pausa, tristeza.

—Mamá, mi alma no tiene diez años.

—¿Cuántos tiene?

—Creo que sólo ocho.

—No está mal, es así.

—Pero yo creo que se deberían contar los años por el alma. La gente diría: aquel sujeto murió con 20 años de alma. Pero el sujeto habría muerto con 70 años de cuerpo.

Más tarde comenzó a cantar, se interrumpió y dijo:

—Estoy cantando en mi homenaje. Pero, mamá, yo no aproveché bien mis diez años de vida.

—Los aprovechaste muy bien.

—No, no quiero decir aprovechar haciendo cosas, haciendo esto y haciendo aquello. Quiero decir que no estuve lo suficientemente contento. ¿Qué pasa? ¿Te pusiste triste?

—No. Ven acá para que te bese.

—¿Viste? ¡¿No dije que te pusiste triste?! ¡¿Viste cuántas veces me besaste?! Cuando una persona besa tanto a otra es porque está triste.

10 de octubre

RECUERDO DE UNA PRIMAVERA SUIZA

Esa primavera era muy seca, y la radio estallaba captando su estática, la ropa se erizaba al soltar la electricidad del cuerpo, el peine levantaba los cabellos imantados, era una dura primavera. Y muy vacía. Desde cualquier punto en que se estaba, se partía hacia lo lejos: nunca se vio tanto camino. Se hablaba poco; el cuerpo pesaba como su sueño; los ojos estaban grandes e inexpresivos. En la terraza estaba el pez en el acuario, tomamos refresco mirando hacia el campo. Con el viento, viene del campo el sueño de las cabras. En la otra mesa de la terraza, un fauno solitario. Miramos el vaso de refresco y soñamos estáticos dentro del vaso. “¿Qué dijiste?” “No dije nada.” Pasaban días y más días. Pero bastaba un instante de sintonización y de nuevo se captaba la estática espinosa de la primavera: el sueño imprudente de las cabras, el pez todo vacío, una súbita tendencia al robo de frutas, el fauno coronado en saltos solitarios. “¿Qué?” “Nada, no dije nada.” Pero yo notaba un primer rumor, como un corazón latiendo debajo de la tierra. Quieta, pegaba mi oído a la tierra y oía el verano abrir camino por dentro, y mi corazón debajo de la tierra, ¡oh nada!, ¡yo no dije nada! —y sentía la paciente brutalidad con que la tierra

cerrada se abría por dentro en parto, y sabía con qué peso de dulzura el verano maduraría cien mil naranjas, y sabía que las naranjas eran mías; sólo porque yo así lo quería.

EL PEQUEÑO MONSTRUO

Es el primer alumno de la clase. No juega. (Su secreto es un caracol.) El cabello bien cortado, los ojos son delicados y atentos. Su cortés carne de nueve años todavía es transparente. Es de una cortesía innata: toma las cosas sin romperlas. Presta libros a sus compañeros, enseña a quien le pide, no se impacienta con la regla y la escuadra, no se comporta mal, cuando hay tanto alumno desorientado.

Su secreto es un caracol. Del que no se olvida un instante. Su secreto es un caracol tratado con frío y torturante cuidado. Lo cría con cuidado en una caja de zapatos. Con gentileza, diariamente le hinca aguja e hilo. Con cuidado, le posterga atentamente la muerte. Su secreto es un caracol criado con insomnio y precisión.

POESÍA

—Hoy hice en la escuela una composición sobre el Día de la Bandera, tan bonita, pero tan bonita... que hasta usé palabras que no sé bien qué quieren decir.

ABSTRACTO ES LO FIGURATIVO

Tanto en pintura como en música y literatura, muchas veces lo que llaman abstracto me parece sólo lo figurativo de una realidad más delicada y más difícil, menos visible a ojo desnudo.

17 de octubre

UN REINO LLENO DE MISTERIO

El día 21 de septiembre se conmemoró el Día del Árbol, lo que debe de haber dado trabajo a muchos niños de primaria, a los que seguramente les exigieron una redacción sobre el tema: con el alma bostezando, los niños deben de haber dicho que el árbol da sombra, frutos, etcétera.

Pero, por lo que sé, no se conmemora el día de la planta o, mejor, de la plantación. Y ese día es importante para la experiencia humana de los

niños y de los adultos. Plantar es crear en la Naturaleza. Creación insustituible por cualquier otro tipo de creación.

Me acuerdo de cuando yo era niña y fui a pasar el día en una granja. Fue un día glorioso: allí planté un pie de maíz con mucho amor y *excited*. Después, de cuando en cuando, pedía noticias de lo que había creado.

Más tarde, en Suiza, planté un pie de tomates en una lata grande, bonita. Cuando comenzaron a aparecer los todavía pequeños tomates verdes y duros me pareció increíble que yo misma les hubiera provocado el nacimiento: había entrado en el misterio de la Naturaleza. Cada mañana, al despertar, la primera cosa que hacía era ir a examinar minuciosamente la planta: es como si la planta usara la oscuridad de la noche para crecer. Esperar que algo madure es una experiencia sin par: como en la creación artística en que se cuenta con el lento trabajo del inconsciente. Sólo que las plantas son la propia inconsciencia.

En ese reino, que no es nuestro, la planta nace, crece, madura y muere. Sin ningún objetivo de satisfacer algún instinto. ¿O estaré equivocada, y hay instintos de los más primarios en el reino vegetal? Mi tomatero parecía tener tomates rojos porque así lo quería, sin ninguna otra finalidad que no fuera la de ser rojo, sin la menor intención de ser útil. La utilización del tomate para ser comido es un problema de los humanos.

Uno de los gestos más bellos y amplios y generosos del hombre, andando tranquilamente por el campo labrado, es el de lanzar en la tierra las semillas.

¿Y cuando los tomates se hagan redondos, grandes y rojos? Llegará la hora de la cosecha. No fue sin alguna emoción que vi en un plato de la mesa los tomates que eran más míos que un libro mío. Sólo que no tuve el valor de comerlos. Como si comerlos fuera un sacrilegio, una desobediencia a la ley natural. Pues un tomatero es arte por el arte. Sin ningún provecho más que el de dar tomates.

El ritmo de las plantas es lento: crece con paciencia y amor. Entrar en el Jardín Botánico es como si fuéramos trasladados a un nuevo reino. Aquel amontonamiento de seres libres. El aire que se respira es verde. Y húmedo. Es la savia que nos embriaga levemente: millares de plantas llenas de la savia vital. Al viento las voces translúcidas de las hojas de las plantas nos envuelven en una suavísima maraña de sonidos irreconocibles. Sentada allí en un banco, la gente no hace nada: sólo se queda sentada dejando al mundo ser. El reino vegetal no tiene inteligencia y sólo tiene un instinto, el de vivir. Tal vez esa falta de inteligencia y de instintos sea lo que nos deja quedarnos tanto tiempo sentados dentro del reino vegetal.

Me acuerdo de que en el curso primario la profesora mandaba a cada alumno a hacer una redacción sobre un naufragio, un incendio, el Día del Árbol. Yo escribía con la mayor mala voluntad y con dificultad: ya entonces no sabía seguir más que la inspiración. Pero que sea esta la redacción que me obligaban a hacer de pequeña.

NADA MÁS QUE UN INSECTO

Me costó un poco comprender lo que estaba viendo, de tan inesperado y sutil que era: estaba viendo un insecto posado, verde claro, de piernas altas. Era una *esperanza*,¹ que siempre me dijeron que es de buen augurio. Después, la esperanza comenzó a andar muy levemente sobre el colchón. Era verde transparente, con piernas que mantenían su cuerpo en plano elevado y por así decir suelto, un plano tan frágil como las propias piernas que estaban hechas apenas del color del caparazón. Dentro del hilo delgado de las piernas no había nada dentro: el lado de adentro de una superficie tan lisa ya es la otra propia superficie. Parecía un dibujo raso que hubiese salido del papel y, verde, anduviera. Pero andaba, sonámbula, determinada. Sonámbula: una hoja mínima de árbol que hubiese ganado la independencia solitaria de los que siguen el apagado trazo de un destino. Y andaba con una determinación de quien copiara un trazo que era invisible para mí. Sin temor, ella andaba. Su mecanismo interior no era tembloroso, pero tenía el estremecimiento regular del más frágil reloj. ¿Cómo sería el amor entre dos esperanzas? Verde y verde, y después el mismo verde que, de repente, por vibración de verdes, se vuelve verde. Amor predestinado por su propio mecanismo semiaéreo. Pero, ¿dónde estarían en ella las glándulas de su destino, y las adrenalinas de su seco y verde interior? Pues era un ser hueco, un injerto de astillas, simple atracción electiva de líneas verdes. ¿Como yo? Yo. ¿Nosotros? Nosotros. En esta delgada esperanza de piernas altas, que caminaría sobre un seno sin siquiera despertar el resto del cuerpo, en esta esperanza que no puede ser hueca, en esta esperanza la energía atómica sin tragedia se encamina en silencio. ¿Nosotros? Nosotros.

DOS MODOS

Como si yo intentara no aprovechar la vida inmediata sino la más profunda, lo que me da dos modos de ser: en vida, observo mucho, soy activa en las observaciones, tengo sentido del ridículo, del buen humor, de la ironía, y tomo partido. Escribiendo, tengo observaciones por así decir *pasivas*, tan interiores que *se escriben* al mismo tiempo en que se sienten, casi sin lo que se llama proceso. Es por eso que en el escribir no elijo, no puedo multiplicarme en mil, me siento fatal a pesar de mí.

TOMANDO PARA MÍ LO QUE ERA MÍO

¹ Se trata de un ortóptero semejante a la langosta, de color verde claro. [N. de la T.]

Me acuerdo de aquella primavera: sé que comí la pera y desperdicié la mitad, nunca tengo piedad en la primavera. Después bebimos agua de la fuente, y no me sequé la boca. Caminábamos callados, insolentes. En cuanto a la piscina, sé que me quedé horas en el borde de la piscina. ¡Mira la piscina! Era así que yo veía la piscina, demostrándola con ojos tranquilos. Tranquila, sin ninguna piedad, tomando para mí lo que era mío.

21 de noviembre

FINALMENTE LLEGÓ EL DÍA – “AD AETERNITATEM”

Uno de mis hijos, cuando era muy pequeño, se dirigió a mí, asustado:

—Me dijeron que estamos en el siglo XX, ¿es verdad?

—Lo es, sí —respondí mirando su carita ansiosa.

—Pucha, mamá —exclamó el niño espantado—, ¡¡¡qué atrasados estamos!!!

AVISO SILENTE

Todas las visitas que tuve en la vida llegaron, se sentaron y no dijeron nada. Entendí.

UN SER LLAMADO REGINA

Regina tiene 82 años de edad, y vive sola en su minúsculo departamento. Nadie la llama doña Regina, ni los niños ni los adultos ni los viejos: es sólo Regina. Va diariamente a la orilla de la playa, y se sienta en un banco para tomar sol y aire libre. A pesar de ser un pajarito, hay días en que se despierta de mal humor. Uno de esos días estaba sentada en el banco y Alfredo, un niño amigo suyo, la invitó: “Regina, ¿vamos a jugar?” No respondió. El niño repitió la invitación. Entonces ella, con la voz débil de quien todavía no habló con nadie aquel día, refunfuñó algo bien bajito. Alfredo se volvió hacia la madre, que estaba cerca, y dijo, desolado: “¡Mamá, Regina hoy está con las pilas débiles!”

De vez en cuando Regina escribe en una hoja de papel alguna cosa, sin miras de divulgación o trazas de publicación. Lleva un diario.

Cierta mañana una vecina del mismo edificio paseaba por la vereda de la playa, empujando su cochecito de bebé. La mirada de la joven se cruzó un instante con la de Regina, y la joven le sonrió. Regina le devolvió una levísima sonrisa.

Cuando la joven volvió a su casa encontró, pasada por debajo de la puerta de su departamento, una hoja de papel.

Era una nota. Que así decía: “Gracias por la sonrisa. Regina”.

¡FUI ABSUELTA!

Recibí una carta de seis páginas con respecto a mi libro infantil *La mujer que mató a los peces*. Y la remitente responde a una frase del libro: “No, no eres culpable, pues los peces murieron no por maldad sino por olvido. Tú no eres culpable”.

La carta está firmada por la señorita Inês Kopschitz Praxedes, que vive en la calle Maria Balbina Fortes, 87, Niterói. Sólo al final de la carta ella me dice que tiene... diez años de edad.

Inês me cuenta sobre los animales que tuvo o tiene. Ya tuvo peces rojos y otros de río. Tiene una gata llamada *Nefertiti*. Está también el gato *Figaro*. Otro gato llamado *Pussy* y tiene el sobrenombre de *Marillo* porque tiene manchas amarillas. Otra gata llamada *Casaca*, pues “su mancha negra parece un saco”. Tiene otra gata llamada *Feita*. El último gato se llama *Pompón*; este es flaquito, manchado y astuto. Un día Inês vio una cucaracha ahogándose en el agua, “la salvé y le di el nombre de *Rita*”. Ya tuvo ratas. Ya crió tres lagartijas embarazadas que dieron muchos huevos. Tuvo un conejo llamado *Dudu*. “Se enfermó y dicen que murió por neumonía. Yo ya leí el *Misterio del conejo pensante* y me gustó mucho de verdad.” Nunca tuvo patos, sólo gallinas. A la primera, su padre quería comerla pero tanto le pidió que logró salvarla: se llamaba *Alice*. Murió de una enfermedad rara. Tiene una gallina, está viva y sana, y se llama *Catita*. La otra gallina se llamaba *Susana*. Dos veces tuvo tres pollitos. *Oro Plata*, *Paladio* y *Qui Qué Có*. Se los comió el perro que tiene y que se llama *Pipo*. La cachorra *Lady* apareció en la galería y se quedó viviendo con Inês. Monos nunca tuvo, pero le regalaron dos tortugas: *Touché* y *Felicia*. Tiene un periquito llamado *Ando* (no entendí bien la caligrafía del nombre), y otra periquita. *Siniña* fue otra. Tiene una cotorra llamada *Neneca*. De cada animal, Inês, además del nombre, me cuenta un acontecimiento, su modo de ser, lo que comían, dónde dormían. Compré una tarjeta postal donde había una tortuga y muchos huevitos blancos. Y le agradecí que no me considerara culpable, y haber sido absuelta. La señorita Inês y yo somos amigas.

28 de noviembre

ESPAÑA

Casi no era canto, en el sentido en que éste es el aprovechamiento musical de la voz. Casi no era voz, en el sentido en que ésta tiende a decir palabras. El canto flamenco es incluso antes de la voz, es aliento humano. A veces escapaba una palabra u otra, revelando de qué estaba hecha aquella mudez cantada: de historia de vivir, amar y morir. Esas tres palabras no dichas eran interrumpidas por lamentos y modulaciones. Modulaciones de aliento, primer estadio de voz que capta el sufrimiento en su primer estadio de gemido, y capta la alegría también en su primer estadio de gemido. Y de grito. Y otro grito más, éste de alegría por haber gritado. Alrededor, la asistencia se acomoda oscura y sucia. Después de una de las modulaciones que de tan prolongada muere en suspiro, el grupo, agotado como el cantor, murmura un *olé* en amén, última brasa.

Pero está también el canto impaciente que la voz no expresa: entonces un zapateado nervioso y firme lo entrecorta, el *olé* que lo interrumpe a cada instante ya no es amén, es incitación, es toro negro. El cantor, con los dientes casi cerrados, da a la voz la ceguera de la raza, pero los otros exigen más y más, hasta conseguir el instante de espasmo: España.

Oí también el canto ausente. Está hecho de un silencio cortado de gritos de la asistencia. Dentro del claro del silencio, en semilla ardiente, un hombre pequeño, seco, oscuro, con las manos en las ingles, cabeza echada hacia atrás, marca con el duro taco de los zapatos el ritmo incesante del canto ausente. Ninguna música. Y no es un baile. El zapateo está antes del baile organizado, y el cuerpo manifestándose, los pies transmitiendo hasta la ira en lenguaje que España entiende. La asistencia se concentra en furia en el propio silencio. De cuando en cuando la ronca provocación de una gitana, toda de carbón y trapos rojos, en quien el hambre se convirtió en ardor y amenaza. No era espectáculo, no se observaba: quien oía era tan esencial como quien golpeaba los pies en silencio. Hasta el agotamiento, se comunican durante horas a través de ese lenguaje que, si algún día tuvo palabras, éstas se fueron perdiendo en los siglos, hasta que la tradición oral pasó a transmitirse de padre a hijo sólo como ímpetu de sangre.

Y vi al par del baile flamenco. No sé de otro en el que la rivalidad entre hombre y mujer se ponga tan al desnudo. Tan declarada es la guerra que no importan los ardides: por momentos la mujer se vuelve casi masculina, y el hombre la mira admirado. Si el moro en tierra española es el moro, frente a la aspereza vasca la mora perdió la blandura fácil: la mora española es un gallo hasta que el amor la transforma en Maja.

La conquista difícil en ese baile. Mientras el bailarín habla con los pies insistentes, la bailarina recorrerá el aura del propio cuerpo con las manos en abanico: así ella se imanta, así se prepara para volverse tocable e intocable. Pero, cuando menos se espere, su botín de mujer avanzará y marcará de repente tres golpes. El bailarín se estremece frente a esa cruda palabra, retrocede, se inmoviliza. Hay un silencio de baile. De a poco el hombre yergue de nuevo los brazos y, precavido —con temor y no pudor—,

intenta con las manos extendidas dar sombra a la cabeza orgullosa de la compañera. La rodea varias veces y por momentos se expone ya casi de espaldas a ella, arriesgándose quién sabe a qué puñalada. Y si no fue apuñalado es que la bailarina de repente le reconoció el coraje: éste es, entonces, su hombre. Ella golpea los pies, la cabeza erguida, en primer grito de amor: finalmente encontró su compañero y enemigo. Los dos retroceden erizados. Se reconocieron. Se aman.

El baile propiamente dicho se inicia. El hombre es moreno, menudo, obstinado. Ella es severa y peligrosa. Sus cabellos fueron estirados, esa vanidad de la dureza. Es tan esencial este baile que apenas se comprende que la vida continúe después de él: este hombre y esta mujer morirán. Otros bailes son la añoranza de este coraje. Este baile es el coraje. Otros bailes son alegres. La alegría de éste es seria. O la alegría es dispensada. Es el triunfo mortal de vivir lo que importa. Ninguno de los dos ríe, no se perdonan. ¿Se comprenden? Nunca pensaron en comprenderse, cada uno se trajo a sí mismo como único estandarte. Y quien fue vencido —en este baile los dos son vencidos— no se dulcificará en la sumisión, tendrá aquellos ojos españoles, secos de amor y rabia. El aplastado —los dos serán aplastados— servirá vino al otro como un esclavo. Aunque en ese vino, cuando llegue la pasión de los celos, pueda estar el veneno de la muerte. El que sobreviva se sentirá vengado. Pero para siempre solo. Porque sólo esta mujer era su enemiga, sólo este hombre era su enemigo, y se habían elegido para el baile.

12 de diciembre

PALABRAS SÓLO FÍSICAMENTE

En Italia *il miracolo* es de pesca nocturna. Mortalmente herido por el arpón, suelta en el mar su tinta morada. Quien lo pesca, desembarca antes de que nazca el sol, sabiendo, con el rostro lívido y responsable, que arrastra por las arenas el enorme peso de la pesca milagrosa: *il miracolo amore*.

Milagro es lágrima cayendo en la hoja, tiembla, se desliza, cae: he ahí millares de *milágrimas* brillando en el césped.

The miracle tiene duras puntas de estrella y mucha plata clavada.

Le miracle es un octógono de cristal que se puede girar lentamente en la palma de la mano. Está en la mano, pero es para mirar. Se puede ver de todos lados, bien despacio, y de cada lado está el octógono de cristal. Hasta que de repente —arriesgando el cuerpo y ya toda pálida de sentido— la persona entiende: en la propia mano abierta no hay un octógono sino *le miracle*. A partir de ese instante no se ve nada más: se tiene.

Para pasar de una palabra física a su significado, antes se destruirá

en pedazos, así como el fuego de artificio es un objeto opaco hasta ser, en su destino, un fulgor en el aire y la propia muerte. En el pasaje de simple cuerpo a sentido de amor, el zángano tiene el mismo alcance supremo: muere.

EL CETRO

Pero si nosotros, que somos los reyes de la naturaleza, hemos de tener miedo, ¿quién ha de no tenerlo? Es con una garra temblorosa que sostenemos el cetro del poder.

1971

9 de enero

DOS HISTORIAS A MI MANERA

Una vez, sin tener qué hacer, hice una especie de *ejercicio de escritura*, para divertirme. Y me divertí. Tomé como tema una historia doble de Marcel Aymé. Hoy encontré el ejercicio, y es así:

Buena historia de vino es la del hombre que de éste no gustaba, y Félicien Guérillot, precisamente dueño de viñedos, era su nombre, inventados nombres, hombres e historia por Marcel Aymé, y tan bien inventados que para ser verdad sólo de verdad carecían.

Viviría Félicien —si viviese— en Arbois, tierra de Francia, y casado con mujer que no era ni más bonita ni más bien hecha de lo que es necesario para la tranquilidad de un honesto hombre. De buena familia era él, a pesar de no gustar del vino. Y, sin embargo, las mejores del lugar eran sus viñas. De ningún vino gustaba, y en vano buscaba a aquel que lo liberase de la maldición de no amar la excelencia de lo que es excelente. Pues que incluso en la sed, que es el momento de aceptar vino, el mejor trago a él le sabía mal. Leontina, la esposa, que no era ni mucho ni poco, con él ocultaba de todos la vergüenza.

La historia, ahora por mí enteramente reescrita, continuaría muy bien, y mejor aun si a nosotros su núcleo perteneciera, por las buenas ideas que tengo de cómo terminarla. Marcel Aymé, sin embargo, que la comenzó, en este punto de la descripción del hombre que no amaba el vino, parece que de la historia misma se hartó. Y él mismo intervino para decir: pero de repente me fastidia esta historia. Y para de esta escapar, como quien bebe vino para olvidar, he aquí que el autor comienza a hablar de todo lo que podría inventar con respecto a Félicien, pero que no inventará porque no quiere. Lamenta mucho, pues hasta llegaría a hacer que Félicien fingiera temblor alcohólico a fin de esconder a los otros la falta de temblor. Buen autor, este Marcel Aymé. Tanto que varias páginas gastó alrededor de lo que él mismo inventaría si Félicien fuera persona que le interesara. La verdad es que Aymé, mientras va contando lo que inventaría, aprovecha y en efecto cuenta —sólo que nosotros sabemos que no es, porque hasta en lo que se inventa no vale lo que apenas sería.

Y es en ese punto que Aymé pasa a otra historia. No queriendo más historia de vino triste, a París se muda, donde toma un hombre llamado Duvilé.

Y en París es lo contrario: a Etienne Duvilé le gustaba el vino pero no

lo tenía. Botella cara, y Etienne empleado estatal. Bien que le gustaría corromperse, pero vender o traicionar al Estado no es ocasión que aparezca todos los días. La ocasión de todos los días era una casa llena de hijos, y un suegro que de comer sin parar vivía. La familia soñando con mesa llena, y Duvilé, con vino.

Y va un día Etienne y sueña, con lo que deseamos decir que esa vez mientras soñaba dormía. Pero ahora que el sueño deberíamos contar — pues Marcel Aymé lo hace y largamente—, ahora es a nosotros que *ça vraiment* nos fastidia. Escamoteamos lo que el autor quiso narrar, así como fue escamoteado por el autor lo que de Félicien queríamos escuchar.

Se dirá aquí solamente que a Duvilé, después del sueño de un sábado a la noche, mucho le empeoró la sed. Y el odio por el suegro una sed más parecía. Y tanto fue todo complicándose, siempre teniendo como causa la falta original del vino, que de sed casi mata al padre de su esposa, que ésta Aymé no explica si era o no bien hecha, por lo visto ni sí ni no, sólo el vino en la historia importa. De sueño durmiendo pasó a soñar despierto, lo que ya es enfermedad. Y quería Duvilé beber todo el mundo, y en el distrito policial manifestó el deseo de beber al comisario.

Permanece Duvilé hasta hoy en el asilo de alienados, y no se ve la hora de que salga, ya que los médicos, no entendiéndole el espíritu, lo someten a la cura de excelente agua mineral, que sacia pequeñas sedes y no la grande.

Mientras tanto, Aymé, tal vez de sed de piedad él mismo poseído, espera que la familia de Duvilé lo envíe a la buena tierra de Arbois, donde aquel primer hombre, Félicien Guérillot, después de aventuras que merecerían ser contadas, el gusto por el vino ya le dio. Y, como no nos dicen de qué modo, también por aquí nos quedamos con dos historias no bien contadas, ni por Aymé ni por nosotros, pero de vino se quiere poco de charla y más de vino.

27 de febrero

EL PRIMER BESO

Los dos más murmuraban que conversaban: hacía poco que se había iniciado el noviazgo y ambos andaban atontados, era el amor. Amor con lo que viene junto: celos.

—Está bien, creo que soy tu primera novia, estoy feliz con eso. Pero dime la verdad, sólo la verdad: ¿nunca besaste a una mujer antes de besarme?

Él fue simple:

—Sí, ya besé antes a una mujer.

—¿Quién era ella? —preguntó con dolor.

Él intentó contar toscamente, no sabía cómo decirlo.

El ómnibus de la excursión subía lentamente la sierra. Él, uno de los muchachos en medio de la muchachada en algarabía, dejaba que la brisa fresca le golpeará en el rostro y le entrara por los cabellos como dedos largos, finos y sin peso como los de una madre. Quedarse quieto a veces, sin casi pensar, y sólo sentir —era tan bueno. La concentración en el sentir era difícil en medio del alboroto de los compañeros.

Y justo la sed había comenzado: jugar con el grupo, hablar bien alto, más alto que el ruido del motor, reír, gritar, pensar, sentir, ¡caramba! Qué seca dejaba la garganta.

Y ni sombra de agua. La cosa era juntar saliva, y fue lo que hizo. Después de reunida en la boca ardiente, la tragaba, lentamente, otra vez y otra más. Era tibia, sin embargo, la saliva y no quitaba la sed. Una sed enorme, más grande que él mismo, que le tomaba ahora todo el cuerpo.

La brisa fina, antes tan buena, ahora al sol del mediodía se había vuelto caliente y árida y al penetrar por la nariz secaba aún más la poca saliva que pacientemente juntaba.

¿Y si cerrara las narinas y respirara un poco menos de aquel viento de desierto? Intentó por instantes, pero enseguida se sofocaba. La manera era en realidad esperar, esperar. Tal vez minutos apenas, tal vez horas, mientras su sed era de años.

No sabía cómo y por qué pero ahora se sentía más cerca del agua, la presentía más próxima, y sus ojos saltaban hacia fuera de la ventana buscando el camino, penetrando entre los arbustos, acechando, husmeando.

El instinto animal dentro de él no se había equivocado: en la curva inesperada del camino, entre arbustos, estaba... la fuente de la que brotaba en un hilito el agua soñada.

El ómnibus paró, todos estaban con sed pero él logró ser el primero en llegar a la fuente de piedra, antes que todos.

Con los ojos cerrados entreabrió los labios y los colocó ferozmente en el orificio de donde salía el agua. El primer trago fresco bajó, escurriendo por el pecho hasta el vientre.

Era la vida volviendo, y con ésta encharcó todo su interior arenoso hasta saciarse. Ahora podía abrir los ojos.

Los abrió y vio muy junto a su cara dos ojos de estatua observándolo y vio que era la estatua de una mujer y que era de la boca de la mujer que salía el agua. Se acordó de que realmente en el primer trago había sentido en los labios un contacto gélido, más frío que el agua.

Y supo entonces que había pegado su boca a la boca de la estatua de la mujer de piedra. La vida había emanado de esa boca, de una boca hacia otra.

Intuitivamente, confuso en su inocencia, se sentía intrigado: pero no es de una mujer que sale el líquido vivificante, el líquido germinador de

vida... Miró la estatua desnuda.

Él la había besado.

Sufrió un temblor que no se veía por fuera y que se inició muy dentro de él y le tomó todo el cuerpo explotando en el rostro en brasa viva.

Dio un paso hacia atrás o hacia el frente, ya no sabía qué hacía. Perturbado, atónito, notó que una parte de su cuerpo, antes siempre relajada, estaba ahora con una tensión agresiva, y eso nunca le había ocurrido.

Estaba de pie, suavemente agresivo, solo en medio de los otros, con el corazón latiendo hondo, espaciado, sintiendo el mundo transformarse. La vida era enteramente nueva, era otra, descubierta con sobresalto. Perplejo, en un equilibrio frágil.

Hasta que, llegada de la profundidad de su ser, emanó de una fuente oculta en él la verdad. Que enseguida lo llenó de susto y enseguida también de un orgullo jamás antes sentido: él...

Él se había convertido en hombre.

24 de abril

EL PASEO DE LA FAMILIA

Los domingos la familia iba a los muelles del puerto a curiosear los navíos. Se apoyaban en un parapeto, y si el padre viviera tal vez todavía tendría delante de los ojos el agua oleosa, de tal modo él miraba fijamente las aguas oleosas. Las hijas se inquietaban oscuramente, lo llamaban para ver algo mejor: ¡mira los navíos, papá!, le enseñaban ellas, inquietas.

Cuando oscurecía, la ciudad iluminada se volvía una gran metrópoli con banquitos altos y giratorios en cada bar. La hija menor quiso sentarse en uno de los bancos, al padre le hizo gracia. Y eso era alegre. Ella entonces hizo más gracia para alegrarlo y eso ya no era tan alegre. Para beber eligió algo que no fuera caro, si bien el banco giratorio encarecía todo. La familia, de pie, asistía a la ceremonia del placer. La tímida y voraz curiosidad por la alegría. Fue cuando conoció ovomaltine² de bar, nunca antes tan gran lujo en vaso elevado por la espuma, nunca antes el banco alto e incierto, *the top of the world*. Todos mirando. Luchó desde el principio contra la náusea de estómago, pero fue hasta el fin, la responsabilidad perpleja de la elección infeliz, forzándose a gustar de lo que debe ser gustado, desde entonces mezclando, a la mínima excelencia de su carácter, una indecisión de conejo. También la desconfianza asustada de que el ovomaltine es bueno, “quien no aprovecha soy yo”. Mintió que era óptimo porque de pie ellos presenciaron la experiencia de la

² Leche suiza con chocolate y malta. [N. de la T.]

cara felicidad: ¿de ella dependía que ellos creyesen o no en un mundo mejor?

Pero todo eso estaba rodeado por el padre, y ella estaba bien dentro de esa pequeña tierra en la que la familia era caminar con las manos tomadas. De regreso el padre decía: aun sin haber hecho nada, gastamos mucho.

Antes de dormir, en la cama, en la oscuridad. Por la ventana, en el muro blanco: la sombra gigantesca y oscilante de ramas, como de un árbol enorme, que en verdad no existía en el patio, sólo existía un arbusto delgado; o era la sombra de la Luna.

El domingo iba a ser siempre aquella noche inmensa y meditativa que generó todos los futuros domingos y generó navíos cargueros y generó agua oleosa y generó leche con espuma y generó la Luna y generó la sombra gigantesca de un árbol apenas pequeño y frágil. Como yo.

8 de mayo

DÍA DE LA MADRE INVENTADA

Ubicación: Casa de Menores Abandonados; construcción antigua, colonial; innumerables pabellones con salas amplias; techo alto; ventanales enrejados.

Número de niños: 600.

Edad de los niños: variada.

Cronología: fecha de fundación, cerca de 1778.

Fundador: un portugués millonario, propietario de la casa; preocupado por el problema del menor abandonado.

Finalidad: abrigar, educar, encaminar niños huérfanos o abandonados en el país.

Personaje: hermana Isabel; Congregación Vicentina, hábito blanco; estatura mediana; gorducha; risueña; muy creativa; dinámica; habladora; rostro atento que se puede transformar en severo a causa de la seriedad; se mueve fácil y ágilmente en su hábito blanco siempre immaculado; capacidad de líder; nada convencional; un ser muy vivaz; resuelve rápido; no parece tener conciencia de su inteligencia; espontaneidad; considera todo como posible; tomada una resolución, no duda en ejecutarla; no tiene miedo al trabajo.

Hecho: hermana Isabel, recientemente nombrada para el cargo de Hermana Superiora en la Casa de Menores Abandonados, lo que equivale a decir, directora. De a poco se va actualizando con la Casa. Lee 600 fichas de niños. Nota que sus niños son en la mayoría hijos de padres desconocidos. Verifica, por ejemplo, el fichero: Juan de Dios, nacido el 10 de diciembre de 1965, natural del Estado de Guanabara, color negro,

filiación: ninguna, espacio en blanco. De a poco va conociendo a los niños uno por uno. La gran mayoría le pregunta ¿quién es mi madre? Al comienzo, avergonzada, desvía el asunto. Pero los niños insisten: ¿quién es mi mamá? Meditación profunda de la hermana Isabel. Dolor profundo también. Búsqueda de solución imposible. Se queda horas pensativa frente al gran fichero, se muerde los labios.

Consecuencia: toma una resolución. Toma ficha por ficha, sin incomodarse porque sean 600. En el espacio “filiación”, escribe en cada una que no tenga filiación: un nombre de madre inventada. Llena el espacio con centenas de Marías, Anas, Virginias, Helenas, Magdalenas, Sofias, etcétera.

Conclusión: llama, uno por uno, a los niños que no tienen filiación e informa: el nombre de tu madre es María o Ana o Sofía, etc. Alegría de los niños: ahora todos tienen madres, aunque ausentes, pero cada niño, vuelto alegre, se conforma con que la madre no venga a visitarlo: es que la hermana Isabel siempre da un motivo, explicando la falta de presencia de la madre. Madre inventada. Falsa. Imaginaria. Sólo en el papel, viva sin embargo, caliente, llena de amor.

Fin: habiendo dicho, considero cerrada mi sección por hoy.

22 de mayo

ANTES DE QUE EL HOMBRE APARECIERA EN LA TIERRA

Me dieron —no puedo decir ni quién ni cómo me llegó a las manos— una piedra de Vila Velha. Vila Velha es una región de Paraná, yendo de Curitiba al Municipio de Ponta Grossa. La época de la piedra: última glaciación de la Tierra, 360 millones de años. Los geólogos llegaron a esa conclusión estudiando las capas de la corteza de la Tierra, aplicando el proceso de carbono. Aplican ese proceso en fósiles. Mi piedra es, por lo tanto, de antes de la aparición del hombre en la Tierra. Amo las piedras. Entonces quedé loca de pasión por ésta: da una extrañísima sensación sostenerla en las manos de hoy. Como me la había dado una gran amiga mía, quise repartirla con alguien que me fuera querido. Pero nadie logró partir la piedra. Se fue entonces a un marmolero que finalmente la partió. Quedó muy espantado y dijo: nunca vi una piedra igual en mi vida. Notó — y veo ahora— la presencia de pequeñas pepitas de oro, sobre todo en la parte rojiza de la piedra.

Un muchacho de 20 años llamado Sérgio Fonta vino a comer aquí a casa. Vio la piedra, le conté la historia, él la tomó. Es poeta. Esa misma noche, saliendo de nuestra casa, le llegó la inspiración. Hizo un poema sobre ella y me lo dedicó, para mi alegría. He aquí el poema de Sérgio

Fonta:

EL POEMA DE LA PIEDRA

a Clarice Lispector

Piedra
y
Deshombre.
¿Hombre?
La distancia lo aparta,
Pasa la pasta de los siglos
Cada vez más.
Ser y
No ser el primero
O la primera Cosa.
¿Hombre?
¿Y la piedra?
Deshombre.
Antes de su rastro,
De su olor.
Piedra, hombre.
Piedra hace mucho tiempo piedra.
Un pasado de pozo.
Multihoras
Canalizada por delante,
Ni tú ni gente,
Sin saber,
Sin gritar
Esa angustia universal.
Anterior
A la escena y al beso escapado,
Al grito y al reír degollado.
La piedra y
Todos los secretos.
Los inamovibles secretos.
La piedra y el
Silencio.

Río, 16 de marzo de 1971.

DISCULPEN, PERO SE MUERE

Murió el gran Guimarães Rosa, murió mi bello Carlito, hijo de mis amigos Lucinda y Justino Martins, murió mi querido cuñado, el embajador del Brasil en los Estados Unidos, Mozart Gurgel Valente, murió el hijo del Dr. Neves Manta, murió una niña de 13 años de mi edificio dejando a la madre tonta, murió mi atronador amigo Marino Besouchet. Disculpen, pero se muere.

LA TEMPESTAD DEL 28 DE MARZO, DOMINGO

No sé si ustedes se acuerdan de un domingo, 28 de marzo, partido de fútbol entre Botafogo y Vasco. El día había sido insoportablemente caliente, la playa era un infierno. La tarde fue todavía peor. Recé por una gran lluvia. Pero después no entendí el porqué de aquella “furia de los elementos de la naturaleza”. Una amiga y yo habíamos programado una visita al Embalse de la Soledad, para compararlo con mi cuadro de Franceschi. De repente, acosada por el calor y previendo que algo malo iba a ocurrir, dije: No quiero ir a la Floresta de Tijuca. Ella estuvo de acuerdo. Y salimos a dar una vuelta en auto. Fuimos a Leblon, visitamos la iglesia de la Laguna, que es muy bonita, la iglesia, quiero decir. Y el tiempo comenzó a oscurecerse. El cielo se puso negro. Dije: Vamos a comprar unos sándwiches en Rick y los llevamos a casa porque va a caer una gran tempestad.

Estábamos en el auto cuando estalló. Nunca había visto cosa igual. En breve las ruedas estaban metidas hasta la mitad en el agua y el barro. Nada veíamos adelante. Mi amiga quiso desistir. Yo dije: Ve yendo por el medio de la calle, y así no hay peligro de subirnos a una vereda y, como tú dices, entrar de repente en un edificio adentro. Pero no se distinguía nada. Sólo los rayos azules, y después se oían los truenos. Eso no es deber de escuela primaria: “Describan una tempestad”. A esa la viví de verdad, con riesgo de vida. Y sabiendo que uno de mis hijos estaba en el partido, en el Maracanã. Quería que todos los míos, familia y amigos, estuvieran en casa. Porque finalmente llegamos. Sólo después vino la reacción al miedo que había tenido y contenido: tuve una serie de escalofríos. Mi amiga, que estaba toda mojada, tomó un trago de whisky. Mi teléfono, como siempre, no daba línea (por favor, Compañía Telefónica, vea si mejora el mío, porque el teléfono se convirtió en un instrumento infernal para mí).

Pero una de las personas de mi familia telefoneó y supe que todos estaban en casa. Mi deseo era telefonar a los amigos y saber si estaban protegidos. Recé por mi hijo que yo no sabía cómo iba a volver. Pero de repente me dio una gran calma. Le dije a mi amiga: puedes ir a tu casa y yo voy a dormir, que me estoy cayendo de sueño. Ella se fue, demoró una hora en atravesar Botafogo. Dejé una nota a mi hijo. Y me fui a dormir. Había confiado en Dios.

12 de junio

ESTUVE EN GROENLANDIA...

Cuando fui con Alzira Vargas Amaral Peixoto a Holanda para que ella bautizara el petrolero *Getúlio Vargas*, fuimos también evidentemente a París. En el regreso a los Estados Unidos en un invierno atroz, nieve de nunca acabar, el avión tuvo que hacer un desvío. Y simplemente, a medianoche, fuimos a parar a Groenlandia. Infelizmente sólo al aeropuerto. Hacía un frío que no tenía nombre. Vi el tipo de algunos groenlandeses: altos, espigados, rubísimos. Le dije a Alzira: haz de cuenta de que fuimos a la ciudad también. Estuvo de acuerdo. Y las dos mantenemos el secreto: decimos que visitamos Groenlandia. Estoy quebrantando el secreto, Alzira...

ESTUVE EN BOLAMA, ÁFRICA

También por desvío de ruta, heme en la posesión portuguesa africana, Bolama. Allá tomé el *breakfast* y vi a los africanos. Los portugueses, por lo menos aquellos que vi, trataban a los negros con chicote. Los negros hablan un portugués de Portugal preciosísimo. Le pregunté a un niño de unos ocho años qué edad tenía. Respondió: 53 años de edad. Me caí de espaldas. Le pregunté al portugués que me acompañaba en el *breakfast*, ¿cómo se explica eso? Respondió: no saben la edad, usted podría preguntarle a aquel viejo su edad y él podría responderle dos años. Pregunté: pero, ¿es necesario tratarlos como si no fueran seres humanos? Me respondió: de otro modo no trabajan. Me quedé pensativa. El África misteriosa. En este mismo momento que alguien me lee, allá está el África indomable, viviendo. Lamento a África. Me gustaría poder hacer lo más mínimo que fuese por ella. Pero no tengo ningún poder. Sólo el de la palabra, a veces. Sólo a veces.

24 de julio

UN FENÓMENO DE PARAPSICOLOGÍA

Una vez me fue contado un episodio sucintamente por una jovencita. Le pedí entonces que anotara lo que me había dicho, sin hacer literatura ni estilo, sólo como recordatorio para mí, pues pretendía hacer una especie de cuento de lo que ella había narrado.

La joven tomó un bloc de papel y se sentó en un rincón de mi sala, medio de espaldas hacia mí. Y yo me quedé sentada pensando y sintiendo, esperando, viendo de través su manita demasiado rápida corriendo sobre el

papel, mientras yo componía mentalmente la historia que allí mismo desarrollé completamente.

Ella se detuvo y dijo: —No sé cómo seguir.

Entonces, como si yo ya hubiese leído lo que ella había escrito antes, le dicté la parte más importante.

En breve la jovencita dijo: —Está listo, voy a leerlo en voz alta para usted porque mi letra no es buena.

Al oír, mis ojos se abrieron con gran sorpresa: ¡allí estaba la historia casi como yo pretendía contarla y como la había forjado mientras ella escribía!

Interrumpí a la joven para decirle:

—¡Pero escribiste como yo, con mis propias palabras! ¡La historia está, por así decir, lista! ¿Cómo es esto?

Ella respondió:

—Cuando yo estaba escribiendo tenía la nítida impresión de que usted me estaba dictando y yo sólo tenía que copiar. Fue tan fácil.

No puede haber sido el estilo que usó influenciado por el mío, pues confesó que no había leído más que algunas páginas mías y que no había aguantado leer más, le tocaba demasiado el corazón. Además de que nuestro convivio personal era muy reciente...

Lo que en verdad ocurrió es que la jovencita había sido mi receptáculo.

Estoy contando este hecho verídico sin entenderlo. El misterio de las relaciones humanas me fascina.

SALMO DE DAVID, N° 4

Óyeme cuando clamo, oh Dios de mi justicia. En la angustia me diste desahogo, ten misericordia de mí y oye mi oración. Hijo de los hombres, ¿hasta cuándo convertiréis mi gloria en infamia? ¿Hasta cuándo amaréis la vanidad y buscaréis la mentira? Sabed pues que el Señor separó para Sí a aquel que le es querido. Perturbaos y no pequéis. Hablad con vuestro corazón sobre vuestra cama y callaos. Ofreced sacrificio de justicia y confiad en el Señor. Muchos dicen: ¿quién nos mostrará el Bien? Señor, exalta sobre nosotros la luz de tu rostro. Pusiste alegría en mi corazón más que en el tiempo en que se multiplicaban tu trigo y tu vino. En paz también me acostaré y dormiré porque sólo Tú, Señor, me haces habitar en la seguridad.

DESENCUENTRO

Yo te doy pan y prefieres oro. Yo te doy oro pero tu hambre legítima es de pan.

VIVIR

Él tuvo la sensación de ser. No podría explicarlo, de tan profundo, nítido y amplio que era. La sensación de ser era una visión aguda, calma e instantánea de ser el propio representante de la vida y de la muerte. Entonces, él no quiso dormir, para no perder la sensación de la vida.

ES NECESARIO PARAR

Estoy con nostalgias de mí. Ando poco recogida, atiendo demasiado el teléfono, escribo apurada, vivo apurada. ¿Dónde está *yo*?

Necesito hacer un retiro espiritual y encontrarme por fin —por fin, pero qué miedo— a mí misma.

7 de agosto

ERES UN NÚMERO

Si uno no tiene cuidado se convierte en número hasta para sí mismo. Porque a partir del instante en que uno nace lo clasifican con un número. Su identidad en el Félix Pacheco³ es un número. El registro civil es un número. Su permiso de elector es un número. Profesionalmente hablando también lo es. Para ser conductor, hay registro con número, y chapa de auto. En Rentas, el contribuyente está identificado con un número. Su edificio, su teléfono, su número de departamento, todo es número.

Si es de los que compran a crédito, para ellos usted es un número. Si tiene propiedad, también. Si es socio de un club tiene un número. Si es miembro de la Academia Brasileña de Letras tiene el número de la silla.

Es por eso que voy a tomar clases particulares de Matemática. Necesito saber esas cosas. O clases de Física. No estoy bromeando: en verdad voy a tomar clases de Matemática, necesito saber algo sobre cálculo integral.

Si es comerciante, su licencia de establecimiento lo clasifica también.

Si es contribuyente de alguna obra de beneficencia también se lo solicita por un número. Si hace un viaje de paseo, o de turismo, o de negocios recibe un número. Para tomar un avión, le dan un número. Si posee acciones también recibe uno como accionista de una compañía. Está claro que usted es un número en el censo. Si es católico recibe número de bautismo. En el registro civil o religioso usted está numerado. Si posee personería jurídica tiene. Y cuando la gente muere, en la sepultura, tiene un número. Y el certificado de defunción también.

³ Instituto de Identificación del estado de Río de Janeiro. [N. de la T]

¿Nosotros no somos nadie? Protesto. Además es inútil la protesta. Y van a ver que mi protesta también es un número.

Una amiga mía contó que en Alto Sertón de Pernambuco una mujer estaba con el hijo enfermo, deshidratado, fue al Centro de Salud. Y recibió la ficha número 10. Pero dentro del horario previsto por el médico, la criatura no pudo ser atendida porque sólo atendieron hasta el número 9. La criatura murió a causa de un número. Nosotros somos los culpables.

Si hay una guerra, usted es clasificado con un número. En una pulsera con chapa metálica, si no me equivoco. O en una cadena del cuello, metálica.

Vamos a luchar contra eso. Cada uno es uno, sin número. El sí mismo es sólo el sí mismo.

Y Dios no es un número.

Vamos a ser gente, por favor. Nuestra sociedad está dejándonos secos como un número seco, como un hueso blanco seco expuesto al sol. Mi número íntimo es 9. Sólo. 8. Sólo. 7. Sólo. Sin sumarlos ni transformarlos en novecientos ochenta y siete. ¿Me estoy clasificando con un número? No, la intimidad no deja. Miren, intenté varias veces en la vida no tener número y no escapé. Lo que hace que necesitemos de mucho cariño, de nombre propio, de autenticidad. Vamos a amar que el amor no tiene número. ¿O lo tiene?

MISTERIO: CIELO

No me acuerdo cuándo estuve en Caxambu, acompañando a mi padre. Y una noche, con una amiga, pero de esas que no llenan el aire con palabras, fuimos a un descampado. Y allá, medio inclinada hacia atrás, miré hacia el cielo. El cielo en el campo es de un azul marino profundo y se ven millares de estrellas como cristales. Mirando al cielo me quedé atontada de mí misma.

¡¿Cómo?! Cómo es de genial el ser humano. ¿Cómo es que inventaron el planetario?

El día 25 de julio de 1971 fui a ver el cielo en el planetario. Era domingo. Y ese día iban a mostrar Júpiter en particular. El cielo es cosa de locos o de genios. Me quedé muy contenta de ver el Sol. Y era día del signo Sagitario, que es el mío. Júpiter es el más poderoso de todos los planetas. Tiene una serie de satélites.

Después del 15 de agosto voy a ver el planeta Marte. ¿Será que algún planeta, además de la Tierra, está habitado? Somos unos privilegiados. Sobra tanta materia prima aquí con nosotros que hasta animales tenemos, animales puros como el tigre y un animal horrible cuyo nombre no quiero escribir.

Juro que nosotros deberíamos ser más unidos: porque el Universo es

tan grande que supera cualquier línea de horizonte. Si nosotros no nos amamos estamos perdidos. Es mejor que nos encontremos en Dios.

14 de agosto

SOY UNA PREGUNTA

¿Quién hizo la primera pregunta?
¿Quién hizo el mundo?
Si fue Dios, ¿quién hizo a Dios?
¿Por qué dos y dos son cuatro?
¿Quién dijo la primera palabra?
¿Quién lloró por primera vez?
¿Por qué el Sol es caliente?
¿Por qué la Luna es fría?
¿Por qué el pulmón respira?
¿Por qué se muere?
¿Por qué se ama?
¿Por qué se odia?
¿Quién hizo la primera silla?
¿Por qué se lava la ropa?
¿Por qué se tienen senos?
¿Por qué se tiene leche?
¿Por qué existe el sonido?
¿Por qué existe el silencio?
¿Por qué existe el tiempo?
¿Por qué existe el espacio?
¿Por qué existe el infinito?
¿Por qué yo existo?
¿Por qué tú existes?
¿Por qué existe el esperma?
¿Por qué existe el óvulo?
¿Por qué la pantera tiene ojos?
¿Por qué existe el error?
¿Por qué se lee?
¿Por qué existe la raíz cuadrada?
¿Por qué hay flores?
¿Por qué existe el elemento tierra?
¿Por qué queremos dormir?
¿Por qué encendí el cigarrillo?
¿Por qué existe el elemento fuego?
¿Por qué existe el río?
¿Por qué hay gravedad?

¿Por qué y quién inventó los anteojos?
¿Por qué hay enfermedades?
¿Por qué hay salud?
¿Por qué hago preguntas?
¿Por qué no hay respuestas?
¿Por qué quien me lee está perplejo?
¿Por qué la lengua sueca es tan suave?
¿Por qué fui a un cóctel a la casa del embajador de Suecia?
¿Por qué la agregada cultural sueca tiene como primer nombre Si?
¿Por qué estoy viva?
¿Por qué quien me lee está vivo?
¿Por qué tengo sueño?
¿Por qué se dan premios a los hombres?
¿Por qué la mujer quiere al hombre?
¿Por qué el hombre tiene fuerza para querer a la mujer?
¿Por qué existe el cálculo integral?
¿Por qué escribo?
¿Por qué Cristo murió en la cruz?
¿Por qué miento?
¿Por qué digo la verdad?
¿Por qué existe la gallina?
¿Por qué existen editoriales?
¿Por qué existe el dinero?
¿Por qué pinté una jarra de vidrio de negro opaco?
¿Por qué existe el acto sexual?
¿Por qué busco las cosas y no las encuentro?
¿Por qué existe el anonimato?
¿Por qué existen los santos?
¿Por qué se reza?
¿Por qué se envejece?
¿Por qué existe el cáncer?
¿Por qué las personas se reúnen para almorzar?
¿Por qué la lengua italiana es tan amorosa?
¿Por qué la persona canta?
¿Por qué existe la raza negra?
¿Por qué yo no soy negra?
¿Por qué un hombre mata a otro?
¿Por qué en este mismo instante está naciendo un niño?
¿Por qué el judío es de la raza elegida?
¿Por qué Cristo era judío?
¿Por qué mi segundo nombre parece duro como un diamante?
¿Por qué hoy es sábado?
¿Por qué tengo dos hijos?
¿Por qué podría preguntar indefinidamente por qué?

¿Por qué el hígado tiene gusto a hígado?
¿Por qué mi empleada tiene un novio?
¿Por qué la Parapsicología es una ciencia?
¿Por qué voy a estudiar Matemática?
¿Por qué existen cosas blandas y existen cosas duras?
¿Por qué tengo hambre?
¿Por qué una palabra lleva a la otra?
¿Por qué los políticos hacen discursos?
¿Por qué la máquina se está volviendo tan importante?
¿Por qué tengo que parar de hacer preguntas?
¿Por qué existe el color verde oscuro?
¿Por qué?
Porque sí.
¿Pero por qué no me lo dijeron antes?
¿Por qué adiós?
¿Por qué hasta el otro sábado?
¿Por qué?

21 de agosto

PERDÓN, EXPLICACIÓN Y MANSEDUMBRE

Estoy escribiendo sobre un texto publicado aquí y llamado “Eres un número”. Del día 7 de agosto, sábado. Y escribiendo con el mayor apuro para enseguida alcanzar a quien por casualidad haya sido alcanzado de modo equivocado.

Sentí —pero de verdad sentí— en el aire cuánto desagradé con tal texto. Yo misma me ofendí. Y sabía que ofendía a los otros. No. Tú no eres un número. Ni yo.

Porque existe lo inefable. El amor no es un número. La amistad no lo es. Ni la simpatía. La elegancia es algo que fluctúa. Y si Dios tiene número, no lo sé. La esperanza tampoco tiene número. Perder una cosa es inefable: nunca sé dónde las puse. Incluso pierdo hasta la lista de cosas a no perder. La muerte es inefable. Pero la vida también lo es. Incluso ser es de una provisionalidad impalpable. La consideración también. La creatividad.

Esto que estoy escribiendo parece un laberinto, pero tiene anchos portones de salida. Incluso una niña llamada Clarice me dio un cuadro muy bonito que era un laberinto verde. Y todo eso es inefable. Vi un papagayo verde el domingo —un loro— que emitía sonidos y estaba aprendiendo a imitar el habla humana. Y todo eso es inefable. Es inefable el hecho de que yo haya terminado de escribir un cuento llamado “Laberinto” también. Clarice y Clarice se entienden.

Explico por qué quiero tomar lecciones de Matemática. Es que todo es

tan insoluble. Entonces intenté encontrar un medio de hallar soluciones. Juro que necesito soluciones. No puedo quedarme así completamente en el aire. Y agradezco la carta que recibí el día 10 de agosto. La transcribo literalmente:

“Me tomo la libertad de escribirte y si tú me permites respondo a tu crónica ‘Eres un número’, publicada en el *Jornal do Brasil* del 7 de agosto de 1971, sábado. Leyéndola afloró en mí un sentido de defensa al número y que espero que comprendas. No tengo segundas intenciones. Lee por favor lo que te envío”.

Ahí la carta hace una gran pausa y continúa:

“¿Y por qué te preocupa el número? Tú no vives en función del número del Félix Pacheco, aunque te sea necesario. Vives en función de la palabra y del pensamiento. Y no mides las palabras y no cuentas los pensamientos. Corre en tus venas la sangre que no se suma. Y la Matemática no es lo esencial. No necesitas aprenderla porque sabes más que ella. Porque amas lo Bello y lo Bello no se divide. Es íntegro a pesar de existir en varias formas”.

“Caminas en campos abiertos y claros y sientes lo que no se palpa. Entonces, ¿por qué preocuparte por el número que nada te trae?”

“Deja que el número viva y no te confundas con su existencia pues no es él el alimento de tu espíritu.”

La carta está firmada a máquina y sólo el primer nombre. No puedo citarlo porque es el nombre de una persona a la que no le gustaría ser confundida, pues no es para nada la clase de persona que escribió la carta. ¿Soy comprendida?

Le pido disculpas. Profundamente. Hasta el aire que respiramos es inefable e inefable es lo que sentí cuando leí su carta. Para no perder el buen humor voy a poner lo siguiente entre paréntesis: las teclas de su máquina necesitan una seria limpieza. Casi tanto como las mías. Porque apenas se lee lo que está escrito.

Continúo: mira, persona anónima, ahora estoy pasando en limpio un libro que se publicará en breve. Y que es duro como un diamante. A veces hasta puede centellear. Y sólo en las últimas páginas uso la mansedumbre y la rebelión y la aceptación.

Y como pretendo escribir una historia infantil llamada *La vida de Laura* —es el nombre de una gallina— necesitaré descansar un poco y cortar cualquier brillo excesivo a los ojos y cualquier aspereza. Porque es necesaria mansedumbre y mucha cuando se habla con niños. Incluso simplemente voy a descansar. Y a hablar lento. Sin apuro voy a contar mi historia de gallina. En esa historia hay alegrías y tristezas y sorpresas. ¿No ves que hasta estoy más mansa ya?

DE CÓMO EVITAR UN HOMBRE DESNUDO

Se trata de una película que no escandalizaría a nadie. Y sin embargo su exhibición fue prohibida en el Brasil. Aunque, contradictoriamente, hayan permitido su venta en el mercado exterior. Es una película de la Condor Filmes S.A. —argumento, guión y dirección de Néelson Pereira dos Santos.

Sólo el título no me gusta —*Qué sabroso era mi francés*— porque da una idea jocosa de una película nada jocosa.

Época: siglo XVI: Francia Antártica. Después de escapar de la muerte a la que fuera condenado, Jean (Arduíno Colasanti) encuentra un grupo de portugueses que naufragan en pleno territorio enemigo (Brasil). Los portugueses toman prisionero al francés y le entregan dos pequeños cañones para ser usados contra los indios. Éstos atacan de sorpresa y prenden a Jean, tomándolo por un poderoso portugués, pues durante el combate estaba manejando los cañones. Jean se convierte en esclavo de Cunhambebe (Eduardo Imbassai), gran jefe de los indios tupinambás, y que pretende devorar a Jean a fin de poseer los poderes del artillero y, así, más fuerza en su lucha contra los portugueses.

En la aldea tupinambá, el prisionero es cuidado por una viuda, Seboipep (Ana Maria Magalhães), que cumple también el papel de esposa hasta el día de la ejecución de Jean. Con el paso de las lunas, Jean va comprendiendo la lengua y las costumbres de los indios y adopta sus hábitos. Obtiene pólvora para sus cañones y con ellos participa de una guerra contra los indios amigos de los portugueses (y por lo tanto enemigos de los tupinambás). Cuando espera ser liberado, ve que Cunhambebe sólo lo había estado probando como guerrero, a fin de devorarlo en gran fiesta.

Esta película necesitó cinco años de preparación e investigaciones. Las fuentes de las investigaciones son serias: Biblioteca Nacional, Museo del Indio, Servicio de Protección al Indio, Museo del Hombre (París).

Los libros consultados: *Civilización tupinambá* (Metraux), *Viaje al Brasil* (Hans Staden), *Tupinambás* (Jean de Lery), *Civilización tupinambá* (Florestan Fernandes), además de otros cronistas de la época (siglo XVI).

Los diálogos fueron escritos en tupí guaraní por Humberto Mauro. El francés quinientista (lindo), por especialistas franceses. Fueron cuatro meses de filmación intensa. Las locaciones eran en las playas y bosques entre Parati y Angra dos Reis.

Esta película —de mucha belleza y de enorme interés porque al final se trata de los orígenes del Brasil— costó Cr\$ 760.000,00 (setecientos sesenta mil cruzeiros), cerca de 150 mil dólares.

Para garantizar la autenticidad no sólo se hizo la construcción de aldeas y reconstrucción de vestuario de los personajes portugueses y del francés, sino también el uso de objetos y adornos indígenas para

garantizar la legitimidad. En la película aparecen más de 500 figurantes. Esta fue realizada con la colaboración del Ejército brasileño, ciudad de Parad, Funai, Museo de la Policía Militar de Río de Janeiro, Fuerte de San Juan.

Todo el elenco fue depilado completamente, de acuerdo con las características raciales de los indios. Las pinturas del cuerpo están rigurosamente de acuerdo con las minuciosas investigaciones realizadas.

Pues esta película fue prohibida en el territorio nacional y liberada para exportación (!!). Se consideró que atentaba contra el pudor, las costumbres y la moral. Pero la censura verdaderamente se involucró con el desnudo masculino. Después de alguna discusión dejaron pasar el desnudo masculino de los indios, pero dijeron que el desnudo del hombre blanco (el francés que vivió entre los indios y adoptó su modo de vivir) no sería permitido en ninguna hipótesis...

Tal vez sea inocencia mía pero, por favor, respóndanme: ¿cuál es la diferencia entre el cuerpo desnudo de un indio y el cuerpo desnudo de un hombre blanco?

Vi la película en una salita de proyección privada. Había otras personas mirándola también. Dos de ellas eran monjas de alto nivel eclesiástico. La opinión de ellas: película bellísima, de una *gran pureza*, de un valor histórico inestimable a causa de toda la reconstrucción. Dijeron que era una película poética. La única escena realmente impura —dijeron— sería aquella en la que un mercader francés demostró su codicia frente al tesoro de los indios, ahí se reconoce una civilización actual.

Se espera —en verdad se tiene mucha esperanza— una liberación también para el territorio nacional: no es justo que los extranjeros hagan usufructo de algo nuestro sin que nosotros participemos también de ello. La esperanza viene también de que en toda la película no hay un solo gesto o intención obscenos o simple sugestión maliciosa. Y les garantizo que la desnudez de Arduíno Colasanti es casta. ¿Será que en poco tiempo nos escandalizaremos de ver un niño blanco desnudo? ¿Por qué en niños se puede y en adultos no se puede? Me acuerdo de un verso que una persona, José Augusto (S. Paulo), me mandó:

“Salí desnudo a la calle

y no me entendieron.

Me voy a poner traje y corbata”.

Mejor, por las dudas, poner traje y corbata a los tupinambás.

6 de noviembre

EL USO DEL INTELECTO

Tal vez ese haya sido mi mayor esfuerzo de vida: para comprender mi

no inteligencia, mi sentimiento, fui obligada a volverme inteligente. (Se usa la inteligencia para entender la no inteligencia. Sólo que después el instrumento —o intelecto— por vicio de juego sigue siendo usado, y no podemos tomar las cosas con las manos limpias, directamente de la fuente.)

LA EXPERIENCIA MAYOR

Antes yo había querido ser los otros para conocer lo que no era yo. Entonces entendí que yo ya había sido los otros y eso era fácil. Mi experiencia mayor sería ser la médula de los otros: y la médula de los otros era yo.

MENTIR, PENSAR

Lo peor de mentir es que crea falsa verdad. (No, no es tan obvio como parece, no es un truismo: sé que estoy diciendo algo y que solamente no sé decirlo del modo correcto, además lo que me irrita es que todo tiene que ser *del modo correcto*, imposición muy limitadora.) ¿Qué es en realidad lo que estaba intentando pensar? Tal vez eso: si la mentira fuera sólo la negación de la verdad, entonces este sería uno de los modos, por negación, de probar la verdad. Pero la peor mentira es la mentira *creadora*. (No hay dudas: pensar me irrita, pues antes de comenzar a intentar pensar yo sabía muy bien lo que sabía.)

13 de noviembre

PERFIL DE UN SER ELEGIDO

Aun muy joven, era un ser que elegía. Entre las mil cosas que podría haber sido, había ido eligiéndose. En un trabajo para el cual usaba lentes, entreviendo lo que podía y palpando con las manos húmedas lo que no veía, el ser había ido eligiendo y por eso indirectamente se elegía. De a poco se había juntado para ser. Separaba, separaba. En relativa libertad, si se descontara el furtivo determinismo que había dirigido discreto sin dar un nombre. Descontado ese furtivo determinismo, el ser se elegía libre. Separaba, separaba la llamada cizaña del trigo, y lo mejor, lo mejor el ser lo comía. A veces comía lo peor: la elección difícil era comer lo peor. Separaba peligros del gran peligro, y era con el gran peligro que el ser, aunque con miedo, se quedaba: sólo para sopesar con susto el peso de las cosas.

Apartaba de sí las verdades menores que terminó por no llegar a conocer: quería las verdades difíciles de soportar. Por ignorar las verdades menores, el ser ya comenzaba a parecer a los otros como rodeado de misterio: por ser ignorante, era un ser misterioso. Se había convertido en una mezcla de lo que pensaban de él y de lo que él realmente era: un sabido ignorante, un sabio ingenuo; un olvidado que muy bien sabía de otras cosas; un sonso honesto; un pensativo distraído; un nostálgico sobre lo que había dejado de saber; un nostálgico por lo que definitivamente, al elegir, había perdido; un valiente por ser demasiado tarde y ya haberse elegido. Todo eso, contradictoriamente, le dio al ser una alegría discreta y saludable de campesino que sólo lidia con lo básico. Y todo eso le dio la austeridad involuntaria que todo trabajo vital da. Elección y ajuste no tenían hora precisa de comenzar ni terminar, duraban en realidad el tiempo de una vida.

Todo eso, contradictoriamente, fue dando al ser la alegría profunda que necesita manifestarse, exponerse y comunicarse. Pasó a darse a través de la pintura. En esa comunicación el ser era ayudado por su don innato de gustar. Y eso ni lo había juntado ni lo había elegido, en efecto, era un don. Le gustaba la profunda alegría de los otros, por el don innato descubría la alegría de los otros. Por don, también era capaz de descubrir la soledad que los otros tenían. Y también por don, sabía profundamente jugar el juego de la vida, transformándola en colores y formas. Sin siquiera sentir que usaba su don, el ser se manifestaba: daba sin percibir, amaba sin percibir que a eso llamaban amor. El don era como la falta de camisa del hombre feliz: como el ser se sentía muy pobre y no tenía qué dar, el ser se daba. Se daba en silencio, y daba lo que había juntado de sí, así como quien llama a los otros para que también vean.

Poco a poco el equívoco pasó a rodear al ser: los otros miraban al ser como a una estatua, como a un retrato. Un retrato muy rico. No comprendieron que para el ser, haberse reunido, había sido trabajo de despojamiento y no de riqueza. Por equívoco, el ser era festejado. Pero sentirse amado sería reconocerse a sí mismo en el amor recibido, y aquel ser era amado como si fuera un otro ser. El ser vertió las lágrimas de una estatua que de noche en la plaza llora sin moverse. Nunca la oscuridad había sido mayor en la plaza. Hasta que de nuevo amanecía y el ser renacía. El ritmo de la tierra era tan generoso que amanecía. Pero de noche, cuando llegaba la noche, de nuevo oscurecía. La plaza de nuevo crecía en soledad. De miedo, los que lo habían elegido dormían: ¿miedo porque pensaban que tendrían que vivir en la soledad de la plaza? No sabían que la soledad de la plaza había sido sólo el lugar de trabajo del ser. Pero que él también se sentía solo. El ser se prepara toda la vida para ser apto del lado de afuera de la plaza. Es verdad que el ser, al sentirse listo, así como quien se baña con óleos y perfumes, notó que no le había sobrado tiempo para existir como los otros: era diferente sin querer. Algo había

fallado porque, cuando el ser se veía en el retrato que los otros habían sacado, se espantaba humilde frente a lo que habían hecho de él. Habían hecho de él nada más, nada menos, que un ser elegido. Es decir, lo habían sitiado. ¿Cómo deshacer el equívoco? Por simplificación y economía de tiempo, habían fotografiado al ser en una única pose y ahora no se referían a él sino a la fotografía. Bastaba abrir el cajón para sacar de adentro el retrato. Cualquiera conseguía una copia que, además, costaba barata.

Cuando le decían al ser: te amo, el ser se perturbaba porque ni siquiera podía agradecer: ¿y yo?, ¿por qué no a mí también?, ¿por qué sólo a mi retrato? Pero no reclamaba, pues sabía que los otros no se equivocaban por maldad. El ser, a veces, por una cuestión de soledad, intentaba imitar la fotografía, lo que no obstante terminó por volverla más falsamente auténtica. A veces él se confundía todo: no aprendía a copiar el retrato, y se había olvidado de cómo era sin el retrato. De modo que, como se dice del payaso que siempre ríe, el ser a veces, por así decir, lloraba bajo su callada pintura de bobo de la corte.

Entonces intentó un trabajo subterráneo de destrucción de la fotografía: hacía o decía cosas tan opuestas a la fotografía que ésta se erizaba en el cajón. Su esperanza era volverse más vivo que la fotografía. Pero, ¿qué ocurrió? Ocurrió que todo lo que el ser hacía en realidad sólo iba a retocar el retrato, adornarlo.

Y así fue yendo, hasta que, profundamente desilusionado en las más legítimas aspiraciones, el ser moría de soledad. Pero terminó saliendo de la estatua de la plaza, con gran esfuerzo, teniendo varias caídas, aprendiendo a pasear solo. Y, como se dice, nunca la tierra le pareció tan bella. Reconoció que aquella era exactamente la tierra para la cual se había preparado: pues no se había equivocado, el mapa del tesoro tenía las indicaciones correctas. Paseando, el ser tocaba todas las cosas y, aun solitario, sonreía. El ser había aprendido a sonreír solo.

20 de noviembre

LOS PUENTES DE LONDRES

Todas las veces que pienso en Londres vuelvo a ver sus puentes. Me pareció muy natural estar en Inglaterra, pero ahora cuando pienso que estuve allá mi corazón se llena de gratitud. Vi en Londres una tierra extraña y viva, cenicienta, todo lo que es ceniciento misteriosamente vibra para mí, como si fuera la reunión de todos los colores amansados.

Estuve en contacto con la fealdad de los ingleses, que es una de las cosas que más atrae en Inglaterra. Es una fealdad tan peculiar, tan bella, y estas no son meras palabras. Hacía mucho frío, y el viento daba al rostro y a las manos aquella rojez cruda que vuelve a cada persona

extremadamente real. Las mujeres hacen compras con las cestas, los hombres de la City usan sombrero bombín. Y el Támesis es sucio, tiene barro. Ya hubo pestes en Londres. Una vez se incendió la ciudad entera. La peste y el incendio estaban presentes en mi estadía en Londres.

Las personas beben café horrible, en taza grande, pero el café humea. Humeante como toda la isla, cuyos puentes ennegrecidos surgen de la casi constante niebla. El *fog* exhala de las piedras del piso y envuelve los puentes.

Los puentes de Londres son muy emocionantes. Unos son sólidos y amenazadores. Otros son puro esqueleto. En cuanto a los ingleses, no son tan inteligentes. Pero Inglaterra es uno de los países más inteligentes del mundo.

Estábamos en auto. Entre una ciudad y otra, las pequeñas ciudades inglesas dan mil vueltas alrededor de sí, y la lluvia fina cae en los vidrios del auto. En las calles el pueblo usa ropas tan mal hechas que acaban convirtiéndose en un bello estilo. Y son de verdad hospitalarios. Veo a una criatura de capote oscuro y medias gruesas y capucha enterrada hasta abajo de las orejas, con el rostro vívido y magro, ojos despiertos y cara roja —y aquella entonación pura de las voces inglesas, interrogativas y orgullosas.

Sólo ahora sé cuánto amé el viento de Londres que me hacía lagrimear los ojos de rabia y la piel gritar de irritación.

Y después están los caminos, el campo inglés que es diferente de cualquier otro campo. Me acuerdo de árboles muy altos.

Y después está el deseo de viajar de todo inglés, y eso es un movimiento inquieto y amplio.

En el teatro de Londres ocurre algo esencial. Es de temblar de frío y de emoción: el actor inglés es el hombre más serio de Inglaterra. En pocas horas da a cada uno aquello importante que se pierde en la vida diaria. Cuando se sale, es la lluvia oscura, la calle mojada, las viejas calles inglesas donde de noche existe el deseo de peligro. Se va a comer. Una comida pésima irrita, en el restaurante de comida típicamente inglesa. Pero se puede ir a un restaurante de comida alegre, de los extranjeros, en el mismo Londres.

Me acuerdo de que hubo Edad Media en Inglaterra, y eso está en las torres. La seguridad de ciertos ingleses llega a veces a volverse graciosa. En las calles andan ligero, es un pueblo luchador. Y si el mundo no fuera tan doloroso, sería bonito ver la lucha por la sobrevivencia.

Y después está la nostalgia por los escritores muertos. Siento mucha nostalgia de Lawrence.

La reina es suave, los periódicos tienen un modo provinciano, y cuando los ingleses e inglesas son bonitos, pasan de inmediato a tener una extraordinaria belleza. Y el niño inglés es siempre lindo, y cuando abre la boca para hablar, ahí se vuelve lindísimo.

Todo eso se llama nostalgia: intento recuperar Londres en la memoria, en estas notas. Y así queda sólo anotado, con la mayor rapidez, antes de que el sentimiento pase.

27 de noviembre

CISNE

Pero fue en el vuelo que se explicaron sus brazos largos y desmañados: eran alas. Y el ojo un poco estúpido, aquella mirada estúpida sólo combinaba con las anchuras del pensamiento pleno. Andaba mal en lo cotidiano, pero volaba. Volaba tan bien que hasta parecía arriesgar la vida, lo que era un lujo. Andaba ridículo, cuidadoso, el pato feo. En el suelo, él era un paciente.

DOMINGO DE TARDE

El jardín está empapado de lluvia, qué gruesas son las gotas, y el aire brilla. Sólo la corola de la rosa roja sigue opaca. Los guijarros chorrean, los vidrios de la sala chorrean, las hojas pesan en el aire, y en el barro tiembla en espinas el rosal de rosas empinadas. El temporal de verano aumenta. Lo que me pregunto muy pensativa detrás del vidrio: ¿en qué habrá terminado la alegría del Concurso Hípico?

EL ERROR DE LOS INTELIGENTES

Pero es que el error de las personas inteligentes es tanto más grave: ellas tienen los argumentos que lo prueba.

18 de diciembre

RECONSTITUCIÓN HISTÓRICA DE UNA DAMA NOBLE

Nacida en el Castillo de la Possonière, en el valle del Loire. Los pliegues en la cintura alta, ya bajo el busto, los largos cabellos poco lavados. Hilaba lino. Los bosques del castillo. La luna verde como una emboscada. Los ruiseñores y el pozo. Su voz cantando aguda, aguda. El gran territorio se dividía en regiones militares. Enrojecidos por el viento los

siervos cepillaban los caballos. Las grandes llaves de hierro. El viento soplaba, y en la sombra de la alcoba el lecho blanco. Los perros en el patio: 15 galgos ladraban. El herrero y las forjas, fuelle y yunque, las forjas martillando. Se acercaba el galope con polvo, se apeaban. Alrededor del pozo, al viento del Loire, en guirnalda, las margaritas. Mucho cobre, plata. El tío obispo. La copa de oro. La visita periódica del director espiritual: las manos cruzadas en el regazo. Su época fue su vida. Extinta en el año de 1513, sepultada en la capilla del bosque. Cien años después, los huesos fueron trasladados y después trasladados de nuevo. Hasta que de ella quedó el castillo en que vivió y la bella región del Loire. Y en el museo, “obra de anónimo siglo XVI”, vaso que un día pintara, entregado al estudio del arte decorativo de su tiempo.

RECUERDO DE UN HOMBRE QUE DESISTIÓ

¿Hasta qué punto habrá sido comprensible para él mismo su propio acto de renuncia al más alto cargo? Apenas puedo imaginar su abatimiento solitario. Cuando un acto irracional provoca monstruoso eco, el hombre probablemente se siente casi inocente frente a aquello que su grito provocó: de vibración en vibración, el desatarse de la avalancha. La verdad de su renuncia él mismo no la sabe, tal vez nunca la sepa, pues ya se ahogó bajo los pretextos y explicaciones. Él fue *personal*, lo que es un crimen en un hombre público. El sacrificio de un líder o de un santo o de un artista —que llegaron a lo que son precisamente por haber sido desde el inicio altamente personales—, su sacrificio es el de no serlo más. Su cruz es olvidarse de su propia vida. Es en ese olvidarse que entonces ocurre el hecho más esencialmente humano, aquel que hace de un hombre la humanidad: el dolor personal adquiere una vastedad en la que todos los otros caben y donde se abrigan y son comprendidos; por lo que hay de amor en la renuncia del dolor personal, los casi muertos se levantan. El verdadero sentido de Cristo sería la imitación de Cristo. Sólo que el propio Cristo fue la imitación de un Cristo.

El Brasil entero podría haber ascendido a través de aquel hombre, a través de lo que él en sí mismo sabía sobre el miedo, la ambición. Él se conocía: debía saber de la propia tendencia al desatino. Hasta a través de eso creceríamos. Así como la trascendencia da ganas de matar —por conocerse ese abismo—, viene a impedir que los otros se maten. Pero aquel hombre público se restringió a sí mismo. De la grandeza de los defectos humanos hizo defectos mezquinos. Criminal por pequeñez. Era un hombre para ser guiado, no para guiar. Él lo probó. No hay cómo perdonarlo, más que recordando que somos débiles.

HOY NACE UN NIÑO

En el pesebre estaba calmo y bueno.

Era de tardecita y todavía no se veía la estrella guía. Por ahora la alegría serena de un nacimiento —que siempre renueva el mundo y lo hace comenzar por primera vez—, por ahora la alegría suave pertenecía sólo a una pequeña familia judía. Algunos otros sentían que algo ocurría en la tierra pero ver, nadie lo veía o lo sabía con certeza.

En la tarde ya oscurecida, en la paja color de oro, tierno como un cordero, refulgía el niño, tierno como nuestro hijo.

Bien de cerca la cara de un buey y otra de burro, miraban. Y calentaban el aire con el hálito del cuerpo.

Era después del parto, y todo reposaba húmedo, todo húmedo y cálido respiraba.

María descansaba el cuerpo cansado, su tarea en el mundo y frente a los pueblos y Dios sería la de cumplir su destino, y ella ahora reposaba y miraba a la dulce criatura.

José, de largas barbas allí sentado, meditaba, apoyado en su cayado: su destino, que era el de entender, se había realizado.

El destino de la criatura era el de nacer.

Se oía, como si fuera en medio de la noche callada, aquella música de aire que cada uno de nosotros ya oyó y de la que está hecho el silencio. Era extremadamente dulce y sin melodía pero hecha de sonidos que podrían organizarse en melodía. Fluctuante, ininterrumpida. Los sonidos como quince mil estrellas. La pequeña familia captaba la más primaria vibración del aire, como si el silencio hablara.

El silencio del gran Dios hablaba. Era de un agudo suave, constante, sin aristas, todo atravesado por sonidos horizontales y oblicuos. Millares de resonancias tenían la misma altura y la misma intensidad, la misma ausencia de apuro, noche feliz, noche sagrada.

Y el destino de los animales allí se hacía y rehacía: el de amar sin saber que amaban. La dulzura de los brutos comprendía la inocencia de los niños. Y antes que los reyes, hacían regalos al nacido con lo que poseían: la mirada grande que ellos tienen y la tibieza del vientre que ellos son.

Este niño, que renace en cada criatura nacida, querría que fuéramos fraternos frente a nuestra condición y frente a Dios. El niño se convertiría en hombre y hablaría.

Hoy en muchas casas del mundo nace un Niño.

1972

15 de enero

EL ESTADO ALCANZADO

Después de la época de las palabras de amor, de las palabras de rabia, de las palabras, las relaciones entre los dos se volvieron de a poco imposibles de resultar en una frase o en una realidad clara. En la medida en que estaban casados hacía tanto tiempo, las divergencias, las desconfianzas, cierta rivalidad jamás llegaban a la superficie, aunque existieran entre ellos como el plano dentro del cual se entendían. Ese estado casi impedía una ofensa y una defensa, y jamás una explicación. Formaban lo que se llama una pareja común.

CUADERNO DE NOTAS

“Todos aquellos que hicieron grandes cosas las hicieron para salir de una dificultad, de un callejón sin salida.” Traduzco esto del francés, frase encontrada en un antiguo cuaderno de notas. Pero, ¿quién escribió esto?; ¿cuándo? No importa, es una verdad de vida y muchos podrían haberla escrito.

EJERCICIO

Es curiosa esta experiencia de escribir más liviano y para muchos, yo, que escribía “mis cosas” para pocos. Está siendo agradable la sensación. Además, me he convivido mucho últimamente y descubrí con sorpresa que soy soportable, a veces hasta agradable de ser.

Bien. No siempre.

SUPONIENDO LO CORRECTO

Supongamos que el teléfono esté estropeado en toda la ciudad, lo que es verdad. Supongamos que yo haga una llamada, y dé ocupado, lo que es verdad. Supongamos que de repente la señal de desocupado suene como llamada, lo que es verdad. Supongamos que no atiendan, lo que es verdad. Supongamos que en vez de que atienda el número discado, oiga una línea cruzada, lo que es verdad. Supongamos que por simple curiosidad pase a

oír la conversación entre un hombre y una mujer, lo que es verdad. Supongamos que, al final de la conversación, oiga una frase límpida, lo que es verdad. Supongamos que la frase límpida sea “que Dios te bendiga”, lo que es verdad. Supongamos que yo me sienta entonces toda bendecida, pues la frase fue también para mí, ¿lo que es verdad? Sí. La frase era para mí. No supongo más. Sólo digo “sí” al mundo.

SUPONIENDO LO ERRADO

Supongamos que yo sea una criatura fuerte, lo que no es verdad. Supongamos que al tomar una resolución yo la mantenga, lo que no es verdad. Supongamos que yo escriba un día algo que desnude un poco el alma humana, lo que no es verdad. Supongamos que yo tenga siempre el rostro serio que vislumbro de repente en el espejo al lavarme las manos, lo que no es verdad. Supongamos que las personas que amo sean felices, lo que no es verdad.

Supongamos que tenga menos defectos graves de los que tengo, lo que no es verdad. Supongamos que baste una flor bonita para iluminarme, lo que no es verdad. Supongamos que finalmente yo esté sonriendo justo hoy que no es día de que sonría, lo que no es verdad. Supongamos que entre mis defectos haya muchas cualidades, lo que no es verdad. Supongamos que yo nunca mienta, lo que no es verdad. Supongamos que un día yo pueda ser otra persona y cambie de modo de ser, lo que no es verdad.

29 de enero

LA JALEA VIVA COMO PLACENTA

Este sueño fue de un terror triste. Comienza como por el medio. Había una jalea que estaba viva. Cuáles eran los sentimientos de la jalea. El silencio. Viva y silenciosa, la jalea se arrastraba con dificultad por la mesa, bajando, subiendo, lentamente, sin desparramarse. ¿Quién la tomaba? Nadie tenía valor. Cuando la miré, en ella vi reflejado mi propio rostro moviéndose lento en su vida. Mi deformación esencial. Deformada sin derramarme. También yo apenas viva. Lanzada al horror, quise huir de mi semejante —de la jalea primaria— y fui a la terraza, lista a arrojarme de aquel último piso. Era noche cerrada, y yo veía eso desde la terraza, y estaba tan perdida de miedo que el fin se aproximaba: todo lo que es demasiado fuerte parece estar cerca de un fin. Pero antes de saltar de la terraza, resolví pintarme los labios. Me pareció que el lápiz de labios estaba curiosamente blando. Entonces lo noté: el lápiz de labios también era de jalea viva. Y allí estaba yo en la terraza oscura con la boca húmeda de la

cosa viva.

Cuando ya estaba con las piernas fuera del balcón, vi los ojos de la oscuridad. No “ojos en la oscuridad”: sino los ojos de la oscuridad. La oscuridad me espiaba con dos ojos grandes, separados. La oscuridad, pues, también estaba viva. ¿Dónde encontraría yo la muerte? La muerte era jalea viva, lo sabía. Vivo estaba todo. Todo está vivo, primario, lento, todo es primariamente inmortal.

Con una dificultad casi insuperable logré despertarme a mí misma, como si me tirase de los cabellos para salir de aquel atolladero vivo.

Abrí los ojos. El cuarto estaba oscuro, pero era una oscuridad reconocible, no la profunda oscuridad de la que me había arrancado. Me sentí más tranquila. Todo no pasaba de un sueño. Pero noté que uno de mis brazos estaba fuera de la sábana. Como un sobresalto, lo recogí: nada mío debería estar expuesto, si es que todavía quería salvarme. ¿Quería salvarme? Creo que sí: pues encendí la luz de la cabecera para despertarme completamente. Y vi el cuarto de contornos firmes. Habíamos —continuaba yo en atmósfera de sueño—, habíamos endurecido la jalea viva en la pared, habíamos endurecido la jalea viva en el techo; habíamos matado todo lo que se podía matar, intentando restaurar la paz de la muerte alrededor de nosotros, huyendo de lo que era peor que la muerte: la vida pura, la jalea viva. Apagué la luz. De repente un gallo cantó. ¿En un edificio de departamentos un gallo? Un gallo ronco. En el edificio encalado de blanco, un gallo vivo. Por afuera, la casa limpia, ¿y por adentro el grito? así hablaba el Libro. Por afuera, la muerte conseguida, limpia, definitiva, pero por adentro la jalea elementalmente viva. Lo supe, en lo primario de la noche.

5 de febrero

LA LUCIDEZ PELIGROSA

Estoy sintiendo una claridad tan grande que me anula como persona actual y común: es una lucidez vacía, ¿cómo explicar? así como un cálculo matemático perfecto que, sin embargo, no se necesita. Estoy, por así decir, viendo claramente el vacío. Y no entiendo eso que entiendo: pues estoy infinitamente más grande que yo misma, y no me alcanzo. Más allá de que: ¿qué hago con esta lucidez? Sé también que esta lucidez mía puede volverse el infierno humano —ya me ocurrió antes. Pues sé que —en términos de nuestra diaria y permanente adaptación resignada a la irrealidad— esta claridad de realidad es un riesgo. Apaga, pues, mi llama, Dios, porque no me sirve para vivir los días. Ayúdame a consistir de nuevo en los modos posibles. Yo consisto, yo consisto, amén.

CÓMO DORMIR

En noches de insomnio inventé un modo infantil de dormir en el que me hablo bajo y muchas veces funciona. Es un poco así, si me acuerdo: “Retrocedí: soy una niña pequeña. Me acuesto y todos duermen conmigo. Nada de malo puede ocurrir. Todo es bueno y suave. El alma es eterna. Nunca nadie muere. El placer de ser niña es grande y dulce. Dios se esparce por mi cuerpo: su dulzura se siente como un paladar por todo el cuerpo. Está bien, está bien. Dios me ilumina toda pero bien en penumbras para que su luz no me despierte. Soy una niña: no tengo deberes, sólo derechos. El placer de estar viva es el de dormirme. Siento este vivir lentísimo como un sabor por las piernas y por los brazos. Mi alma está entregada por fin. Nada más tengo que entregar. Nada me sostiene más: voy. Voy hacia la beatitud. La beatitud me guía y me lleva de la mano. La beatitud en vida”.

EN BUSCA DEL PLACER

Y tanto sufrimiento por estar, a veces sin ni siquiera saber, a la caza de placeres. No sé cómo esperar que ellos vengan solos. Y es tan dramático: basta mirar en una boite a media luz a los otros: la búsqueda del placer que no viene solo y de sí mismo. La búsqueda del placer me ha sido como agua mala: pego la boca y siento el pico herrumbrado, caen dos gotas de agua tibia: es el agua seca. No, antes el sufrimiento legítimo que el placer forzado.

YO ME LAS ARREGLARÍA

Si mi mundo no fuera humano, también habría lugar para mí: yo sería una mancha difusa de instintos, dulzuras y ferocidades, una trémula irradiación de paz y lucha: si el mundo no fuera humano yo me las arreglaría siendo un animal. Por un instante, entonces, desprecio el lado humano de la vida y experimento el alma silenciosa de la vida animal. Es bueno, es verdadero, ella es la semilla de lo que después se vuelve humano.

¿HASTA LA MÁQUINA?

Mandé a reparar mi máquina de escribir. Insertado alrededor del rodillo (o como quiera que se llame lo que ustedes saben) todavía estaba el papel donde el reparador de máquinas había intentado escribir para ver si ya no tenía defectos. En el papel estaba escrito:

s d f g ç l k j a e v que Dios sea loado p oy 3 c

19 de febrero

EL PIANISTA

Era bajo y delgado, andaba con un paso leve como si el cuerpo no lo perturbara. La joven de la portería de la pensión de Catete, transportada en éxtasis, dijo de él: “¡El maravilloso poder de expresar sus sentimientos por la música!”

Él tocaba de noche, cuando los huéspedes dejaban más vacío el salón. Debía de haber tocado en tiempos idos razonablemente bien, en cuanto a la técnica. En cuanto a “sus sentimientos” no podían expresarse por la música más que en dos variantes primarias: o el pianissimo, o el fortissimo. Pasaba de uno al otro sin aviso, lo que en verdad expresaba los sentimientos primarios de la joven de la portería. En cuanto a los suyos propios, tal vez esas dos únicas variaciones indicaran sólo una gama pobre o monótona de emociones. Aun en cuanto a su físico, su traje llegó por error a otro cuarto, fue como si todo él estuviera colgado del perchero —un hombro más alto que el otro, hombros que no eran estrechos sino de algún modo discretos o tímidos. No fue difícil adivinar que el traje no era suyo. “¿Del extranjero?”, preguntaron. “¿Es extranjero?”, retrucaron con una pregunta. No lo era.

Olvidé decir que parecía albino. Y era miope: de ahí, tal vez, indirectamente, sólo poder tocar pianissimo o fortissimo, como si sólo en el contraste brutal él *viera*. Yo lo conocí, y fue un hombre que casi se mató. Pero no se mató. Tal vez había encontrado un término medio entre el pianissimo y el fortissimo. Como la mayoría de las personas.

TODAVÍA IMPOSIBLE

Respondí que lo que de verdad me gustaría era poder escribir un día por fin una historia que comenzara así: “Había una vez...” ¿Para niños? Preguntaron. No, para adultos, respondí ya distraída, ocupada en acordarme de mis primeras historias a los siete años, todas comenzando con “había una vez”. Yo las enviaba a la página infantil de los jueves del periódico de Recife y ninguna, pero ninguna en verdad, fue publicada jamás. Y aun entonces era fácil de ver por qué. Ninguna contaba propiamente una historia con los hechos necesarios en una historia. Yo leía las que ellos publicaban, y todas relataban un acontecimiento. Pero si ellos eran insistentes, yo también.

Desde entonces, sin embargo, había cambiado tanto, que quién sabe

ahora ya estaba lista para el verdadero “había una vez”. Me pregunté a continuación: ¿y por qué no comienzo?, ¿ahora mismo? Será simple, sentí.

Y comencé. Sin embargo, al haber escrito la primera frase, vi inmediatamente que todavía me era imposible. Había escrito: “Había una vez un pájaro, mi Dios”.

4 de marzo

VERANO EN EL BAILE

Con el abanico la gorda matrona piensa algo. Ella piensa el abanico y con el abanico se abanica. Y con el abanico cierra de súbito el pensamiento en un estallido, vacía, sonriente, rígida por la faja apretada, ausente. El abanico distraído y abierto en el pecho. “También lo sé, ellas conseguirán casamiento”, concuerda como visita que es recibida en la sala de visitas. Pero un alboroto controlado, he aquí que se abanica con mil alas de gorrión.

ALDEA EN LAS MONTAÑAS DE ITALIA

Los hombres tienen labios rojos y se reproducen. Las mujeres se deforman amamantando. En cuanto a los viejos, los viejos no están excitados. El trabajo es duro. La noche, silenciosa. No hay cines. En la puerta de casa la belleza de las jóvenes es quedarse con un pie en lo oscuro. La vida es triste y amplia como debe ser una vida en la montaña.

ZAGUÁN EN TIJUCA

En la Zona Norte sopla un viento caliente, un siroco. En el zaguán, cinco muchachas sin color ya tomaron el baño de la tarde, los cabellos se secan al siroco. Tienen ojos negros, brazos redondos y bocas desvaídas. Son las hijas. ¿Para qué hablar? Sentaos y tocad vuestras guitarras. No hay nada para decirles. Allí no hay nada para salvar. No todo representa algo, y eso es tan importante como lo opuesto. Son sólo cinco muchachas de bocas desvaídas que dejo en el zaguán, y que se queden allí. Y si no quieren quedarse, que salgan. Cinco muchachas sin color representan cinco muchachas sin color. He aquí que estoy viendo ese harén de bocas desvaídas, y sin crueldad o amor a la selección natural, no me politizo, no me poetizo, no creo que sea correcto o errado; es que lo que está es eso mismo.

Pero el siroco, sí, trae caballos y arenas, venidos del desierto.

ANTES ERA PERFECTO

Haber nacido me arruinó la salud.

LOS NEGOCIADOS

Después de que descubrí en mí misma cómo se piensa, haciendo negociados conmigo misma, nunca más pude creer en el pensamiento de los otros.

POR DISCRECIÓN

Dios le dio innumerables pequeños dones que él no usó ni desarrolló por temor a ser un hombre completo y sin pudor.

1º de abril

MI PRÓXIMO Y EXCITANTE VIAJE POR EL MUNDO

Mañana voy a partir hacia Europa. De donde mandaré mis textos para este periódico.

Mi sede será Londres. Y de allá planearé mis viajes. Por ejemplo, voy a París a ver de nuevo la Mona Lisa, pues la extraño. Y a comprar perfumes. Y sobre todo a reclamar en la Maison Carven porque no fabrican más mi perfume, el que más combina conmigo, Vert et Blanc. También iré al teatro. Y a la Rive Gauche.

Volveré entonces a Londres donde permaneceré una, dos semanas. Y seguiré a mi amada Italia. Roma antes. Después Florencia.

En Roma, por intermedio de conocidos mutuos, entraré en contacto con Onassis y existen posibilidades de combinar un crucero por el Mediterráneo.

Iré a Grecia que sólo conozco de rápida pasada. Necesito realmente ver de nuevo la Acrópolis.

Y necesito volver a ver las pirámides y la Esfinge. La Esfinge me intrigó: quiero enfrentarla de nuevo, cara a cara, en juego abierto y limpio. Voy a ver quién devora a quién. Tal vez nada ocurra. Porque el ser humano es una esfinge también y la Esfinge no sabe descifrarlo. Ni descifrarse a sí misma. En lo que nosotros nos descifrásemos, tendríamos la llave de la vida.

Quiero tomar baños de mar en Biarritz, porque allá vi las olas más altas, el mar más compacto y más verde y turbulento. Y majestuoso. No quiero volver a ver San Sebastián.

Pero quiero volver a Toledo y a Córdoba. En Toledo volveré a ver los El Greco.

Hallaré en Europa la primavera, lo que ya en sí es motivo para un viaje allá. Iré a Israel, esa comunidad antigua y la más nueva: quiero ver cómo se vive bajo patrones diferentes.

¿Y Portugal? Tengo que volver a Lisboa y Cascais. En Lisboa buscaré a mi amiga y gran poeta Natércia Freire. Y le daré un texto mío, atendiendo a su pedido de colaboración para el *Suplemento de Letras y Artes* (*Diario de Noticias* de Lisboa), suplemento que ella dirige. Iré al Chiado. Y de nuevo pensaré en Eça de Queirós. Necesito releerlo. Sé que me va a gustar de nuevo —como si fuera la primera lectura— el succulento estilo de Eça.

Volveré a Londres, donde la pasaré de descanso y teatros y *pubs* dos semanas.

De allá pegaré un salto a Liberia, en Monrovia. Estuve en Liberia, pero no llegué a ir a la capital.

Si alguien piensa que gané la Lotería Deportiva, está equivocado. Lo mejor de la historia es que viajaré sin gastar un centavo. Sólo gastaré lo que gaste en las compras. Después les enseñaré cómo se consigue tal formidable trueque: no es imposible, tanto que yo lo conseguí y sin mayores esfuerzos. No, no fue porque yo tenga *charme*, cuando tengo *charme* es sin sentir y sin querer, simplemente ocurre. El *charme*, quiero decir.

Llegará el momento en que no pueda más de añoranzas del Brasil. Volveré vía Nueva York, donde me quedaré dos semanas, perdiéndome en la multitud. La multitud de Nueva York es el medio más fácil de que una persona esté sola. Si me siento demasiado sola acudiré a nuestro Consulado. Para volver a ver brasileños y de nuevo poder usar nuestra difícil lengua. Difícil pero fascinante. Sobre todo para escribir. Les aseguro que no es fácil escribir en portugués: es una lengua poco trabajada por el pensamiento y el resultado es poca maleabilidad para expresar los delicados estados del ser humano.

Y —por fin— volveré a Río. Antes daré un salto a Belém de Pará, para volver a ver a mis amigos Francisco Paulo Mendes, Benedito Nunes (¿cuál es su dirección?, por favor escríbanme) y tantos otros importantes para mí. Ellos, ya van a ver, ya me olvidaron. Yo no me olvidé de ellos. En Belém pasé seis meses muy felices. Estoy agradecida a esta ciudad.

Una vez en Río, y después de abrazar a todos los amigos, iré a Cabo Frío por una semana, a casa de Pedro y Miriam Bloch. Volveré después a Río y, toda renovada, recomenzaré mi lucha diaria y sin gloria y enigmática.

Sí. Todo eso.

Pero si tan sólo fuera de verdad...

El hecho es que hoy es 1º de abril y desde niña no engaño a nadie en este día. Infelizmente no veo manera de hacer este viaje sin dinero. Onassis

entró en el 1º de abril de puro metido que es. En verdad no tengo mucho interés en conocerlo.

Disculpen la broma. Pero es que no lo resistí.

15 de abril

TAQUICARDIA DE A DOS

Estaba mi amiga hablando conmigo por teléfono. Entonces de repente le entra en la sala un pajarito. Mi amiga lo reconoció: era un sabiá. La empleada se asustó, mi amiga quedó sorprendida. Era necesario que él encontrara el camino de la ventana para irse y escapar de la prisión de la sala. Después de mucho sobrevolar, se posó en un cuadro encima de la cabeza de mi amiga, que continuó con la llamada telefónica, pero más atenta al sabiá que a las palabras.

Fue cuando ella sintió algo en la espalda desnuda —era verano, el vestido no tenía espalda: el sabiá había anidado en ella y parecía estar muy bien. Es necesario decir que mi amiga tiene una voz muy suave. Ella sabía que cualquier súbito movimiento suyo, y el sabiá se asustaría casi mortalmente. Cortó el teléfono.

También es necesario decir que mi amiga tiene mano para cosas delicadas, es capaz de sostener la corola de una flor sin hacer que se marchite. Fue con su manera delicada que tomó al sabiá, que se dejó tomar.

Y allá se quedó con el sabiá en la mano. El corazoncito del sabiá latía en loca taquicardia. Y lo peor es que mi amiga estaba toda taquicárdica. Allí, pues, se quedaron los dos temblando por dentro: mi amiga sintiendo el propio corazón palpitar deprisa y en la mano sintiendo el latir apuradito y desordenado del sabiá.

Entonces ella se levantó despacio para no asustar a lo que estaba vivo en su mano. Se acercó a la ventana. El sabiá comprendió. Mi amiga estiró la mano, donde el sabiá permaneció por unos instantes. Y de repente salió en un vuelo lindísimo de tanta libertad.

22 de abril

ESTILO

—¿Qué es eso que estás escribiendo?

—Estoy haciendo un requerimiento a máquina.

—Déjame leer. ¿Fuiste tú en realidad la que escribió? “La abajo

firmante viene a requerir a V. S....” ¡Pucha, nunca escribiste tan refinado!

UN ESCALÓN ARRIBA: EL SILENCIO

Hasta hoy, por así decir, yo no sabía que se puede no escribir. Gradualmente, gradualmente hasta que de repente el descubrimiento tímido: quién sabe, también yo ya podría no escribir. Qué infinitamente más ambicioso. Es casi inalcanzable.

6 de mayo

DIÁLOGO DEL DESCONOCIDO

—¿Puedo decirlo todo?

—Sí.

—¿Comprenderías?

—Comprendería. Yo sé muy poco. Pero tengo a mi favor todo lo que no sé y —por ser un campo virgen— está libre de preconceptos. Todo lo que no sé es mi mayor y mejor parte: es mi amplitud. Es con ella que comprendería todo. Todo lo que no sé constituye mi verdad.

13 de mayo

DÍA DE LA MADRE

—Yo —me dijo la bailarina del cuerpo de baile del Municipal— bailé una vez sin saber que estaba embarazada. Y después me culpé tanto por eso, pero fue una danza lenta que no hacía mal. Después, cuando sospeché, mandé a hacer el análisis. No imaginas lo que sentí cuando el hombre me entregó el papel en el que estaba escrito positivo. Mi alegría fue tan intensa, pero tan loca que abracé y besé al hombre espantado del laboratorio y le dije: “Muchas gracias”. Imagina, como si aquel desconocido fuera el padre.

El sol se estaba poniendo mientras la bailarina hablaba. Era muy frágil, casi sin peso, con busto de joven-niña.

—Pero el médico me avisó justo a la salida que yo podía perder el niño. Porque tengo el aparato genital infantil, soy fértil pero no puedo concebir, no tengo lugar para el feto. Entonces pasé meses en la cama para ver si así no perdía el niño. Me quedaba acostada, hablando con el bichito que estaba dentro de mí. Le decía: “Mira, bichito, nosotros dos tenemos

que vencer y tú vas a nacer, así es, es difícil nacer”. Hasta parecía que me oía y respondía: “Está siendo difícil”. Yo tenía tantas ganas de oírlo llorar... como forma de respuesta a la vida: llorar la vida es una respuesta. Conversábamos horas. Nadie entendía el éxtasis sufrido que me sucedía, y después tampoco nadie entendió.

Nos quedamos en silencio. Ella estaba sentada en la alfombra escarlata, toda leve, con las piernas cruzadas a la manera budista. Pero el torso se mantenía suavemente erecto y hierático por el hábito de las posiciones de *ballet*.

—Fue entonces que comencé a perder sangre. No lo podía creer, no quería creer. Y cuanto más sangre se derramaba, más me desesperaba. Hasta que ocurrió: perdí a mi hijo. Era un niño. Llegué a verlo, pedí verlo: allá estaba él todo acurrucado dentro del óvulo. Me acordé de un pajarito recién nacido que vi una vez y que tenía el cuerpo mínimo casi transparente y un pico enorme. Parecía que yo había dado a luz un pajarito. Comencé a llorar. No lloraba de desánimo, lloraba la muerte de un niño. Todos me decían: “Pero, Gisele, no era todavía un niño, era sólo un feto...” Nadie entendía que para una mujer tan pequeña como yo el feto era un niño. Y mucho menos entendieron cuando le pedí a mi padre para enterrarlo en el jardín. No quería que lo tiraran en la basura, mi bicho. Parece que está prohibido enterrar un feto en el cementerio. Pero mi padre, viendo mi estado, me concedió esto: plantó a mi hijo en el jardín, debajo de un almendro grande que estaba en ese momento amarilleando las hojas.

Mientras ella hablaba yo imaginaba la tierra del jardín con el ser allí arrollado en su frágil óvulo, marchitando, marchitando. Me quedé callada.

—Lo peor, como ya dije, era el sentimiento de culpa: sólo imagina, haber bailado *ballet* en aquel estado. Pero a veces lograba razonar más claro: tú no tienes la culpa, me decía, la causa de la muerte no fue la danza, fue aquella historia de lo infantil. Pero yo creía que no había hecho todo por él, que tal vez hubiese faltado algo.

Ya era el final del crepúsculo: estábamos a la sombra pero no encendí ninguna luz.

—Pero no desisto —dijo bajo.

—¿No desistes de qué?

—De tener un hijo. El médico dijo que podría perderlo de nuevo. Pero, aun cuando pierda un segundo embarazo, no desisto: me quedaré embarazada muchas veces y acepto la posibilidad de perderlo. Hasta que un día, allá un día, con mucho cuidado lo conserve en mí nueve meses, dándole hasta entonces muchas cosas buenas para que beba y coma a través de mi sangre que voy a enriquecer. Hasta que nazca. Y será una victoria nuestra, mía y de él. Porque lo sé: en verdad es difícil nacer.

La miré casi en la oscuridad. Sufrida, herida, valiente. Sí, ella era una madre, la bailarina de Degas.

20 de mayo

SIN AVISO

Tantas cosas que entonces yo no sabía. Nunca me habían hablado, por ejemplo, de este sol duro de las tres. Tampoco me habían avisado sobre este ritmo tan seco de vivir, de este martillazo de polvo. Que dolería, me habían avisado vagamente. Pero lo que llega a mi esperanza del horizonte, al acercarse se revela abriendo alas de águila sobre mí, eso no lo sabía. No sabía lo que es estar bajo la sombra de grandes alas abiertas y amenazadoras, un agudo pico de águila inclinado sobre mí y riendo. Y cuando en los álbumes de adolescente yo respondía con orgullo que no creía en el amor, era entonces cuando más amaba; eso tuve que saberlo sola. Tampoco sabía qué resulta de mentir. Comencé a mentir por precaución, y nadie me avisó del peligro de ser tan precavida; porque después nunca más la mentira se despegó de mí. Y tanto mentí que comencé a mentir hasta a mi propia mentira. Y eso —ya atontada lo sentía—, eso era decir la verdad. Hasta que decaí tanto que decía la mentira cruda, simple, corta: decía la cruda verdad.

3 de junio

POR MIEDO A LO DESCONOCIDO (FRAGMENTO)

Entonces eso era la felicidad. Al comienzo se sintió vacía. Después los ojos se pusieron húmedos: era felicidad, pero qué mortal soy, cómo me trasciende el amor por el mundo. El amor por esta vida mortal la asesinaba suavemente de a poco. ¿Y qué se hace cuando se es feliz? ¿Qué hago con la felicidad? ¿Qué hago con esta paz extraña y aguda que ya está comenzando a dolerme como una angustia y como un gran silencio? ¿A quién doy mi felicidad que ya está comenzando a rasgarme un poco y me asusta? No, ella no quería ser feliz. Por miedo a entrar en un terreno desconocido. Prefería la mediocridad de una vida que conocía. Después intentó reír para disimular la terrible y fatal elección. Y pensó con falso aire de broma: “¿Ser feliz? Dios da pan a quien no tiene dientes”. Pero no logró encontrarlo gracioso. Estaba triste, pensativa. Iba a volver a la muerte diaria.

8 de julio

COMER

La comida estaba mala, pero qué bueno: ella me renovará del todo para una futura buena comida que al menos no sé cuándo vendrá.

Blanchette de Veau. Fuimos al restaurante solamente y exclusivamente para comer. Conversar, sólo si se diera la ocasión. Cuando el *maitre* dijo “recomendado *Blanchette de Veau*”, mi cuerpo que a veces tiene la intuición de una sabiduría, mi sabio cuerpo me dijo que no. Recorro al argumento de que “la salsa blanca no me interesa”. Mi amiga, gran y delicada devoradora de lo bueno, me explica que la salsa blanca tiene sus secretos, etc. Resolvemos entonces seriamente arriesgar a medias: pedimos *Blanchette* y un *Tournedos* con salsa de vino para dividirnos.

Si bien dudé en conformarme con lo que sentía en los primeros bocados, tenía miedo de estar sintiendo mal. Dije medio con recelo: no sientes que hay ahí algo chamuscado, no digo quemado en verdad, sino chamuscado. Todavía no descubrí qué es, pues en la primera hambre mezclé todo en la boca. Ella, mi amiga, me dijo calmadamente: el arroz se pegó.

En cuanto a la *Blanchette*. Ciertas comidas demasiado refinadas están en el umbral de la repugnancia de estómago. Demasiado refinada da mal cosquilleo: y he ahí que se alcanza el umbral. Pues también la buena comida tiene algo de rudo.

En cuanto al *Tournedos*, nuevo error. ¡Pero la carne tiene que resistir un poco a los dientes! El filete que se corta como manteca me avisa de inmediato que, por lo menos a mí, no me entendieron.

Aunque bastante relativo, tuve pues un gran disgusto en materia de comida. Y nada lograba quitarme el gusto al fracaso que ya era del alma. Nunca, nunca más comeré nada, me dije con cólera, pues soy lo bastante inmadura como para no soportar bien un placer frustrado. “Corté con esa historia de comer bien, no funciona”, dije amarga a mi amiga. “Vas a volver”, dijo ella tranquila, como descendiente que es de una mujer sabia y práctica. Su madre es tan práctica que, en caso de enfermedad en la familia, de inmediato hace las dos cosas esenciales: da el remedio y luego enseguida va al cuarto a rezar. Y todo queda resuelto.

Pero esta ya es otra historia. Para finalizar la primera, las ganas de comer realmente terminaron volviendo. Pero *Blanchette de Veau*, nunca más. No me gustan las bromas.

HOMBRE ARRODILLÁNDOSE

Es bueno. Sobre todo porque la mujer sabe que es bueno para él: después de grandes jornadas y de grandes luchas él por fin comprende que necesita arrodillarse frente a la mujer. Y, después, es bueno porque la cabeza del hombre queda cerca de las rodillas de la mujer y cerca de sus

manos, en su regazo, que es su parte más caliente. Y ella puede hacer su mejor gesto: en las manos, que quedan a un tiempo trémulas y firmes, tomar aquella cabeza cansada que es fruto entre suyo y de ella.

DARSE POR FIN

El placer es abrir las manos y dejar correr sin avaricia el pleno vacío que encarnizadamente se estaba prendiendo. Y de súbito, el sobresalto: ¡ah, abrí las manos y el corazón, y no estoy perdiendo nada! Y el susto: ¡despierta, pues existe el peligro de que el corazón esté libre!

Hasta que se percibe que en ese explayarse está el muy peligroso placer de ser. Pero llega una seguridad extraña: siempre ha de tenerse qué gastar. No tener, pues, avaricia con ese vacío pleno: gastarlo.

29 de julio

LAS IMAGINACIONES DEMONÍACAS

A través del alto cosmos las ondas musicales calmadísimas. La locura de la tranquilidad. ¿Paisaje? Sólo aire, tallos verdes, el mar extenso, silencio de domingo de madrugada. Un hombre delgado de un solo pie tiene un gran ojo transparente en medio de la frente. Un ser femenino se acerca gateando, dice con voz que viene de otro tiempo, voz grave, esquiva, eufórica: “¿Quiere tomar un té?” Es el hábito, el hábito de una vida anterior. Toma una delgada espiga de oro —tal vez sea trigo—, la pone entre sus encías sin dientes y se aparta a gatas con los ojos bien abiertos. Ojos inmóviles como la nariz. Ella no tiene cuello. Necesita mover toda la cabeza sin huesos para mirar un objeto. ¿Objeto? ¿Qué objeto? No existen objetos. El hombre delgado se durmió sobre el pie, durmió el ojo sin cerrarlo: dormir se trata de querer o de no querer ver. Cuando no ve, él duerme. En el ojo silencioso se refleja planicie y arco iris. Es ojo o ala de insecto. Encima de un cierto vacío está la maravilla. Las ondas musicales recomienzan. Alguien se examina las uñas. Hay un sonido que de lejos hace: ¡psiu, psiu!... Pero el hombre del pie solo nunca podría imaginar que lo están llamando. Se inicia un sonido de lado que atraviesa las ondas musicales sin temor, y se repite tanto hasta cavar la roca con la gota de agua. Es un sonido elevadísimo y sin ondulaciones. ¿Un lamento alegre? Es la nota más alta y feliz que una vibración podría dar. Ningún hombre de la tierra podría oírlo sin enloquecer y comenzar a sonreír. Pero el hombre del pie solo duerme derecho. Y el ser femenino desdentado y rastrero está extendido en la playa y piensa el vacío. Un nuevo personaje atraviesa el desierto y desaparece rengueando. ¡Psiu! ¡psiu! Pero nadie responde.

¿Quién llama? ¿Y quién llama a quién?

12 de agosto

PARA TERMINAR DE “ROMPERSE EL COCO”

—Nadie ignora que sal en el fuego o una escoba escondida detrás de la puerta ocasionan la partida inmediata de visitas pesadas.

—Nadie ignora que una cinta encarnada atada al cuerpo del enfermo impide el progreso de la erupción.

—Del mismo modo, un trapo rojo colgado en el dormitorio hace brotar sarampión estancado.

—Para el hipo, nada mejor que tomar nueve traguitos de agua, sin respirar. O, si no, doblar la manga. Para el hipo en un niño pequeño no hay nada como colocar sobre su frente un pedacito de algodón mojado.

—Cayote enterrado de mañana bien temprano hace que se caigan las verrugas.

—Quien tire azúcar en la mesa, sólo tiene que poner una pizquita en el seno que viene dinero seguro.

—Y la sal es mala noticia cuando se derrama, a menos que se arroje un poquito por detrás del hombro izquierdo.

—Tocar madera para “aislar”, todo el mundo lo sabe.

—Para que el pato sea sabroso tiene que ser desplumado en un silencio absoluto. Y para que una gallina sea bien blanda, bien suave, la receta es poner en la olla tres garbanzos o un clavo.

—Mientras tanto, el caballo marino alivia el asma.

—Para quien transpira las manos sólo tiene que sostener un sapo durante unos minutitos que sana enseguida.

—Como todo el mundo sabe, el cuchillo cruzado es señal de pelea y que por el mismo motivo no se pasa la sal en la mesa.

—El espejo roto se tira al mar.

—No se deja el sombrero encima de la cama y los zapatos encima de la silla.

—Siempre es mejor calzar el pie derecho antes que el izquierdo.

—Se debe esconder un cabello en el ruedo de los vestidos de novia.

—Para salir de un lugar nunca se debe tomar una puerta que no sea aquella por donde se entró.

—Quien barre la casa de noche tirando afuera la basura, también tira afuera la fortuna.

—Cuando se gira por casualidad el dobladillo del vestido es conveniente morderlo para recibir otro vestido nuevo.

—El amarillo es color de año bisiesto.

—Para garantizar la buena salud de los niñitos es óptimo colgarles en

el pecho una bolsa pequeña llena de colitas de lagartijas.

—Que un San Antonio robado lleva al altar a cualquier solterona desanimada.

—Picazón en la mano derecha es dinero que llega.

—Que se debe pagar una moneda cuando se recibe un pañuelo o un cuchillo.

—Buena defensa para el mal de ojo es un vaso de agua fresca con tres pizcas de sal.

—Hay miradas que secan pimenteros.

—Cuando se pierde algo, se ata una cinta o cordel en el brazo de una silla, en una pata de mesa, en un jarro, en una lámpara, o en cualquier lugar, dejando así al *diablito* bien atado hasta que aparezca lo que se perdió.

—Trazar cruces de tiza en las suelas de los zapatos quita el chirrido.

—Una tapa en la sartén garantiza el dorado de cualquier fritura.

—Que no se abre el paraguas dentro de la casa.

—Pajarito negro que entra por la ventana es tristeza que viene.

—Es bueno tener espadas de San Jorge a la derecha de la entrada de la casa.

Bien, creo que a esta altura, y sobre todo con la práctica de los preceptos más arriba citados, el *coco está roto* para siempre.

23 de septiembre

LA HERIDA MORTAL

Los tejados sucios a sobrevolar, arrastras en el vuelo el ala partida. Arriba de la iglesia las ondas de la campana te rechazan sin aliento hasta la arena de la playa. El abrazo consolador ya no puedes soportar pues el amor estrecha el ala enferma. Sales gritando por los aires en horror, la sangre corre por los tejados. Huye, huye hacia el espanto de la soledad, pósate en la roca, extiende el ser herido que en tu cuerpo anidó: tu ala más inocente fue alcanzada. Pero la ciudad te fascina. Insistes lúgubre en blancura cargando lo que se convirtió en lo más precioso: el dolor. Vuelas sobre los techos en ronda de urubú. El ala pesa pálida en la noche caída en pálido pavor. Sobrevuelas persistente la ciudad fortificada y oscurecida —capilla, puente, cementerio, negocio cerrado, parque muerto, bosque adormecido, hoja de diario vuela en la calle olvidada. Qué silencio en la torre cuadrada. Acechas la fortaleza inalcanzable. No, no desciendas, no finjas que no duele más —es inútil negar el ala partida. Arcángel abatido, no tienes dónde posarte.

Huye, aparición, huye, todavía es tiempo —despliega con esfuerzo esa ala contraída. Huye, da a la herida su verdadera medida y sumerge tu ala

en el mar.

LA ROSA BLANCA

Alta corola: qué extrema superficie. Catedral de vidrio superficie de la superficie, inalcanzable. Por tu tallo dos voces a la tercera y a la quinta y a la novena se unen en coro —niños sabios abren bocas de mañana y entonan espíritu, leve superficie de espíritu, superficie intocable de una rosa.

Extiendo mi mano izquierda que es más débil y delicada, mano oscura que enseguida recojo sonriendo de pudor: no puedo tocarte. Mi rudo pensamiento querría poder cantar tu entendimiento de hielo y gloria.

Intento liberarme de la memoria, entenderte como te ve la aurora, como te ve una cátedra, como te ve otra flor. (No temas, no quiero poseerte.)

Me alzo, me alzo en dirección a tu superficie que ya es perfume. Me alzo hasta alcanzar mi propia superficie, mi propia apariencia —empalidezco en esa región asustada y fina, casi alcanzo tu superficie divina... En una caída ridícula me desplomé.

No agacho mi cabeza que murmura: quiero al menos sufrir tu victoria con el sufrimiento angélico de tu armonía, de tu alegría. Pero me duele el corazón grosero como en el amor por un hombre. Y de las manos tan grandes salen las palabras avergonzadas.

30 de septiembre

DE VILA ISABEL AL BRASIL

Me telefonaron pidiendo prácticamente que yo anunciara, desde mi rincón en el *Caderno B* al mundo, vasto mundo, yo que no me llamo Raimundo, que anunciara una nueva institución apenas naciente: el Club Nacional de Poesía.

No creo en la poesía clubificada, creo que es, como todo trabajo creador, inclubificable. Es sólo una comunión solitaria con un lector desconocido que a veces se manifiesta y por un instante nos calienta el corazón cansado por el esfuerzo de vivir.

Pero creo, de forma no tan clara y elaborada, en el muchacho que me llama y que tiene 16 años, residente en Vila Isabel. Sin mayores rodeos me pide que anuncie en mi columna el evento tan importante. Importante para él, por lo menos. Y a través de él busco en mí un poco de ternura por el ente de Vila Isabel que cree en una unión nacional con bases poéticas.

Anuncio, pues, este gesto de desenvoltura súbita del muchacho

tímido: se fundó la poesía. Si ya es un club nacional, sólo no es mundial porque tanta audacia se asusta un poco a sí misma. Se inaugura la poesía como respuesta estertórea tal vez a nuestra mecanización llamada “sociedad de consumo”. Soy poeta, he aquí el partido que me resta, he aquí en qué resulta mi lucha, parece decir el muchacho. Y, no contento con fundarse a sí mismo en la edad ya algo experimentada de 16 años, envuelve al Brasil entero en su exclamación de tanta buena fe e ingenuidad.

(Un día me culpé, frente a Carlos Drummond, por haber sido demasiado ingenua, y él me consoló diciendo que la ingenuidad no era un defecto. ¿Oíste, joven? no te ofendas, pues.) Hay algo de saludable y simpático en el muchacho. Me avergüenzo de nunca haber creído en la eficacia de un club de poesía. Y arrepentida de mi desistimiento previo, intento adherir, aunque sonriendo, al manifiesto. Fundemos un movimiento nacional poético como única solución para nuestros males. Con la poesía oficializada por el joven de Vila Isabel instauramos el amor como remedio a la soledad de quien osa individualizarse en la masa humana y compacta y transformada en robot. Por un decreto del muchacho, estamos libres. Está bien. Acepto mi nueva libertad.

7 de octubre

BRASILIA DE AYER Y DE HOY

Tuve una conversación con una pareja de arquitectos, Paulo y Gisela Magalhães, que vivieron y trabajaron en Brasilia. Les pedí a ambos que hablaran sobre el trabajo que habían realizado en la capital y de un modo general sobre Brasilia, que no he vuelto a ver hace años.

—Si hay un lugar hoy en el mundo en el que el arquitecto tiene un papel urgente y bello es en Brasilia: más de la mitad de la ciudad está por construir —dice Paulo Magalhães.

—Cuando estuve allá hace años, me pareció una ciudad desierta de gente —comenté.

—Pero ahora hay una comunidad bastante heterogénea, no solamente por tener más habitantes, sino por estar formada por brasileños de varias regiones del país, principalmente del Nordeste.

—Mi primera impresión, ya muy antigua —dije— y que vi en el comienzo de Brasilia, fue la de una ciudad del *farwest* de las películas, con *saloons* y tiroteos.

—Ese fenómeno existió realmente en el comienzo de Brasilia, antes de su inauguración.

—Gisela, ¿qué es lo que tú construiste?

—Un centro de recepción y selección del menor necesitado y

abandonado.

—Les pregunto a los dos, ¿cuál parece ser el ideal de los habitantes de la ciudad? En otras palabras, ¿qué es lo que ellos quieren?

—La mayor parte de la población de Brasilia tiene espíritu combativo, buscando en su ámbito criticar y acertar —dijo Gisela.

—Ya está empezando a haber una mentalidad urbana como en Río de Janeiro —dijo Paulo.

—¿Y las ciudades satélite?

—Son ciudades constituidas en su mayoría por trabajadores emigrados de las distintas regiones del Brasil.

—Yo misma —dice Gisela— trabajé en una ciudad satélite. Las ciudades satélite son verdaderos desafíos porque el único trabajo que cuenta es el trabajo en la construcción. En Brasilia está la Secretaría de Educación que desarrolla y experimenta los procesos más actualizados desde el punto de vista educativo, es decir, la educación integral. Pero hay dos pesos y dos medidas: las ciudades satélite carecen de recursos.

—Paulo, ¿Brasilia te hizo avanzar en relación con tu trabajo?

—Después de trabajar allá, principalmente en el período de elaboración de los planos de urbanización de la ciudad satélite de Planaltina, pude comprender con más nitidez y objetividad la función del arquitecto en la sociedad contemporánea, especialmente en un país en vías de desarrollo como es el caso del nuestro.

—Y como seres humanos, ¿sintieron la influencia de la ciudad en la vida personal?

—La verdad —dice Gisela— es que estamos siempre modificándonos mucho. Aquel paisaje, aquel horizonte de 360 grados de algún modo nos transforma: te quedas solo pero al mismo tiempo te sientes menos solo porque ves más, es decir, aprendes a mirar.

—El espacio en Brasilia me dio mayor amplitud personal —dice Paulo.

—Lo que falta es el mar... —comenta Gisela.

—En mí —dice Paulo— posibilitó una vida más tranquila, más productiva. En verdad no pienso más sólo en mi persona. Mis pensamientos se profundizaron. Maduré.

La pareja Magalhães tiene cinco hijos.

—Querría saber cómo reaccionan los niños en Brasilia.

—Nuestros hijos, por ejemplo, adoraron la ciudad —cuenta Gisela—. Y con nosotros tuvieron una vida muy buena.

Paulo agrega:

—Allá los niños pueden tener más convivencia con los padres. El trazado urbanístico de la ciudad la transforma en un enorme *playground*. Fue una ciudad tan bien concebida, tan bien dosificada en sus espacios, que el miedo a la “cosa artificial” se transformó en paz.

PEREZOSO

Le preguntaron al perezoso:

—Perezoso, ¿quieres gachas?

Él dijo muy lentamente:

—Quieeeeero.

—Entonces ven a buscarlas.

—Ya no quiero noooo.

Un día de lluvia da mucha pereza. Casi no puedo escribir. Fue en el viaje de fin de semana en Friburgo. Llovía y en la Parada Modelo vi a los perezosos. Era demasiado para mí y me dio un sueño de aquellos. Vi a los perezosos empapados pero inmóviles allí, muriendo de pereza. Un olor bien de animal venía de ellos. Tienen color piedra, casi color a nada.

Friburgo es una cosa. Y la granja donde nos quedamos tiene de todo: caballos, gallinas, jabuticabeiras, margaritas, bananos, limones, rosas. Tiene horno donde se hacía pan. Es un verdadero sitio. Y la ciudad tiene un aire fino. Fui a la avenida donde compré el *Jornal do Brasil* y leí a Drummond. Comí *steak au poivre* hecho en casa. Sólo que en vez de *steak* era pernil de cerdo. Eso el sábado, que es mi día. Del viernes para el sábado soñé tan auténtico que me levanté y me vestí y me pinté. Cuando descubrí que era un sueño volví a la cama, antes comiendo porque estaba con un hambre bárbara. Pero era un hombre con el que soñé, como mujer que soy. Soñé que tenía un encuentro marcado y no quería atrasarme. Estoy viendo que casi cuento el sueño, pero no puedo. Es demasiado íntimo.

Vi vacas y un pollo. De mañana comí huevos con *bacon*. Friburgo me fascina. Tiene casas color de rosa y azul. ¡La naturaleza se pone tan tranquila cuando llueve! Me acuerdo de los perezosos que continúan en el mismo lugar, inmóviles y empapados sólo para no tener el trabajo de mudarse. Yo también. Hoy es mi día de pereza. Pero no voy a dormir: quiero aprovechar la granja y los animales. Aquí el tiempo se detuvo. Yo quería que el fogón todavía funcionara y se hiciera pan. Vi una planta de café y por eso bebí café. El mundo está loco: eso lo vi en el *Jornal do Brasil*. Y me perdí la Feria de la Providencia por Friburgo. Me olvidé de decir que en la casa había un perro: cruza de galgo con chusco, muy manso y alegre. Voy a interrumpir para beber otro café. Ya vuelvo.

Volví. Mi radio a pilas está encendida en Mozart que es alegre. Vi un caballo blanco completamente desnudo. Dejó de llover. Es hora de trabajar. Pero no tengo nada que decir. ¿Qué decir, mi Dios? Voy a contar que recogí una margarita y la coloqué en mi casaca de cuero negro: oh, qué linda quedé. Tengo ganas de volver a ver a los perezosos y sentir su tibio aroma. Es octubre, mes neutro. Septiembre es mes alegre como mayo. El caballo sólo vuelve para dormir y yo también: resolví que después del almuerzo voy

a dormir. Dormir es bueno, que lo digan los perezosos. A mediodía voy a almorzar y leer el *Complejo de Portnoy*, libro valiente. Y en medio, me adormezco.

Cuando me despierte voy a la ciudad de nuevo. Quería visitar la Facultad de Letras. Pero no parece que haya forma, no. Estoy unida a esa facultad y a Marly, gran poeta y persona de las más cultas que conozco. Quiero ir a la ciudad y tengo sueño. Quiero Coca-Cola para sacarme el sueño. El que me enseñó que la Coca-Cola con café quita el sueño fue João Henrique. Dice que lo beben los choferes de camión: João Henrique me enseñó muchas cosas. Le estoy agradecida. Ahora me acuerdo de que Míriam Bloch también me lo dijo.

Fui a la ciudad. Había un gran amontonamiento de personas. Pregunté qué era. Me informaron que estaban buscando a un acuchillador que mató a seis mujeres y estaba fugitivo o muerto. Tuve miedo. No quiero morir. Morir es malo.

Fui no sé para qué a la Facultad de Letras. No quise visitar la biblioteca. No soy culta. La monja que me atendió no sabía nada. Había una clase de Historia del Arte. No quise asistir: basta de arte, aunque yo sea artista. Me da vergüenza ser escritora, *no me da la altura*. Se parece demasiado a las cosas mentales y no intuitivas.

Es lindo el anochecer en Friburgo. Oigo también un tamborileo que viene de un barcito que vende cachaza y alegra a los hombres. Aquí todo es alegre, menos el acuchillamiento. ¿Será que la policía ya apresó al acuchillador de mujeres? Ojalá.

La naturaleza no es tan perezosa. Los caballos siguen comiendo. Ahora están relinchando. Oigo también los grillos. Oigo la flauta dulce, no sé si Bach o Vivaldi. Son las cuatro de la madrugada con silencio. Sólo ahora estoy oyendo a los sapos croar. Ya bebí café. Estoy fumando. Esta casa no tiene cuadros. Cabo Frío tenía: ¡claro! Scliar, João Henrique, José de Dome. A Scliar le gusta el ocre, a João Henrique le gusta el verde, a José de Dome el amarillo. Pero aquí hay una sopera muy bonita. Me hace falta la máquina de escribir. Tengo dos: una Olivetti y una Olympia. Prefiero la Olivetti que es más dura y resiste los dedos. Todos están durmiendo. Menos yo. Aquí hay una herradura para dar suerte. Los pajaritos con hambre piando. Parece mentira de tan bueno que está aquí. Tengo un libro de Simenon —estoy loca por él: lo mejor es leer en francés, pero lo que tengo aquí está en portugués. Voy a citar un fragmento: “Un ancho haz de luz atravesaba el cuarto, iluminando un delgado polvo, como si de repente se descubriera la vida íntima del aire”. ¿No es bueno?

11 de noviembre

DOS NIÑOS

—Pero ahora vamos a jugar a otra cosa. Quiero saber si usted es inteligente. ¿Este cuadro es concreto o abstracto?

—Abstracto.

—Pues usted es un burro. Es concreto: yo lo pinté y pinté en él mis sentimientos y mis sentimientos son concretos.

—Sí, pero usted no es todo concreto.

—¡Sí lo soy!

—¡No lo es! No es todo concreto porque su miedo no es concreto. No es completamente concreto, sólo un poco.

—Soy un genio y creo que todo es concreto.

—Ah, yo no sabía que el señor es un pintor famoso.

—Lo soy. Mi nombre es Bergman. Mauricio Bergman, soy sueco y soy un genio. Se nota por mi fisonomía, mire: ¡sufro! Ahora quiero saber si usted entiende de pintura. ¿Aquel cuadro es concreto?

—Sí, porque se ve enseguida que es un mapa, por las líneas.

—¿Ah, sííí? ¿Y aquel?

—Abstracto.

—¡Equivocado! Entonces aquel también debería ser concreto porque también tiene líneas.

—Voy a explicarle a usted lo que es concreto, es...

—... está equivocado.

—¿Por qué?

—Porque yo no entiendo. Cuando yo no entiendo, es porque usted está equivocado. Y ahora quiero saber: ¿esto es *concreto*?

—Usted quiere decir *concreto*.

—No, es *concreto*. Es porque soy un genio y todo genio tiene que inventar por lo menos una cosa. Yo inventé la palabra *concreto*. ¿La música es *concreta*?

—Creo que sí, porque la oímos, la sentimos por los oídos.

—¡Ah, pero usted no la puede dibujar!

—¿Usted cree que el techo es concreto?

—Sí.

—Pero si yo girase esta pared y la pusiera en la posición del techo, sería una pared-techo, ¿y esa pared-techo sería concreta?

—Creo que tal vez. ¿El fantasma es concreto?

—¿Cuál? ¿El de sábanas?

—No, el que existe.

—Bien... Bien, sería supuestamente concreto.

—¿Madre es concreto o abstracto?

—Concreto, claro, qué pavada.

En el cuarto de al lado la madre dejó de coser, se quedó con las manos inmóviles en el regazo, inclinando un corazón que batía todo concreto.

NOVELA

Sería más atrayente si yo lo hiciera más atrayente. Usando, por ejemplo, algunas de las cosas que enmarcan una vida o una cosa o una novela o un personaje. *Es perfectamente lícito* volver atrayente, sólo que existe el peligro de que un cuadro se vuelva cuadro porque el marco lo hizo cuadro. Para leer, claro, prefiero lo atrayente, me ahorra más, me arrastra más, me delimita y me bordea. Para escribir, sin embargo, tengo que prescindir. La experiencia vale la pena, aun cuando sólo sea para quien la escribió.

18 de noviembre

ESCRIBIR

No se *hace* una frase. La frase nace.

PLACER EN EL TRABAJO

“No me gustan las personas que se jactan de trabajar penosamente. Si su trabajo fuera así tan penoso más valdría que hicieran otra cosa. La satisfacción que nos proporciona nuestro trabajo es señal de que supimos elegirlo.”

HORAS PARA GASTAR

Yo misma me sorprendo al notar cuántas horas por año tengo para gastar. Me convenzo de que en realidad tengo más tiempo del que pienso — y eso significa que vivo más de lo que imaginé. Eso si hiciéramos las cuentas de las horas del día, de la semana, del mes, del año. Quien hizo el cálculo fue un inglés, no sé su nombre.

Un año tiene 365 días —o sea, 8.760 horas. No, no es engañoso, son ocho mil setecientas sesenta horas.

Dedúzcanse ocho horas de sueño por día. Ahora dedúzcanse cinco días de trabajo por semana, a ocho horas por día, durante 49 semanas (descontando, digamos, un mínimo de dos semanas de vacaciones más unos siete días de feriado). Deduzca dos horas diarias empleadas en conducción, para quien vive lejos del lugar de trabajo.

Sobre esa base le sobran 1.930 horas por año. Mil novecientas treinta horas para hacer lo que se quiera, o pueda. La vida es más larga de lo que la hacemos. Cada instante cuenta.

ROMPER LOS HÁBITOS

Encuentro en una vieja hoja de papel unas frases en inglés, y de nuevo veo que olvidé anotar el nombre del autor. Traduzco:

“Pero los grandes no pueden guiar tu vida por ti. Necesitarás un nuevo inventario de tus horas, una clasificación más severa de lo que vale la pena hacer y de lo que es simple pasatiempo. Necesitarás comprender que frecuentemente es tan importante romper un buen hábito como romper uno malo. Todos los hábitos son sospechosos”.

25 de noviembre

COMER GATO POR LIEBRE

—¿Alguna vez comiste gato por liebre? —me preguntaron debido a mi aire un poco distraído.

Respondí:

—Como gato por liebre a toda hora. Por estupidez, por distracción, por ignorancia. E incluso a veces por delicadeza: me ofrecen gato y agradezco la falsa liebre, y cuando la liebre maúlla, finjo que no la oí. Porque sé que la mentira fue para agradarme. Pero no perdono mucho cuando el motivo es la mala fe.

Pero la variedad del asunto está exigiendo una enciclopedia. Por ejemplo, cuando el gato se imagina liebre. Ya que se trata de un gato profundamente insatisfecho con su condición, entonces lidia con su liebre: es un derecho de gato querer ser liebre.

Y hay casos en que el gato hasta quiere ser gato, pero *lebresse oblige*, cansa mucho.

Están también los que no quieren admitir que en realidad les gustan los gatos, obligándonos a creer que es liebre, y aceptamos sólo para poder comer en paz con tiempos y costumbres.

En un tratado sobre el asunto, un profesor de melancolía diría que ya sirvió de liebre a mucho gato ordinario. Un profesor de irritación diría una cosa que no se publica.

En realidad siento vergüenza cuando no acepto liebre pensando que es gato. (Hay un proverbio que dice: es mejor ser engañado por un amigo que desconfiar de él.) Es el precio de la desconfianza.

Pero en verdad, cuando acepto gato por liebre, el problema verdadero es de quien me lo ofreció, pues mi error fue sólo el de ser crédula.

Me está gustando escribir esto. Es que varias liebres anduvieron maullando por los tejados, y ahora tuve la oportunidad de maullar de vuelta. El gato también es hidrófobo.

QUÉ ES LA ANGUSTIA

Un muchacho me hizo esta pregunta difícil de responder. Pues depende del angustiado. Para algunos incautos, incluso, es palabra que se enorgullecen de pronunciar como si con ella subieran de categoría —lo que también es una forma de angustia.

Angustia puede ser no tener esperanza en la esperanza. O conformarse sin resignarse. O no confesarse ni consigo mismo. O no ser lo que realmente se es, y nunca se es. Angustia puede ser el desamparo de estar vivo. Puede ser también no tener coraje de tener angustia —y la fuga es otra angustia. Pero la angustia forma parte: lo que está vivo, por ser vivo, se contrae.

Ese mismo muchacho me preguntó: ¿no crees que hay un vacío siniestro en todo? Sí, lo hay. Mientras se espera que el corazón entienda.

LAVOISIER LO EXPLICÓ MEJOR

La mortalidad de las cosas y de los entes. Pero la mortalidad de las cosas existentes, siendo sustituida por otras mortalidades que son sustituidas por la mortalidad de otras —y esa constancia, si se quiere, puede llamarse mortalidad eterna: que es la eternidad al alcance de nosotros. Pero Lavoisier lo explicó mejor.

2 de diciembre

LOS OBEDIENTES (I)

Se trata de una situación simple. De un hecho para contar y olvidar.

Pero cometí la imprudencia de detenerme en él un instante más del que debería y me hundí dentro quedando comprometida. Desde este instante en que también me arriesgo —pues adherí a la pareja de la que voy a hablar—, desde este instante ya no se trata sólo de un hecho a contar y por eso comienzan a faltar palabras. A esta altura, ya demasiado hundida, el hecho dejó de ser un simple hecho, y lo que se volvió más importante fue su propia y difusa repercusión.

En mí la repercusión fue retardada y demasiado ahogada y fatalmente termina por explotar.

Como explotó en esta tarde de domingo cuando hace semanas que no llueve y cuando la belleza reseca en las flores y frutas persiste desértica y fulgurante y vacía. Delante de esta belleza difícil asumo una gravedad como delante de un túmulo. Pero a esta altura, ¿por dónde anda el hecho inicial? ¡Fue incorporado por el domingo agresivo! Sin saber soportar la tarde, dudo también entre ser agresiva o recogerme un poco herida. Y el

hecho inicial queda suspendido en el polvo asoleado de este reseco domingo de soledad —hasta que por fin alguien me llama por teléfono y de un salto voy grata a lamer la mano de quien me ama y me libera. Pero no quiero hablar de la maldición del domingo, quiero hablar de la maldición disfrazada de ciertas vidas.

Cronológicamente la situación era la siguiente: un hombre y una mujer estaban casados desde hacía 25 años y sin hijos.

Ya al constatar este hecho, mi pie se hundió dentro: fui obligada a pensar, aunque difusamente. Y aun cuando no dijera nada más y cerrara la historia con esta constatación, ya me habría comprometido con mis más irreconocibles pensamientos. Ya sería como si hubiera visto —dibujo negro sobre fondo blanco— a un hombre y a una mujer presos uno del otro. Y en ese fondo blanco se fijan mis ojos, teniendo ya lo bastante que ver —pues toda palabra tiene su sombra.

Ese hombre y esa mujer que eran profundamente silenciosos y tenían un rostro inexpresivo y silencioso comenzaron —no se sabe llevados por qué necesidad que incluso las personas semimuertas tienen—, comenzaron a intentar vivir más intensamente. ¿En busca de qué? ¿Del destino que nos precede? ¿Y a cuál fatalidad quiere llevarnos? ¿Pero qué destino?

Ese intento de vivir más intensamente los llevó a intentar pesar lo que era y lo que no era importante. Lo que hacían a su modo: con falta de recursos y de experiencia, con modestia. Tanteaban. En un vicio descubierta por ambos demasiado tarde en la vida, sin hablar el uno con el otro, cada cual intentaba continuamente distinguir qué era esencial de lo que no lo era, es decir, ellos nunca usarían la palabra “esencial” y no usaban la conciencia para comprender lo que les sucedía —lo que les sucedía no pertenecía al ambiente en que vivían. Parece que querían descubrir qué era esencial para sólo vivir de ello. Pero de nada servía el vago esfuerzo casi tímido que hacían: la propia trama de la vida se les escapaba diariamente. Y sólo mirando el día pasado tenían la impresión de tener —de algún modo y por así decir en rebeldía con ellos— la impresión de haber vivido. Pero entonces era de noche, calzaban las chinelas y era noche profunda.

Todo eso no llegaba a formar una situación para la pareja. Quiero decir, algo que cada uno pudiera contarse en realidad a sí mismo en el momento en que se volvían en la cama para un lado, uno de espaldas al otro, y por un segundo antes de dormirse, se quedaban con los ojos abiertos un poco espantados. Y las personas necesitan tanto poder contarse a sí mismas su historia. Ellos no tenían qué contar. Con un suspiro de falso bienestar cerraban los ojos y dormían agitados. Y cuando hacían el balance de sus vidas, ni siquiera podían incluir en él ese intento de vivir más intensamente y descontarla, como en el impuesto a la renta: esa gana de vivir más intensamente ya era en sí misma algo esencial. Balance que poco a poco comenzaban a hacer con mayor frecuencia,

incluso sin el equipamiento técnico de una terminología adecuada a pensamientos. Si se trataba de una situación, no llegaba a ser una situación en la cual vivir ostensiblemente.

Pero no sucedía solamente así. En realidad también estaban calmos porque “no conducir”, “no inventar”, “no equivocarse” les era mucho más que un hábito, un punto de honor de vida asumido tácitamente. Ellos nunca se acordarían de desobedecer —¿a Dios? ¿A la sociedad? ¿Qué sociedad? ¿Y a qué Dios servían?

Tenían la compenetración briosa que les venía de la conciencia noble de ser dos personas entre millones de iguales. “Ser un igual” había sido el papel que les había cabido, y la tarea a ellos confiada —y que ahora descubrían que no era esencial. Los dos, condecorados por la vida obediente, graves, correspondían grata y cívicamente a la confianza que los iguales habían depositado en ellos. Perteneían a una casta. El papel que cumplían, con cierta emoción y con dignidad, era el de personas anónimas, el de hijos de Dios, como en un club de personas.

Tal vez sólo debido al paso insistente del tiempo, todo eso había comenzado, sin embargo, a volverse diario, diario, diario. A veces palpitante. (Tanto el hombre como la mujer ya habían iniciado la edad crítica.) Abrían las ventanas y decían que hacía mucho calor. Sin que vivieran propiamente en el tedio, era como si nunca les enviaran noticias. El tedio, además, formaba parte de la obediencia a una vida de sentimientos honestos.

9 de diciembre

LOS OBEDIENTES (CONCLUSIÓN)

Pero en fin, como todo eso no les era comprensible, y se encontraban muchos y muchos asuntos encima de ellos y si se expresara en palabras no lo reconocerían, todo eso se parecía a la vida irremediable. A la que se sometían en silencio y con el aire herido que tienen los hombres de buena voluntad. Se parecía a la vida irremediable para la que Dios nos quiso. ¿O Dios no quería esto? Venía la duda.

Vida irremediable, pero no concreta. En verdad era una vida de sueño irrealizable. A veces, cuando hablaban de alguien excéntrico, decían con un poco de envidia y con la benevolencia que tiene una clase por otra: “Ah, ese no toma la vida en serio, lleva vida de poeta”. Tal vez se puede decir, aprovechando las pocas palabras que conocí de la pareja, se puede decir que ambos llevaban menos la extravagancia, una vida de mal poeta: vida sólo de sueño.

No, no es verdad. No era una vida de sueño, pues esta jamás los había enriquecido. Sino de irrealidad. Aunque hubiera momentos en los

que, de repente, por un motivo o por otro, ahondaran en la realidad. Y entonces les parecía haber tocado un fondo del que nadie puede pasar.

Como, por ejemplo, cuando el marido volvía a casa más temprano que de costumbre y la esposa todavía no había regresado. Para el marido, entonces, se interrumpía una cadena. Se sentaba cuidadoso para leer el periódico dentro de un silencio tan callado que incluso una persona muerta al lado rompería. Él, fingiendo con severa honestidad una atención minuciosa en el periódico, los sentidos atentos. En ese momento el marido tocaba el fondo con pies sorprendidos. No podría permanecer mucho tiempo así, sin riesgo de ahogarse, pues tocar el fondo también significaba tener el agua encima de la cabeza. Así eran sus pensamientos subterráneos más concretos. Lo que hacía que él, lógico y sensato, se zafara rápidamente. Se zafaba rápidamente, aunque curiosamente a disgusto, pues la ausencia de la esposa era una promesa tal de placer peligroso que experimentaba, por fin, lo que sería la desobediencia. Se zafaba a disgusto pero sin discutir, obedeciendo a lo que esperaban de él. Quién esperaba, él no lo sabía con certeza. Pero no era un desertor que traicionara la confianza de los otros, de los iguales. Pero si esta era la realidad, no había cómo vivir en ella o de ella.

La esposa tocaba la realidad con más frecuencia, pues tenía más ocio y menos a lo que llamar hechos, así como compañeros de trabajo, ómnibus lleno, palabras administrativas. Se sentaba a remendar ropa, y poco a poco la realidad iba llegando. Era intolerable mientras duraba la sensación de estar sentada remendando ropa. El modo elevado de que cayera el punto en la “i”, esa manera de caber completamente en lo que existe y que todo sea tan nítidamente eso mismo —era intolerable. Pero, cuando ocurría, era como si la esposa hubiese bebido de un futuro posible. De a poco el futuro de esa mujer se convirtió en algo que ella traía al presente, algo meditativo y secreto.

Era sorprendente cómo ninguno de los dos era tocado, por ejemplo, por la política, por el cambio de gobierno, por la evolución de un modo general, aunque también hablaran a veces al respecto, como todo el mundo. En verdad eran personas tan reservadas que, lisonjeadas, se sorprenderían si alguna vez les dijeran que eran reservadas. Nunca se les ocurriría que se llaman así. Tal vez entenderían más si les dijeran: “Ustedes simbolizan nuestra reserva militar y cívica”. Algunos conocidos dijeron de ellos, después de que todo sucedió: “Era buena gente”. Y nada más había para decir, pues lo eran.

Nada más había para decir. Les faltaba el peso de un error grave, que tantas veces es lo que abre por causalidad una puerta salvadora. Alguna vez habían tomado muy en serio algo. Eran obedientes.

También no sólo por sumisión de pobreza de alma, sino como en un soneto, era obediencia por amor a la simetría. La simetría era para ellos el único arte posible.

Cómo fue que cada uno de ellos llegó a la conclusión de que solo, sin el otro, viviría más sería un camino largo para reconstruir, e inútil, pues desde varios rincones muchos ya llegaron al mismo punto.

La esposa, bajo la fantasía continua: no sólo llegó temerariamente a esa conclusión sino que ésta transformó su vida en más amplia y perpleja, en más rica y hasta supersticiosa. Cada cosa parecía la señal de otra cosa, todo era simbólico, e incluso un poco espiritista dentro de lo que el catolicismo permitiese. No sólo ella llegó temerariamente a esto — provocada exclusivamente por el hecho de ser mujer— sino que comenzó a pensar que otro hombre la salvaría. Lo que no llegaba a ser un absurdo. Ella sabía que no lo era. Tener media razón la confundía, la sumergía en meditación.

El marido, influenciado por el ambiente de masculinidad afligida en que vivía, y por la suya propia ya cerca del fin, masculinidad, ésta, tímida pero efectiva, comenzó a pensar que la vida sería tener muchas aventuras amorosas.

Soñadores, empezaron a sufrir, era heroico soportar. Callados en cuanto a lo entrevisto por cada uno, discordando en cuanto a la hora más conveniente de comer y discutiendo sin sentido, uno sirviendo de sacrificio para el otro, amor es sacrificio. ¿Qué amor?

Así llegamos al día en que, hacía mucho devorada por el sueño, la mujer, habiendo dado una mordida a una manzana, sintió que se rompía un diente de adelante. Con la manzana todavía en la mano y mirándose demasiado cerca en el espejo del baño —y de este modo perdiendo del todo la perspectiva— vio una cara pálida, de mediana edad, desdentada, lo que la volvía patética, y los propios ojos negros y enigmáticos... Tocando fondo, y con el agua al cuello, con 50 y tantos años, sin una nota, en vez de ir al dentista, se arrojó por la ventana del departamento, una persona por la que tanta gratitud se podría sentir, pues era el sostén de nuestra desobediencia.

En cuanto a él, una vez seco el lecho del río y sin agua alguna que lo ahogara, andaba sobre el fondo sin mirar el suelo, diligente como si usara bastón. Inesperadamente seco el lecho del río, andaba perplejo sobre el fondo con una falsa despreocupación de quien va a caer de bruces más adelante.

16 de diciembre

“DISCULPEN, PERO NO SOY PROFUNDO”

Érico Veríssimo es uno de los seres más agradables que conocí: es una persona humana de una amplitud extraordinaria. Fue en Washington donde lo conocí a él y a Mafalda, Érico trabajando en la OEA. Yo hacía nido

en su casa y en su vida. Y él dijo que los mejores recuerdos que guarda de su estadía en Washington D.C. fueron las horas que pasaron en mi casa. Érico no logró escribir una línea durante esos tres años burocráticos.

No se considera un escritor importante, innovador o incluso inteligente: cree que tiene algunos talentos que usa bien, pero ocurre que son menos apreciados por la llamada crítica seria, como, por ejemplo, el de contador de historias. A los libros que le dieron gran popularidad, como *Mirad los lirios del campo*, los considera novelas mediocres. Lo que viene después de esa primera fase es mucho mejor pero los críticos apurados no se toman el trabajo de revisar opiniones antiguas y ajenas. Ahora hay en el Brasil varios críticos que lo toman en serio, principalmente después de que publicó *El tiempo y el viento*. Pero la idea de ser querido, digamos amado, le agrada más que la idea de ser admirado. No cambiaría su público que lo adora por una crítica que le fuera más favorable. Y todavía están los grupos. Los izquierdistas lo consideran *acomodado*, los derechistas lo consideran comunista.

Su personaje más importante es tal vez el Capitán Rodrigo. Después piensa en Floriano, su sosias espiritual. Prefiere decir que sus personajes más importantes son las mujeres de *El tiempo y el viento*, como Bibiana y Maria Valéria. En cuanto a la ausencia de profundidad de la que algunos críticos lo acusan, responde como un escritor francés que “*un pot de chambre est aussi profond*”. Pero acuerda con los críticos: “No soy profundo. Espero que me disculpen”.

Comenzó a escribir de niño, en la escuela, haciendo redacciones excelentes. Fue aun en Cruz Alta, detrás de un mostrador de farmacia, cuando escribió su primer cuento. En aquel tiempo todavía pensaba que podía ser pintor.

Es pésimo hombre de negocios, detesta discutir contratos y cuando discute sale perdiendo.

La fama de Érico es enorme. El ómnibus de turistas, como parte del programa, tiene que mostrar la casa en la que viven los Veríssimo. Para Érico la fama tiene un lado positivo: la sensación de que se comunica con los otros. Y su fama no es sólo como autor, a través de los personajes, sino también como una especie de figura mitológica. La historia del ómnibus lo avergüenza mucho. Pero él cultiva la paciencia. Y detesta decepcionar a los que lo buscan, los que desean conocerlo en carne y hueso. Su casa vive de puertas abiertas. Hay noches en que los Veríssimo tienen entre diez y veinte visitantes inesperados. Todas las semanas recibe decenas de estudiantes que lo quieren entrevistar, y la gama va del curso primario al universitario. Personas con casos sentimentales lo buscan para desahogarse. Él oye, mira, y no es raro que dé una afectuosa atención. A veces consigue ayudar realmente a uno u otro *paciente*, y eso lo alegra.

Como escritor tiene muchas alegrías. Y, como hombre, su mayor alegría son los hijos, los nietos.

En cuanto a la inspiración, a falta de mejor palabra, no sabe de dónde viene, y frecuentemente piensa en el asunto.

Es sabido que Érico no entraría en la Academia Brasileña de Letras. Él la respeta, y allí ve muy buena gente. Pero no tiene, nunca tuvo, la menor voluntad de formar parte de la ilustre compañía; es una cuestión de temperamento.

Érico planea la historia al comienzo, pero nunca obedece rigurosamente el plan trazado. Las novelas, dice él, son *artes* del inconsciente. Casi que se considera más un artesano —y con esto se explica tal vez por qué la crítica no lo considera profundo.

Viajó con Mafalda por medio mundo. Y lo que más lo impresionó fue Mafalda. Su capacidad de comprenderlo, ayudarlo, acompañarlo y, de vez en cuando, *dirigirlo* sin que él se diera cuenta. Érico heredó de su abuelo, arriero, el gusto por las andanzas: siempre quiere ver lo que está adelante. Mafalda tiene alma calma, en el mejor sentido de la palabra; ya quiere establecerse, radicarse. Pero Érico la arrastra dentro de trenes, ómnibus y aviones, y allá van ellos. Le gustaron principalmente los países latinos de Europa: Francia, Italia, España, Portugal. Siente una fascinación enorme por la zona mediterránea. Grecia e Israel le encantaron.

Le gustaría volver a escribir para niños; ellos necesitan librarse de *Superman*, de *Batman*. Pero cuál es la historia que podría contar en este momento desvariado, este es un asunto para discutir. Considera aún muy pobre nuestra literatura infantil.

¿Qué es lo que más quiere en el mundo? Primero, a la gente. Su gente. Su tribu. Los amigos. Y después viene la música, los libros, los cuadros, los viajes. No niega que también gusta de sí mismo, aunque no se admire.

1973

20 de enero

DESMATERIALIZACIÓN DE LA CATEDRAL

Todos los domingos por la noche (creo que sábado por la noche también) encendían lo que me parecían millares de lámparas alrededor del contorno de la Catedral, gótica, dura, pura. Lo que entonces ocurría era que, a la distancia, todo lo que era piedra rugosa se transformaba en lúcido dibujo de luz. Ésta desmaterializaba lo compacto. Y por más que la vista alerta quisiera seguir divisando el impacto de una pared, sentía que la traspasaba. Alcanzando no lo otro de la transparencia, sino la propia transparencia. Parecía la transparencia de lo que se imagina debe de ser una noche de Navidad.

27 de enero

CASI PELEA ENTRE AMIGOS

Soy amiga de Carlinhos o, mejor, de José Carlos Oliveira, hace ya muchos años. Vimos muchos partidos de fútbol en nuestra televisión, cuando mis hijos eran pequeños. Voy a reproducir una de nuestras muchas conversaciones. Esta conversación está *infectada* (nunca pensé que un día usaría esta palabra horrible), está infectada por varias palabras oficialmente impublicables. Sin embargo los lectores pueden suplir las lagunas con las palabrotas que encuentren más adecuadas.

—¿Quién eres, Carlinhos? Y, por Dios, ¿quién soy yo?

—Creo que tú eres Clarice. Pero no sé quién soy yo. Y el mundo está completamente (palabrota) y sin salida. Pero ni tú ni yo tenemos nada que ver con eso.

—Dices eso porque no tienes hijos. No me refiero sólo a mis dos niños sino a los hijos de los hombres.

—Los hijos de los hombres forman la humanidad. Que hace 4 (?) millones de años son enviados a la muerte. El problema es de ellos, quiero decir, nada puedo hacer contra esto. Como dicen los niños: ¿todo es violencia e injusticia?, entonces a lo hecho pecho.

—Carlinhos, nosotros dos escribimos y no elegimos propiamente esa función. Pero ya que ella nos cayó en los brazos, tengo remordimiento porque cada palabra nuestra debería ser, por así decir, pan para comer.

—Eso es absurdo. Por ejemplo, yo digo (palabrota) y nadie la publica. Estamos condenados a cuidar una lengua que es sólo una colección de palabras. Somos unos idiotas —tú y yo. El resto es literatura. Ahora yo te pregunto:

1) Clarice, ¿por qué escribes?

2) Clarice, ¿por qué no escribes?

—Escribo porque no puedo quedarme muda, no escribo porque soy profundamente muda y perpleja.

—Bueno, ¡déjate de *reparos*!

—Estoy hablando tan en serio que no lo soportas y te vas por los costados, no me enfrentas.

—Si estás hablando en serio es porque piensas que hablar en serio tiene algún valor. Pues bien, yo no lo creo. Todas las personas que no comprenden la vida piensan que la vida está hecha de éxitos. Esas mismas personas adoran a Van Gogh porque se cortó la oreja; a Toulouse-Lautrec porque era enano; a Modigliani porque era tuberculoso; a Rembrandt porque murió de hambre; a James Dean porque murió en el camino; a Marilyn Monroe porque se suicidó. Todas esas personas creen en la posteridad porque creen que son la posteridad. Pues bien: yo (palabrota) en la cabeza de la posteridad.

—No nos entendemos: escribir no es un éxito, con lo que tú escribiste hasta parece que la literatura era la sonrisa de la sociedad. Hablo de cortar la vida en dos sin querer y ver correr la sangre. Nosotros dos, Carlinhos, gustamos uno del otro pero decimos palabras diferentes.

—Hablamos lenguajes diferentes, es verdad. Prefiero ser feliz en la calle que cortar la vida en dos.

—Yo prefiero todo, ¿entiendes? No quiero perder nada, ni siquiera quiero la elección.

—Incluso prefieres ser una gran escritora. Pero yo renuncié hace mucho tiempo a esa vanidad. Quiero comer, beber, hacer el amor y morir. No me considero responsable por la literatura.

—¡Ni yo, mi querido! Y no veo la hora de que comencemos, dentro de toda la amistad, a pelear. También puedo decirte que si vivir es beber, eso es poco para mí: quiero más porque mi sed es mayor que la tuya.

—Evidentemente. Todo nos humilla. Nadie cree en nosotros. Todo está bien para ellos, pero no nos piden más que idioteces. El resto es literatura.

Casi una pelea entre dos amigos no es de temer. Y en la amargura de Carlinhos veo en realidad su profunda bondad y su rebelión.

Hablamos de la muerte.

—A Vinícius de Moraes y a mí —el poetita me dio expresa autorización para decir esto—, a Vinícius y a mí nos gustaría ser cremados después de que todo termine. El poeta, porque sufre de claustrofobia, y yo porque me

parece más higiénico. Pero como sólo se creman cuerpos en São Paulo, tenemos miedo de morir antes de tomar el avión que nos lleve hasta allá.

Y más tarde:

—Soy un existencialista, Clarice. Acepto cada momento como si fuera el último. Resultado: soy un drama permanente. A cada minuto consulto mi corazón y actúo en consecuencia.

3 de febrero

UN CASO PARA NÉLSON RODRIGUES

Así es.

Cuyo padre era amante, con su alfiler de corbata, amante de la mujer del médico que trataba a la hija, quiero decir, a la hija del amante y todos lo sabían, y la mujer del médico colgaba una toalla blanca en la ventana que significaba que el amante podía entrar, y si era una toalla de color no entraba.

Pero me estoy confundiendo toda o el caso es tan enrollado que si puedo voy a desenrollarlo, si bien Dalton Trevisan lo contaría con el mayor poder que tiene. Sus realidades son inventadas. Pido disculpas porque además de contar los hechos yo también adivino y lo que adivino lo escribo aquí. Adivino la realidad. Pero esta historia no es de mi siega. Es de la zafra de quien puede más que yo.

Pues la hija tuvo gangrena en la pierna y tuvieron que amputarla. Esa Jandira de 17 años, fogosa como potro joven y de bellos cabellos, estaba comprometida. Apenas el novio vio la figura de muletas, toda alegre, alegría que él no vio que era patética, pues bien, el novio tuvo el coraje de simplemente deshacer sin remordimiento el compromiso, que él lisiada no quería. Todos, incluso la sufrida madre de la joven, le imploraron al novio que fingiera amarla todavía, lo que —le decían— no era tan penoso porque sería a corto plazo: es que la novia tenía vida a corto plazo.

Y en tres meses —como si cumpliera la promesa de no pesar en las débiles ideas del novio—, en tres meses murió, linda, con los bellos cabellos, inconsolable, con añoranza del novio, y asustada con la muerte como el niño que tiene miedo a la oscuridad: la muerte es de gran oscuridad. O tal vez no, no sé cómo es, todavía no morí, y después de morir no lo sabré, quién sabe si no es tan oscura. La muerte, quiero decir.

El novio que se llamaba, por el nombre de familia, el Bastos, parece que vivía, todavía en el tiempo de la novia viva, vivía con una mujer. Y así con esa continuó, importándole poco.

Bien. Esa mujer un día tuvo celos. Y —tan refinada como Néelson Rodrigues que no ahorra detalles crueles. Pero, ¿dónde estaba, que me perdí? Sólo comenzando todo de nuevo, y en otra línea y párrafo para

comenzar mejor.

Bien. La mujer tuvo celos y mientras el Bastos dormía le echó agua hirviendo del pico de la tetera dentro de su oído y él sólo tuvo tiempo de dar un bramido antes de desmayarse, bramido ese que podemos adivinar era el peor grito que tenía. Bastos fue llevado al hospital y quedó entre la vida y la muerte, ésta en lucha feroz con aquella.

La marimacho celosa ligó un año y poco de cárcel. De donde salió para encontrarse —¿adivinen con quién? pues fue a encontrarse con el Bastos. A esa altura un Bastos muy enflaquecido y, claro, sordo para siempre, justo él que no perdonaba los defectos físicos.

¿Qué ocurrió? Pues que volvieron a vivir juntos, amor para siempre.

Mientras tanto, la niña de 17 años muerta hacía mucho tiempo, sólo dejó vestigios en la madre. Y si me acordé fuera de tiempo de la jovencita es por el amor que siento.

Ahí es que entra su padre, como quien no quiere la cosa. Continuó siendo el amante de la mujer del médico que había tratado a su hija con devoción. Hija, quiero decir, del amante. Y todos sabían, el médico y la madre de la ex novia. Creo que me perdí de nuevo, está confuso, pero ¿qué puedo hacer?

El médico mismo, sabiendo que el padre de la jovencita era el amante de su mujer, había cuidado mucho a la noviecita demasiado espantada con la oscuridad de la que hablé. La mujer del padre, por lo tanto madre de la ex noviecita, sabía de las elegancias adulterinas del marido que usaba reloj de oro y anillo que era una joya, alfiler de corbata de brillante, negociante rico, como se dice, pues las personas respetan y saludan largamente a los ricos, los victoriosos ¿está bien? Él, el padre de la joven, vestido con traje verde y camisa color de rosa a rayitas. ¿Cómo es que yo lo sé? Pues, simplemente sabiendo, como hace la gente con adivinación imaginadora. Lo sé y listo.

No puedo olvidar un detalle. Es el siguiente: el amante tenía un dientecito de oro adelante. Y olía a ajo, toda su aura era puro ajo, y a la amante ni le importaba, lo que quería era tener un amante, con o sin olor a comida. ¿Cómo lo sé? Pues, sabiendo.

No sé qué fin tuvieron estas personas, no tuve más noticias. ¿Se separaron?, pues es historia antigua, y tal vez ya haya habido muertes entre ellas, las personas.

Agrego un dato importante y que, no sé por qué, explica el origen maldito de toda la historia: esta ocurrió en Niterói, con las tablas de los muelles siempre húmedas y oscuras y sus barcas de vaivén. Niterói es un lugar misterioso y tiene casas viejas, ennegrecidas. ¿Y allá puede ocurrir lo del agua hirviendo en el oído del amante? No lo sé.

¿Qué hacer con esta historia? Tampoco sé, se la doy de regalo a quien quiera pues estoy harta de ella. Hasta demasiado. A veces me repugna la gente. Después se me pasa y me vuelvo de nuevo curiosa y atenta.

Y sólo eso.

17 de febrero

CARENCIA DEL PODER CREADOR

La idea contenida en una carta de Friedrich Schiller a Roner, del 1º de diciembre de 1788, yo ya la había tenido intuitivamente. Pero dejemos a Schiller hablar con Roner, que se había quejado de la carencia de poder creador:

“Me parece que la razón de su queja reside en la limitación que a su inteligencia impone su imaginación. Haré aquí una observación, ilustrándola con una alegoría. No se figura benéfico —y en verdad eso impide el trabajo creador del espíritu— que el intelecto examine muy de cerca las ideas que, por así decir, vienen a golpear las puertas. Afrontada aisladamente, una idea puede ser perfectamente insignificante y extremadamente aventurada, pero puede agotar la importancia de una idea subsecuente; tal vez, si es colocada de cierto modo en medio de otras ideas, que pueden parecer igualmente absurdas, ella sea capaz de constituir un eslabón bastante útil. La inteligencia no puede juzgar todas esas ideas, a menos que las pueda retener hasta que las examine con relación a aquellas otras ideas. En el caso de un espíritu creador, me parece que el intelecto retiró sus centinelas de las puertas y las ideas entraron en turbas, y sólo entonces él pasa revista e inspecciona la multitud. Ustedes, dignos críticos, o como quiera que se denominen, tienen vergüenza o temor de la locura momentánea y pasajera que se encuentra en todos los verdaderos creadores y cuya mayor o menor duración distingue al artista pensador del soñador. De ahí provienen sus quejas de esterilidad, pues usted rechaza demasiado pronto y discrimina con excesiva severidad”.

3 de marzo

DAR LOS VERDADEROS NOMBRES

Copié este fragmento de Pound, de un libro que es una colección de artículos organizada por Norman Holmes Pearson:

—La traición de las palabras comienza —dice Pound— con el uso de las palabras que no alcanzan la verdad, que no expresan lo que el autor desea que ellas digan.

A Ezra Pound le gustaba citar la respuesta dada por Confucio a la pregunta que le hicieron sobre lo primero que le venía al pensamiento

como programa de su gobierno, en el caso de ser elegido para ello. La respuesta fue objetiva, directa: “Llamar al pueblo y a todas las cosas por sus nombres propios y verdaderos”.

Este también es el problema inicial de un artista, comenta Pearson. “Los artistas son las antenas de la raza”, afirmó Pound. “Lo único que usted no debe hacer es suponer que cuando algo está equivocado en las artes, eso es solamente un error artístico. Cuando una determinada hormona falla, eso debe volver defectuoso el sistema entero.” “La belleza es difícil”, repite Pound en *Cantos*.

FRAGMENTO

Estaba profundamente derrotado por el mundo en que vivía. Y se había separado de las personas por su derrota y por sentir que los otros también eran derrotados. Él no quería formar parte de un mundo donde, por ejemplo, el rico devoraba al pobre. Como el suyo sólo le parecía un movimiento romántico, si se agregaba a los que luchaban contra el aplastamiento de la vida tal como era, entonces se cerró en una individualización que, si no tenía cuidado, podía transformarse en soledad histérica o meramente contemplativa. Mientras no llegara algo mejor, buscaba relacionarse con los otros derrotados por intermedio de una especie de amor torcido, que alcanzaba tanto a los otros como, de algún modo, a sí mismo.

28 de abril

LUCIDEZ DE LO ABSURDO

No voy a presentar a Millôr Fernandes: quien lo conoce sabe que tendría que escribir varias páginas para presentar una figura tan variada en actividades y talentos. Somos amigos de larga data.

Nuestra conversación más reciente, hace ya algún tiempo, discurrió fácil, sin incidentes de incompreensión: había confianza mutua. Fue más o menos así:

—¿Cómo vas, Millôr, profundamente hablando?

—Voy profundamente, como siempre. No sé vivir de otro modo. Pago el precio.

—A veces el precio es demasiado alto. ¿Cómo te vino la idea de montar hace años *El hombre del principio al fin*, que era un gran y conmovedor espectáculo? Yo, por ejemplo, lo vería de nuevo y ciertamente con la misma emoción. Además, podría y debería ser puesto en escena de nuevo.

—Fue a pedido de esa extraordinaria amiga que es Fernanda

Montenegro. Me ubiqué en un punto de vista humanístico que es la cualidad esencial de ese trabajo mío.

—¿Qué me dices de tu experiencia como actor?

—Sensacional e inútil. Sensacional a causa de la seguridad que se gana al percibir una posibilidad total de comunicación, y eso es emocionante. Inútil porque no tengo nada que hacer con el resultado de esa experiencia. La comunicación que busco es otra por completo, íntima y definitiva.

—Millôr, ¿sentiste alguna vez con toda la humildad la centella de algo que algunos llaman gracia, pero que no es gracia, es incluso bastante común: es la visión instantánea de las cosas del mundo como en realidad son?

—Si es así como algunos la llaman, entonces es *para* mí. Sólo veo eso. En realidad tengo la impresión de que nada de lo que veo es común. A mí me faltan todas las nociones de las cosas del mundo tal como es. Pero esa especie de lucidez de la que hablas, la lucidez de lo absurdo, de esa tengo, en efecto, en medio de la mayor pasión. Creo que un día voy a estallar de lucidez, esto es, volverme loco.

—¿Cómo fue tu infancia?

—¡Dura! ¡Dura! ¡Linda! ¡Linda! Méier, en aquella época, era prácticamente rural. Aprendí a nadar en un pantano lleno de ranas. Aprendí a amar en un jardín haciendo muñecos de arcilla junto a las niñas. Esa infancia duró hasta los diez años. Ahí, un día, a la muerte de mi madre, llorando horas debajo de una cama, conseguí la paz de la incredulidad. A los diez años, así es.

—¿De qué modo te llega la inspiración?

—Creo que exactamente de todos los modos. Pero no pienso que sea precisamente inconsciente. Aun cuando parece inconsciente, creo que el núcleo de la inspiración es una vivencia cualquiera —imagen, sonido, dolor, angustia— antes archivada y de repente, por cualquier motivo, también exterior, resucitada. Pero mi caso es muy especial: no soy un escritor, soy un profesional de escribir.

Hablamos sobre varias personalidades; a continuación le pregunté:

—¿A quién admiras y por qué?

—Voy a limitar la pregunta en el tiempo y en el espacio. Y prefiero tener el coraje de elegir un hombre de mi tiempo y de mi espacio. Vinícius de Moraes. Por lo tan iguales que somos, por lo inmenso que nos separa, yo elijo al poetita como el dueño de una visión esencial de la vida.

De una palabra que lleva a la otra, pasamos, no sé cómo, a hablar de la muerte.

—¿La muerte es un problema constante para ti? —indagué.

—Encuentro fascinante el problema de la muerte; tal vez porque la siento cerca de mí. En verdad me gustaría morir ya para, sin juego de palabras, vivir esa experiencia. Siempre que después me fuese dado volver

sólo para contar cómo fue.

Volvimos a hablar de la vida y sobre lo que más nos importaba.

—Las relaciones humanas —dijo Millôr— El amor. La pasión incluida en eso. También las pasiones *condenadas*, de hombre con hombre y mujer con mujer. Como soy eso que la sociedad llama *saludable* y *normal*, las pasiones *anormales* merecen mi mayor respeto.

—Si no fueras escritor, ¿qué serías?

—Un atleta. Soy fundamentalmente un atleta frustrado. Además esa es la única frustración que me quedó de una prejuventud, de los 10 a los 17 años, excesivamente dura.

—En materia de escritura, ¿sientes un progreso en tu trayectoria?

—Creo que sí. Sobre todo si se compara el comienzo con la fase actual, lo que no es una ventaja porque comencé a escribir en periódicos a los 13 años de edad. Sólo un debilucho no habría progresado. Sigo intentando renovarme, en un gusto por buscar formas y visiones nuevas, que todavía no perdí.

—Y en materia de vida, de modo de vivir, ¿sientes un progreso que viene de la experiencia?

—Creo que sí. ¿Pero será que los demás lo creen? Nada me sorprende más, por ejemplo, que oír decir que soy *agresivo*. Porque yo me siento la flor de la ternura humana. ¿Pero lo seré? De cualquier forma, dentro de mi más profunda conciencia existe la certeza de que el genio del ser humano está en la bondad. Eso es lo que busco.

Estuve de acuerdo con él sobre la bondad.

12 de mayo

FUTURO IMPROBABLE

Alguna vez iré. Alguna vez iré sola, esa vez sin mi alma. El espíritu lo tendré dedicado a la familia y a los amigos con recomendaciones. No será difícil cuidar de él, exige poco, a veces se alimenta justamente con periódicos. No será difícil llevarlo al cine, cuando se vaya. Mi alma dejaré, cualquier animal la abrigará: serán vacaciones en otro paisaje, mirando a través de cualquier ventana llamada del alma, cualquier ventana de ojos de gato o de perro. De tigre, preferiría. Mi cuerpo, a ese estaré obligada a llevar. Pero antes le diré: ven conmigo, como única maleta, sígueme como un perro. E iré al frente, sola, finalmente ciega para los errores del mundo, hasta que tal vez encuentre en el aire algún bólido que me reviente. No es la violencia lo que busco sino una fuerza todavía no clasificada que no por eso dejará de existir en el mínimo silencio que se desplaza. En ese instante hará mucho que la sangre ya habrá desaparecido. No sé cómo explicar que, sin alma, sin espíritu, es un cuerpo muerto —todavía seré yo,

horriblemente despierta. Pero dos y dos son cuatro, es necesario volver, fingir nostalgia, encontrar el espíritu dedicado a los amigos y decir: ¡cómo engordaste! Satisfecha hasta el gollete por los seres que más amo. Estoy muriendo mi espíritu, siento eso, lo siento.

19 de mayo

PARA LOS CASADOS

El número de pedidos de divorcio en Gran Bretaña es actualmente sólo la mitad del que era en 1947 —año récord en materia de separaciones. Ha de haber tenido gran influencia en ese nuevo estado de cosas el Consejo de Orientación Matrimonial, fundado hace más de 20 años. Se trata de una organización de voluntarios, con 80 filiales esparcidas en el país, y con 700 consejeros matrimoniales dispuestos a dar consejos a todas las personas que presenten problemas conyugales. El consejero busca hacer que el cónyuge que pidió orientación acepte parte de la responsabilidad por la situación. Una esposa, si quiere, podrá desahogarse durante media hora; tal vez esté encontrando por primera vez en la vida a alguien que la escuche pacientemente, aceptándola tal cual se presenta, y sin tomar partido. Después de varias entrevistas, la mujer llega a descubrir que la situación no se debe exclusivamente a los errores del marido y que ella, la esposa, tal vez tenga alguna responsabilidad por la conducta del hombre. La teoría del Consejo de Orientación Matrimonial es que no existen ni casos ni personas irremediables. Cerca de la mitad de los 11 mil casos anuales es auxiliada por las entrevistas. Todos los consejeros deben ser casados; algunos son médicos y psiquiatras. Todos tienen que someterse a un período de entrenamiento y a un año de experiencia.

LOS SECRETOS

Lo que ocurre a veces con mi ignorancia es que deja de sentirse como una omisión y se vuelve casi palpable, así como la oscuridad, a veces parece que una puede ser tomada. Cuando se siente como una omisión, puede dar una sensación de malestar, una sensación de no estar a la par, en fin, justamente de la ignorancia. Cuando ella se vuelve casi palpable como la oscuridad, me ofende. Lo que últimamente me ha ofendido es sentir que en varios países hay científicos que mantienen en secreto cosas que revolucionarían mi modo de ver, de vivir y de saber. ¿Por qué no cuentan el secreto? Porque lo necesitan para crear nuevas cosas, y porque temen que la revelación cause pánico por ser todavía precoz.

Entonces me siento hoy como si estuviera en la Edad Media. Soy

robada de mi propia época. ¿Pero entendería el secreto si me fuera revelado? Ah, habría, tendría que haber un modo de ponerme en contacto con él.

Al mismo tiempo estoy llena de esperanzas en lo que encierra el secreto. Están tratándonos como a un niño al que no se asusta con verdades antes de tiempo. Pero el niño siente que viene una verdad por ahí, siente como un rumor que no sabe de dónde viene. Y siento un susurro que promete. Por lo menos sé que hay secretos, que el mundo físico y psíquico sería visto por mí de un modo totalmente nuevo —si al menos yo supiera. Y tengo que quedarme con la tenue alegría mínima del condicional “si yo supiera”. Pero tengo que tener modestia con la alegría. Cuanto más tenue es la alegría, más difícil y más precioso captarla —y más amado el hilo casi invisible de la esperanza de llegar a saber.

UN ADOLESCENTE: C. J.

Él es grande, tiene hombros de huesos largos, anda un poco encorvado: esto pasa, es el peso de la adolescencia. Es lento, es profundo, siembra lentamente. En la cara del campesino grueso la profundidad callada de campesino. Él dormirá bien con una mujer. Si no se enreda demasiado en los largos y hondos meandros de sus pesadas dudas. Es callado, no sabe todavía decir lo que se acostumbra decir, y entonces no dice. Tampoco sabe que tiene piernas rectas, pesadas y bonitas. Una vez dijo: quiero cualquier profesión que me baste para vivir; pues mientras tanto tendría tiempo de hacer algo “concreto, muy objetivo”. Es descuidado, rompe cosas sin querer, pide disculpas con una media sonrisa asustada. Es necesario tener paciencia con él. Es necesario tener paciencia con los que son grandes como él. Tanta paciencia. Porque él puede llegar a ser ese silencioso descuidado toda la vida, y no pasar de eso. Es uno de los tipos de adolescencia más peligroso: aquel en que muy temprano ya se es un hombre un poco encorvado, y también en él se siente la grandeza sin palabras.

26 de mayo

ARTISTAS QUE NO HACEN ARTE

B. D. tiene la mirada aguda de fotógrafo que sabe que una imagen nunca llega dos veces. En su búsqueda, él no hace arte: busca como quien jamás va a contar lo que vio. El tipo de cosas que ve, además, son difícilmente contables. No organiza bien en un conjunto lo que siente y lo que ve: eso hace de él un no-artista. Pero todo hombre tendría que ser por

lo menos esa especie de no-artista para que el espíritu pueda sobrevivir.

TARDE AMENAZADORA

Antes el cielo y el aire pesados, el cielo había bajado más cerca de la tierra y era color de plomo. Claros nebulosos, pantanos inquietos, horizontes borrados por la gran lluvia que vendrá, y en breve el follaje estará pesado de agua, terrenos negros y también lívidos. La palidez se apodera de mí y no es por miedo: es que yo también estoy bajo la influencia de la tempestad que se forma. La intranquilidad del mundo. Los pájaros huyen.

¿QUÉ NOMBRE DAR A LA ESPERANZA?

Pero si a través de todo corre la esperanza, entonces la cosa se alcanza. Sin embargo la esperanza no es para mañana.

La esperanza es este instante. Es necesario dar otro nombre a cierto tipo de esperanza porque esta palabra significa sobre todo espera. Y la esperanza es ya. Debe haber una palabra que signifique lo que quiero decir.

DIFICULTAD DE EXPRESIÓN

La dificultad de encontrar, para poder expresar, eso que sin embargo está allí, da una impresión de ceguera. Es entonces cuando se pide un café. No es que el café ayude a encontrar la palabra pero representa un acto histérico-liberador, es decir, un acto gratuito que libera.

MÁS QUE UN JUEGO DE PALABRAS

Lo que siento no lo actúo. Lo que actúo no lo pienso. Lo que pienso no lo siento. De lo que sé soy ignorante. Lo que siento no lo ignoro. No me entiendo y actúo como si me entendiese.

23 de junio

LECCIÓN DE MORAL

Un día un chofer de taxi, y yo entrevistado a muchos, fue quien se

encargó de entrevistarme. Me hizo varias preguntas indiscretas y, entre ellas, una bastante extraña: “¿Usted se siente una mujer igual a todo el mundo?” (Él era tan nordestino que no decía *mujer*, decía *muher*). Respondí sin saber con certeza lo que respondía: “Más o menos”. “Pues yo”, continuó él, “me siento igual a todo el mundo. Fui mendigo, señora mía. Y hoy soy chofer. Y, aun habiendo sido mendigo, me siento igual a todo el mundo. Es por eso que le estoy dando una lección de moral”. ¿Merecía yo esta lección? No sé por qué nos despedimos con la mayor efusión, uno deseándole felicidad al otro. Seguramente estábamos necesitados.

Una conocida mía quedó sorprendida cuando le conté: siempre había pensado que, una vez mendigo, último punto de parada de una persona, nunca más se cambiaba. Pero aquel no sólo salió, sino que tiene dinero bien ganado en un auto comprado por él en cuotas. Y no sólo salió de la mendicidad, sino que estaba listo para dar lección de moral a una *muher* que no la pidió. Detesto las lecciones de moral. Cuando noto que la conversación está derivando hacia eso —otros, los moralistas, dirían “elevándose hacia eso”— me retraigo toda, y una rigidez muda se apodera de mí. Lucho en contra. Y estoy empeorando en este sentido.

“NO SÉ”

Ustedes pueden decirme qué les interesa, sobre qué les gustaría que yo escribiera. No prometo que siempre atienda el pedido: el asunto tiene que *tomarme*, encontrarme en buena disposición. Además puedo no saber escribir sobre el tema mencionado. Me reservo el derecho a decir: no sé.

Una vez que insistieron mucho para que yo diera una conferencia en la Universidad de Vitória, Espírito Santo, terminé aceptando, cautivada por esa buena gente. Acepté —también porque me gustan los estudiantes— bajo la condición de que no fuera una conferencia: que se tratara de preguntas y respuestas, de una conversación, teniendo yo el derecho sagrado de también responder “no sé”. Salió bien.

Sólo que un estudiante estaba demasiado agresivo. No sólo se sentó solo en la última fila del auditorio, cuando todavía había lugar más adelante, sino que hablaba en voz baja, inconscientemente para que yo no oyera. Reclamé y él bien que tenía voz fuerte. Terminó cambiando de fila y diciendo claramente que no entendía una palabra de lo que yo escribía. Pero también con él terminó saliendo bien. Y Vitória es linda.

Aprovecho el hecho de haber hablado de Vitória para pedir disculpas a un estudiante de Filosofía: me llamó por teléfono invitándome para una noche de autógrafos, prometí ir. Pero estaba comprometida a volver en un día preciso. Y el día de la noche de autógrafos no había avión para Espírito Santo. Llamé al muchacho, explicándole por qué no iba. No estaba y dejé un recado. Por lo visto, no lo recibió. Pues supe que en el aeropuerto de

Vitória había estudiantes esperándome. Mi recado para el muchacho: estoy dispuesta a hacer una noche de autógrafos cuando tú quieras.

30 de junio

UN NOVELISTA

Marques Rebelo tiene el mismo cabello cortado a la navaja del tiempo en que lo conocí, la mirada rápida y maliciosa. Pero hay algo nuevo en su rostro: más bondad que antes, lo que ciertamente la vida le fue enseñando. Era conocido por tener una lengua venenosa que no se ahorraba a nadie. También eso el tiempo y la experiencia y un natural cansancio vinieron a apaciguar.

Marques Rebelo es su “nombre de guerra”. El verdadero es Eddy Dias da Cruz, nombre que parece tener otra personalidad. Marques Rebelo creyó que era necesaria una mínima euforia para un nombre literario, y se rebautizó: cree que todo el mundo debería bautizarse solo. Los dos nombres se fundieron y él se hizo uno. Comenzó a escribir casi de niño. Escribía pero no se comunicaba ni consigo mismo y rasgaba los papeles. A los 19 años publicó poesías en revistas modernistas como *Antropofagia*, *Verde*. Pero se avergüenza de ese pasado poético. A los 21 años, en plena vida de soldado, escribió *Oscarina* que le dio satisfacción. Siguió *Tres caminos*, *Marafa*, *La estrella asciende*, *Stella me abrió la puerta* y —después de largo tiempo lejos de la ficción— los volúmenes del *Espejo partido*, que es un intento de pintura de la vida brasileña, hecha de infinitos fragmentos. Es producto de la paciencia, casi de la obstinación. Trabaja por disciplina, sin esperar la inspiración: escribe siempre, aun cuando sea para tirar o rehacer 30 veces. Para él, reescribir es más importante que escribir.

Y la madrugada es su hora. El silencio lo invita. Descubrió la noche desde chiquilín, cuando durante el día tenía que trabajar.

El libro de literatura que le gustaría haber escrito y lo dejaría plenamente satisfecho es *Nils Lyhne*, de Jacobs: lo encuentra apasionante.

En cuanto a los nuevos escritores, opina que aún son los más grandes los que están conduciendo el barco: los jóvenes todavía no dieron su declaración, parece que un horizonte tan abierto los asusta. Cree que, bien o mal, está dando su mensaje. Acuerda con que es el escritor más carioca del Brasil pero no encuentra en eso una cualidad sino un producto de las circunstancias.

Cuando se le pregunta sobre lo que hace en la Academia Brasileña de Letras responde sonriendo que marca el paso para el mausoleo. No se queja de los críticos, a veces se queja de sí mismo. El momento más decisivo de su vida tal vez haya sido aquel en que decidió ser escritor.

Vivió siempre modestamente, de trabajos extraliterarios, de modo tal que le sobrara tiempo para leer y escribir. Es un gran lector. Y escribir, para él, vale la pena: es su reducto de libertad. Fuera de escribir lo que más le agrada de verdad es vivir.

La literatura, según él, nunca trae amigos, como máximo trae algunos simpáticos desafectos. En literatura se siente muy solo; en la vida se reparte bastante.

Nació en Vila Isabel, vivió en Tijuca, Botafogo y Laranjeiras, cada barrio con una personalidad propia: Río es una ciudad con muchas ciudades dentro.

¿Su club de fútbol? América, única pasión de su vida. Ese equipo lo alucina. El América pierde siempre... Le gusta el cine pero prefiere el teatro.

En cuanto al alto precio que se paga en la vida, él cree que lo vale.

29 de septiembre

TRAYECTORIA DE UNA VOCACIÓN

Isaac Karabtchevsky electriza al público más indiferente cuando dirige, tal es su vibración. Además de ser una experiencia importante la de escucharlo, verlo dirigir es un espectáculo de belleza: él se entrega por entero. Se nota que está transportado, que pierde la propia individualidad y vive intensamente la partitura. Inmediatamente después de un concierto se siente un trapo humano, consumido por el sudor y el cansancio, pero si todo salió como quería, es el hombre más feliz del mundo.

Por increíble que parezca, aborrecía y lo aburría estudiar música en el colegio: nunca habría pensado que con notas y pautas cristalizaría una vocación, definiría su futuro de artista. Pero le gustaba, durante largas horas, oír una fuga de Bach e ir creando simultáneamente nuevas líneas y voces. Desde temprano, por lo tanto, se había enamorado de la polifonía, por los contrapuntos más densos y complejos: de ahí también, en estado embrionario, vino su tendencia a considerar la música como un todo, reflejo de varias voces o instrumentos, y no interesarse por el género solista. Pero hasta entonces la música era sólo un estímulo para soportar las horas tristes de su adolescencia: pocos amigos, poca diversión, y obligado a ayudar a su familia trabajando como empleado de mostrador en un negocio de artículos para niños, a los 15 años. Como es de suponer, no vendía bien: cuando quería convencer a una clienta de llevar algún vestidito blanco, argumentaba: "No destiñe para nada". Pero así como una planta que crece y no siente, así fue desarrollándose en él una pasión sin límites por la música: fundó entonces un coro en el colegio donde estudiaba, y ensayaba de oído, sin conocer siquiera una sola nota:

improvisaba los tenores, bajos y sopranos, y cada ensayo era una revelación; dirigió su primer concierto arriba de una silla pues no había podio.

A los 17 años resolvió vivir en un *kibutz* en Israel. Allá se preparaba para su futuro de campesino. Después eligió una profesión donde pudiera ser útil en el futuro: la electrotécnica. Estudiaba en el Mackenzie en S. Paulo, rodeado de soldadoras y hierro fundido, voltímetros y amperímetros, un sinfín de números y cálculos, y un sentimiento de frustración que lo dominaba cada vez más. Fue entonces que fundaron, detrás del cementerio de la Consolación, la entonces Escuela Libre de Música del Pro-Arte. Su director, el alemán Koellreutter, predicaba un sistema complicado basado en la técnica de los 12 sonidos, el dodecafonismo. Entonces se decidió, definitiva e irreversiblemente, por la música.

Con intensidad y firmeza se dedicó a los estudios, de la mañana a la noche, sin descanso, y durante cinco años asimiló lo que normalmente sería hecho en diez. Necesitaba nuevos ambientes, sentir y vivir las viejas tradiciones: partió a Europa en 1958, dos años después de haber fundado el conjunto que establecería un verdadero marco en el panorama musical brasileño: el Madrigal Renacentista.

Su vida ha sido un sinfín de conciertos aquí y en el exterior, pero todavía se encuentra lejos de sentirse realizado. Sólo sabe una cosa: está orgánicamente ligado a la música, como una ostra a su casa.

Una vez fue a la revista *Manchete* a hablar con Adolfo Bloch sobre un plan destinado a llevar la Sinfónica a los diversos sectores de la población todavía no alcanzados por la música erudita. A lo que Adolfo replicó: ¿por qué pensar en tres mil cuando podemos llegar a treinta mil? Reunió a su *staff* y programó un espectáculo en el Monumento de los Pracinhas, con la Orquesta Sinfónica Brasileña, tres bandas militares, cañones y campanas: la pieza principal era la *Obertura 1812*, de Tchaikovsky. Al principio no creyó que funcionaría, siempre había tenido temor a las aglomeraciones para escuchar música, a las multitudes. Pero en los acordes finales de la *1812*, donde el himno ruso se impone, vio al pueblo correr en dirección a él. Y al frente, casi llorando, a Adolfo Bloch.

Para Karabtchevsky lo que el Brasil necesita para alcanzar su mayoría de edad musical es una reestructuración completa y radical en la enseñanza de la música, no con la intención de formar músicos profesionales, sino de forjar a las futuras generaciones que oirán música con placer y autenticidad.

Fue muy criticado en ocasión del concierto con obras de Chico Buarque: hubo reacción de los puristas. Karabtchevsky no pretendía la simbiosis de la música popular con la erudita, sino la motivación que podría atraer a una juventud sedienta de nuevos valores. El concierto de Chico fue un intento, la apertura de uno de los caminos.

LO QUE ME DIJO PEDRO BLOCH

1. Lo que las personas llaman mi bondad tal vez sea mi sintonía con el mundo. Soy colectivo. Tengo el mundo dentro de mí. Creo que todo ser humano tiene una dimensión universal, única, insustituible. Por respeto a cada ser humano, en todos los rincones de la Tierra, y porque me gusta la gente, me gusta que me guste, es que encuentro en cada individuo el reflejo del universo. Disculpa, pero me gustan hasta los que no gustan de mí. Pero me gustan los que gustan.

2. No sé si soy un gran médico, como tú dices. Soy dramaturgo famoso, porque la estadística lo afirma. Pero no siendo grande en nada, actúo como si lo fuese. Cuando atiendo a un paciente, intento ser el mejor que puedo. Cuando escribo una pieza, creo que estoy haciendo la cosa más importante del mundo. Pero no soy completo, no. Completo recuerda a realizado. Realizado es terminado. Terminado es lo que no se renueva a cada instante de la vida y del mundo. Yo vivo completándome en los otros, pero falta un bocado.

3. El mundo somos todos nosotros, responsables, uno a uno, uno por uno, por lo que hicimos del mundo. Sólo después de reconstruirme me sentiría en el derecho de reconstruir el mundo.

4. Para captar tantas cosas maravillosas dichas por los niños es sólo cuestión de tener oídos para escuchar a los niños. Confieso que tengo la vanidad de ser “el hombre de los cuentitos para niños”. Ellos son afines conmigo. Tanto que la diferencia de edad no duele. Por eso es que salieron aquellas cosas como “el color rosa es un rojo... pero muy lento”, “pobre del trencito del Pan de Azúcar... está pensando que es avión”, “el gato murió... porque el gato salió del gato y quedó sólo el cuerpo del gato”. Aprendo con los niños todo lo que los sabios todavía no saben.

5. No soy experto en la rehabilitación de la voz. En el mundo en que vivimos, de conocimientos tan vastos e información tan constante, nadie es experto en nada. Sólo en lo propio. Siento una permanente, gran responsabilidad. Y es por eso que cada día, a las cinco de la mañana, vuelvo a estudiar, dudando e intentando aprender con quien sabe más.

6. Sí, todas mis piezas teatrales, unas 30, fueron llevadas al escenario. Tuve la alegría de saber que una pieza mía, en el mismo día, se representaba en todos los continentes.

7. ¿Qué creo del amor? No creo. Amo. Creí: Míriam. Las personas llaman amor al amor propio. Lllaman amor al sexo. Lllaman amor a una porción de cosas que no son amor. Mientras la humanidad no defina el amor, mientras no perciba que el amor es algo independiente de la posesión, del egocentrismo, de la planificación, del miedo a perder, de la necesidad de ser correspondido, el amor no será amor. Lo que hace mover al mundo en sentido constructivo es la verdad. Aunque provisoria. Aunque

sea más camino que meta. Las palabras ahogan todo: el amor, la verdad, el mundo. Mientras el hombre no establezca un encuentro serio consigo mismo, verá el mundo con prisma deformado y construirá un mundo en el que la Luna tendrá prioridad, un mundo de más Luna que luz de Luna.

8. Ya reparé que sólo cuando se comienza a perder la memoria es que se resuelve escribir memorias. Yo todavía tengo razonable memoria. En cuanto a un diario, estaría vacío de mí y lleno de las personas que amo. Por eso prefiero escribir sobre ellas, y no mi diario.

9. Hice una vez una receta de vivir que creo que me revela. Vivir es expandir, es iluminar. Vivir es derrumbar barreras entre los hombres y el mundo. Comprender. Saber que, muchas veces, nuestra jaula somos nosotros mismos, que vivimos puliendo las rejas en vez de liberarnos. Intento descubrir en los otros su dimensión universal y única. No podemos vivir permanentemente grandes momentos, pero podemos cultivar su expectativa. Somos sólo lo que le hacemos a los otros. Somos consecuencia de esa acción. Tal vez la cosa más importante de la vida sea no vencer en la vida. No realizarse. El hombre debe vivir realizándose. El realizado puso punto final. Tengo un profundo respeto humano. Un enorme respeto por la vida. Creo en los hombres. Hasta en los estafadores. Intento desarrollar un sentido de identificación con el resto de la humanidad. No nado en una piscina si tengo mar. Me gusta gustar. No hacer... me extenúa. Creo más en la verdad que en la bondad. Creo que la verdad es la quintaesencia de la bondad, la bondad a largo plazo. Tengo defectos, pero intento olvidarlos a mi modo. *“Saber olvidar lo malo también es tener memoria.”*⁴

10. ¿Si creo en los milagros? Pero yo sólo creo en los milagros. Nada más milagrosa que la realidad de cada instante. Creo más en lo sobrenatural. Lo sobrenatural sería lo natural mal explicado, si lo natural tuviera explicación. Gilberto Amado anotó esa frase mía. Debe de ser buena.

11. No hay mérito en que yo ame a Miriam, porque en ella encuentro a todas las mujeres del mundo. Ella me acompaña en todo. En el trabajo — es mi mejor colaboradora, en la rehabilitación de la voz—, en la vida, en todo. Ella es tan despojada de egoísmo que llega a rayar lo inhumano. Nunca vi de Miriam un gesto, una palabra, una actitud que no fuera para el bien de los otros. Quise casarme con ella en el mismo momento en que la conocí. Pero, ahora que la conozco más, me gustaría volver a casarme todos los días.

12. Mis piezas primero son sufridas, después escritas y después construidas. La construcción viene en último lugar. Sólo escribo lo que viví, sentí y sufrí, en la propia piel o desbordando dentro de la corriente humana, aun cuando mis problemas están superados. La verdad es siempre la mayor protesta.

⁴ En español en el original. (N. de la T.)

13. Podría decir que gusto de todo el mundo... hasta de mí.

15 de diciembre

LAS “ESCAPADAS” DE LA MADRE

Ella bien sabía que, sin ningún intervalo, debía tener la extrema dignidad de madre que los hijos exigen. Era, claro, una madre digna de ese nombre.

Pero a veces, caballo bravío, como Eva la llamaría, se daba una “escapada”. Su última “escapada” fue cuando estaba sola en la calle y vio a un hombre vendiendo pororó. Entonces compró una bolsa y, caminando en plena calle, comió pororó. Lo que probablemente no “quedaría bien”. Cómo convencerlos de que además de madre ella era ella. Y esa persona que exigía la libertad de comer pororó en la calle. Amén. (Hoy es el día del amén, al parecer.)

29 de diciembre

A CAUSA DE UNA TETERA CON EL PICO RAJADO

Este caso ocurrió hace bastante tiempo, por lo que me contaron. Me aseguraron que era verídico.

Es el siguiente:

Jane —28 años— y Bob Douglas, 32 años, casados hacía cuatro años, vivían lo que se dice felices en el barrio de Soho, Londres.

Cierta tardecita, cuando Jane servía el té para ambos, Bob, de repente, se enfureció.

—¡Me enferma ver todos los días esa vieja tetera con el pico rajado!
¡No aguanto más!

Jane, en general suave, retrucó también con rabia:

—¡Pues ve tú mismo a comprar una tetera bien bonita, si tienes dinero!

Bob —y en lo que parece era la primera “escena” entre ambos—, Bob salió golpeando la puerta. Fue visto en un *pub*, seguramente para calmarse —y después nunca más fue visto por nadie. Eso mismo: desapareció. Jane boquiabierta.

Mucho tiempo después, Jane supo por un conocido de ambos que había visto a Bob en un bar en París. Y que se había alistado por cinco años en la Legión Extranjera. El conocido le prometió que, habiendo medios, él conseguiría su dirección en París.

Como regalo de Navidad, ella supo dónde vivía Bob y le escribió emocionada. Y tuvo la respuesta.

Bob incluso se lamentaba por no haberle escrito. “Querida, cuando recobré el juicio, hice todo para no entrar en la Legión. Querida, ayúdame a conseguirlo o por lo menos ven conmigo. Sólo deseo estar cerca de ti. Siento terribles nostalgias.”

Jane trabajó como loca —15 horas por día en dos empleos: de día como *garçonette* de un *pub*, de noche en el guardarropa de un *nightclub*.

Hasta que juntó el dinero suficiente para ir a París. Pero de nada sirvió su esfuerzo (que consistía también en comer poco): Bob ya había sido removido al norte de África. Jane imploró a oficiales de la Legión Extranjera en el Quai d’Orsay que licenciaran a Bob. Lloraba. También lloraba porque tenía vergüenza de explicar que la causa no había sido trágica: había sido por causa de una tetera con el pico rajado.

¿Pero quién lo creería? La escucharon con amabilidad y después le dijeron que, por el reglamento, ella sólo tendría al marido de vuelta en casa en cinco años.

A la inglecita sólo le restaba regresar a Londres, trabajar y trabajar, economizando para financiar su viaje marítimo en un carguero para Sidibel-Abbes.

La cuenta del banco ya comenzaba a crecer, cuando Jane recibió una carta más de Bob: “Querida, estoy en un abismo de desesperación. Voy a ser enviado a Indochina”.

Pero de tanto temor y desesperación, Bob se enfermó, bajó al hospital. Sus compañeros siguieron viaje, muchos de ellos murieron en Dien-Bien-Phu. Jane intentó incorporarse a la Cruz Roja Internacional o a la Marina Mercante. Pero sin éxito alguno.

Un mes después, juzgándolo curado, embarcaron a Bob hacia Indochina. Al pasar el navío por el Canal de Suez, él y cuatro italianos más se arrojaron al agua.

La policía egipcia los aprehendió por entrada ilegal. En Londres, Jane suplicó al Foreign Office que librara al marido de las complicaciones. Tanto habló que terminó diciendo la verdad que parecía mentira pero no lo era:

—Todo —explicó con pudor— ocurrió por causa de una vieja tetera con el pico rajado.

Me enloquece no saber el fin de la historia, y supongo que a ustedes también.

ÍNDICE

Prólogo	4
Descubrimientos	7
1967.....	8
1968.....	18
1969.....	41
1970.....	83
1971.....	110
1972.....	136
1973.....	168